

BBC

# DOCTOR WHO

LA CIUDAD EN EL FIN DEL MUNDO



CHRISTOPHER BULIS



**LA CIUDAD EN EL FIN DEL MUNDO**  
**CHRISTOPHER BULIS**

**B | B | C**  
**BOOKS**

## **Organización y maquetación**

Organizado en Trello y maquetado por Scnyc.

## **Traducción**

Traducido por yog\_sog

## **Corrección**

Corregido por ShadowsTakesAll

## **Portada**

Portada *adaptada al español por Defender*

## **Declaración**

***AudioWho es una iniciativa sin ánimo de lucro dedicada a traducir audios, libros y cómics cuyos miembros whovianos y whovianas sacrifican su tiempo para que todos los hispano-parlantes puedan disfrutar del universo extendido de Doctor Who sin la barrera idiomática del inglés.***

***Toda la acreditación de este trabajo es para los creadores del contenido que nos ha llegado en inglés, la BBC y las empresas y autores que se encargan de crear el material. Esta comunidad respeta sus derechos de autor ya que no se lucra con sus trabajos. Doctor Who es una marca registrada perteneciente a la BBC***

***Todas nuestras traducciones puedes descargarla gratuitamente en nuestra web. AudioWho se mantiene gracias a sus dueños, por lo que no hay publicidad, no recibe donaciones y no se obtiene ningún beneficio con esta web y sus traducciones.***

***Estos trabajos pueden compartirse en webs o foros siempre que se respeten las acreditaciones de esta web, sus traductores y demás colaboradores.***

***Prohibida la venta o cualquier tipo de actividad con fines lucrativos de estos trabajos.***

***Esperamos que todas estas obras nos lleguen en español algún día de forma oficial.***

***Más novelas, cómics y transcripciones de audios en  
<http://audiowho.com/>***



## Índice

Prólogo.....	6
Capítulo Uno.....	7
Capítulo Dos.....	20
Capítulo Tres.....	28
Capítulo Cuatro.....	36
Capítulo Cinco.....	41
Capítulo Seis.....	44
Capítulo Siete.....	54
Capítulo Ocho.....	57
Capítulo Nueve.....	65
Capítulo Diez.....	71
Capítulo Once.....	76
Capítulo Doce.....	79
Capítulo Trece.....	90
Capítulo Catorce.....	94
Capítulo Quince.....	103
Capítulo Dieciséis.....	108
Capítulo Diecisiete.....	123
Capítulo Dieciocho.....	131
Capítulo Diecinueve.....	141
Capítulo Veinte.....	151
Capítulo Veintiuno.....	157
Capítulo Veintidós.....	161
Capítulo Veintitrés.....	170
Capítulo Veinticuatro.....	172
Capítulo Veinticinco.....	178
Capítulo Veintiséis.....	183
Capítulo Veintisiete.....	184
Capítulo Veintiocho.....	189
Capítulo Veintinueve.....	197
Capítulo Treinta.....	206
Capítulo Treinta y Uno.....	213
Capítulo Treinta y Dos.....	219
Capítulo Treinta y Tres.....	226
Capítulo Treinta y Cuatro.....	231
Capítulo Treinta y Cinco.....	239
Epílogo.....	246
Reporte de errores.....	247

## Prólogo

La fuerza del impacto destruyó totalmente el asteroide y estuvo a punto de dividir la diminuta luna en dos. En una fracción de segundo, la energía cinética del movimiento se convirtió en calor, luz y dispersión de rayos X. El flash combinado era visible en medio sistema estelar.

Un cráter de cinco kilómetros de profundidad y casi ochenta de ancho fue lanzado fuera de la superficie de la luna. Cincuenta mil kilómetros cúbicos de roca se convirtieron en un penacho incandescente de vapor y fragmentos semitransparentes que fueron expulsados al espacio a una velocidad demasiado grande para que la ligera gravedad de la luna pudiera devolverla. Con el tiempo formaría un anillo sobre el planeta del que era satélite.

Durante los días que siguieron a la colisión, los efectos externos del cataclismo disminuyeron gradualmente. La cicatriz del cráter resplandeciente que se extendía a lo largo de medio hemisferio se enfriaba por debajo del calor rojo. Las nuevas cadenas de montañas erigidas por el impacto volvieron a equilibrarse. Las ondas de choque que reverberaban a través de su interior se desvanecieron, dejando sólo el constante susurro de contracciones térmicas dentro de las rocas superficiales.

Así que la luna continuó cayendo a través del espacio, pero ya no siguió el mismo camino que había seguido durante los últimos cien mil años. El impacto había reducido su velocidad y, en obediencia a las leyes del movimiento y de la atracción gravitacional, su trayectoria orbital cambió.

La larga caída había comenzado.



# Capítulo Uno

## La ciudad

—No creo que tengas idea de dónde hemos aterrizado, Doctor —le preguntó Bárbara al anciano vestido con el abrigo negro. Había un tono de impaciencia cansada en su voz.

El Doctor permaneció inclinado sobre la consola, pulsando interruptores y girando diales, con la luz blanca y fría de la sala de control brillando sobre su suelto cabello blanco plateado.

—Las lecturas no son tan claras como me gustaría ... —dijo distraídamente— pero parece que estamos unos miles de años más allá de tu tiempo, señorita Wright.

—Bueno, sea cuando sea, no parece muy agradable —observó Ian Chesterton.

La cámara del monitor de TARDIS había completado una rotación completa y una vez más mostró la primera imagen que habían visto después del aterrizaje: niebla lentamente ondulante casi oscureciendo una larga barricada curvada que llegaba a la altura del pecho finalizada en su parte superior por una pantalla de malla de alambre. El suelo entre la TARDIS y la base del muro estaba cubierto de barro negruzco salpicado de charcos. La vista había sido la misma por ambos lados. Detrás de ellos estaba la inmensa extensión de un muro de hormigón más alto, que se extendía hasta donde podía ver el ojo.

—Parece muy lúgubre, ¿verdad? —asintió Susan, con su brillante intención enfrente a sus palabras— Pero, según los instrumentos, la composición del aire y la temperatura son buenas.

—Así que ahora supongo que quieres salir y echar un vistazo por ahí —dijo Bárbara.

El Doctor se enderezó, enganchó los pulgares debajo de las solapas y se sacó la barbilla.

—¿Y por qué no debería hacerlo, por favor?

—En primer lugar, porque no parece haber nada de interés ahí fuera y en segundo lugar, porque no es donde queremos estar.

—Puedo recordarte —dijo el Doctor con aspereza— que no estoy llevando un servicio de taxi. Prometí devolverte a tu sitio apropiado en el espacio y el tiempo tan pronto como fuera posible, pero me niego a dejar este lugar sin hacer al menos un examen superficial. ¿Quién sabe qué extrañas y maravillosas cosas podríamos encontrar ahí fuera... más allá de esa pared, quizás?

—Y quién sabe qué nos puede encontrar —apuntilló Ian.

—Tú y la señorita Wright tenéis la libertad de quedaros en la TARDIS si lo deseáis, Chesterton —dijo el Doctor con desdén— pero yo voy a salir.

—Y yo, Abuelo —dijo Susan rápidamente.

El Doctor le sonrió benignamente, el buen humor regresó mercurialmente a sus facciones.

—Gracias, querida. Dejemos a nuestros amigos no aventajados a sus cosas. Pero quizá sea mejor que nos pongamos nuestros abrigo. Parece que hay bastante humedad ahí fuera.

—Voy a recogerlos —dijo Susan, acercándose ligeramente a un perchero de madera en una esquina.

Bárbara se fijó en Ian y ella se encogió de hombros. Habían sido los maestros de Susan en la Tierra en 1963, pero ahora, a medida que sus extraños orígenes se hacían más evidentes, ella estaba creciendo ante ellos. A las apariencias externas y en algunos manierismos ella seguía siendo una adolescente, pero Ian percibió una personalidad de gran fuerza y audacia desarrollándose dentro de ella.

No dijeron nada mientras el Doctor se ponía su capa larga y su bufandín, mientras Susan se ponía un impermeable elegante y un gorro que había traído de Inglaterra. El Doctor alzó un interruptor en la consola y las pesadas puertas exteriores de la TARDIS se movieron suavemente hacia dentro, y él y Susan salieron.

—De verdad no tiene sentido discutir con el Doctor, ¿verdad? —preguntó Bárbara con tristeza— A veces me pregunto si, incluso después de todo este tiempo, le molesta la forma en que llegamos a bordo y está decidido a llevarnos a casa por la ruta más larga que puede encontrar como castigo.

Ian sonrió.

—Ya le conoces. No le importa dónde acabe —Comprobó la pantalla del monitor que mostraba a Susan y al Doctor examinando el suelo fangoso— Sin embargo, no parece que haya nada peligroso fuera de esta época.

Bárbara vio la expresión en su rostro.

—Te estás poniendo tan mal como él. No tienes que hacerme compañía si quieres salir.

—No me quedaría sólo para hacerte compañía —protestó Ian— Pero como no vamos a ir a ninguna parte hasta que de todos modos el Doctor esté listo, también podríamos echar un vistazo.

Barbara suspiró.

—Supongo que no haría daño respirar un poco de aire fresco y estirar las piernas...



Cuando salieron de la estrecha puerta exterior de la TARDIS, que externamente conservaba su desconcertante semejanza con una cabina de teléfono de la policía británica del siglo XX, Ian probó el aire. Estaba frío y lo suficientemente fresco, excepto por un sabor débil a hollín rancio. Sus pies se hundieron en una espesa capa de barro negro. Bárbara hizo una mueca.

—Debería haberme puesto unas botas de goma.

El muro, en gran parte sin rasgos, detrás del TARDIS demostró pertenecer a un lado de una estructura circular, rota sólo por estrechas ventanas con persianas y una sólida puerta metálica para uso general. Montado sobre su techo había un pesado mástil de celosía como viga que se elevaba por encima de sus cabezas. Extendiéndose de sus lados había varios paneles de malla de forma extraña y platos que Ian supuso que serían antenas. El otro muro parecía rodear el edificio enteramente y estaba separada de él por la tira de tierra nivelada y fangosa.

Ian y Bárbara cruzaron el barro evitando los charcos. El Doctor, todavía agachado junto a Susan, los miró con satisfacción.

—Ah, así que habéis decidido uniros a nosotros después de todo, ¿verdad? Bueno —Señaló el suelo— ¿Qué piensas de esto, eh?

—Es barro —dijo Bárbara.

—No —sonrió el Doctor— Si lo examinas de cerca, encontrarás que son capas de cenizas y hollín. Es evidente que ha habido varios incendios cerca en un pasado reciente.

—Supongo que nadie viene aquí muy a menudo —dijo Bárbara, mirando a su alrededor— No veo más huellas.

Ian hizo un cauteloso recorrido alrededor del edificio, que tenía unos veinte yardas de diámetro.

—No hay otras puertas —dijo cuando volvió— ni ninguna abertura en el muro exterior. Sólo más niebla más allá.

—Tal vez haya un túnel —sugirió Susan.

Juntos, los cuatro caminaron con pasos chapoteantes hacia el muro exterior y miraron a través de la pantalla de malla hacia una opalescencia sin remolinos ni rasgos.

—Bueno, no lo llamo particularmente bonito —dijo Bárbara, mirando deliberadamente al Doctor.

Pero mientras hablaba, el viento se fortalecía. El disco naranja de un sol apareció en el cielo gris, cada vez más brillante a cada minuto. La niebla se deshilachaba y se diluía a su alrededor. De repente, una visión dramática apareció entre la neblina.

—¿No es así, señorita Wright? —replicó el doctor triunfalmente—

—De todos los lugares para aterrizar —dijo Ian con una risita— ¡tenías que escoger la parte superior de un rascacielos!

Estaban mirando una gran ciudad de edificios similares. Cuando la niebla se alejó vio centenares de torres empuñando graciosos agujones hacia las nubes. Estos estaban unidos por una intrincada red de tubos cerrados y carreteras aéreas que abarcaban los cañones artificiales formados por las paredes escalonadas de vidrio y piedra de los edificios. Vehículos aerodinámicos, parecidos a escarabajos que corrían desde lo alto, avanzaban con suavidad por los caminos abiertos.

—¿Puedes ver a alguna gente? —preguntó Ian después de un minuto.

El Doctor había sacado un par de gafas de ópera plegables de los huecos de su chaqueta y miraba atentamente.

—No por el momento —dijo— pero el clima inclemente los ha mantenido en sus casas sin duda.

Barbara señaló su derecha.

—La ciudad parece detenerse en esa dirección. ¿Ves entre esos edificios... eso es una pared?

El Doctor giró la mirada en la dirección que indicaba.

—Es de hecho un muro de altura considerable —informó— Puedo ver una torre de techo plano construida en ella... hay una estructura más pequeña montada en su techo que no puedo identificar —Él paseó sus binoculares de lado a lado— La pared continúa hasta donde me alcanza la vista. Tal vez, como las ciudades medievales, ésta está enteramente encerrada.

—¿Qué es eso más allá? —preguntó Ian, entrecerrando los ojos en la luz gris plateada.

—Una serie de montañas —informó el Doctor— corriendo por la parte trasera de la ciudad... —Se giró— ...lo que parece estar construido en un promontorio que sobresale de un mar, o al menos un lago de tamaño considerable. Puedo distinguir una amplia costa corriendo hacia el horizonte. Hmm. Hay algún objeto de considerable tamaño que se extiende por el camino a lo largo de la costa. No parece ser natural... es de lo más molesto, no puedo saber qué es. Susan, querida... ¿regresarías a la TARDIS y traerías el catalejo?

Susan volvió en un instante llevando un largo catalejo de bronce de estilo naval de diseño antiguo.

—Dejé algunas huellas muy fangosas en el suelo, me temo —dijo ella disculpándose.

El Doctor apoyó el telescopio en la parte superior de la pared del parapeto y se centró en el objeto de la orilla.

—De lo más extraordinario —murmuró.

—No nos mantengas en suspenso, Doctor —dijo Ian— ¿Qué es?

—Velo por tí mismo, Chesterton —dijo el Doctor, dejándole su posición.

Ian enfocó el aparato y lanzó una exclamación.

—Un cilindro aplanado... una nave enorme de algún tipo, creo. ¿Tal vez un submarino? Está dividida por un lado. No, seguramente es demasiado grande para ser un submarino. ¿Una aeronave estrellada, tal vez?

—No dejes que tu imaginación se vea limitada por las capacidades de tu tiempo —advirtió el Doctor mientras Ian cedía su lugar para que Susan y Bárbara pudieran mirar— ¿Quién sabe qué instrumentos puede ser capaz de construir la gente de este mundo?

—Con esas costillas descubiertas parece más bien a una ballena varada —dijo Bárbara.

—Un símil inapropiado, aunque pintoresco —respondió el Doctor— Sin embargo, el objeto está muy dañado —Se dio unos golpecitos en la barbilla— ¿Me pregunto qué les habrá pasado? A menos que sea una tragedia muy reciente, ¿por qué no los han rescatado?

Avanzaron lentamente por el parapeto examinando el paisaje urbano. El muro exterior parecía ser continuo.

—¿Qué se supone que mantiene fuera? —preguntó Bárbara.

Las torres que se veían se hacían cada vez más altas. Evidentemente, en la que habían aterrizado estaba situado cerca de las afueras de la ciudad. Ahora estaban encaramados hacia el centro, que antes estaba oculto por el edificio del techo.

De repente, el Doctor se detuvo.

—¡Por los dioses! Qué notable.

De pie en el corazón mismo de la ciudad había una estructura que empequeñecía a todas las demás que la rodeaban. Se elevaba en una serie de gráciles niveles y curvas fluidas e, incluso a través del aire nebuloso, brillaba metálicamente. Junto a él había una enorme torre de celosía conectada a la forma plateada por numerosos puentes extendidos y brazos de pluma.

—Parece un poco como uno de esos cohetes que lanzan desde Cabo Cañaveral —dijo Ian sin aliento— Pero esto debe tener más de cien pisos.

El Doctor, mirando a través del catalejo, dijo:

—Las secciones superiores de lo que tomo como aletas de soporte son sólo visibles en la parte superior de los edificios que se interponen en medio. Parece ser un cohete y un pórtico de lanzamiento —Luego, añadió con una solemnidad inesperada— Verdaderamente una nave digna de la ciudad que le da nacimiento.

—¿Qué era eso de símiles pintorescos? —le reprendió Bárbara amistosamente.

—Estaba empleando una metáfora, señorita Wright, no un símil —replicó el Doctor— Y hay veces en que está plenamente justificado.

—Pero, ¿por qué construir un cohete tan grande en el corazón de la ciudad? —preguntó Susan— Lanzarlo podría causar daños terribles, a menos que tuviera un dispositivo anti—gravedad.

—Pero el aerodinamismo sugiere una alta velocidad de lanzamiento —dijo el Doctor— Podría ser impulsado por simples reacciones de transferencia nuclear.

—¿Pero se arriesgarían a la contaminación que causaría?

—Pueden haber dominado el uso de los elementos transuránicos estables —explicó el Doctor— O quizá un sistema de fusión por pulsaciones unido a una propulsión contenida magnéticamente.

Ian estaba empezando a sentirse fuera de la conversación y vio una mirada vidriosa en los ojos de Bárbara. De regreso en la Coal Hill School en la Tierra, había enseñado a Susan ciencia, pero los términos y conceptos que estaba usando tan casualmente eran mucho más allá de su comprensión.

Tosió.

—Perdona, pero ¿importa cómo funciona?

—Tienes razón, Chesterton —dijo el Doctor inesperadamente— La cuestión de la propulsión puede dejarse de lado por el momento. Primero debemos determinar su propósito. Algo transcendental, estoy seguro.

Sus ojos brillaban e Ian casi podía sentir el entusiasmo crepitante que surgía de él. El Doctor empezó a caminar rápidamente hacia el edificio del techo con Susan a su lado llevando el catalejo.

—Un minuto —dijo Bárbara— ¿adónde vais?

—Debe haber una forma de llegar de este edificio hasta el primero de esos caminos —dijo— Podemos utilizar el sistema de transporte para llegar a la nave.

—Pero nosotros no sabemos nada de las personas que viven aquí —dijo Ian— Podrían ser hostiles.

—No hay indicios de que esta ciudad sea peligrosa —respondió el Doctor— Sus habitantes no podrían vivir en una sociedad tan avanzada ni cooperar en la construcción de tal nave sin haber desarrollado un código civilizado de conducta".

—Los Daleks vivían en una gran ciudad, pero apenas los llamaría civilizados —replicó Ian.

El Doctor vaciló, pero sólo por un momento.

—Puedes quedarte aquí, pero yo me voy. Susan, puedes quedarte si quieres.

—No, abuelo, quiero averiguar más sobre la nave también.

El Doctor le sonrió cálidamente.

¿Cómo puede amarla tanto, pero permitir que asuma tales riesgos?, se preguntó Ian.

Cuando llegaron a la TARDIS, Bárbara dijo:

—Doctor, ¿qué pasa con las personas que viven o trabajan en este edificio? ¿Crees que puedes pasar entre ellos? ¿Y si no son ni remotamente humanos?

—Si conozco a algún vecino, podré preguntarle directamente sobre el propósito de la nave.

—Si eso satisface tu curiosidad... ¿necesitas inspeccionarlo por ti mismo? —preguntó Ian.

El Doctor se agitó.

—Puede ser —concedió a regañadientes.

—De acuerdo —dijo Ian— Esperemos conocer a un vecino amable y bien informado —miró a Bárbara— Podría ser la manera más rápida de solucionar esto, entonces podemos seguir adelante con lo nuestro.

Ella se encogió de hombros con resignación.

—Está bien. Intentémoslo.

Devolvieron el catalejo a la TARDIS y el Doctor cerró la puerta con llave.

Ian esperaba que la puerta situada en el lateral del edificio del tejado también estuviera cerrada pero, aunque su pomo estaba rígido, gruñó a regañadientes hacia dentro. Ian se apoyó con el hombro y de repente se abrió del todo. Se tambaleó un par de pasos y se echó hacia atrás alarmado.

—¡Cuidado! —gritó.

En el interior sólo había una pequeña pasarela suspendida sobre un vacío de cincuenta pisos de profundidad. El edificio era una cáscara hueca.

—Casi me da un pasmo —admitió Ian, limpiándose la frente con el dorso de la mano — Por lo menos esperaba un piso adecuado.

El interior estaba entrecruzado con vigas largas y puntales de refuerzo. Allí donde una vez hubo pisos, ahora sólo había bordes irregulares que corrían por el interior de las paredes. Aquí y allá se habían colocado largas escaleras entre el armazón de soporte y la cáscara del edificio. Todo, incluyendo las filas de altas ventanas que se deslizaban por las profundidades, estaba ennegrecido por el humo.

—Eso explica de dónde vino el barro ceniciento del techo —dijo Bárbara— Obviamente, el edificio fue arrasado por un incendio, pero lograron salvar los muros exteriores.

—De todas formas —dijo Ian con cierta satisfacción— no podemos bajar, eso es todo. Lo siento, Doctor.

Pero el Doctor sonreía con picardía.

—¿De veras, Chesterton? ¿Ves ese par de vigas verticales delante de nosotros? Tenga en cuenta que parecen correr toda la altura del edificio. Creo que sirven como ejes de un ascensor.

—No es lo que yo llamaría un pozo.

—Entonces, ¿para qué sirve esta unidad de control?

Por primera vez, Ian notó una pequeña caja atornillada a uno de los postes que sostenían el pasamanos de la pasarela. La caja tenía tres grandes botones en la parte delantera. Antes de que alguien pudiera detenerlo, el Doctor presionó el botón superior.

En algún lugar muy abajo, un motor resonó volviendo a la vida. Una jaula metálica surgió de entre las sombras, subiendo rápidamente por las vigas verticales.

—Parecía lógico suponer que las personas que trabajaban en este edificio tendrían algunos medios para un fácil acceso —dijo el Doctor, sonriendo con arrogante autosatisfacción.

El ascensor se detuvo frente a la pasarela. El Doctor abrió la puerta de seguridad y les hizo señas para que entraran. Había otra caja de control de tres botones dentro de la jaula. El Doctor pulsó el botón inferior y comenzaron a descender.

—No te preocupes, Chesterton —dijo— Piensa que si no, habríamos tenido que bajar por las escaleras.

E Ian creía que el Doctor podría haberlo intentado. Sabía que nunca podía subestimar la terquedad del viejo.

Mientras se hundían entre el laberinto de puntales, Susan dijo:

—Creo que esas largas varas de plástico translúcido deben ser luces temporales.

Ian ya se había dado cuenta de que se hallaban a lo largo de casi todas las vigas, arrastrando cables de energía que se reunían en haces que serpenteaban hacia los niveles más bajos de la torre.

—Son sólo luces de trabajo, supongo —dijo Bárbara— Quizás pronto lo empezarán a reconstruir.

—Pero, ¿por qué hay tantos? —preguntó Susan— ¿Y veis que están todos cerca de las ventanas para que brillen hacia fuera? ¿No les gustaría que miraran hacia adentro para trabajar?

El Doctor parecía pensativo, pero no dijo nada.

Pararon la jaula del ascensor junto a otro pórtico. Frente a ellos había una puerta situada en el costado de una estructura rectangular en forma de caja que corría por el centro de la torre.

—Esto debe encerrar una de las carreteras que vimos desde el techo —dijo el doctor— Deberíamos poder acceder a la red de transporte desde aquí.

—De acuerdo —dijo Ian— Vamos a echar un vistazo afuera. Pero a la primera señal de problemas, volvemos a la TARDIS, ¿de acuerdo?

—Sí, sí —dijo el Doctor con impaciencia— No soy tonto, ¿sabes, Chesterton?

Abrieron la puerta de servicio con cuidado. Había un estrecho pavimento elevado más allá, flanqueando un tramo de carretera cubierta de negro. Entraron en el túnel y cerraron la puerta detrás de ellos.

—Viene un coche —dijo Susan casi de inmediato.

Ian se tensó cuando el vehículo se acercó casi en silencio, con sólo el más débil zumbido de motor, con unos grandes neumáticos. Estaba pintado en un escarlata metálico brillante y era del tamaño de un coche berlina, pero con forma de lágrima aerodinámica. A través de una ventana lateral ligeramente tintada, Ian vislumbró la cabeza y los hombros de un hombre perfectamente normal sentado detrás del volante. El coche pasó sin detenerse.

—Ves, Chesterton. Nada de qué preocuparse —dijo el Doctor.

Caminaron por el pavimento entre la luz de un día gris cubierto y cruzaron las alturas vertiginosas de un puente colgante. Enmarcada entre los imponentes edificios a un lado de ellos se alzaba la brillante forma del gran cohete.



Vista desde veinte pisos más abajo, la ciudad era aún más impresionante, pero de alguna manera no abrumadora, pensó Ian. Las altísimas líneas de los edificios se suavizaron con molduras verticales acanaladas, cornisas fuertemente esculpidas y frisos ornamentales, evitando la terrible frialdad que él tanto detestaba de los modernos rascacielos de la Tierra.

Media docena de paneles de carteles colocados sobre postes se alzaban sobre los pasamanos de la carretera. A medida que se acercaban a la más cercana de ellas, vieron que las imágenes presentadas en él se estaban moviendo.

—Son gigantescas pantallas de televisión —exclamó Bárbara.

A unos pocos metros de la pantalla más cercana, el sonido se inicia de repente para acompañar las imágenes. Una mujer bien vestida estaba sentada detrás de un escritorio, al parecer leyendo una noticia con calma deliberación.

—.. perdimos el contacto con nuestra estación de monitoreo automatizado en Arishia —dijo— Las últimas lecturas telemétricas recibidas mostraron que la tierra había sido completamente sumergida por una serie de maremotos.

Una vez más, le recordamos que todavía faltan treinta y cuatro días para el Día Cero. La oficina del alcalde también confirma que las pruebas finales en la nave se están procediendo a programar. El día del lanzamiento, la alerta de evacuación se transmitirá por todos los canales habituales, lo que permitirá un tiempo suficiente para un embarque ordenado. Mientras tanto, sigan su vida como de costumbre.

Y ahora tenemos este mensaje del obispo Fostel.

La imagen cambió para mostrar un hombre de mediana edad vestido con una túnica azul oscuro ricamente decorada con hilo de plata y oro, de pie detrás de un altar adornado con velas encendidas e iconos incrustados de gemas. Su boca, bajo la sombra de una nariz en forma de pico de halcón, mostró una sonrisa beatífica y abrió los brazos de par en par a modo de saludo. Una luz multicolor irradiaba desde detrás de su cabeza para crear un halo centelleante.

—La paz sea con vosotros, Hermanos y Hermanas, seguidores del Único Creador —entonó solemnemente— Mi mensaje es simple. Si usted se aferra a esas verdades que sabemos que son absolutas e inviolables, ¡usted será salvado!

Mientras tanto, les pido que demuestren compasión a nuestros conciudadanos que aún no han encontrado el Camino Único, y para recordarles que todavía hay tiempo para abrazar la única verdad. Llévelos a la luz y su salvación también estará asegurada, uniéndose a los elegidos que reconstruirán la iglesia de nuevo en otro mundo...

Se alejaron de la pantalla y el sonido se silenció una vez más.

—Bueno, creo que eso explica el propósito de la nave —dijo Ian— Algunos desastres están amenazando a este mundo y están planeando irse. Y nosotros también deberíamos.

—Bastante, así es —dijo el Doctor distraídamente— Pero no hay necesidad de apresurarse, muchacho. Como has oído, no esperan que esta calamidad les alcance en un mes o más. Pero, ¿cuál es su naturaleza exacta, me pregunto? Todavía hay demasiadas preguntas que quedan sin responder.

—Por ejemplo —dijo Bárbara inesperadamente— por qué han pasado varios coches desde que estamos aquí, pero ni un solo conductor ni un solo pasajero nos ha mirado.

Los demás la miraron sorprendidos.

—Porque nos parecemos a los habitantes locales —dijo el Doctor.

—Pero tampoco han mirado las pantallas.

—Es de sentido común mantener los ojos en el camino por delante mientras se conduce —dijo Ian.

—¿Incluyendo a los pasajeros? —preguntó Bárbara— Entonces, ¿por qué tienen aquí las pantallas? No puede ser para el tráfico de peatones.

—Barbara tiene razón —dijo Susan— No hay nadie más a la vista. Al menos deberíamos echar un vistazo.

Todos se volvieron para mirar el siguiente coche. Tenía un techo en forma de burbuja y podían ver el conductor claramente. Sus ojos también permanecían rígidamente fijos en el camino al pasar.

—Parecía estar algo preocupado —admitió el Doctor— pero nada más.

—Te lo enseñaremos —dijo Bárbara, y susurró algo a Susan.

El siguiente vehículo parecía ser una camioneta ligera de reparto, cerrada en la parte trasera y con un compartimento de conductor separado. Cuando se acercó a ellos, Bárbara y Susan empezaron a agitarse violentamente. Justo cuando se acercaba, Susan separó su abrigo y mostró la pierna provocativamente.

—¡Susan! —exclamó el Doctor mientras la camioneta avanzaba.

—Lo siento, Abuelo. ¿Pero has visto... que no se fijó en nosotros?

—Tienen razón, Doctor —dijo Ian— Eso fue bastante extraño.

—Hmm —El rostro del Doctor se arrugó en sus pensamientos— Quizá si...

Fue interrumpido por el estridente ruido de una sirena, que salía de la fila de pantallas de información. Las imágenes y las voces silenciadas habían sido reemplazadas por

grandes flechas rojas que apuntaban hacia atrás a lo largo del puente y parpadeaban con urgencia.

—¡Alerta, alerta! —exclamó una voz áspera— Se detecta tormenta de meteoritos clase siete. Defensas de la ciudad activadas. Todos los ciudadanos a sus refugios. Repito: ¡todos los ciudadanos a sus refugios!

—De vuelta a la TARDIS, rápido —dijo Ian por encima del clamor.

Comenzaron de nuevo a media carrera, dejando a Susan y Bárbara marcar el paso en la delantera. Ian se horrorizó al ver a qué distancia del puente habían llegado desde la boca del túnel de la torre y de repente se sintió horriblemente expuesto.

En el muro de la ciudad, una abrasadora bola de fuego blanca ardía hacia la existencia y saltaba al cielo, seguida por una segunda y una tercera.

—Misiles interceptores —dijo el Doctor— Debían ser sus instalaciones de lanzamiento lo que vi en las murallas de las torres.

—Las explicaciones más tarde, Doctor —gritó Ian.

Las nubes se iluminaron desde dentro por múltiples explosiones silenciosas, el sonido tardaría unos segundos en alcanzarlos. Sobre el gris océano un rayo incandescente cayó del cielo y explotó en una fuente de agua hirviendo. Un segundo golpeó en la playa.

Entonces los cielos se abrieron y pareció llover fuego.

De las murallas de la ciudad, estrechos hilos de luz parpadeaban y apuñalaron hacia arriba en respuesta al ataque. El cielo se llenó de roca y metal vaporizados.

—Un cañón láser —resopló el Doctor.

Un fragmento de meteorito se deslizó a través de la sobrecargada pantalla de defensa y se estrelló en los niveles superiores de una torre ni a un cuarto de milla de distancia, volando todas las ventanas. El aire se llenó con el curioso crescendo de su descenso supersónico.

Entonces, un coche salió del túnel y los pasó serenamente. El conductor, aparentemente, era completamente ajeno a la destrucción que caía del cielo.

—¡Qué tonto! —Ian jadeó— ¿Qué cree que est...?

Hubo un resplandor de luz y un chocante ruido como sonido. La superficie del puente ondulaba y se balanceaba bajo sus pies, haciéndolos caer.

Con los oídos pitando, las post—imágenes moradas flotando ante sus ojos, Ian se puso de rodillas y miró a su alrededor. Los otros también estaban recuperándose, aturridos pero aparentemente ilesos. A cien yardas detrás de ellos, el humo salía de un agujero

cráter, perforado a través de la estructura del puente. En equilibrio en su borde mismo estaba el coche que acababa de pasarlos.

—Bárbara, Susan... volved al ascensor —dijo Ian, poniéndose de pie— Doctor... tenemos que tratar de sacar al conductor.

Los dos hombres tropezaron entre el manto de humo con fragmentos dispersos de tierra y cemento bajo sus pies. Llegaron al coche, sus brillantes lados ahora desgarrados y arrugados y sus ventanas rotas y resquebrajadas. Ian forcejeó un momento con la desconocida manilla de la puerta del conductor y luego, con un tirón, se abrió.

—¿Estás bien...? —comenzó, sólo para sentir las palabras morir en su garganta.

El conductor estaba atado con cinturones anchos que le cruzaban los hombros y la cintura. Sus manos todavía estaban sujetas alrededor del volante de dirección, mientras que sus ojos miraban vacilantes adelante. Pero no tenía piernas. Su torso terminaba en una placa plana que descansaba en el asiento.

Era un maniquí.

Por un instante, los ojos de Ian se encontraron con los del Doctor, que reflejaban su propio asombro.

Antes de que pudieran hablar hubo una explosión en auge desde lo alto.

Se dieron la vuelta para ver que la parte superior de la torre donde descansaba la TARDIS estaba rodeada por una nube de fragmentos de explosión que se estaba expandiendo. La cubierta del techo parecía inclinarse sobre sí misma y luego caer a través de la cáscara hueca del edificio al que Susan y Bárbara habían corrido segundos antes.

—¡No! —gritó Ian con miedo y desesperación.

Había conseguido dar tan sólo tres inútiles pasos cuando el túnel de la carretera, aplastado por la avalancha de escombros que caían, vomitó una nube de polvo en su rostro.

## Capítulo Dos

### El Alcalde de Arkhaven

El coche aéreo de Brantus Draad rodeó los restos de la torre dos veces antes de recibir autorización del equipo de tierra de la escuadra de reconstrucción. El piloto bajó suavemente el coche por el camino elevado, al otro lado de la torre, desde la sección dañada, y Draad trepó rígidamente. El supervisor Curton lo saludó y se alejaron del lavado de los ventiladores del coche.

—¿Cómo se ve? —preguntó Draad.

—La cáscara va a necesitar una reconstrucción, alcalde. Los cimientos también se han dañado, pero no podremos saberlo hasta que excavemos los restos allí abajo —Curton miró a Draad con incertidumbre— Como estamos cerca del Día Cero, me preguntaba si no podíamos hacer que sea seguro y ya está.

Draad suspiró.

—Sí, eso sería lo más sensato, ¿verdad, señor Curton? Pero sabes que no es tan sencillo como eso —De pronto se sintió muy cansado— Sin embargo, veré qué puedo hacer. Mientras tanto, ¿qué fue lo que dijiste sobre encontrar algunos NC2 aquí?

—Eso es, alcalde. Están aquí.

Curton lo condujo hasta un pequeño grupo de vehículos de emergencia.

Al lado de una ambulancia, un par de guardias de la ciudad vigilaban a dos desconocidos, ambos hombres, uno de cabellos grises, cuya extraña ropa mostraba que no eran ciudadanos. Una mujer joven, apenas más que una muchacha, era cargada en la ambulancia en una camilla de soporte vital.

—Los hombres acababan de sacar a la chica de los restos del túnel cuando llegamos —explicó Curton— Al parecer hay otra mujer NC2 que sigue desaparecida. Piensan que pudo haber estado en el ascensor de servicio cuando todo se derrumbó.

—¿Cómo salieron del campamento y encontraron su camino hasta aquí? —preguntó Draad— No me han notificado ninguna escapada reciente.

Curton vaciló.

—En las actuales circunstancias, no les he presionado todavía. Parecen bastante confundidos por lo que ha sucedido y demasiado preocupados por la condición de la niña y la otra mujer. Lo siento, alcalde.

—Incluso los NC2s merecen nuestra compassion —dijo Draad— Pero tenemos que pensar en la seguridad, especialmente en momentos como este. ¿Qué hay de sus tarjetas de registro?

—Les pregunté por ellas, pero no parecían entender lo que quería decir.

—Las tiran y piensan que pueden pasar como ciudadanos, supongo. Deben haberse estado escondiendo aquí desde la última fuga, esperando la oportunidad de acercarse a la nave.

Los médicos estaban tratando de cerrar las puertas de la ambulancia, pero el viejo parecía estar protestando, incluso cuando el hombre más joven parecía estar tratando de razonar con él. Los guardias lo retuvieron mientras las puertas se cerraban y la ambulancia se elevaba en el aire, mientras las luces de advertencia parpadeaban con urgencia.

Los dos extraños la vieron alejarse en la distancia hasta que se perdió en la calima de la ciudad. Luego se volvieron hacia la desolada torre, y Draad vio la triste desesperación en sus caras desnudas. Bueno, ciertamente habían pagado el precio por intentar escapar. Él hubiera preferido que simplemente los enviaran al campo de inmediato, pero había preguntas que tenían que ser contestadas primero. Hizo un gesto a los guardias para que llevaran a los hombres ante él.

—Se dan cuenta de que esta es una zona restringida, y pueden ser castigados por haber sido atrapados aquí —les dijo cuando estaban delante de él— Sin embargo, si ustedes cooperan, puedo decidir ser indulgente. Primero, díganme cuándo escaparon del campamento.

Lo miraron inexpresivamente, como si estuviera diciendo un completo galimatías.

—¿Me entienden? —dijo lentamente. Tal vez hablaban dialectos insulares— ¿Sois de las Islas Ferren?

—Te entendemos perfectamente —dijo el viejo, con la voz apagada por el cansancio— Quería viajar en la ambulancia con mi nieta, pero no me dejaron. ¿Dónde la han llevado? ¡Debo estar con ella!

Su miedo y preocupación eran tan palpables que Draad se encontró diciendo, tranquilizador:

—La llevarán al Hospital Central de la Ciudad. No se preocupe, ella recibirá el mismo cuidado que cualquier ciudadano. Cuando se haya recuperado, será devuelta a ti. Mientras tanto, usted contestará mis preguntas. ¿Cuándo escaparon del campamento? ¿Quién les ayudó?

El anciano frotó una mano temblorosa sobre su frente.

—¡Campamento! No sé a qué te refieres con ningún campamento. Acabamos de llegar aquí, mi nieta está gravemente herida, mi amiga está desaparecido. No tengo tiempo para responder a tus preguntas necias.

—Hablarás cortésmente con el alcalde —dijo uno de los guardias bruscamente.

—¿Usted es el alcalde? —preguntó el joven, como si estuviera despierto— Mire, debe traer más hombres aquí. ¡Tenemos que intentar encontrar a Bárbara!

Parecía como si quisiera volver a la torre derruida y comenzar a mover los escombros con sus manos desnudas.

—Le aseguro que se hará todo lo posible para encontrar a su amiga —dijo Draad— El equipo pesado de excavación estará aquí muy pronto. No dejamos a nadie desaparecido después del impacto de meteoros, incluso si son NC2. Ahora, por última vez, ¿cuándo y cómo escaparon del campamento?

—No hemos estado en ningún campamento —respondió el anciano— Somos viajeros, vagabundos en el tiempo y en el espacio. Llegamos a este mundo hace no más de una hora. Nuestra nave aterrizó en la parte superior de esta torre... Supongo que ahora está enterrada en algún lugar entre los escombros. Aparece externamente ser una gran caja azul. Si tus hombres lo encuentran...

—¡Doctor! —interrumpió el joven con rabia— ¡Olvídate de la TARDIS!

El viejo parecía contrito.

—Por supuesto... lo siento, Chesterton. El susto. Naturalmente, primero debemos pensar en Bárbara.

—¿Su, ah, nave espacial, aterrizó encima de la torre? —dijo Draad lentamente.

—Sólo en un sentido simplista —dijo el anciano, irritado— Pero mi amigo tiene razón: debes concentrar todos tus esfuerzos en encontrar a nuestra compañera. Si se quedó dentro de la jaula, hay una posibilidad, una buena oportunidad, de que haya sobrevivido —El hombre más joven bajó la cabeza, enfermo de preocupación— No, nunca desespere, Chesterton. Estoy seguro de que la encontrarán —Se volvió hacia Draad, con los ojos ardiendo ferozmente— ¿Me promete que se harán todos los esfuerzos, señor?

—Sí, haremos todo lo posible por encontrar a su amiga —respondió Draad con sencillez— Lo prometo.

—Bien bien. La TARDIS puede esperar. Es muy robusta. Estoy seguro de que ha sobrevivido a la caída.

El corazón de Draad se hundió con exasperación y no un poco de lástima. No tenía mucho sentido cuestionarlos más. Los dos hombres estaban obviamente delirando. Los trastornos mentales no eran infrecuentes entre los últimos refugiados a los que habían



asistido. Muchos de ellos estaban convencidos de que el mundo iba a ser salvado por una intervención divina o unos extraterrestres sobrehumanos, aunque éstos eran los primeros que encontraban que pensaban que ellos mismos venían del espacio exterior.

—Estoy seguro de que sí —dijo Draad a la ligera— Mientras tanto, que los guardias les lleven de regreso al campamento. Ahí es donde todos los recién llegados a Arkhaven van. Ustedes pertenecen allí. Allí les darán nuevas tarjetas de registro y luego podrán conseguir sus raciones y descansar.

—Pero debo quedarme aquí —dijo el joven.

—No, no pueden hacer nada más aquí —dijo Draad con firmeza— Tenemos mucha experiencia en este tipo de trabajo —Oyó el zumbido de los motores potentes, y un gran transportador aterrizó.

—Miren, el equipo pesado ha llegado.

Un lado del camión se abrió y se desplegó para formar una rampa. De adentro llegaron los gemidos y el silbido de maquinaria que se enciende. Los miembros de metal fluorescentes anaranjados y amarillos se desplegaron y las ruedas giraron mientras que la escuadrilla de robóts desembarcó y marchó rodando a propósito hacia la torre. Las manos se flexionaron en garras y los haces de corte llamearon mientras aguardaban sus tareas asignadas.

Los dos hombres miraron a los excavadores sorprendidos, casi como si nunca antes hubieran visto algo así. Están muy lejos, pensó Draad. El zumbido de una grúa que pasaba por encima de ellos los hizo mirar hacia arriba. Un camión—pala ya estaba siendo bajado del cuerpo principal, apoyado por seis unidades de ventiladores de múltiples hojas.

—Verán, tenemos todas las herramientas que necesitamos —dijo Draad— Prometo que tan pronto como encontremos algo, serán informados. Y también sobre la condición de su nieta —Le aseguró al hombre mayor.

Los dos hombres no protestaron más. Su evidente shock y agotamiento los hizo manejables.

—Trátelos con suavidad — murmuró al sargento de guardia mientras los escoltaban.

—Pobres demonios —dijo Curton mientras observaba como se iba el coche de los guardias— Se comportaron como si realmente creyeran esa tontería.

—Creo que muchos más de nosotros podremos acabar así antes del final —dijo Draad amargamente— Y no me refiero sólo a NC2. Así que será mejor que este lío sea arreglado lo antes posible. Mantendremos la ilusión un poco más.

Casi dos horas más tarde, el coche aéreo de Draad aterrizó ante la alfombra del ayuntamiento. Un corto descenso por ascensor lo llevó a su oficina privada en la residencia, que ocupaba la mayor parte del décimo piso.

—Tiene llamada esperando, alcalde —dijo Monitor cuando entró— Yo creo que las dos más urgentes son de lord Vendam y el obispo Fostel. ¿Les informo que ya está dispuesto para interactuar con ellos?

—No. Mantenga todas las llamadas durante un minuto, Monitor.

Draad se sirvió una copa de su gabinete, tragó una píldora con ella y luego se quedó un momento mirando por la ventana.

Una vez la vista había sido el lago y los jardines de Hub Park. Recordaba una cálida noche de verano en sus días de estudiante cuando él y un grupo de amigos habían nadado en el lago y mirado hacia las estrellas. Y se habían reído, bromeado y hablado de sus esperanzas y planes para el futuro, sin darse cuenta de que el futuro convertiría sus sueños en polvo.

¿Cómo pudo haber desperdiciado esos momentos tan dorados de paz tan vagamente? Sin embargo, ¿para qué otra cosa eran esos tiempos?

Ahora sus amigos se habían ido y el lago había sido enterrado bajo hormigón, rodeado por tiendas de máquinas y oficinas del lugar. Dentro de este anillo, apoyado por su pórtico esquelético y acurrucado sobre su cavernoso pozo para la ignición, como un monstruo plateado, estaba la nave.

Había sido conocido como la “nave” desde el principio. Nunca había necesitado un nombre propio porque era única. Los minúsculos cohetes sonda que lo precedieron simplemente no tenían comparación. Nada como la nave había sido construido nunca en Arkhaven, o en cualquier otro lugar en Sarath, que nadie supiera. Tal vez los taklares habían intentado construir algo similar en su patria durante sus últimos días, pero para entonces ya era demasiado tarde. Ningún otro país del planeta habría tenido la tecnología necesaria incluso para comenzar un proyecto de este tipo. La nave sería la primera y la última de su tipo.

Para verlo, Draad tuvo que apoyarse en la bahía de la ventana e inclinar la cabeza hacia atrás para ver el cono del morro. Cada una de sus cuatro barquillas de patas de aterrizaje se elevaban veinte pisos. Draad a menudo comparaba de forma privada las monstruosas aletas que las conectaban al casco principal con los contrafuertes que flanqueaban la catedral de la ciudad. Pero se podría girar la nave de la catedral a través del arco de las aletas con espacio de sobra. En otras circunstancias, la ubicación de la nave, en un centro de la ciudad, podría haber sido opresiva, pero no en Arkhaven. Aquí todos vivían lo más cerca posible, no sólo porque era el área más defendida de la ciudad, sino por el momento en que se les pidiese que subieran a bordo por primera y última vez.

Draad volvió a pensar en aquella despreocupada noche en el parque. Había habido una chica en la fiesta que había sido más que sólo una amiga para él. En mitad de la noche se habían escapado juntos. ¿Cuál era su nombre? Seguramente no necesitaba revisar los registros... pero no le venía. Tal vez debería pedirle a Monitor que llame a los registros de la universidad. No. Eso pertenecía a otra vida en la que no se atrevía a dejar pensar ahora. O bien habría tiempo para la nostalgia más tarde... o no habría nada.

Terminó su bebida, se sentó en su escritorio y miró a Monitor. Pantallas y monitores llenaron el resto de la pared alrededor del receptor audiovisual de la computadora y el vocalizador. El ojo de la cámara móvil situado en el suave anillo verde brillante de la unidad de la pared lo miró impasible. Ésa era quizás la virtud más grande de Monitor, tenía paciencia infinita. Por supuesto, esa era la forma en que había sido programado. Sirvió al alcalde ya la ciudad de Arkhaven con lealtad mecánica inquebrantable.

—El obispo y lord Vendam están llamando de nuevo, alcalde —dijo Monitor, con el anillo verde del ojo de su cámara palpitando al ritmo de sus palabras.

—Está bien. Ponlos juntos.

Dos pantallas se iluminaron para revelar a Fostel y Vendam.

—Señores, mis disculpas —dijo Draad rápidamente— Estaba inspeccionando personalmente los últimos daños. Entiendo que quieren hablar conmigo.

Fostel y Vendam trataron de hablar de inmediato antes de darse cuenta de que estaban en una conversación a tres bandas. Draad mantuvo su rostro cuidadosamente inexpresivo mientras se disculparon con rigidez — ambos hombres no se gustaban y desconfiaban mutuamente.

—Alcalde Draad —dijo Fostel rápidamente, sosteniendo tres piedras ennegrecidas de tamaño de guijarros ante la cámara— los fragmentos de meteorito golpearon la catedral durante la última lluvia. La vidriera del transepto ha quedado muy dañada. Esto no se debe permitir que suceda otra vez. El pueblo no debe ver que la última gran casa de Dios en Sarath es vulnerable.

—Al área de la catedral se le ha asignado la siguiente prioridad más alta en la rejilla de defensa después del hospital —dijo Draad— Sólo la nave y la zona centro tienen mayor protección.

—Es más fácil curar las heridas de la carne que del espíritu —dijo Fostel— Le sugiero que revise sus prioridades.

—Obispo, esta fue una lluvia inusualmente grande e intensa que nos golpeó con poca advertencia —protestó Draad— Estoy seguro de que no volverá a suceder.

—Bueno, si lo hace, le consideraré personalmente responsable —le advirtió Fostel.

—Cuando acabe de preocuparse por esa monstruosidad arcaica de edificio —dijo lord Vendam con impaciencia, frunciendo el entrecejo— he tenido noticias de que este bombardeo estuvo a punto de herir a gente real en Avenida Feldor y el mirador de Rinthian. Bueno, ¿qué va a hacer al respecto, Draad?

Avenida Feldor y el mirador de Rinthian estaban casi exclusivamente poblados por familias de la élite, descendientes de las antiguas líneas reales del Norte. La familia de Lord Vendam fue la primera entre ellos.

—Sólo puedo repetir lo que le he dicho al obispo —dijo Draad— Por supuesto, si se liberaran más recursos de otras tareas, podríamos mejorar las cosas. A medida que nos acercamos a Día Cero, podríamos permitir que los edificios dañados en la Zona Exterior permanezcan sin reparar. Entonces podríamos construir otra torreta en el muro para mejorar la ubicación de las unidades interceptoras.

—No se puede hacer —dijo Vendam— Debemos mantener las apariencias adecuadas. Es bueno para la moral.

—Debo estar de acuerdo con Lord Vendam —dijo Fostel a regañadientes— La ciudad debe ser preservada hasta el último momento.

—Pero estoy seguro de que si les explicamos... —empezó Draad. Vendam lo interrumpió.

—Estás empleado para resolver problemas y para administrar la ciudad. Eso es lo que los funcionarios hacen mejor. Ahora ya sabes lo que se requiere, así que no nos molestes sobre los detalles. Sólo haz el trabajo.

Y desapareció de su pantalla.

—Recuerda que la catedral debe tener mejor protección —Fostel le recordó a Draad— Mientras tanto, espero que un equipo de reparación llegue dentro de una hora.

Luego también desapareció.

Por un momento Draad se quedó mirando el espacio. Tontos egoístas de mente estrecha, pensó. ¿Cómo llegamos a merecer tales anacronismos? La tradición nos pesa como un yugo alrededor de nuestros cuellos. Bueno, pronto tendremos la oportunidad de empezar de nuevo, para construir algo más limpio y mejor.

—Monitor, enlázame con el profesor Jarrasen.

En unos cuantos segundos, los rasgos perpetuamente distraídos de Jarrasen aparecieron en la pantalla. Los ojos pálidos y sombreados parpadeaban bajo un mechón de pelo indisciplinado, ahora atravesado por el gris. Cuando empezaron el proyecto, recordó Draad, el cabello de Jarrasen era bastante negro. Pero también lo había estado el suyo, y mucho más.

—Hola, Tovel. ¿Cómo está la nave?

Jarrasen logró una sonrisa leve.

—Podemos lanzarla en cualquier momento. Sobrevivir al vuelo es otra cuestión. Hay tantas cosas que no podemos probar aquí.

—¿Cuáles crees que son nuestras posibilidades? Honestamente.

Jarrasen se encogió de hombros.

—Creo que son cincuenta—cincuenta a si estaremos muertos a la llegada o no.

## Capítulo Tres

### La Zona del Muro

Ian estaba demasiado nervioso de preocupación por Bárbara para notar que su transporte había llegado al campamento. Sólo cuando él y el Doctor desembarcaron tomó consciencia de su nuevo entorno. Había una franja de tierra abierta quizás de media milla de ancho entre los edificios más exteriores de la ciudad y el muro perimetral. Evidentemente, el terreno había sido despejado hace algún tiempo, dejándolo parecido a un enorme yacimiento de bombas con malas hierbas que crecían entre montones de escombros dispersos.

Era obvio dónde había desaparecido el material desmontado. La maciza cinta de cemento de la muralla de la ciudad se elevaba sobre ellos. Una pasarela a lo largo de su cumbre unía las torres desde las que los misiles y vigas habían sido lanzados contra la lluvia de meteoros. El campamento, rodeado por una red de malla alta coronada por alambrado de espinos, se asomaba contra su cara interior. Los reflectores y las cámaras se montaron sobre pilones en cada esquina. Dentro de las compuertas exteriores un grupo de edificios sencillos formaban los lugares para administración y servicio. Una segunda puerta interior se abría a un gran complejo que parecía un campamento del ejército destartado.

Sobre la puerta principal había un letrero: CAMPO DE INTERNAMIENTO DE NC2.

Ian y el Doctor fueron procesados rápidamente. Se les fotografió y tomó sus huellas dactilares, se les proporcionaron tarjetas de identidad, un paquete de ropa de cama, botellas de agua y cuencos y utensilios de comida de plástico. Un aburrido guardia los condujo al interior.

—Estáis en la fila E de la unidad 17 —dijo— —¿Creéis que podéis encontrar el camino?

—Por supuesto, jovencito —dijo bruscamente el Doctor, habiendo recobrado algo de su espíritu.

—Podéis conseguir agua de un tubo vertical al final de cada fila —continuó el guardia, imperturbable— Tres comidas al día en el comedor. El ala sanitaria está por allí. Prestad atención si se llama por vuestro número por los altavoces.

Caminaron a lo largo de caminos pisoteados que serpenteaban alrededor de antiguas pilas de escombros entre las filas de tiendas señaladas. La gente se fijó en ellos, algunos curiosamente, otros sin importarles. Algunos llevaban ropa civil en varios grados de deterioro, otros estaban vestidos con funcionales monos de una sola pieza. Algunas tiendas habían sido ampliadas con raquíticas extensiones construidas con materiales improvi-

sados. Familias enteras parecían estar viviendo en ellas. Era como un campamento de refugiados con mil o más habitantes. Sobre él colgaba un aire de resignación desalentada.

La tienda 17 de la fila E era lo suficientemente grande para los dos. No estaba hecha de lino, sino de paneles de plástico rígidos y rígidos que montados juntos. Su único mobiliario constaba de dos camas dobles, tipo campamento.

Se sentaron sobre ellas con cansancio, dejaron sus escasas posesiones y se miraron el uno al otro, tratando de llegar a aclarar lo que había sucedido. Al cabo de un minuto, el doctor se aclaró la garganta.

—Si quieres decir algo, Chesterton, es mejor que acabes con eso.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Ian.

—Que no estaríamos en esta situación si no fuera por mi insistencia en explorar esta ciudad. Susan no se habría lastimado ... y Bárbara no estaría desaparecida.

Ian miró al Doctor con tanta desilusión como pudo.

—¿Hay algo que yo pueda decir que te haga sentir peor que tú?

—No, Chesterton. Es mi culpa, no lo voy a negar.

Era casi espantoso ver al Doctor tan contrito.

—Entonces no tengo nada que decirte —dijo Ian— Prométeme que me ayudarás a sacarnos de este lío lo antes posible.

—Naturalmente, haré todo lo que esté a mi alcance para poner las cosas en orden.

Ian reanudó sus pensamientos privados sobre Bárbara. Realmente sabía que las posibilidades de que todavía estuviera viva eran escasas, pero no podía permitirse renunciar a la esperanza. Si le hubieran dejado quedarse con los equipos de rescate, sabría de inmediato si la encontraban, viva o muerta. No habían visto ningún rastro de la propia jaula durante su frenética búsqueda a través de los escombros. Si Bárbara hubiera permanecido en el interior, y la jaula no hubiera sido aplastada, podría haber sobrevivido. Demasiados “si”, pero era todo lo que tenía. La espera y la incertidumbre serían la peor parte.

Se dio cuenta de que el Doctor estaba sentado en su cama con cara de tristeza. Debe estar igualmente preocupado por Susan, pensó Ian. Ella tenía mala pinta cuando la sacaron de los restos del túnel de la carretera. Medio consciente, había estado murmurando una y otra vez: “Bárbara me echó fuera...” Ian volvió a mirar al Doctor y suspiró interiormente. Realmente no debería añadir más problemas al viejo hombre.

—Supongo que podría haber sido peor —dijo lentamente.

El Doctor se movió ligeramente.

—¿En qué manera?



—Ninguno de nosotros se habría opuesto a permanecer en el techo por más tiempo. Entonces no habríamos tenido ninguna advertencia sobre la tormenta de meteoros. Si hubiéramos estado en el lado más alejado del tejado cuando fue alcanzado, el edificio podría haberse derrumbado antes de regresar a la TARDIS.

El Doctor se iluminó ligeramente.

—Sí, Chesterton, es posible —Pareció reflexionar un momento y luego dijo— Pensaba que esas excavadoras parecían más sofisticadas. Sí, estoy seguro de que tendrán esos escombros despejados en cualquier momento. Encontrarán a Bárbara muy pronto, ya verás.

—Y si sus instalaciones médicas están igualmente avanzadas —dijo Ian con tranquilidad— entonces estoy seguro de que Susan se recuperará por completo.

El Doctor sonrió suavemente.

—Gracias, Chesterton.

Permanecieron en silencio durante un minuto, luego Ian dijo:

—No creo que el alcalde creyera quiénes somos ni cómo llegamos aquí. Debe parecer una historia bastante inverosímil sin ninguna evidencia para respaldarla. Tal vez tengamos suerte de que sólo nos hiciera enviar aquí. Podría haber sido un manicomio.

—No temas, comenzarán a reconocer la verdad cuando descubran la TARDIS. Entonces querrán hablar con nosotros más adelante.

—¿Estás seguro de que la TARDIS estará bien?

—Ciertamente. Se necesita más que una caída como para dañarlo —El Doctor de repente parecía infundido con nueva energía, y se parecía más a su irascible pero infatigable anciano de siempre— Bueno, no debemos quedarnos aquí sintiéndolo por nosotros mismos, Chesterton. Si queremos mejorar nuestra situación debemos aprender más sobre esta ciudad. ¿Eran esos meteoros ligados de alguna manera con el destino al que parece estar haciendo frente? ¿Cuál es el orden social aquí y dónde estamos colocados? No podemos progresar hasta que establezcamos estos hechos básicos .

—Tal vez deberíamos sacar un poco de agua del tubo —sugirió Ian— Eso nos dará la oportunidad de conocer gente y hacer preguntas.

—Primordial, muchacho. Hagamos eso mismo.

No tardaron mucho en encontrar un informante adecuado.

Sólo habían estado de pie en el tubo vertical durante un minuto, llenando lentamente sus botellas de agua, cuando apareció un pequeño y fornido hombre vestido con un conjunto de ropas dispares. Al principio parecía pasar junto a ellos con la cabeza inclinada,

pero luego dio unos cuantos pasos oblicuos, hizo un semicírculo furtivo y de repente estuvo a su lado. Ian tenía la sensación de que ya los había estado midiendo desde lejos.

—No os he visto antes —dijo él con una sonrisa ingenua, mientras sus agudos ojos los miraban— Acabáis de entrar, ¿verdad? ¿De dónde sois?

Ian decidió intentar un acercamiento amistoso, aunque no le gustó la mirada del hombre. Había una astucia inconfundible en sus ojos, que no alcanzaba su mirada directamente. Él sonrió de nuevo.

—Sí, acabamos de entrar. Mi nombre es Ian, y éste es el Doctor. Nosotros... uh, venimos de las Islas Ferren.

—¿Y a quién tenemos el honor de dirigirnos? —preguntó el Doctor rápidamente.

—Gelvert. Harlo Gelvert —dijo el hombrecillo.

—Es un placer conocerle, señor —continuó el Doctor con suavidad— En realidad, señor Gelvert, siendo nosotros mismos nuevos, como ha observado tan perspicazmente, y habiendo recorrido una distancia considerable hace poco, estamos algo fuera de contacto con los últimos acontecimientos de la ciudad. Tal vez usted podría aclararnos sobre la situación actual.

La sonrisa de Gelvert se convirtió en la de un tiburón.

—Quieres información, has venido al hombre adecuado. Pero ya sabes, no regalo nada, comercio. ¿Entiendes? ¿Qué tienes que valga algo? —Y miró el anillo de zafiro del Doctor significativamente.

—Supongo que se trata de artículos pequeños y fáciles de transportar —dijo el Doctor— Útiles para intercambiar favores y consideraciones.

Gelvert se encogió de hombros.

—Un hombre tiene que hacer todo lo posible con lo que tiene. Hacer su vida en este lugar un poco más cómoda. No hay nada malo en eso.

—No, en absoluto —admitió el Doctor de buen grado— Y, por supuesto, esos artículos también son útiles para un hombre que tiene que moverse rápida y discretamente... ¿quizás sin aprobación oficial?

El rostro de Gelvert no cambió de expresión, pero Ian vio cómo la punta de su nariz y las mejillas repentinamente palidecieron cuando la sangre se desvaneció. El especulativo disparo del Doctor había dado en hueso duro.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Gelvert con voz ronca.

—Que estás involucrado en un complot para escapar de este campamento —dijo el Doctor, sonriendo— Tal vez deberíamos avisar a los guardias de nuestras sospechas. Po-

dría mejorar nuestra posición con las autoridades. Después de todo, uno tiene que hacer lo mejor con lo que tiene, como usted ha dicho. ¿No estás de acuerdo, Chesterton?

—Por supuesto, Doctor. Bien, ¿cuál es el camino más rápido hacia la cabaña de guardia?

—Está bien, vale —dijo Gelvert frenéticamente, aturdido por el repentino cambio de papeles.

—Bien, ¿intercambiaremos información por nuestro silencio? —preguntó el Doctor. Gelvert suspiró.

—¿Que quieres saber?

—Supongamos, por razones de argumentación, que ignoramos el pasado reciente y las circunstancias actuales de este mundo. Cuéntanos lo que ha ocurrido aquí.

Gelvert frunció el ceño.

—¿Qué clase de juego estás jugando?

—Eso no importa, ¿verdad? —preguntó el Doctor— Ténnos contentos y tendrás nuestro silencio.

Gelvert los miró con desconfianza, como si dudara de su cordura, luego se encogió de hombros.

—Bien, si eso es lo que quieres. Uh, mejor siéntate aquí.

Se sentaron sobre losas planas que sobresalían de un montón de escombros en un lado de la calle principal del campamento.

—Primero, ¿qué son los NC2? —preguntó Ian.

—No ciudadano, no conformista, por supuesto. ¿Lo pillas? Si vienes de fuera de Arkhaven, o si no encajas con sus leyes de clases, o hablas contra la Iglesia, eres un NC2.

—Entiendo —dijo el Doctor— Y aparte del internamiento, ¿qué más hacen con los NC2?

—No tienen que hacer nada, sólo nos mantienen aquí hasta que la nave despegue.

—Ah, ¿eso sería el Día Cero?

Gelvert se echó a reír.

—Antes de eso, a menos que seáis estúpidos.

—¿Por qué?

—¡Por qué! Porque es cuando la luna va a aplastarnos. ¿Dónde has estado durante los últimos diez años?

—No importa dónde, señor Gelvert —dijo el doctor— Recuerda nuestro trato. ¿Qué provocó este desafortunado estado de cosas?

Sin dejar de mirarlos muy extrañado, Gelvert dijo:

—Un asteroide la sacó de su órbita para que viniera sobre nosotros. Las regiones ecuatoriales fueron golpeadas por las tormentas de meteoritos de los pequeños fragmentos que el asteroide fue dejando en su estela. La luna volvió a salir al espacio, sólo que no tan lejos como antes. Y su órbita se hizo un poco más corta. Va en camino opuesto a la órbita de Sarath. Cada vez que hace un pase cercano pierde más velocidad. Algo sobre nuestro campo magnético.

—Por supuesto —dijo el Doctor medio para sí mismo— Su núcleo debe tener un contenido ferroso inusualmente alto. Eso lo retrasaría mucho más rápidamente que las fuerzas gravitacionales solas. ¿Cuán grande es la luna?

—Uh, más de ciento cincuenta mil, tal vez.

—Es demasiado grande para destruirla o desviarla por medios convencionales —dijo el Doctor— Sí, la devastación sería tremenda. ¡La corteza del planeta podría abrirse de par en par!

Ian se sintió un poco enfermo al pensarlo.

—Así que lo que vimos hoy era sólo un anticipo de lo que vendrá.

—Sería como comparar unos pocos guijarros arrojados con un deslizamiento de tierra que se lleva la mitad de una montaña —dijo el Doctor con solemnidad— Esta ciudad ha sido evidentemente muy afortunada, hasta ahora.

—Está bien lejos de lo peor de aquí en el Norte —dijo Gelvert— Sólo nos llegan unos cuantos impactos como hoy y la extraña marea. Antes de llegar aquí, vi ... —desfalleció, como si estuviera luchando contra algún recuerdo intolerable, y entonces la ira se apoderó de él— No importa lo que vi. ¡No me pasará lo mismo!

En el silencio que siguió, Ian dijo:

—Así que el muro estaba construido contra las mareas.

—Y los bronzers —dijo Gelvert con malhumor.

—¿Quiénes?

—Los taklares. Cuando la luna empezó a caer y sus tierras fueron destrozadas, trataron de moverse hacia el norte. Lo invadieron todo hasta que Arkhaven los detuvo. La úl-

tima de sus estratagemas está en la playa. Ellos querían subir a la nave —Se rió horriblemente— Ahora todo lo que tienen es un montón de arena como lápida.

Gelvert hizo una pausa cuando apareció un pequeño carrito con motor por el camino. Su espalda abierta estaba apilada con bandejas de productos pequeños. Se detuvo cerca de ellos y un hombre con una bata verde brillante salió de la cabina. Varios NC2 salieron de sus refugios y rápidamente se reunieron alrededor del carro, aparentemente negociando para comprar artículos de su selección.

—Vuelvo en un minuto —dijo Gelvert, y se unió a la parte posterior de la pequeña multitud. Él fue el último en ser servido, e Ian notó que habló con el comerciante durante mucho más tiempo que los clientes anteriores. Finalmente, Gelvert se dio la vuelta y metió algunos objetos pequeños en los bolsillos interiores de su largo abrigo remendado. El comerciante subió de nuevo a su carro y se alejó en silencio.

—¿Quién es? —preguntó Ian a Gelvert mientras se reunía con ellos.

—Lesitor. Tiene la franquicia para suministrar algunos lujos al campamento. Guarda unos cuantos trozos de las raciones y puedes comprar fruta fresca, barras dulces, un abrigo caliente. Consigue cualquier cosa por un precio. Tiene buen ojo para las ofertas ese Lesitor. Estará negociando hasta el día en que la nave despegue.

—Sí, la nave —dijo el Doctor— ¿Dónde está amarrado? —Él levantó rápidamente una mano para evitar otra respuesta incrédula de Gelvert— Sé que no puedes creer que tengamos que preguntar, pero dímelo de todos modos.

—Mirath, por supuesto. El planeta más cercano a nosotros. Cuando la luna comenzó a caer, Arkhaven envió un cohete automático de sonda hasta allí. Encontraron que era más frío que Sarath, pero tenía aire y agua transpirable e incluso alguna vegetación.

Las condiciones sonaban a Ian más bien como aquellas que Marte alguna vez se había asumido que poseía.

—¿Qué te parece ir allí?

Gelvert los miró con franca incredulidad.

—De verdad no lo sabes, ¿verdad? ¿Por qué crees que las personas de este lugar parecen estar ya en la morgue?

—Quizá nos ilumines —dijo el Doctor.

Por segunda vez, Gelvert sonó enfadado y resentido, y un poco de color vino a sus mejillas huesudas.

—Cuando Arkhaven empezó a construir la nave, la diseñaron para llevar a su propia gente, herramientas y suministros que necesitarían en Mirath, más un poco de espacio para cargas especiales. Pero eso fue antes de que los refugiados de guerra de otras ciu-

dades comenzaran a llegar. Ahora sólo hay espacio para unas cuantas personas más con habilidades especiales, o aquellas que las familias de la élite quieren como sirvientes... ¡esclavos más bien!

El resto de nosotros se queda aquí —Sacudió el dedo— esos somos vosotros y yo, ellos nos dejarán atrás. Durante unos días después de que la nave despegue, tendremos toda la ciudad para nosotros. Entonces golpeará la luna —Gelvert dio un puñetazo en la palma de su mano— ¡Y el mundo se derrumbará bajo nuestros pies!

## Capítulo Cuatro

### Subterráneo

Bárbara lentamente recuperó la conciencia.

Fue un esfuerzo forzarse a abrir los ojos. Cuando lo hizo no había nada más que oscuridad y le tomó varios pestañeos decidir que sus ojos estaban realmente abiertos y que simplemente no había ninguna luz para ver.

Estaba tumbada de espaldas con el sabor de la arena en la boca. La cabeza le palpitaba y se sentía peligrosamente enferma. Cada parte de su cuerpo parecía dolerle, pero estaba viva.

Quédate quieta, se dijo. Recupera tu aliento. Espera hasta que todo pare de dar vueltas.

Recordó los momentos antes de que cayera el ascensor.

Hubo un rugido hinchado cuando una avalancha de hormigón llenó la cáscara hueca del edificio, rompiéndose en el enrejado de los puntales de refuerzo y rompiéndolos como palos de cerillas. Instintivamente había empujado a Susan por la puerta del ascensor, incluso cuando sus vigas de apoyo se estremecieron y luego se inclinaron hacia afuera bajo el impacto de los escombros descendentes. El metal chirrió cuando un grupo de carretillos se liberaron de sus lugares de anclaje, el choque repentino separándola, sacudiéndola hasta caer antes de que pudiera seguir a Susan. Algún freno de seguridad automático en los carretillos restantes retardó la caída del ascensor, pero a Bárbara todavía le parecía que había caído en picado como una piedra. Golpeó el fondo con la suficiente fuerza como para quedarse sin aliento en su cuerpo, incluso cuando los escombros comenzaron a golpear su marco de metal.

Luego había un espacio en blanco.

Ahora estaba tumbada en la oscuridad, su silencio roto sólo por el sonido de su respiración. Mientras se quedaba aturdida, se dio cuenta de que un trozo de cinta le retorció la mano. Le llevó un momento averiguar qué era. No debía perder eso, pensó confusa, y lo metió en el bolsillo de la costura de sus pantalones. Incluso este simple movimiento dolía.

Por lo menos la jaula la había protegido de ser aplastada. ¿Qué son algunos moretones en comparación con eso? Pero todavía estaba enterrada bajo muchas toneladas de escombros, en algún lugar de los niveles inferiores de la torre.

Empezó a sentir el pánico en su interior, pero firmemente anuló la sensación antes de que tuviera la oportunidad de controlarla. Perder el control de ti mismo no te hará ningún bien, pensó. Espera hasta que te sientas mejor antes de intentar hacer algo.

Se distrajo durante un minuto o dos planeando lo que le diría al Doctor cuando lo viera de nuevo. Sin embargo, sabía que él haría todo lo posible para encontrarla. Ian y Susan se encargarían de eso. Sí, todos vendrían por ella, seguro.

Pero, ¿cuánto tiempo les llevaría?

Si sólo tuviera alguna luz.

Espera un momento, pensó. En el interior de la caja del ascensor, junto al panel de control, había un objeto tubular sostenido en su lugar por un clip de resorte. No le había prestado mucha atención en ese momento, pero podría haber sido una linterna. Tenía sentido dejar una allí. Si pudiera encontrarla.

Sintiendo que la onda de enfermedad se calmaba lentamente, trató de sentarse.

—¡Oh! —jadeó y volvió a ponerse de espaldas.

Se había roto la cabeza en algo que no estaba a más de dos pies por encima del piso del ascensor. Cautelosamente, alzó la mano hacia arriba y sintió una malla metálica retorcida, que había sido desgarrada en algunos lugares por los bordes rotos de bloques de hormigón. Debía ser el techo de la caja. La habían golpeado casi encima de ella.

¿Cuánto peso debe soportar y cuánto tiempo seguirá soportando la carga?

Nuevamente luchó contra el impulso de entrar en pánico. Este no era el momento ni el lugar. Más tarde dejaría sus sentimientos, pero no ahora.

Extendió la mano tentativamente a ambos lados. Su mano derecha rozó contra la malla de alambre pesada y arrugada. Sí, debe ser el panel lateral de la caja de ascensores. Se dio la vuelta, haciendo una mueca de dolor cuando fragmentos dentados de tierra y cemento se le clavaron y se impulsó hacia ella. Ahora, siéntate hasta llegar al poste de la esquina, se dijo. Ahí está. Ahora, si este es el frente de la jaula, el panel de control debe estar aquí arriba y el clip debe estar a la derecha. Su mano buscadora atravesó la retorcida malla hasta que se cerró sobre lo que buscaba. ¡Todavía estaba en su lugar! Ella lo soltó, buscó un botón en su costado y presionó.

Una luz blanca inundó el estrecho espacio. Su jadeo de alivio se ahogó cuando vio que el techo entero de la jaula estaba abultándose hacia abajo a un grado espantoso. El suelo inclinado y deformado ya estaba lleno de polvo y pequeños fragmentos de piedra que aparentemente habían sido atravesados por las muchas grietas del marco.

En algún lugar de la masa de escombros sobre ella, la piedra se agrietó y el metal emitió un desgarrador gemido. Un goteo de polvo y arena golpeó suavemente sobre el piso del ascensor. Ella miró desesperadamente. La puerta del ascensor estaba medio arrancada de sus bisagras. Más allá había un revoltijo loco de bloques de hormigón y una porción torcida de viga metálica. Entre ellos había una estrecha abertura enmarcada por las sombras bailarinas arrojadas por la linterna.



Barbara se dio la vuelta y dio una patada a la puerta, doblándola lo suficiente para que ella pudiera atravesarla. La jaula gruñó y chilló y el techo cayó más bajo.

Se forzó a través de la brecha entre los paneles de malla retorcidos de la puerta. El dobladillo de su peto quedó atrapado en una malla de alambre, tirando de ella hacia atrás. La rasgó con un tirón frenético, desgarrando la prenda y se levantó.

Se arrastró a través de un arco formado por dos piezas cruzadas de viga de hormigón y, a sus talones, la jaula se dobló y fue aplastada. Inmediatamente el arco comenzó a colapsar a su vez a medida que la presión de arriba cambiaba para llenar el nuevo vacío.

Ignorando los rasguños y las rozaduras, Bárbara se movió frenéticamente sobre sus manos y rodillas, tratando de sostener la linterna mientras avanzaba, deslizándose a cualquier espacio que se presentara a continuación. Lo único que le importaba era deshacerse de la masa de restos de chatarra, impulsada ya por el horror de que en cualquier momento todo cediera, atrapándola impotentemente mientras la destrozaba.

Sus manos presionaron sobre una losa que se mecía y luego de repente se inclinó verticalmente. Antes de que pudiera detenerse, cayó de cabeza en un agujero negro, llevando una lluvia de escombros sueltos con ella.

Golpeó el suelo de un pozo que corría hacia abajo en un ángulo de unos treinta grados. Sus lados estaban húmedos y manchados de limo y Bárbara empezó a deslizarse. Ella se movió frenéticamente pero no pudo encontrar ningún apoyo para frenar su descenso.

Entonces, la pendiente del pozo se niveló abruptamente y ella fue lanzada a un vacío negro. Incluso mientras gritaba con un terror absoluto golpeó el agua con un resonante chapoteo. Tosiendo y tartamudeando salió a la superficie, moviéndose salvajemente por un momento hasta que encontró que sus pies tocaban el fondo. Se puso de pie y encontró que el agua sólo llegaba a sus caderas, rodando sobre ella bajo el impulso de una corriente suave.

Todavía sostenía la linterna, agarrada fuertemente en su mano por miedo a estar perdida en la oscuridad una vez más. Tenía que estabilizarla con la otra mano, y se dio cuenta de que temblaba violentamente. Su haz iluminó una cornisa que se elevaba fuera del agua a pocos metros de ella. Por encima de aquello, una oscura pared se curvaba hacia arriba para formar el techo de un gran túnel. Se acercó a la cornisa, se sacó del agua y se quedó allí jadeando.

Se sentía fría, húmeda, miserable, magullada y asustada. Ella tiró de sus rodillas hasta su pecho y se permitió llorar de corazón durante un minuto completo.

Cuando terminó se sintió mejor. Se sentó, se enjugó los ojos y luego miró cuidadosamente su nuevo entorno.

El túnel, tal vez de veinte pies de ancho, desaparecía más allá del alcance de la luz de la linterna en cualquier dirección. Desde donde estaba sentada, podía ver tres aberturas espaciadas a lo largo de sus lados, idénticas a por la que ella había surgido de forma tan dramática. Supuso que estaba en parte de un sistema de drenaje de tormentas. No era la ubicación más agradable, pero se consoló con la idea de que podría haber sido una alcantarilla. El aire estaba húmedo y con olor a moho pero el agua parecía relativamente limpia.

Entonces, ¿qué hacer ahora?

Ciertamente no había manera de que ella pudiera subir de nuevo por el pozo por el que había bajado. Incluso podría ser peligroso probar con todos esos restos allí arriba. Pero cuando el Doctor, Ian y Susan vinieran a buscarla, descubrirían la abertura superior. Ella oiría la actividad y podría llamarlos.

Pero, ¿cuánto tiempo llevaría eso? Si todo el edificio se hubiera derrumbado, podrían pasar días antes de que pudieran excavar hasta ese punto, suponiendo que pudieran obtener ayuda de los lugareños. Podrían pensar que ya estaba muerta. Si pudiera volver a la superficie, entonces podría ahorrarles mucha ansiedad innecesaria.

De repente, Bárbara golpeó los costados de su cabeza con sus puños apretados con disgusto.

—¡Yo, yo, yo! —gritó enojada, las palabras resonando por el túnel.

Había estado tan absorta en su propia situación que había olvidado que los demás podrían tener problemas propios ¿Susan pudo escapar? Si hubiera habido otro impacto de meteoritos en la carretera mientras Ian y el Doctor seguían ahí fuera...

Ella se puso en pie tan rápido como se lo permitieron sus músculos rígidos y magullados. No había manera de que pudiera esperar pasivamente para ser rescatada. Tenía que salir lo antes posible.

Si simplemente seguía la dirección del flujo de agua, estaría obligada a llegar a algún punto de acceso de mantenimiento o a la desembocadura del túnel. Entonces ella podría volver de regreso con los demás mucho antes de que pudieran llegar hasta donde estaba ella ahora.

Pero, por si acaso, dejaría una señal.

Caminó a lo largo de la cornisa hasta que alcanzó el punto por debajo del pozo por el que había caído. Haciendo una mueca, se deslizó de nuevo al agua y tanteó alrededor con sus pies hasta que encontró un trozo de hormigón del tamaño de un puño que había bajado con ella. Se echó de nuevo a la cornisa y comenzó a raspar la piedra bajo el borde del pozo. En pocos minutos había marcado un gran "B" en la pared, con la flecha apuntando en la dirección que pensaba viajar.

Luego, con la antorcha brillando alentadoramente delante de ella, Bárbara bajó por el túnel.

## Capítulo Cinco

### Hospital

El sistema de autosupervisión del progreso del nuevo paciente emitió un pitido urgente, informando a la clínica senior Nyra Shardri de que no todo estaba bien.

Dejó su puesto en el centro de la unidad de cuidados intensivos y cruzó hasta el tanque de recuperación cinco. Podría haber visto la información en su propia consola, pero le gustaba acercarse a sus cometidos. Por supuesto, las máquinas hacían el trabajo real, pero ella sentía que el contacto humano debía ser una parte del proceso curativo. Teóricamente, incluso podría asumir el control si las máquinas y sus respaldos fallaban. Se había portado bien en las emergencias médicas simuladas, pero hasta el momento nunca había sido puesta a prueba con una persona real. Hace un siglo, prácticamente todos los procedimientos médicos habían sido realizados por los seres humanos y sus máquinas primitivas estaban allí sólo para ayudarlos. Ahora bien, nadie en Arkhaven confiaría exclusivamente en un médico humano.

Dentro del tanque, una mujer joven de rostro pálido, vestida con una bata de hospital, descansaba sobre una colchoneta con el contorno del cuerpo. Los brazos robóticos ya habían instalado las líneas habituales de apoyo y supervisión en su lugar. Las almohadillas regenerativas en cabeza, pecho, brazo izquierdo y pierna derecha indicaron que las lesiones graves estaban siendo estimuladas para una curación acelerada.

La pantalla mostró:

NC2—Susan Foreman. Víctima de shock traumático. No hay código de identidad / número de registro. Sin historial médico previo.

Apareció una lista de sus heridas:

Conmoción cerebral. Fractura de depresión menor en parte anterior del hueso parietal izquierdo que causa presión en el cerebro. Fracturas óseas mayores: clavícula del lado derecho (compuesto), tercera y cuarta costillas del lado derecho, radio del lado izquierdo, cúbito (dos lugares) del lado izquierdo, tibia del lado izquierdo (compuesto). Daño menor en las vértebras torácicas. Varias lesiones por perforación y laceraciones en el tronco y la pierna izquierda. Pérdida de sangre. Conmoción.

Tratamiento: Aliviar presión parietal y unir fragmentos óseos. Re—alineamiento de la columna vertebral y se inició la regeneración nerviosa. Principales fracturas óseas alineadas y establecidas, campos de regeneración ósea establecidos. Se limpian las heridas y se unen los tejidos, se aplican apósitos de piel externa. Fluidos intravenosos y transfusión

de sangre para reemplazar las pérdidas traumáticas y aliviar el shock. Se administran agentes antibacterianos y antivirales estándar.

Tratamiento en curso: Exploración profunda de cerebro, columna vertebral y órganos internos. Elevación de la temperatura corporal para contrarrestar la caída hipotérmica.

La temperatura corporal básica de la niña había sido inusualmente baja, notó Nyra, lo que era bastante común en casos de shock. Pero no respondía al tratamiento estándar de los líquidos intravenosos y al calentamiento externo gradual. Su pulso también había sido muy bajo, aunque constante, con un volumen de sangre sorprendentemente bueno, dadas las circunstancias. Ahora Nyra vio que también no estaba respondiendo a la estimulación normal.

Consultó la pantalla cardíaca, notando un doble pico curioso.

—Reajustar monitor cardíaco para eliminar eco —ordenó.

Un mensaje destelló: Monitor en funcionamiento dentro de los parámetros óptimos. No se detectó eco.

Nyra frunció el ceño. ¿Qué le pasaba?

Ahora veía que el encefalógrafo también mostraba un patrón extraño. No era peligroso, por lo que no había provocado alarmas, pero era, bueno, extraño.

Se emitió un mensaje para mostrar que los resultados del análisis de sangre y biopsia estaban listos. Nyra los examinó con un creciente sentimiento de incredulidad. No tenían ningún sentido.

—Ejecutar autodiagnóstico en la unidad de análisis de muestras —ordenó Nyra. Si la unidad estaba defectuosa, quería que se reemplazara de inmediato.

Después de un minuto apareció el mensaje: Autodiagnóstico confirma que la unidad está funcionando dentro de los parámetros óptimos.

Eso era ridículo, pensó Nyra. Nadie tenía una química corporal así. Excepto que parecía que al menos una persona los tenía, y ella estaba acostada justo enfrente de ella.

Bueno, cualesquiera que fueran las peculiaridades de la chica, ella seguía siendo una paciente bajo su cuidado. ¿La sangre sintética que le estaban suministrando era compatible? Era multi—espectro y de ningún tipo específico. Pero en todo caso no tenían nada mejor. ¿Qué más podía hacer? se preguntó Nyra. Para empezar, verificar si hay otras anomalías.

Ella pidió los resultados de una exploración profunda, sólo para mirar con incredulidad las imágenes en la pantalla. No había lesiones orgánicas internas, por lo que el sistema no había iniciado tratamiento adicional alguno, ignorando, con indiferencia mecánica, algo realmente extraño.

¿Qué era eso... o mejor, qué eran esos?

La conciencia de Susan flotó en lo más profundo de su mente.

Sabía que había resultado gravemente herida. Percibió que había daños en partes de su cerebro y columna vertebral que debían atenderse de inmediato, de lo contrario se vería obligada a tomar la última opción, que sería peligrosamente prematura a su edad. Había una manera de tratarse a sí misma, pero era una habilidad que nunca antes había usado, excepto en prácticas. Sólo deseaba que Abuelo estuviera allí para guiarla. Sin embargo, tenía que haber una primera vez para todo.

Las luces de advertencia se iluminaron por todos los paneles de la pantalla del tanque mientras los mensajes urgentes se arrastraban por las pantallas.

Actividad de ondas cerebrales disminuyendo. Temperatura corporal disminuyendo. Caída de pulso y respiración.

Nyra los miró con horror. Sin ninguna razón, parecía que su paciente se estaba muriendo repentinamente. Y ninguna forma de estimulación que el tanque pudiera aplicar serviría para detener el declive.

Inexorablemente, el pulso y la respiración de Susan cayeron por debajo de valores medibles. Su actividad de ondas cerebrales se redujo a líneas parpadeantes poco profundas.

Nyra sabía que sólo quedaba una opción.

Golpeó un botón para iniciar la estasis terminal de emergencia.

El interior del tanque se llenó de vapor frío, lavando la forma inmóvil de Susan y ocultándola de la vista. Las lecturas del monitor del cuerpo cayeron abruptamente a cero.

Nyra soltó un pequeño suspiro de alivio.

La muerte, una vez más, había sido puesta en suspenso. El sistema les había comprado un poco de tiempo para averiguar qué había, casi, matado a su paciente más inusual.

## Capítulo Seis

### Fugarse

Un viento inquieto pero no naturalmente suave sopló fuera de la noche, desgarrando el cielo cubierto en nubarrones a las carreras y revelando vislumbres fugaces de las estrellas. No había lluvia todavía, pero Ian sintió que estaba acercando una tormenta.

Su estado de ánimo se oscureció con el tiempo. Seguramente ya habrían oído algunas noticias de los rescatistas en la torre. Siempre suponiendo que las instrucciones del alcalde hubieran sido transmitidas correctamente. Apretó los puños. No podía aguantar la espera mucho más. Otra hora y él iría a la oficina del campamento y exigiría que averiguaran cómo progresaba el trabajo.

Miró al Doctor, que estaba sentado en su cama mirando a la ciudad a través de la puerta entreabierta de su refugio. Había poco más que hacer en el campamento. Gelvert había sido la persona más locuaz que habían conocido. Otros habían respondido a sus preguntas con monosílabos, o bien los habían ignorado por completo, como si ya hubieran renunciado a la vida y estuvieran meramente haciendo tiempo antes del inevitable fin. Algunos se habían hecho daño en sus rostros. Había una mirada salvaje en sus ojos que mostraba lo cerca que estaban del punto de inflexión.

Ian comprendió ahora por qué el alcalde se había reído del Doctor y de él. Y también sabía que le resultaría difícil mantener un equilibrio si tuviera que vivir bajo pena efectiva de muerte durante meses.

Sin embargo, no podía aceptar todas las consecuencias de la situación. La ciudad que lo rodeaba, la misma tierra en que descansaba, iba a ser destruida por un cataclismo de tal magnitud que estaba más allá de su comprensión. La muerte de un individuo la podía entender, pero no la muerte de un mundo. Él aceptó el concepto intelectualmente pero no en su corazón. Tal vez eso fue lo mejor. De lo contrario, podría terminar como esos pobres desgraciados de su alrededor.

Pensó en el puñado de niños que habían visto jugar en los refugios y brevemente sus pensamientos se volvieron hacia Bárbara. Los niños parecían no darse cuenta de su destino y su juego había producido las pocas sonrisas que habían visto en el campamento. Era desgarrador... a pesar de lo que sus padres hubieran hecho, eran inocentes. Seguramente los gobernantes de la ciudad podían encontrar espacio para ellos, al menos, dentro de la vasta nave de huida, cuya aguja iluminada era claramente visible desde el campamento.

El Doctor de repente habló, invadiendo el ensueño de Ian. Estaba señalando la ciudad.

—Chesterton. Dime que ves.

Ian no pudo entender el punto de la pregunta, pero dio una respuesta bastante directa.

—Luces... ventanas y farolas, trenes con tubos fluorescentes, unos cuantos coches en movimiento. Eso es lo que se espera en una ciudad por la noche.

—Exacto —dijo el Doctor— Pero ¿puedes ver alguna gente?

—No, claro que no.

—Entonces, ¿cómo sabes que están allí?

—Bueno, sabemos que sí.

—Seguro. ¿Cuántas personas hemos visto hasta ahora, fuera de este campo? ¿Una docena, tal vez veinte?

—Más o menos.

—Entonces, ¿por qué crees que hay más?

—Mira, una ciudad de este tamaño debe albergar millones de personas.

—Incorrecto, Chesterton. Una ciudad de este tamaño podría albergar a millones de personas. Pero todo lo que vemos son luces. Por ejemplo, observa las ventanas de los edificios más cercanos a nosotros, como lo he estado haciendo durante la última hora. ¿No esperarías verlos apagarse o encenderse, o centellear de vez en cuando cuando se mueven cortinas o persianas?

—Sí, supongo.

—Bueno, no he visto nada de eso. Y recuerda las luces encendidas dentro de la cámara hueca del edificio en el que aterrizamos. Fueron diseñados para iluminar las ventanas y hacer que el edificio parezca habitado. ¿Y el conductor ficticio que encontramos en el coche? ¿Y si todos los coches que hemos visto estuvieran dispuestos de la misma manera?

Ian pellizcó el puente de su nariz, sintiendo su cabeza palpar. No estaba realmente dispuesto a contemplar tales acertijos en este momento.

—¿Pero por qué? ¿Cuál demonios sería el propósito de tal engaño?

—Se sugieren algunas posibilidades —dijo el Doctor— Pero esperarán hasta mañana. Pareces cansado, querido muchacho. Este día ha sido una terrible tensión para ambos. Debemos tratar de dormir un poco.

Ian sabía que el Doctor tenía razón.

—Quizá sólo una hora más o menos. Quiero consultar con la oficina del campamento más tarde, para ver si hay más noticias.



Apagó la tenue luz de pilas en el techo del refugio y se acostaron en sus camas. No podía dormir, pero tenía sentido descansar.

Ian debía de haber dormido a pesar de su ansiedad, porque cuando fue arrojado a la vigilia de nuevo, una lluvia salpicaba el techo. Pero no fue lo que lo despertó. Había alguien más dentro del refugio con ellos.

Oyó al Doctor dar un grito de alarma cuando una mano se cerró sobre su propia boca. Lo golpeó por un reflejo, sintió que su puño conectaba con un pómulo y oyó un gruñido ahogado de dolor. Un objeto pesado y romo se estrelló en el costado de su cama, no perdiendo su cabeza por una fracción de pulgada. En la desesperación, echó a correr hacia la oscuridad, golpeando a uno de sus asaltantes en el estómago. Se esforzó por ponerse de pie, lanzando golpes a las sombras.

De repente, un rectángulo de luz gris pálido apareció cuando la puerta del refugio se abrió de golpe. Por un instante se dibujaron tres siluetas contra ella, para luego desaparecer.

Él se lanzó a través de la puerta tras ellos y corrió unos pasos más allá, pero la noche azotada por la lluvia ya se había tragado a los intrusos. Sacudiendo la cabeza con rabia, volvió empapado de nuevo al refugio y encendió la luz. El Doctor estaba sentado a un lado de su cama, con la ropa desordenada, agarrándose el brazo derecho y flexionando los dedos con cautela.

—Doctor... ¿estás bien?

—Gracias, Chesterton... sí —El doctor sonrió un poco— Creo que iban tras de mi anillo. Afortunadamente no lograron quitármelo.

—¿Uno de ellos era Gelvert? ¿O sus amigos, quizás? Le había echado un ojo a tu anillo antes.

—Pensé que la voz de uno de los que golpeaste me sonaba familiar, pero no podría jurar que fuera Gelvert.

—Apuesto a que lo era. Pero como todo lo que tienen son narices sangrientas, supongo que no vale la pena informar —Ian enderezó su cama, que había quedado tumbada en la lucha, y se sentó, mesándose su cabello húmedo— ¿Pero por qué molestarse en robar baratijas cuando el mundo, literalmente, está llegando a su fin? Lo único que le quedaría de valor real sería un billete en esa nave espacial, y supongo que no se puede comprar con ninguna cantidad de dinero o anillos preciosos.

—Puede que no sea un billete —dijo el Doctor— pero tal vez un paso hacia... —Él vaciló, palmeando los bolsillos con un creciente sentido de urgencia. Ahora miró a Ian

preocupado— Busca por el suelo, Chesterton. Creo que me arrancaron la llave TARDIS en la lucha.

Examinaron el suelo y luego revolvieron toda la ropa de cama. No había ni rastro de la llave.

—Bueno, no tiene sentido mirar afuera con este tiempo —dijo Ian— Tendremos que esperar hasta mañana.

—Tú entiendes que no podemos volver a entrar en el TARDIS sin ella —le recordó el Doctor gravemente.

—Probablemente lo robaron pensando que era valiosa —dijo Ian— Cuando tengan la oportunidad de examinarla, sin duda simplemente la tirarán. No puede ser de ninguna utilidad para ellos. Todavía podemos encontrarla. Si no, Susan tiene una, ¿no? Estará con sus cosas en el hospital... —Se interrumpió al ver la expresión en la cara del Doctor.

— Chesterton, ¿recuerdas haber visto la llave de Susan cuando la rescatamos?

—Bueno no. Pero apenas presté atención a un detalle como ese.

—No, yo tampoco, es una lástima. Pero no creo que la llevara alrededor de su cuello como siempre. Debía de haberla perdido en la torre. ¡Si esa llave falta también, entonces incluso si recuperamos la TARDIS, nunca podremos salir de este mundo! —Por un momento sólo pudieron mirarse sin esperanzas. Entonces el Doctor se levantó, con la barbilla puesta en un ángulo determinado— Debemos hacer todo lo posible para localizar a nuestros atacantes. Primero alertemos a los guardias. Deben buscar el apoyo de Gelvert... si ya no es demasiado tarde.

Sosteniendo los revestimientos impermeables de sus camas sobre ellos como capas, salieron de su tienda y caminaron rápidamente hacia el bloque de administración.

—No puedo culpar a Gelvert por querer escapar de aquí —dijo Ian— No me gusta la idea de informar sobre él. Le prometimos que nos callaríamos.

—Todo entendimiento que teníamos con él ha terminado —dijo el Doctor bruscamente— Debemos aprovechar al máximo la situación. Ahora es aún más urgente convencer a las autoridades de que no somos refugiados comunes.

Llegaron a la casa de guardia sólo para encontrar que el centinela de la oficina externa estaba medio dormido ante un banco de pantallas de monitor. No es de extrañar que la gente esté planeando escapar si sus guardias están tan flojos como esto, pensó Ian.

—Hemos sido atacados y robados —dijo el Doctor al hombre bruscamente, sacándolo a un estado de alerta resentido— Se ha robado un objeto de algún valor. Creo que uno de los ladrones era un hombre llamado Harlo Gelvert. Le pido que revise sus habitaciones inmediatamente.

—Ustedes, los NC2, siempre se están robando el uno al otro —respondió el guardia con irritación— Vuelve por la mañana, quéjate y lo examinaremos.

Un resuelto resplandor entró en el ojo del Doctor.

—Puede que le interese saber que Gelvert planea escapar. De hecho, tal vez ya lo haya logrado. Ahora, ¿qué dirá su oficial al mando si se entera de que esperó varias horas antes de actuar según nuestra información?

Con un gesto de irritación, el guardia, sin quererlo, comprobó el número de refugio de Gelvert, pidió a otro centinela que los vigilase y se adentró en la lluvia.

Estuvo de vuelta en tres minutos a la carrera y rápidamente comenzó a golpear los botones en el tablero de control.

Luces adicionales se encendieron alrededor del perímetro del campamento y una sirena empezó a llorar tristemente. Unos focos en los pilones de la cerca se encendieron a la vida y comenzaron a dividir el suelo del campo.

—Parece que Gelvert lo ha hecho —dijo Ian al Doctor— ¿Cómo supiste que lo haría tan rápido?

—Era una posibilidad muy fuerte. No creo que se arriesgara a un robo tan descarado a menos que estuviera listo para irse. Mi anillo fue, sin duda, la forma de recargar fondos para su uso en el exterior. Cuando fracasó el intento, sospeché que podíamos alertar a las autoridades y tenía que irse de inmediato. Por su comportamiento anterior sospecho que ha estado planeando la fuga algún tiempo. Ah... supongo que este es el comandante del campo.

Un gran hombre de rostro rojo entró en la garita de guardia todavía ajustándose su uniforme.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó.

—Una queja de estos prisioneros nos llevó a investigar la unidad R8, señor —informó el guardia infeliz— Todos sus ocupantes están desaparecidos. Creemos que han escapado.

—Levanta a todo el campamento para hacer recuento.

En pocos minutos el campamento fue despertado y todos los internos fueron puestos en formación para la comprobación, temblorosos y con los ojos cansados bajo la lluvia. Aparte de Gelvert, catorce hombres y dos mujeres de cuatro cabañas diferentes estaban desaparecidos.

—Que rompan filas —ordenó el comandante cansado cuando el recuento estuvo completo— Comience a revisar la valla y revise el registro visual.

—¿Y los dos que dieron la alarma, señor? —preguntó el guardia, indicando a Ian y al Doctor.

—¿Qué? Oh no, es mejor que los guarde aquí por el momento. Tal vez quiera interrogarlos más tarde. Mientras tanto, sería mejor que alerte a la Vigilancia.

Caminó pesadamente hacia la oficina interior.

—Parecía cansado de todo el asunto —observó Ian mientras se sentaban en un banco de la antesala— Habría esperado que sonara menos resignado y más enojado.

—Considerando los laxos estándares de este campo, sospecho que no es la primera vez que se ha visto obligado a informar de ello.

Unos minutos más tarde un coche pintado de monótono camuflaje rodó a través de las puertas. Un inteligente joven oficial de uniforme verde oscuro salió de él y entró en la garita. Miró con curiosidad a Ian y al Doctor antes de que lo llevaran ante el comandante.

Mientras descansaba la cabeza en la pared adyacente, Ian descubrió que podía oír lo que se decía en su interior. Le dio un codazo al Doctor y ambos escucharon atentamente.

—Ésta es la cuarta fuga en tres meses —dijo el recién llegado— ¿No has podido tapar las lagunas de tu seguridad?

—He hecho todo lo posible, capitán —contestó el comandante con rigidez— Pero no me envían los hombres o el equipo que necesito. Es una cuestión de prioridades, al parecer, y ahora los NC2 están en la parte inferior de la lista. ¡Si crees que puedes hacerlo mejor, puedes disponer de mi trabajo cuando quieras y se bienvenido!

—No hay necesidad de usar ese tono conmigo, Breen. Sólo estoy haciendo mi trabajo. Cuando escapan los NC2 se convierten en responsabilidad de la Vigilancia de la Ciudad.

—Sí, ¿y cuántos atrapas y traes de vuelta? Un puñado, menos del diez por ciento. Eso no suena tan eficiente. Cuando empieces a recuperar la mitad de ellos tal vez puedas empezar a decirme cómo manejar mi campamento.

—¿De qué estás hablando, diez por ciento?

Breen sonrió sombríamente.

—Tengo los registros, ya sabes, y puedo contar.

—Bueno, no puedo explicar los números. Sólo estoy esperando al Capitán Terrel... está enfermo... y su escuadra informa directamente al comandante Pardek. Pero haré lo que pueda para conseguir los recursos adicionales que necesitas.

—Gracias, Lant. Lo agradecería.

—Mientras tanto, tenemos que encontrar a tus NC2. ¿Sabes cómo escaparon?

—Ninguna de las alarmas de la cerca fue disparada. En este momento tu suposición es tan buena como la mía. Francamente, todavía estamos desconcertando cómo el último grupo lo logró. Incluso registramos el complejo buscando túneles, aunque el lecho rocoso está sólo un metro hacia abajo. No había nada, por supuesto.

—No tenía ni idea de que las cosas estuviesen tan mal —dijo Lant.

Breen soltó una carcajada.

—No se ha anunciado ampliamente. No quieren que la población se alarme. Sabes lo que la mayoría de la gente piensa de los NC2. Los pocos que traemos de vuelta no dirán cómo salieron, y difícilmente podemos sacárselo. ¿Con qué podemos amenazarlos? Probablemente esperan volver a usar el mismo método.

—Estoy empezando a entender tu problema.

—Bueno, trata de grabarla en el consejo. Este tipo de cosas va a suceder más a menudo cuando los NC2 acepten que realmente no podemos llevarlos con nosotros y se den cuenta que no tienen nada que perder. Bueno, tienen que aumentar la seguridad pronto o de lo contrario se amotinarán. Si me hubieran mandado...

—Ha llegado el momento de dar el paso —dijo el Doctor a Ian rápidamente. Se levantó, abrió la puerta de la oficina interior y estaba a medio camino de ella antes de que los guardias sorprendidos pudieran responder— Quizá pueda serle útil —dijo a Lant y a Breen amablemente.

—¿Quiénes son estos hombres? —preguntó Lant, mirándolos con ojos profundamente inteligentes.

—Ellos informaron de la fuga. Vuelvan fuera, ustedes dos. Hablaré con ustedes más tarde.

—Pero oímos que especulaban con el método por el que Gelvert y sus asociados pudieron haber escapado —continuó el Doctor— y pensé que podían beneficiarse de nuestro consejo. Pero aparentemente estaba equivocado. Vamos, Chesterton. Parece que no somos necesarios.

He hizo ademán de irse.

—¡Espera! —exclamó el comandante Breen— —¿Sabes cómo se hizo?

—No lo sé por conocimiento de primera mano, si eso es lo que usted está insinuando, señor —respondió el Doctor con dignidad— pero puedo deducir el método utilizado más probable, teniendo en cuenta las condiciones imperantes en el momento de la huída. A menos que se demuestre que los fugitivos simplemente salieron por la puerta principal

más allá de sus guardias somnámbulos, puedo sugerir la sección más probable de la valla para examinarla y ahorrar mucho tiempo perdido.

Ahora tiene toda su atención, pensó Ian. Sólo espero que él sepa qué está diciendo.

—Está bien —dijo el capitán Lant— ¿cómo crees que se hizo?

—Primero tengo que confirmar que su sistema de seguridad funciona como sospecho. ¿Tiene monitores visuales montados en las torres, sensores de infrarrojos más allá del perímetro y la cerca en sí está sin duda asegurada? Venga, señor, no sea reticente. Su seguridad ya ha sido violada. No puede perder nada admitiendo los hechos —Breen vaciló un instante, luego asintió— Entonces puedo decirle lo que más probablemente ocurrió. Aprovechando el aguacero que oscureció las cámaras, Gelvert y sus cómplices habrían llegado a un punto equidistante de las torres en el tramo más largo de la valla que se enfrenta a la tierra baldía. Allí o bien cortaron la cerca, después de conectar unos cables de derivación alrededor de la sección, o bien pasaron por un agujero que ya había sido preparado para ellos...

—¿Qué?! —exclamó Breen— No puede estar sugiriendo que un ciudadano les ayudó.

—Muy probablemente. Para evadir sus sensores de calor habrían necesitado mantas de dispersión térmica. ¿De dónde los sacarían? Tal vez debería preguntarle al comerciante, cual era su nombre... sí, Lesitor. Nos dimos cuenta de Gelvert habló con él largo rato temprano por la mañana. De todos modos, una vez fuera del campamento, podrían haber llegado al límite de la ciudad en cinco minutos. Deberíais nivelar el terreno intermedio apropiadamente, ofrece demasiada cobertura —Antes de que Breen pudiera responder, el Doctor miró por la ventana— Ah, veo que la lluvia está disminuyendo. ¿Vamos a examinar la cerca?

Era justo como el Doctor había dicho.

Una esquina del panel de malla, colindando con un poste de estribo entre dos torres de vigilancia, había sido cortada y reparada varias veces con adhesivo metálico conductor de un color coincidente. Las protuberancias formadas por el adhesivo en la malla eran tan leves que habrían pasado por toda inspección salvo una detallada. Un par de trozos de cable con extremos en pinza permanecían en su lugar a través de la sección cortada.

—Esta vez estaban demasiado apresurados para terminar de esconder sus huellas —dijo el Doctor— Sin duda, debido a nuestra pronta voz de la alarma.

Mientras Breen y Lant conferenciaban, Ian dijo en voz baja:

—No estoy seguro de que me guste la forma en que has implicado a ese comerciante, Doctor. Después de todo, sólo estaba ayudando a los refugiados y presos políticos a escapar.

—Probablemente, Lesitor explotó a los que ayudó para sus propios fines, no actuando por algún noble sentido de altruismo —replicó el Doctor bruscamente— Mi anillo probablemente fue pensado como pago para él. Estaba jugando con las esperanzas y los temores de las personas vulnerables. ¿Pero era simplemente por recompensa monetaria? Sospecho que hay más por aquí que lo que se ve a simple vista. Estos no son incidentes aislados, hay un método detrás de ellos. ¿De qué otra manera puedes explicar...?

Se interrumpió cuando Lant se acercó a ellos.

—Quiero saber por qué estás haciendo esto —dijo simplemente— Si no hubieras señalado esta ruta de escape, podrías haberla usado tú mismo.

—Ah, pero no tenemos intención de intentar nada tan tosco —dijo el Doctor con un brillo en los ojos— Cuando salgamos de aquí será bastante limpio y por encima de la mesa."

Lant frunció el ceño.

—Bueno, Breen es muy agradecido, te lo aseguro. Sin duda pasarás un tiempo tranquilo aquí. Pero si piensas que esto te lleva a la nave, lo siento, pero te equivocas.

—Ese tampoco era nuestro plan. Este pequeño ejercicio simplemente ha servido para atraer la atención de alguien con autoridad, como tú —explicó el Doctor con franqueza desarmante.

—Tienes mi atención —dijo Lant— Sigue.

—Sólo pedimos tres favores sencillos. Primero, por favor, comprueba el estado de mi nieta Susan Foreman. La llevaron al hospital de la ciudad hoy temprano después de resultar gravemente herida. Aún no he tenido noticias de ella.

—Yo puedo hacer eso. ¿Siguiente?

—Una amiga nuestra puede estar atrapada en el edificio dañado donde tu gente nos encontró por primera vez... No sé la dirección, pero estoy seguro de que está registrado. Por favor, monitorea el progreso de la obra para cualquier noticia de ella. También habrá una caja azul, algo más alta que un hombre, entre los restos. No estará dañada y no podrás abrirla por ningún medio a tu disposición. Tal vez desees traer su existencia a la atención del alcalde, y recordarle que la explicación que dimos cuando nos conocimos fue la verdad.

—¿Qué explicación?

—Ah, si te la dijera ahora, sin pruebas, no me creerías.

—Seguramente —dijo Lant dudoso— ¿Y el tercer favor?

—Si encuentras al hombre, Gelvert, puede tener una llave con él atada en una cinta negra. Fue el objeto que me robó. Si encuentras la llave, les mostraré lo que hay dentro de la caja.

Lant les dirigió una mirada muy penetrante, luego asintió.

—Está bien, veré qué puedo hacer. Mientras tanto, te sugiero que vuelvas a tu tienda.

El Doctor se frotó las manos con satisfacción mientras regresaban por el oscuro campo.

—De lo más prometedor, ¿eh, Chesterton? La curiosidad del capitán Lant ha sido suficientemente picada para que coopere. Pronto estaremos fuera de aquí, no tengas miedo.

—Sí, Doctor —dijo lan a regañadientes— Muy bien hecho. Pero, ¿qué está pasando aquí?

El doctor frunció el ceño.

—Hay algo muy malo en esta ciudad y en este campamento —miró a lo lejos, meditando para sí— Huídas a esta escala, sistemas de seguridad primitivos... No, no. Si no fuera absurdo, casi diría que alguien estaba dando a estas personas la oportunidad de escapar.

—¡Pero eso es ridículo!

—Como dices, mi querido muchacho, ridículo. Pero pregúntate a ti mismo: ¿qué pasa con los nueve de cada diez NC2 que no se recapturan?



## Capítulo Siete

### El Final del Túnel

Laboriosamente, Bárbara rascó otra marca “B→ ” en la pared lateral del túnel. Se sentía desesperadamente cansada y cada vez más desanimada.

Por cuanto pudo estimar, ya que su reloj se había detenido, había estado avanzando durante seis horas. Había sido duro y lento. El paso de la cornisa era estrecho y resbaladizo y dos veces había caído en el canal de desagüe, en la segunda ocasión dobló su rodilla mal, de modo que ahora caminaba con cojera. En varios lugares tuvo que hacerse camino alrededor de montones de escombros de las paredes derrumbadas. Cada vez que miraba nerviosamente las grietas que irradiaban a través del tejado de hormigón arqueado sobre su cabeza, esperaba que no se derrumbara encima de ella.

Hasta el momento, había encontrado dos escalerillas a los lados del túnel, que se elevaban a través de los ejes hasta lo que podrían haber sido alcantarillas. Pero las cubiertas de metal pesado no se movían y no obtuvo respuesta cuando las golpeó y gritó pidiendo ayuda. Ella no había esperado, cuando lo decidió, que las únicas salidas de los desagües podrían estar selladas.

Ahora se preguntaba hasta dónde podría continuar. La sed pronto la obligaría a beber algo del agua de la alcantarillado y las punzadas de hambre también se harían sentir. Mientras tanto, el frío de su ropa húmeda estaba minando su fuerza.

Entonces se dio cuenta de un nuevo sonido más allá de una curva delante de ella, subiendo por encima del suave borboteo y algunas salpicaduras de la corriente. Era una ráfaga resonante de romper de agua y se hacía cada vez más fuerte. ¿Podría ser la salida del sistema de alcantarillado? Casi corrió hacia adelante, resbalando y deslizándose peligrosamente, deseando ver la luz del día.

Dobló la esquina ... y su corazón se hundió.

Tres túneles de alimentación, similares al por el que había viajado, se encontraban en una cámara medio llena de agua oscura y remolineante. En el lado opuesto estaba el arco bajo de la salida principal por la que se vaciaban, pero su boca estaba cerrada por un pesado conjunto de barras que se extendían desde el techo hasta el agua. Tal vez la corriente finalmente conducía al exterior, pero no tenía forma de seguirla más allá.

Bárbara se dejó caer sobre la estrecha cornisa que bordeaba el borde de la cámara y enterró la cabeza entre las manos. O tendría que volver a su punto de partida, o bien explorar los túneles laterales. ¿Cuántas millas podrían tener? ¿Estarían todos sus pozos de desagüe también igual?

Mientras reflexionaba, apagó la linterna para ahorrar batería. Pero después de unos minutos la oscuridad absoluta se volvió opresiva. Empezó a oír palabras ocultas en la prisa y el gorgoteo del agua y pensó que lan la estaba llamando. Casi gritó en respuesta antes de darse cuenta de que todo estaba en su mente.

Volvió a encender la linterna.

El haz brilló por casualidad en un ángulo bajo a lo largo de la línea de la cornisa, y vió huellas en la fina corteza de limo húmedo que se había depositado a lo largo de los años. Miró más cerca. Había inconfundiblemente dos conjuntos de huellas grandes y frescas. Unas se dirigían en la dirección por la que había llegado, otras se supernonían y volvían al otro lado.

Alguien había estado allí recientemente, tal vez en los últimos días. Y si seguía el segundo conjunto de huellas, finalmente debía conducir a una salida. Podría ser otro de esos pozos sellados, por supuesto, pero ¿qué tenía que perder ahora?

Sosteniendo la linterna baja y medio inclinada, se puso en marcha, siguiendo las huellas de uno de los túneles de alimentación.

Durante cien metros el sendero fue fácil de seguir. Entonces, poco a poco, empezaron a quedar oscurecidas entre otras huellas, como si varias personas hubiesen caminado de un lado a otro sobre una corta distancia, pisando el suelo plano y duro. Ese tipo de tráfico sugeriría un cruce o lugar de interés especial, pero el túnel estaba bastante desnudo en ese momento. Mordiéndose el labio continuó, esperando que el rastro se aclarara.

Y en pocos metros lo hizo, reduciéndose a sólo dos conjuntos de huellas una vez más. Excepto que ahora el grupo superior de rastros estaba mirando en la dirección opuesta.

Bárbara frunció el ceño y volvió al punto en el que las pisadas se habían oscurecido. Todavía no había nada que ver, pero ¿por qué tantas huellas? Se arrodilló y examinó el suelo de cerca. Atrapados en el ángulo entre la repisa y la pared había unos cuantos granos de grano pálido y arena, claramente más claros en tinte que el hormigón del propio túnel.

Alzó la vista hacia la pared, sosteniendo la linterna plana de modo que su haz rozó la superficie, y pasó las puntas de sus dedos sobre el hormigón frío y duro. Muy poco a poco empezó a vislumbrar un disco de un poco más de un metro de ancho que no estaba muy al ras con la pared circundante.

Tal vez era una escotilla de mantenimiento de algún tipo, pensó. Si hubiera estado menos cansada, se habría preguntado por qué no estaba marcada más claramente. Pero estaba cerca de los límites de su resistencia y todo lo que podía pensar era en encontrar una salida.

Ella golpeó en la escotilla con el plano de su mano, luego con su puño cerrado.

—¡Hola! —gritó ella— ¿Hay alguien ahí? Por favor, ayuda... Estoy perdida —No hubo respuesta ni ningún sonido para indicar que alguien estaba al otro lado. Golpeó de nuevo, empezando a sentirse desesperada— Por favor, contesta si puedes oírme. Sólo quiero salir de aquí y regresar a la superficie.

Sin ninguna advertencia se produjo un ligero ruido. El disco de la escotilla se movió suavemente hacia adentro como un tapón y se balanceó hacia un lado. En la oscuridad más allá pudo distinguir la forma vaga de un hombre grande.

—Gracias —jadeó Bárbara— Yo estaba empezando a ...

El cañón de un arma salió de las sombras, hubo un suave chasquido en el aire y Bárbara sintió que algo le picaba el cuello. Instintivamente ella se agarró el lugar y sintió el final de un pequeño dardo que sobresalía de su piel. Trató de gritar, pero ya un insidioso entumecimiento se extendía por su cuerpo. La linterna cayó de sus dedos flojos sobre la cornisa, al reposar, arrojó su sombra sobre el arco del túnel.

Con una expresión de sorpresa, con los ojos abiertos, congelada en su rostro, Bárbara cayó silenciosamente hacia atrás, a las aguas negras de la alcantarilla.

# Capítulo Ocho

## Deporte

Una vez el Club Sentinel había sido el punto de reunión de la ciudad para la élite de Arkhaven, cuando viajaban a la capital desde sus fincas de campo a través del continente. Cuando la guerra con los taklares había comenzado, el club se había llenado de hombres uniformados, discutiendo batallas o preparándose para unirse a sus regimientos. Pocos habían vuelto.

Ahora la mitad de sus salones estaban cerrados, robo—servidores limpiaban el polvo y sólo quedaban un puñado de servidores humanos. Se había convertido en el lugar de reunión para los hijos de aquellos que habían ido a la guerra. Los únicos uniformes que se veían eran usados por los hombres jóvenes de servicio en las baterías del muro. Aunque las baterías eran esenciales para la ciudad, había poca satisfacción en el deber. Sin posibilidad de combate real, era el tipo de trabajo que podía dejarse a las máquinas y los funcionarios.

Ese era el problema, pensaron los jóvenes. Ya no había diversión en Arkhaven. Todo lo que podían hacer era pasar los días hasta que la nave despegase.

Asentarse en un nuevo mundo sería una especie de aventura, naturalmente, pero para las primeras generaciones por lo menos la vida sería muy espartana y básica. No serían capaces de llevar consigo las comodidades y lujos que desearían, por lo que parecía sensato aprovechar al máximo la libertad que tenían mientras durase.

Lo que explicaba el grupo de una docena o así de hombres jóvenes, junto con tres o cuatro compañeras de ideas afines, que se reunían en la sala del club a primeras horas de la mañana. Una buena cantidad de bebida ya había sido consumida y algunas personas ya estaban empezando a quejarse.

—¿No llamará nunca su hombre, Plax? —preguntó el Honorable Orm Herstwell Tercero, con un brazo alrededor de su novia y el otro sosteniendo un vaso.

—Todavía no me ha decepcionado nunca —le recordó Plaxander Vendam— Y si quieres seguir recto para variar, contén la bebida. No me vas a marear más.

—¡Tú sí me mareas! —replicó Herstwell indignado— —Sólo elige el modo y competiré contigo, Plax. ¿Sabes qué te digo?, cojamos una botella de cualquier brebaje que nombres antes de comenzar, ¡entonces te mostraré que puedo ganarte borracho o sobrio!

Hubo un fuerte coro de incredulidad cuando sus compañeros mostraron lo que pensaban de su desafío.

El teléfono personal de Plax sonó. Hizo un gesto al resto para que se callasen antes de contestar.

—Lesitor al habla, señor —dijo una voz por el altavoz— Pensé que le interesaría saber que un grupo de NC2 acaba de escapar del campamento.

—¿Lo han hecho? ¿Los encontraremos en el lugar habitual?

—Me temo que la vigilancia ya ha sido alertada. Tuve que dejarlos en el almacén de la parte trasera de la vieja Reliance de la avenida XIV.

—Lo sé. ¿Cuántos?

—¿Quince hombres y dos mujeres, señor?

—Un buen número. Bien hecho. Espera la consideración habitual.

Él colgó y se volvió hacia los demás con una amplia sonrisa en su rostro.

—¡La presa está fuera de las jaulas y la cacería ha comenzado!

Sus amigos aplaudieron. Los vasos fueron bebidos y aplastados ceremonialmente en la chimenea, donde los últimos tendones de madera que jamás serían cortados en Sarath se quemaban. Entonces los jóvenes recogieron sus abrigo y salieron por el vestíbulo y bajaron los escalones hasta sus coches.

Las puertas fueron selladas y los giroscopios inactivos se reavivaron. Los faros se encendieron. Los puntales de refuerzo se retractaron, dejando los vehículos balanceándose sobre sus únicas ruedas anchas centrales. A una señal de Plax, los girocoches salieron de sus plazas de aparcamiento. Al llegar a la calle principal, se alejaron del gran volumen de la nave y recorrieron una de las largas avenidas que irradiaban desde el centro de Arkhaven. Se dirigían hacia los suburbios y parques industriales poco poblados y anticuados, entrando y saliendo del ligero tráfico nocturno, sin prestar atención a los chirridos de los frenos y las bocinas enojadas.

Los coches privados eran otro lujo que el nuevo mundo que no podrían soportar, por lo que también querían aprovecharlos al máximo. ¿Y qué mejor manera que una cacería por la presa más desafiante que Sarath todavía podía proporcionar?

El almacén era una gran bóveda resonante, su desolada extensión de suelo roto sólo por una sola línea central de pilares de apoyo. Se notaba como si hubiera estado desierto durante algún tiempo. Lo que antes había contenido, Gelvert no lo sabía. Ahora estaba dando refugio a diecisiete hombres y mujeres que estaban acurrucados en una esquina. Después de meses en el campamento, el espacio abierto era intimidante.

Gelvert se humedeció la mejilla con un pañuelo mojado una vez más. Tratar de robar ese anillo del Doctor había sido un error. ¿Quién habría pensado que el compañero del anciano sería tan hábil con sus puños? ¿Y los dos también habían sido responsables de levantar tan pronto la alarma? Los fugitivos apenas habían cruzado el terreno baldío antes

de que todo el campamento se hubiera iluminado. Lesitor, que los había estado guiando, se había consternado ante la rápida reacción. Evidentemente, había contado con tener más tiempo para hacerlo. Pero él había encontrado un camión y los había llevado lejos de la zona en la que la vigilancia se concentraría.

Sí, Lesitor había cumplido su parte del trato, pero también le habían pagado lo suficiente. Sin embargo, los había llevado a un lugar seguro, que era todo lo que había prometido. Una vez escondidos, les había deseado suerte y se fue. El resto dependía de ellos. Durante los próximos días se acercarían más al centro de la ciudad, espiando por el terreno a medida que avanzaban. Aparentemente había un enorme repositorio cerca de la nave que albergaba los miles de artículos de carga que se estaban cargando constantemente en sus bodegas. Si pudieran entrar allí sin ser vistos y ocultarse adecuadamente, simplemente serían transportados a bordo. Sería un viaje incómodo, ¿pero qué importaba si sobrevivían? Durante los últimos diez años Gelvert había perdido a su familia, su tierra y el respeto a sí mismo. Ahora sólo le quedaba su propia vida.

El pensamiento le hizo mirar a Tressel, que estaba sentado a su lado.

Tressel sería su guía. Conocía la ciudad. A diferencia de los demás, era nativo de Arkhaven. Había sido un funcionario de rango medio hasta que había criticado a la iglesia demasiado abiertamente. Ahora ardía con un deseo interior de desafiar al sistema que lo había rechazado. Desafortunadamente no era un rebelde natural y Gelvert se preguntó si tendría fuerzas para aguantar el tirón.

—Estaremos aquí otra media hora antes de empezar —dijo Gelvert— ¿Cuál es la mejor ruta que nos mantendrá alejados de las avenidas principales?

En la débil luz de la calle reflejada, el rostro de Tressel era sólo un borrón pálido, pero su tono era inconfundiblemente vacilante.

—No estoy realmente seguro. No he estado en esta zona antes. Me pondré en marcha mañana por la mañana.

Gelvert sintió que los demás los miraban.

—¿Qué quieres decir con que no estás seguro?

—He vivido cerca del centro durante ocho años, como todo el mundo que podía permitírselo —dijo Tressel amargamente— No viajábamos tan lejos si podíamos evitar hacerlo.

—Todos juntitos cerca de la preciada nave por comodidad, supongo —dijo Gelvert.

—¿Por qué no...? Allí se estaba más seguro. Escucha, te prometo que te guiaré lo mejor que pueda, pero no conozco todas las calles. Es una gran ciudad.

Gelvert resopló de disgusto, se levantó y se dirigió a una pequeña puerta de acceso situada en la gran losa de la pared lateral. Con cuidado abrió una rendija para dejar entrar

algo de luz. A través de una extensión de patio desnudo estaba la larga masa de otro edificio que él tomó como una planta de fabricación de algún tipo. Algunas de sus luces del techo brillaban. Elevándose por encima y más allá estaban las rutilantes torres residenciales con brillantes ventanas.

De pie para que los demás no pudieran ver lo que estaba haciendo, sacó de su bolsillo el único artículo que había conseguido arrebatarse al Doctor y lo examinó a la luz de la ciudad. Como él había pensado, era sólo una llave. Apenas importaba de qué. La guardó en el bolsillo por el reflejo, aunque probablemente fuera inútil. ¿Por qué no pudo haber cogido algo más...?

Las puertas de carga en el extremo más alejado del almacén de repente se abrieron a un lado y rayos de luz inundaron el interior con un brillo intenso. Llegó el zumbido de motores potentes y una cacofonía de bocinas de coches. Gritos salvajes resonaron, haciéndose eco en las paredes:

—¡Miradlos! ¡La persecución ha comenzado! ¡Ve el juego!

Ocho o diez girocoches de carreras rodaron hacia el almacén, dispersándose y dando vueltas hacia los NC2 que huyeron alarmados, medio cegados por las luces.

Gelvert no esperó a ver nada más. Abrió completamente la puerta de acceso y se sumergió en la noche. Algunos pies chasquearon detrás de él cuando algunos de los NC2 siguieron su ejemplo. Desde el interior del almacén oyó lloros, gritos y el incesante pitido de las bocinas.

¿Quiénes eran estos locos?

Los NC2 estaban en mitad del patio cuando las luces se encendieron a sus espaldas, lanzando sombras parpadeantes alargadas ante ellos. Con motores quejumbrosos, tres girocoches se abalanzaron sobre ellos. Mientras pasaban, Gelvert y los demás cayeron y se apartaron.

Oyó petardeos cuando el aire comprimido se soltó y un chasquido cuando algo pasó volando. Uno de sus compañeros corredores estaba rodando en el suelo enredado en una niebla de malla de red. Un segundo estaba arañando una línea con gancho que se había enredado a su costado. Cuando la línea se tensó, cayó y fue arrastrado por el suelo detrás del coche que lo había disparado.

Los neumáticos chirriaron cuando los coches se detuvieron y giraron sobre sí mismos, con los giroscopios chirriando en protesta. Gritos de triunfo vinieron de los conductores que habían atrapado a sus presas.

Gelvert se puso de pie y corrió hacia la esquina del edificio de la fábrica, desesperado por salir del campo abierto. El tercer girocoche aceleró tras él. Vio que el pasajero se inclinaba por la ventanilla lateral y levantaba su arma. Gelvert se hundió incluso cuando el arma estalló. No era lo suficientemente rápido. La suave bola de una línea de gancho le

golpeó en el brazo. Las burbujas microencapsuladas de adhesivo en su interior se rompieron y se pusieron en contacto con el aire, uniéndose a su manga. Antes de que la cuerda pudiera apretarse, se quitó el abrigo, se puso en pie y se alejó locamente en otra dirección.

Una pared baja marcaba el límite del patio de carga, con un borde de arbustos y árboles bajos entre él y la carretera principal. Si pudiera llegar a eso...

Lo consiguió, por poco, saltando la pared y aterrizando sobre un arbusto espinoso, incluso cuando el girocoche frenó a sus talones, su rueda chirriando en una nube de goma. Ignorando los arañazos, se arrastró en una dirección y se sumergió junto a los arbustos agazapado a la carrera, manteniéndose cerca de la pared. Las luces del coche resplandecían por el patio de carga y se movían por el camino tras él. ¿Qué pasaría cuando se quedara sin refugio? Imagina que otro coche se une a la persecución y se adelanta a él.

El temor le devolvió a Gelvert el coraje para hacer lo último que sus perseguidores esperaban.

Se agachó, recogió puñados de tierra húmeda y guijarros, luego saltó hacia la trayectoria del automóvil que se aproximaba. Mientras sus frenos chillaban, él lanzó sus misiles improvisados tan fuerte como pudo.

La tierra húmeda salpicó el parabrisas, cegando al conductor, incluso cuando los guijarros chocaban contra él. Uno debió de golpear al pasajero que empuñaba armas, porque gritó y cayó de nuevo en el cuerpo del coche. Deslumbrado por los brillantes faros, Gelvert sólo podía levantar los brazos en un gesto inútil contra el impacto aparentemente inevitable.

El coche se desvió bruscamente, un guardabarros lateral prácticamente le rozó el muslo, giró a través del camino y chocó contra los arbustos. Por un segundo, el motor emitió un grito agudo de protesta y luego se cortó bruscamente.

Gelvert se volvió y corrió. Un poco más abajo por la carretera, en el lado opuesto, había una entrada de metro. Se lanzó hacia ella. Haciendo caso omiso de la escalera mecánica por miedo al ruido que haría cuando su presencia la activara, fue hacia la rampa externa para hacerlo a pie.

Jadeando, tropezó hacia la cubierta elevada de la plaza con su pequeña arcada de tiendas que flanqueaba la estación de metro. Como había esperado, estaba desierto, con los frentes de las tiendas oscuros y sólo unas luces brillando alrededor del acceso a la estación en sí. Se metió en el refugio y miró por encima de la pared del parapeto hacia el almacén.

Los faros del girocoche iluminaban el patio, sus haces recogían figuras en movimiento. El lejano sonido de gritos y risas le llegó de la distancia. Las formas atrapadas estaban



luchando en el suelo, mientras que otras se paraban sobre ellas, aparentemente burlándose de sus cautivos y dándoles ocasionalmente golpes y patadas. ¿Su captura sería suficiente para satisfacer a los cazadores, o podrían venir tras él otra vez? ¿Debería quedarse allí mientras tuviera alguna cobertura, o tratar de poner tanta distancia entre él y sus perseguidores como pudiera?

Antes de que él pudiera decidir, luces parpadeantes aparecieron al final de la avenida acompañadas por un creciente gemido de sirenas. Gelvert se encogió de nuevo en las sombras. Obviamente alguien había llamado a la vigilancia de la ciudad. Un coche patrulla y una furgoneta salieron de la noche y giraron hacia el patio del almacén, que se alzaba junto al grupo de girocoches. Los vigilantes salieron y se acercaron sin prisa a ellos. Todo parecía muy casual.

Unos pies golpearon una rampa debajo y Gelvert sólo tuvo tiempo de agacharse cuando dos figuras aparecieron. Mirando a través de las plantas vio que eran Tressel y Semanov, una de las mujeres huidas. Estaban mirando desesperadamente hacia él como si no estuvieran seguros de qué camino seguir. ¡Si permanecían allí en la luz demasiado tiempo, alguien seguramente los vería!

—¡Por aquí... y mantened la cabeza gacha! —siseó Gelvert.

Se unieron a él junto a la pared. Juntos miraron hacia abajo, a la escena en el patio del almacén.

Los prisioneros estaban siendo desenganchados de las redes y las líneas con ganchos y marcharon hacia la furgoneta de la vigilancia. Hubo júbilo y gritos de los que los habían derribado. Mientras tanto, las linternas destellaron sobre el girocoche que Gelvert había hecho estrellarse. Con un zumbido del motor, retrocedió hacia el camino.

—¿Quiénes son esas personas? —preguntó Semanov a Tressel en un susurro— ¿Cuál es su juego?

—Por la apariencia de sus coches diría que son probablemente de las familias de la élite —dijo Tressel amargamente— Jóvenes sin nada mejor que hacer. Se oyen historias sobre ellos, pero las autoridades normalmente no hacen nada al respecto. Tienen padres influyentes.

—¡Podrían habernos atropellado, incluso habernos matado! —exclamó Semanov.

—No creo que eso moleste demasiado a la vigilancia —dijo Gelvert— Sólo un par de NC2 menos que cuidar.

—¿Alguien más se escapó? —preguntó Tressel.

—No que yo viese. Sólo espero que la vigilancia piense que nos separamos antes y no sepan cuántos estábamos en el almacén. Entonces tal vez no se molestarán en buscarnos más.

—¿No te importan los demás? —preguntó Semanov.

—No —dijo Gelvert con sencillez— Y si queréis subiros a la nave, tampoco os importará —Estaba mirando hacia el cielo nocturno— ¿Todavía tenéis las mantas térmicas con vosotros?

Asintieron con la cabeza.

—¿Por qué? —preguntó Semanov.

—En caso de que traigan un coche aéreo para la búsqueda. Podemos escondernos de las esferas nocturnas con bastante facilidad, pero necesitamos las mantas para evitar las imágenes térmicas. Si habéis perdido las vuestras, manteneros lejos de mí.

—Tal vez deberíamos coger el metro mientras podamos —dijo Tressel— Tenemos las tarjetas de dinero que compramos a Lesitor.

—Sí, y sólo cien créditos en cada una —le recordó Gelvert— Los necesitaremos para más tarde. De todos modos, la vigilancia podría comprobar los registros del metro. Vete si quieres. Por ahora, yo me quedo.

Simplemente estaba siendo pragmático. Moverse ahora sólo podría hacer que lo vieran. Si los hombres en el coche que había enfrentado lo habían visto correr hasta aquí y luego se lo habían dicho a la vigilancia, los guardias probablemente asumirían que ya había tomado el metro. Pero él supuso, por lo que Tressel le había dicho, que el tipo de jóvenes que lo habían perseguido no quería admitir que había perdido a alguien a pie y cuya única arma había sido un puñado de tierra y guijarros.

Tressel y Semanov se quedaron con él. Al cabo de unos minutos, los ocupantes de los girocoches volvieron a subir a sus vehículos y se alejaron en una columna que desapareció en la noche. La furgoneta de la vigilancia que llevaba los NC2s recapturados los siguió. El coche patrulla permaneció durante un cuarto de hora más, presumiblemente para comprobar que el almacén estaba seguro, y luego también se fue. No se había realizado ninguna búsqueda en la zona y no había nada a la vista ni sonido de ninguna actividad aérea. Con un susurro de aire desplazado, una cápsula pasó a lo largo del metro hacia la estación. Vieron a un puñado de gente dentro de él pero aparentemente ninguno estaba bajando así que siguió adelante a través de la parada. Aparte del coche ocasional que pasaba a lo largo de la avenida, todo estaba tranquilo.

—¿Adónde ahora? —preguntó Tressel.

—No muy lejos —dijo Gelvert— Que la emoción se enfríe. Saldremos por la mañana, cuando haya más gente por aquí.

Cautelosamente hicieron su camino por la parte de atrás de la pequeña galería de tiendas hasta una larga pared que albergaba una hilera de puertas de servicios públicos.

Gelvert examinó la cerradura de la más cercana, sacó una tira de plástico de su bolsillo y se peleó con ella hasta que hubo un leve chasquido. La puerta se abrió.

—Eres muy bueno en eso —dijo Tressel, con un tono de reproche pero con un atisbo de admiración a regañadientes.

Por un momento, Gelvert vaciló, recordando un momento en el que nunca habría soñado con forzar una cerradura, mucho menos saber cómo hacerlo. Pero él había aprendido muchas habilidades de supervivencia durante su largo viaje a Arkhaven, mientras la civilización se había desmoronado sobre él.

—De nada —gruñó— La gente hace porquerías de cerraduras.

Entraron en un pequeño cuarto trastero, lleno de cajas y cartones de mercancías no identificables. Estaba iluminada sólo indirectamente a través de una ventana montada sobre la puerta en abanico.

—Esto se ve bien —dijo Gelvert, pasando el dedo por el polvo de la parte superior de las cajas— No creo que nadie venga aquí muy a menudo —Cerró la puerta y se sentó en un rincón, sacando su manta térmica y extendiéndola sobre sí mismo. Semanov se encogió de hombros y siguió su ejemplo. Tressel permaneció de pie, parecía incómodo, como si temiera tocar cualquier cosa.

—Nunca ha habido mucho crimen en Arkhaven —dijo— Menos después de la guerra. De todos modos, no es común el allanamiento o robar...

—¡Cállate y descansa un rato! —le dijo Gelvert con firmeza— Y no empieces a desarrollar una conciencia culpable ahora. La gente de tu hermosa ciudad planeaba dejarte atrás para ser destrozado junto con el resto del mundo, ¿recuerdas?

—Tiene razón —dijo Semanov— No le debemos nada a nadie. Meterse en la nave es todo lo que importa. Nada me va a detener, te digo. ¡Nada!

—¿Matarías para subir a bordo? —preguntó Tressel.

Semanov no respondió.

Tressel se agachó en la esquina opuesta y se cubrió con su manta.

Gelvert se sintió desesperadamente cansado y el sueño lo superó en cuestión de minutos. Pero mientras se dejaba ir, un pequeño detalle apareció en el fondo de su mente.

A pesar de toda la confusión en el patio, la persecución del girocoche y luego la llegada de la vigilancia, nadie había salido de ninguno de los edificios circundantes para ver qué pasaba.

## Capítulo Nueve

### ¿Visitantes?

—Discúlpeme —dijo el vigilante— pero ¿por dónde está cuidados intensivos? No puedo ver a la recepcionista y las señales no son muy claras.

Nyra Shardri se detuvo en su camino a través del vacío vestíbulo principal del hospital y sonrió al joven inteligente. Un capitán, se dio cuenta.

—Lo siento, la recepcionista sigue rota... es sólo un modelo sencillo —explicó— El mantenimiento prioritario va a las unidades médicas, y estamos cortos de personal. No podemos hacer que la gente haga el trabajo ordinario. Ya sabe cómo es.

—Lo sé —dijo— Han decidido que no vale la pena porque no creen que la nave esté lista a tiempo...

—¡No! —dijo Nyra rápidamente— Por favor. Es algo sobre lo que tengo pesadillas. Se veía genuinamente contrito.

—Lo siento.

Nyra renovó su sonrisa.

—De todos modos, yo iba a cuidados intensivo... es por aquí.

Subieron por la rampa motorizada uno al lado del otro.

—¿Va a visitar a un pariente? —preguntó Nyra.

El capitán sonrió.

—No. Estoy haciendo un favor a... uh, un conocido. Quiere saber cómo está su nieta. Una tal Susan Foreman.

Nyra empezó.

—Oh. No me di cuenta. El consejo no le ha enviado, ¿verdad?

—No, sólo su abuelo. ¿Por qué habría de enviarme el consejo?

Llegaron a la cima de la rampa y anduvieron por un largo pasillo.

—Lo siento —dijo Nyra— Creí que debía saber de su caso.

—¿Qué te pasa? —Él miró consternado— Está bien, ¿no?

—Bueno... es una paciente muy inusual.

—¿A qué se refiere?

Nyra reflexionó unos segundos.

—Supongo que puedo decírselo. ¿Su abuelo es un NC2 también?

—Sí.

—Ya veo. Me preguntaba por qué no había tenido visitas.

Llegaron a las puertas de cuidados intensivos.

—Mire —dijo Nyra— es el comienzo de mi turno y tengo que mirar el informe. Cuando lo haya hecho, se lo explicaré. Por cierto, soy Nyra Shardri.

Él puso una sonrisa un poco más cálida de lo que exigía la cortesía básica, que pareció complacerla a ella.

—Benadik Lant... Ben, para los amigos.

Lant esperó pacientemente mientras Nyra conversaba con su compañero clínico que salía de servicio, y revisó los registros de la noche y las notas del caso. Cuando volvieron a estar solas, a excepción de los silenciosos ocupantes de los tanques de apoyo, ella lo llevó a la unidad cinco. Juntos miraron hacia abajo, hacia una chica de rostro pálido y cabellos negros.

—Está bien ahora, pero ayer tuvo una pequeña crisis —admitió Nyra— No sabemos lo que salió mal, pero tuve que ponerla en suspensión TES durante unas horas.

Él se estremeció.

—Yo lo estuve hace un par de años. Una considerable parte de un edificio cayó sobre mí durante una tormenta particularmente mala. Sin embargo, ustedes me arreglaron. Pero me sentí frío durante días después.

—Puramente psicosomático, se lo aseguro —dijo Nyra con una sonrisa. De todos modos, ella lo ha pasado bien. La dejaremos despertar naturalmente y la trasladaremos a una sala de recuperación más tarde.

—Se ve perfectamente normal. ¿Qué tiene ella de extraño?

Nyra frunció el ceño.

—Digamos que es diferente de la norma. Muy diferente en algunos aspectos —Se dio cuenta de que Lant la miraba extrañamente— He notificado a la administración central y al médico jefe, pero nadie ha respondido todavía. Es por eso que pensé que podría haber sido enviado aquí para revisarla. Tal vez todos piensen que es una broma... o de lo contrario que todo esto me sobrepasa. Pero le aseguro que es absolutamente cierto —Lo condujo hasta la consola central— Tengo sus pruebas aquí. ¿Cuánta anatomía sabe?

—Sólo lo suficiente como para prestar primeros auxilios.

—Bueno, su esqueleto es bastante corriente. Pero su temperatura corporal y su pulso se han estabilizado a niveles ridículos... lo cual no es sorprendente si se tiene en cuenta su peculiar química sanguínea y estructura celular. La mayoría de sus órganos principales están correctamente colocados... pero mire esto.

Nyra vio que los ojos del capitán se ensanchaban de asombro. Por alguna razón, sentía reconfortante compartir el misterio con él.

Veinte minutos después, Ben Lant salió del hospital y subió a su coche, todavía profundamente pensativo.

Entendió las realidades de la situación más amplia mejor que Nyra Shardri y no se sorprendió de que la administración central no hubiera actuado ante su informe médico todavía. Estaban sobrecargados, simplemente planeando el éxodo mientras Arkhaven seguía funcionando. Las peculiaridades fisiológicas de una joven NC2 difícilmente recibirían la máxima prioridad, incluso si se tomaban en serio. Pero Ben se encontró deseando conocer la verdad, de una forma u otra.

Susan Foreman era una mutación radical o ella no era nativa de Sarath.

No parecía posible que fuera una mutación. Ella era demasiado perfecta. Incluso el programa de crianza selectiva de los taklares no había cambiado su composición corporal interna. ¿Podría ella realmente ser de algún otro lugar?

Hubo disparidades en el registro óseo de Sarath y diferencias genéticas entre algunas de las plantas y animales menores menos exitosos y las otras. Algunos científicos sugirieron que hace milenios los padres fundadores habían viajado a través del espacio para colonizar Sarath, mientras que la Iglesia dijo que Sarath se estableció directamente en el jardín sagrado del Hacedor de Matherath. El debate sobre la llamada "Cuestión de Origen" había durado años. Ahora Susan Foreman había aparecido. ¿Y si ella, su abuelo y sus amigos no fueran unos pocos refugiados más allá de los muros de Arkhaven? ¿Qué pasaría si los primos lejanos de los colonizadores hubieran venido a visitarlos por fin?

—¿Adónde ahora, señor? —preguntó su chofer, y Lant se dio cuenta al salir del ensueño que aquélla era la segunda vez que el hombre le había preguntado.

—Carlson Tower, la intersección de la decimoquinta avenida y la orbital veintinueve. Puede que no puedas acercarte demasiado, ayer recibió algo de tormenta.

Carlson Tower era una ruina que se desintegraba rápidamente a menos de la mitad de su altura anterior. Un escuadrón de cortadores, palas y excavadoras robóticas estaban desmontando la cáscara del edificio, mientras que las grúas redujeron los escombros para una flota de camiones volquete que esperaban a nivel del suelo.

La unidad de mando del lugar se había instalado en una carretera elevada con vistas a los restos. Ben se presentó al supervisor Curton y le explicó lo que estaba buscando.

—¿Una caja azul? —dijo Curton— — Ese viejo NC2 estaba ayer en una caja azul.

—¿Lo escuchaste?

—A él y a su amigo. Lo mismo hizo el alcalde.

—Pero, ¿qué dijeron exactamente?

Curton rió entre dientes.

—Sólo que vinieron del espacio exterior, y habían aterrizado su nave espacial en la parte superior de la torre, y luego la perdieron cuando el edificio se derrumbó. Supongo que hay que sentir lástima por ellos.

—Ya veo —dijo Ben cuidadosamente, sintiendo una emoción de excitación.

—Todavía estamos escudriñando por la mujer NC2 que dijeron que también estaba desaparecida, pero no hay nada hasta ahora. Sin embargo, aún no hemos encontrado la jaula del ascensor, así que hay esperanza. Son muy resistentes.

Ben asintió con la cabeza, sobrio por el recordatorio de que otra vida podría todavía colgar de un hilo.

—De todos modos, esté atento a lo de la caja... por si acaso.

—Mire, cualquier caja del tamaño que dice, nave espacial o no, no será una gran caja para cuando la encontremos... suponiendo que esté allí.

Ben miró a su alrededor en el sitio de demolición. Había transcurrido el momento de la breve alegría y de pronto se sintió asaltado por la duda. ¿Qué estaba haciendo allí? Seguir las sugerencias crípticas de un viejo y sus locas historias. Sólo por querer creer que algo maravilloso había sucedido, no sucedería. Tal vez las peculiaridades físicas de la chiquilla tenían alguna otra explicación.

Sus ojos se levantaron inconscientemente para seguir el progreso de una grua mientras pasaba cerca con otra carga de escombros en su agarre. Por un momento frunció el ceño ante el trozo de un objeto que se proyectaba sobre el costado, y luego casi le arranca el brazo a Curton.

—¡No deje que tiren esa carga!

—“Cabina de llamada pública de la policía” —dijo Curton leyendo el arcaico cartel impreso en el panel de la puerta con cierta dificultad— ¿Qué significa eso?

Ben caminó alrededor de la cabina una vez más. El polvo todavía se aferraba a sus bordes, pero parecía intacta. Cautelosamente, intentó abrir la puerta. Se agitaba ligeramente pero no se abría.

—¿Puede conseguir un cortador láser por aquí? Hay algo que quiero intentar.

—Es un milagro que haya sobrevivido tal como está, y ¿quiere hacerle agujeros? —dijo Curton.

—Si lo que me han dicho es correcto, no le haremos ningún daño.

Curton se encogió de hombros y se acercó a la consola principal. Un cortador araña dejó de desmontar a segmentos manejables la pared a la que se aferraba, caminó por el lado escarpado de la torre hasta llegar a la carretera y se dirigió hacia ellos sobre sus pies de succión almohadillados.

—Corta un círculo de diez centímetros alrededor de la cerradura de la puerta —ordenó Curton, indicando el lugar en la cabina— Profundidad de cinco centímetros, intensidad tres.

La máquina extendió sus piernas y se levantó hasta que estuvo colocada exactamente ante la cabina. Una boquilla se extendía desde debajo de la cabeza del sensor y la punta brillaba de color rojo. Con cuidado, dibujó un círculo alrededor de la cerradura como había sido instruida. La boquilla se retiró y uno de sus miembros de manipulación delanteros alcanzó y golpeó la cerradura. No pasó nada.

—El material es resistente al rayo de corte —dijo el cortador araña— Se recomienda aumento de intensidad del haz.

—Aumenta hasta siete —ordenó Curton— Mejor que se ponga esto —le dijo a Ben, dándole un par de gafas de protección y poniéndose él otras.

El láser se encendió con más brillo que antes cuando volvió a rodear la cerradura. Pero cuando se desvaneció la cerradura parecía intacta.

Curton se adelantó y tocó cautelosamente el lugar.

—Ni siquiera está caliente —dijo— Alguna clase de superficie superconductora, tal vez. Se disipa el calor antes de que pueda quemar —Se volvió hacia el cortador— Usa una hoja de sierra, mismos parámetros de corte.

Una pequeña sierra circular se extendió sobre un brazo articulado, girando hasta que sus dientes eran una mancha.

—Esto corta el acero como mantequilla —dijo Curton a Ben con confianza.

La zumbante hoja tocó la puerta al lado de la cerradura. Hubo una lluvia de chispas y la caja brilló con una luz azulada. Los hombres se agacharon cuando la hoja se desinte-



gró en una nube voladora de metralla que rebotó en el camino y la dura coraza del cortador.

—¡Deja de cortar! —gritó Curton.

El motor zumbante se apagó y levantaron cautelosamente la cabeza. No había un arañazo en la puerta o cerradura.

—Indicando daños serios en cuchilla número uno —repitió impasible el cortador— Requiere reemplazo.

Por un momento Ben sólo pudo mirar con sorpresa la incongruente cabina azul. Con un escalofrío recuperó la compostura.

—Solo déjala ahí mismo —le dijo a Curton— Tengo que llamar a la oficina del alcalde.

# Capítulo Diez

## Los Supervivientes

Bárbara se despertó al sonar las voces. Dos hombres conversaban en voz alta en algún lugar cercano, pero no pudo comprender inmediatamente las palabras.

Se sentía extrañamente separada de su cuerpo. Tenía un sabor químico en su boca y sus labios estaban secos, pero no podía mover su lengua para lamerlos. La memoria regresó en fragmentos. El túnel... la puerta oculta... la figura con la pistola. Le habían disparado con un dardo. Evidentemente, había sido drogada. ¿Dónde estaba ahora? Tal vez ayudaría si abriera los ojos, pensó confusa. En su estado actual, parecía una tarea desalentadora. Entonces las palabras que decían se hicieron inteligibles.

—Por favor, tenga paciencia, Príncipe Keldo. Ella estará lista en breve. Los efectos del dardo deben desaparecer antes de comenzar —La voz estaba ligeramente agrietada con la edad, pero todavía era fuerte.

—Tenemos que saber lo que estaba haciendo allá abajo, Thorken —respondió la segunda voz más joven— Nuestro punto de partida apenas estaba completo cuando lo descubrió. ¿Acaso fue simplemente mala fortuna o los demás la seguirían?

—Si llegan más, no tendremos que arriesgarnos a salir en busca de agentes, príncipe.

—Quizá... si ella es adecuada.

—Mire la llegada de esta hembra como oportuna. Ella puede ser nuestro primer sujeto de prueba.

—Me aseguré que el proceso ya estaba perfeccionado, Thorken —dijo el príncipe con una sospecha de rabia detrás de sus palabras.

—Fue perfeccionado por el Colegio de Ciencias en la patria, príncipe. Nos faltan sus recursos. Por necesidad, algunos de mis equipos han sido improvisados. Pero funcionarán, se lo prometo.

—Más vale que sí, Thorken. Necesitamos agentes en la ciudad para ser nuestros ojos, oídos y más. Cuando llegue el momento, pueden significar la diferencia entre el triunfo y el desastre.

Bárbara logró forzar sus pálidos párpados para que se abriesen por fin y su entorno poco a poco fue enfoncándose.

Estaba en una habitación con paredes de metal manchadas de humo, iluminadas por duros tubos blancos y enroscados. Gabinetes y estantes contenían jarras que conte-

nían polvos y líquidos de color. En las mesas maltratadas, los intrincados conjuntos de marcos y abrazaderas soportan cristalería de laboratorio, junto con los cables adornados y las formas angulares de los equipos eléctricos. Ella parpadeó. Sin duda, parecía que todas las mesas estaban inclinadas ligeramente a la izquierda. Entonces su sentido del equilibrio trató de decirle que el piso, y el resto de la habitación, estaba de hecho inclinado a la derecha. Por un momento se sintió enferma hasta que notó que las mesas tenían unas cuñas debajo de las patas para nivelarlas.

Los dos hombres interrumpieron su conversación cuando se dieron cuenta de que estaba despierta y se acercaron a ella. Su apariencia era tan llamativa que Bárbara respiró profundamente, de tal forma que le raspó su dolorida garganta.

Ambos medían por lo menos siete pies de alto y proporcionadamente fuertes, con pieles bronceadas que parecían brillar a la luz. El cabello del anciano estaba cubierto de gris, pero el más joven tenía una melena de pelo dorado que contrastaba sorprendentemente con su oscura piel. En ambos las narices de halcón dominaban sus caras angulares. Llevaban trajes de lo que parecía ser una malla metálica finamente tejida. Plata para el hombre mayor y escarlata para el más joven, que también llevaba una banda escarlata metálica en su frente.

—Parece estar ya consciente —dijo el joven con respecto a Bárbara con interés clínico— Pregunte primero sobre su presencia en el túnel.

Pero Bárbara estaba sacudiendo la cabeza con miedo y confusión. Trató de protestar, pero todo lo que salió de sus labios fue un crujido seco.

—Dale agua, Thorken. Debe poder hablar.

El hombre mayor llenó un vaso de plástico y lo empujó contra los labios de Bárbara. Bebió avidamente, sintiendo regresar la sensación a su boca y garganta. Automáticamente trató de tomar el vaso en sus propias manos, pero por alguna razón no podía levantar los brazos.

Ella miró hacia abajo.

Estaba sentada en una gran silla de metal, sostenida por correas alrededor de sus muñecas y tobillos y sobre su pecho. El miedo dispersó los últimos rastros persistentes del anestésico, y ella tiró desesperadamente de sus lazos.

—¿Qué están haciendo? ¡Déjenme ir! —exclamó ella.

El hombre llamado Thorken extendió una enorme mano, la cerró sobre sus mejillas y apretó, extendiendo sus mandíbulas a un lado mientras la carne se forzaba entre sus dedos hasta que lloriqueó de dolor.

—Se callará a menos que se le hable, mujer. Entonces usted contestará todas las preguntas inmediata y completamente. Los sensores incorporados en la silla detectarán

cualquier falsedad. Si se niega a responder o intenta mentir, será castigada hasta que coopere. ¿Entendido?

Él quitó la mano pero Bárbara estaba tan sorprendida que sólo pudo asentir con la cabeza. No había duda en su mente de que él quería decir cada palabra que decía, ni más ni menos. Protestar contra su tosco tratamiento no tenía sentido.

Thorken y Keldo se acercaron a una pequeña consola montada junto a la silla, y el hombre mayor tocó algunos interruptores.

—Comenzamos: ¿qué hacías en los túneles del alcantarillado?

Bárbara dio un relato tortuoso de sus experiencias después de la caída de meteoros, que parecía satisfacer a los dos hombres. Entonces Thorken preguntó:

—¿Cuál es tu función en Arkhaven?

—Lo siento, no entiendo lo que quieres decir. ¿Es Arkhaven el nombre de la ciudad?

Thorken frunció el ceño y golpeó el panel ante él. El rostro del príncipe se contrajo en un ceño de ira que hizo temblar a Bárbara.

—¡Ella está claramente mintiendo, Thorken! —exclamó— Sin embargo, sus dispositivos no registran el hecho. Son defectuosos.

—Con todo respeto, no están equivocados, príncipe. Pero sólo detectan los síntomas físicos de la ansiedad asociados al acto de mentir. Evidentemente no sabe lo que es Arkhaven.

—¡Explícate, mujer! —dijo el príncipe dirigiéndose directamente a Bárbara por primera vez.

—Yo... yo no soy de este mundo. Nosotros, mis amigos y yo, viajamos en una máquina que se mueve a través del espacio y el tiempo...

La dejaron terminar, aunque el ceño en el rostro del príncipe se hizo cada vez más profundo. Thorken levantó la vista de la consola.

—Está relatando la verdad tal como ella cree, príncipe.

—Pero es una locura, ¡materia de mitos y leyendas!

—Bastante, príncipe. Su respuesta es absurda, por lo que evidentemente está desquiciada. Teorizamos que muchos Arkavianos podrían ser llevados a este estado por su confinamiento en la ciudad y las presiones de la guerra, si usted recuerda.

La expresión del príncipe se aclaró ligeramente.

—Ah... por supuesto. Las razas menores no tienen nuestra fuerza de voluntad, eso es conocido. Pero, ¿puede seguir sirviendo? ¿Esto interferirá con su condicionamiento?

Bárbara levantó la cabeza. ¿Condicionamiento? Ese era un término usado en el lavado de cerebro.

—¿Qué vais a hacerme? Por favor, no...

Sin mirar alrededor, Thorken tocó un botón de la consola. Bárbara jadeó cuando una descarga eléctrica la sacudió brevemente por el marco de la silla. Había sido la advertencia más casual. Sabía que la sacudida podría haber sido mucho peor. Temblorosa y asustada, cerró los labios, sin atreverse a pronunciar otra palabra.

—No veo ninguna razón por la que debería hacerlo, príncipe —continuó Thorken— De hecho, cualquier ligera inconsistencia conductual inducida por el proceso podría explicarse por su manía.

El príncipe asintió.

—Entonces inicie el procedimiento inmediatamente. Debe ser devuelta a donde la encontramos tan pronto como sea posible. ¿Ha encontrado un objeto adecuado para ocultar el transmisor?

—Ella llevaba puesto este primitivo medidor de tiempo, príncipe —dijo Thorken. Bárbara vio que sostenía su reloj y se dio cuenta por primera vez de que le faltaba de la muñeca— Tal vez sea una antigüedad. El transmisor puede ajustarse a él sin interferir con su función.

—Bien —dijo el príncipe, examinando el reloj con interés.

—¿Está seguro de que ella no recordará nada de esta reunión?

—Nada, príncipe. Habrá un espacio en blanco en su mente, como si hubiera dormido. Cualquier dislocación de su sentido del tiempo será atribuible a las privaciones que ha sufrido en los túneles.

Thorken se acercó a Bárbara y sacó un brazo de metal de un puesto detrás de su silla. Montada en el extremo había una gran lámpara con muchas luces, algo así como una versión más pequeña de esos usados en los quirófanos de operaciones. Se colocó cuidadosamente a un par de pies delante de la cara de Bárbara para que ella estuviera mirando la gama de lentes. Cada lente tenía un matiz ligeramente diferente y sus superficies estaban grabadas con intrincados patrones de líneas dispuestas en ondas ondulantes y espirales. Parecían parpadear ante sus ojos, convirtiéndose en agua. Una vez había visto algo similar en una exposición de arte moderno. Había habido algo convincente en las imágenes a pesar de que le habían levantado dolor de cabeza...

Ella apartó la cabeza. ¡Era un dispositivo de lavado de cerebro!

Pero Thorken la forzó a poner su cabeza recta de nuevo, extendió las abrazaderas del reposacabezas y las aseguró en su lugar para que ella se enfrentara a las lentes.

—Si cierra los ojos, habrá más descargas —le advirtió— cada una más intensa que el anterior.

Regresó a la consola y manejó los mandos.

Las lentes comenzaron a pulsar con luz suave. Un zumbido electrónico, que se elevaba y caía en sintonía con las luces, provenía de altavoces ocultos cerca de sus oídos.

¡Ella tenía que resistirse! Pensar en otra cosa. Ella comenzó a contar hacia atrás suavemente para sí misma.

—¡Cien, noventa y nueve, noventa y ocho, noventa y siete, noventa y seis... ahh!

Otra sacudida eléctrica recorrió la silla. Thorken había adivinado lo que estaba haciendo. Ella debe estar en silencio. Debía contar en su mente, debía... ¿Qué número había alcanzado? Tenía que empezar... empezar...

El sonido y la luz parecían penetrar en su cerebro, borrando todas las demás sensaciones. Los finos patrones de las lentes giraron para llenar su mente. Se sentía caer en un vacío infinito.

Entonces no hubo nada.

## Capítulo Once

### Espectáculo de Marionetas

La hora punta de la mañana llegó y se fue. Gelvert, Tressel y Semanov no vieron otro alma viviente en la plaza de la estación. Las cápsulas del metro pasaban con más frecuencia, pero cuando paraban nadie se subía o bajaba.

—¿Qué está pasando? —preguntó Gelvert a Tressel— ¿Dónde está todo el mundo?

Tressel sólo pudo sacudir la cabeza desconcertado.

—No lo sé. Todo está mal.

—¿No crees que ya empezó la evacuación? —preguntó Semanov.

—No. La alerta sería transmitida por todas las pantallas públicas. No podríamos haberlo pasado por alto.

—De todas formas hay gente que sigue dentro de las cápsulas —señaló Gelvert— No parecen tener prisa.

Miraron hacia abajo, a la calle. Una corriente constante de vehículos pasaba debajo de la torre del metro, pero no había peatones.

—¿Por qué Lesitor no nos advirtió de que las cosas eran así? —comenzó Gelvert, luego maldijo en voz alta— ¡Él lo pergeñó! Así es como nos encontraron anoche. Incluso le pagamos por el privilegio... —Recuperó su autocontrol y miró furiosamente a los rostros confusos de sus compañeros— Este área debe estar abandonada. Tal vez todavía está contaminada por residuos de armas. Nos quedaremos de pie como unos pulgares doloridos si tratamos de movernos. Salgamos de aquí.'

—¿Nos arriesgamos a coger una cápsula? —preguntó Semanov.

—Sí. Al menos habrá algunas personas que nos den cobertura.

La ranura de crédito para pasarela de la estación no funcionaba, pero aún así los dejó avanzar hasta la plataforma.

—Nadie se preocupa por mantener el lugar —dijo Gelvert— Aún así, al menos eso significa que podemos viajar gratis y ahorrar algunos créditos.

La siguiente cápsula se detuvo y las puertas se abrieron. Entraron y se dejaron caer en los asientos más cercanos, evitando cuidadosamente el contacto visual con los otros pasajeros. No querían llamar más la atención sobre sí mismos de lo absolutamente necesario.

Después de medio minuto, la cápsula arrancó de nuevo. Gelvert soltó el aliento. La docena de personas en la cápsula miraba a través de las ventanas o tenía las cabezas enterradas en las noticias. Ninguno de ellos parecía haber notado que llegaban a una estación desierta. De hecho, ninguno de ellos había mirado a su alrededor...

Gelvert sintió los pelos de su nuca erizarse.

Sus compañeros pasajeros estaban absolutamente inmóviles y completamente silenciosos. Ni una contracción ni un suspiro. Ni siquiera una respiración.

Solamente ahora Gelvert notó la fina película de polvo sobre su ropa. Vio que los ojos de Semanov y Tressel se abrían de alarma. Lentamente se inclinó hacia adelante y empujó el hombro del pasajero sentado frente a él. El hombre se balanceó ligeramente en su asiento y luego se acomodó en una inmovilidad perfecta.

—Es un maniquí —dijo Gelvert— —¡La cápsula está llena de maniqués!

Eran precisamente eso: maniqués, con rasgos realistas y cuerpos correctamente articulados... pero completamente sin vida.

Semanov se volvió hacia Tressel, asustado y enfadado.

—¿Qué es esto? ¿Que esta pasando aquí?'

Tressel sólo pudo masajearse las sienes.

—¡No lo sé, te estoy diciendo! —Como si estuviera desesperado, sus ojos se fijaron en el tablero de destinos iluminado montado en el extremo de la cápsula— Mira, el distrito de Penko está a un par de paradas. Es famoso por sus mercados callejeros y restaurantes. Habrá gente allí.

—Mejor que así sea —dijo Gelvert.

Pasaron por la siguiente estación casi tan quietos y silenciosos como sus compañeros ficticios.

Cuando la cápsula entró en Penko, miraron hacia una larga calle bordeada de árboles, rodeada de amplios paseos y perlada de puestos de mercado y mesas. Una multitud de gente se movía a su alrededor. Los fugitivos dejaron la cápsula y se apresuraron por las rampas. Incluso Gelvert se sentía ansioso por volver a estar entre la gente. Después de meses en el campamento se había acostumbrado a la compañía.

Sus pasos vacilaron al llegar al nivel del suelo.

La gente se sentaba a tomar café en las mesas de los cafés, mientras que otras negociaban con los tenderos. Los niños tiraban entusiasmados de los brazos de sus padres. Decenas de bocas se movían, pero no salieron palabras. El único ruido en la calle era el ruido de tacones en el pavimento. Un hombre y una mujer se acercaron a ellos caminando del brazo, mirando fijamente a la distancia media con sonrisas fijas en sus rostros. Incluso



mientras Gelvert se alejaba, algún circuito de proximidad debió de activarse para que la pareja se volviera suavemente para evitarlos. Sus movimientos tenían esa repetitiva precisión y regularidad que separaba lo mecánico de lo vivo. Eran simplemente como animaciones de parque de atracciones. Al pasar, Gelvert vio que su ropa estaba manchada y blanquecina por el sol. ¿Cuánto tiempo habían recorrido los dos autómatas este camino de un lado a otro con esas sonrisas sin sentido?

Miró a sus compañeros. Tressel sólo podía sacudir la cabeza. Semanov simplemente se encogió de hombros. Caminaron lentamente por la multitud como intrusos en un escenario mudo.

Entonces comenzaron a notar las marcas.

Tressel tropezó con una losa de pavimentación y vieron que grandes secciones de pavimento habían sido mal reajustadas y ahora se estaban asentando de manera desigual. Varias planchas estaban rotas. El fantasma de una línea dentada de humo ennegrecido a través de una fachada cercana mostró donde la mitad del edificio había sido substituida. Gelvert golpeó la nueva sección y encontró que era yeso moldeado y con textura, no de piedra. Semanov alcanzó una rama colgante de un árbol de sombra y arrugó las hojas en su mano. Cuando los soltó, volvieron a su forma perfecta.

—Artificial —dijo ella con disgusto— Al igual que todo lo demás por aquí.

El cielo, que se había oscurecido constantemente, se disolvió repentinamente en un aguacero torrencial. En segundos los pavimentos estaban inundados. Como si hubieran pulsado un interruptor, los autómatas cesaron su actuación y se dirigieron a las puertas más cercanas. Temblando, Gelvert llevó a sus compañeros tras ellos y se apiñaron en un restaurante. Ni los comensales ni el personal se parecieron dar cuenta de este flujo repentino de figuras goteando. Otros muñecos se alinearon en silencio contra una pared. Podía oler el moho húmedo sobre su ropa.

Gelvert encontró una mesa libre y se dejó caer en una silla. Tressel y Semanov le copiaron cansadamente. Semanov dibujó con sus dedos deliberadamente a través de la gruesa capa de polvo en la mesa. Tressel parecía aturdido. Alrededor de ellos, simulacros de comensales estaban haciendo los movimientos de comer, manejando sus cubiertos con precisión mecánica. Pero no había comida en los platos. Un camarero llenó solemnemente vasos vacíos de una botella vacía de vino.

—Dinos... —dijo Gelvert a Tressel, enojado y despreciativo en sus palabras— ¡cuéntanos cómo puede ser que no medio sepas que tu ciudad está muerta!

## Capítulo Doce

### El engaño

El capitán Lant regresó al campamento NC2 antes del mediodía en un avión. Trajo documentos con él, liberando al Doctor y a Ian bajo su responsabilidad. Por sus modos era evidente que su estatus había cambiado. Lant parecía querer hacer muchas preguntas, pero estaba limitado por el protocolo.

—Me han ordenado escoltarte a la alcaldía —dijo formalmente.

—Y ya era hora, joven —dijo el doctor suavemente— Veo que has seguido mi consejo.

—Sí. Encontramos su, uh, máquina. No estaba dañada, como dijiste.

—¿Y Susan? ¿La viste?

—Está fuera de peligro y se recupera bien —le aseguró Lant, con una expresión muy curiosa.

—¿Tienes alguna noticia de Bárbara? —preguntó Ian con ansiedad.

—Aún no, me temo. Pero no han encontrado la caja del ascensor, así que todavía hay una oportunidad.

Ian sólo pudo asentir sombríamente.

El Doctor aceptó su evidente progreso con una auto—satisfacción ligeramente arrogante. Él sonrió con condescendencia mientras subía al aerocoché, como si algún monarca regresara triunfantemente del exilio.

La nave creció cada vez más a medida que se acercaban al corazón de la ciudad. Era aún más enorme de lo que habían pensado originalmente.

—Extraordinario —dijo el Doctor, mirándola intensamente a través de la ventanilla. Ian no podía pensar en una mejor descripción de su abrumadora presencia.

Una feroz tormenta se inflaba en el cielo descendente cuando su coche los dejó en una plataforma en el techo de un gran edificio municipal. A medida que aterrizaban, se dieron cuenta de que la TARDIS descansaba sobre el techo plano junto a la plataforma, con un soldado vigilando.

—Ya ves, Chesterton —dijo el Doctor mientras salían del coche— Te dije que nuestra nave saldría ilesa.

—Por aquí, caballeros —dijo Ian, llevándolos de la lluvia a un elevador del techo— Al alcalde le gustaría haceros algunas preguntas.

Fue una reunión muy diferente a la de su primer encuentro.

Fueron llevados a la oficina del alcalde. Draad les saludó cordialmente, les invitó a sentarse en cómodas sillas y les ofreció bebidas. Lant se negó a refrescarse y se sentó a un lado. Draad volvió a su asiento detrás de su escritorio y los miró atentamente por un momento antes de hablar.

—He visto una caja azul que, según usted, es algún tipo de transporte —dijo— —Eso me cuesta creerlo. Sin embargo, esta misma caja aparentemente no puede ser abierta ni rayada por ninguna fuerza a nuestro disposición.

También he leído un informe médico de su compañera, Susan Foreman, que me resulta igualmente difícil de creer, pero que ha sido doblemente verificado y totalmente corroborado. Estoy dispuesto a aceptar la explicación que dio sobre su presencia aquí, con una mente más abierta, digamos.

—Entonces primero debes aceptar —comenzó el doctor— que hay millones de mundos más allá del tuyo, poblados no sólo por formas de vida humanoides, sino por seres de todas las formas imaginables...

Mientras el Doctor hablaba, Ian vio que Draad y Lant atendían cada vez más fascinados por la historia de sus vagabundeos a través del tiempo y el espacio. El rostro de Lant brilló con una admiración apenas controlada mientras las reservas del alcalde se convertían gradualmente en un interés cada vez más profundo. Ambos escucharon atentamente mientras el Doctor especulaba que Sarath había sido colonizado miles de años antes por viajeros espaciales que podrían haber venido originalmente de la Tierra. Finalmente, el Doctor terminó y sonrió a su audiencia extasiada.

Draad sacudió lentamente la cabeza, como para volver a la realidad.

—Eso es increíble. Hay tales teorías sobre nuestros orígenes pero mucha gente dijo eran meramente leyendas. Pero ahora su presencia parece probar el asunto.

—¿Nos crees entonces? —preguntó Ian con ansiedad, preocupado de que fueran enviados de regreso al campamento NC2.

—Así es, señor Chesterton —dijo Draad lentamente— No hay razón para que mientan, ahora que hemos visto esa "TARDIS" suya —sonrió— ¿Realmente es más grande dentro que fuera?

—Claro que sí —le aseguró el Doctor— Una simple aplicación de las leyes de la física de la quinta dimensión.

Draad volvió a sonreír, aunque con más ironía, al uso de la palabra «simple».

—Pero usted dice que sus dos llaves han desaparecido.

—Lamentablemente, sí. A menos que Susan todavía tenga su propia llave con ella.

El capitán Lant habló.

—Después de comprobar el estado de su nieta, Doctor, me tomé la libertad de examinar las ropas y posesiones que el hospital había guardado. No había llave de ningún tipo entre ellos.

El Doctor frunció el ceño.

—Entonces el hombre llamado Gelvert tiene la única llave. Debes encontrarlo.

—¿No puede abrir su nave de alguna otra manera? —preguntó Draad.

El Doctor se tocó la barbilla, perdido en sus pensamientos durante un minuto.

—Es posible que, con las herramientas adecuadas, pueda ser capaz de duplicar una llave. Es más que una simple pieza de metal, entiendes. Es un patrón único incrustado dentro de su estructura molecular que el mecanismo de bloqueo lee. Tendría que volver a crearla eso a niveles atómicos de tolerancia.

El alcalde los miró muy pensativo por un momento y luego dijo:

—¿Podrían esperar un minuto en la oficina con el capitán Lant? Tengo una proposición que quiero presentarles, pero primero tengo que hablar con alguien.

Mientras esperaban, el Doctor le dijo a Lant:

—¿Se hará todo el esfuerzo por encontrar a Gelvert? Incluso con las mejores instalaciones a mi disposición, no estoy seguro de que pueda crear un duplicado de la llave con éxito.

Lant sonrió.

—Lo haré lo mejor que pueda. Me gustaría echar un vistazo dentro de esa nave vuestra. Voy a comprobar cómo está progresando ahora la búsqueda si quieres.

Se acercó a la ventana, sacó lo que Ian supuso que sería una pequeña radio bidireccional de su bolsillo y se la puso a la oreja.

Mientras hacía su llamada, Ian le dijo al doctor:

—Esta no es la primera vez que nos pasa algo así. Sólo tener dos llaves es arriesgado. Podría ser una idea organizar algún otro medio de entrar en el TARDIS en una emergencia.

—Tal vez tengas razón, Chesterton. Prometo que daré al problema mi máxima atención, tan pronto como hayamos solucionado nuestros problemas inmediatos.

Lant se reunió con ellos, todavía con su radio en la mano.

—Parece que algunos NC2s fueron recapturados a últimas horas de anoche —dijo— Pero Gelvert no estaba entre ellos. Les he pedido que busquen la llave por si acaso, pero no creo que vaya a haber suerte.

—Ya veo —dijo el Doctor— —Bueno, gracias por intentarlo. Capitán.

—Todavía no me he rendido. Todavía estoy esperando escuchar algo sobre la búsqueda en curso. El problema es que sólo fui asignado a este equipo temporalmente, así que no sé cómo obtener lo mejor de ellos todavía.

Se apartó de nuevo, poniendo el teléfono en la oreja.

Otro asunto había preocupado a Ian.

—¿Qué tenía el informe médico de Susan que los tenía tan desconcertados? Si son originarios de la Tierra, ¿por qué debemos parecerles diferentes?

El Doctor le dirigió una peculiar mirada penetrante y luego suspiró.

—Evidentemente, aún no ha comprendido completamente los hechos de nuestra procedencia, Chesterton. Un error indulgente dadas las circunstancias, tal vez. Verás, Susan y yo no somos en realidad...

El alcalde Draad abrió la puerta de su despacho.

—Por favor, vuelvan a entrar, señores.

Una de las pantallas de la pared de la oficina ahora mostraba la imagen de un hombre de mediana edad de aspecto cansado que Draad presentó como el profesor Tovel Jarrasen. El profesor los miró con curiosidad escéptica. Draad hizo un gesto desde la ventana mojada por la lluvia a su espalda, hacia el gran volumen de la nave.

—¿Saben qué es eso, supongo? —preguntó a Ian y al Doctor.

—Hemos entendido los hechos básicos —replicó Ian. —Tu luna se está cayendo.

—Sí. Según nuestras mejores estimaciones, se producirá en treinta y tres días. Monitor: muestra una imagen actual de la luna.

—La luna está a punto de levantarse sobre la estación siete —dijo una voz medida.

Otra pantalla se iluminó para mostrar el cielo nocturno sobre un horizonte recortado bañado en un brillo nacarado que se hizo más fuerte por el momento. De repente aparecieron los cuernos de una luna creciente, que se elevaban a una velocidad increíble. Por supuesto, pensó Ian, se está moviendo en contra—rotación del planeta. En unos instantes, un cuerpo completamente lleno de rugosos cráteres y cincuenta veces más ancho que la luna llena de la Tierra estaba en alza en el cielo.

La cámara siguió su progreso. Antes de que alcanzara un cuarto del camino hasta el cenit, la luna empezó a enrojecer y oscurecerse, luego se desvaneció en una silueta negra eclipsando las estrellas.

—Ha pasado ahora a la sombra de Sarath —dijo la voz de Monitor.

—Eso fue transmitido desde una estación automática en el ecuador —explicó Draad— La luna está tan cerca ahora que ya no es visible desde estas latitudes. Tal vez el hecho de que la gente no pueda verla más ayuda a mantener un sentido de normalidad.

—¿Eso orbita en tu plano ecuatorial? —preguntó el Doctor.

Inesperadamente Monitor respondió:

—La desviación no es mayor de once grados, Doctor.

El Doctor parpadeó.

—Tu computadora parece saber quiénes somos ya —observó.

—Monitor es una máquina muy sofisticada, Doctor —explicó Draad— No podríamos dirigir Arkhaven sin él. Se ha instalado un duplicado de su unidad central en el buque. Él vendrá con nosotros para ayudar en nuestra colonización de Mirath.

—Entiendo —El doctor miró al ojo de la cámara de Monitor. ¿Qué piensas de tal empresa, Monitor?

—Estoy programado para servir a la ciudad, a la gente y a los gobernantes legales de Arkhaven. Si la ciudad de Arkhaven es transferida a Mirath, continuaré sirviéndola allí con la misma eficiencia.

El doctor asintió.

—Entiendo. Bueno, es un proyecto extraordinario el que estás llevando a cabo, alcalde.

—No tenemos otra opción —dijo simplemente Draad— considerando la alternativa... —Vaciló como si no pudiera seguir hablando más e hizo un gesto al ojo de la cámara de Monitor— Háblales de las proyecciones.

—Cuando la luna golpee, se estima que penetrará a una profundidad de cuarenta kilómetros —explicó Monitor— La onda de choque transmitida a través del manto abrirá fallas geológicas a lo largo de Sarath, liberando flujos de lava que cubrirán el 65 por ciento de la superficie. El impacto arrojará polvo sobrecalentado y roca de magnitudes gigantes a la estratosfera, destruyendo el sol. Cuando estos caigan de nuevo, incinerarán toda materia orgánica restante. La vida en los océanos, si es que aún existe, morirá a medida que el plancton en la base de la cadena alimenticia quede envenenado. El oxígeno será quemado fuera del aire por los fuegos a nivel planetario y no será reemplazado, ya que la luz será insuficiente y llegará a la superficie a través de una atmósfera demasiado conta-

minada con polvo como para iniciar la fotosíntesis. Sarath será un mundo estéril que experimentará grandes terremotos y erupciones volcánicas por un mínimo estimado de ochocientos años.

Ian guardó silencio. El catálogo de catástrofes sin emociones de Monitor era escalofriante. No podía pensar en una respuesta adecuada después de tan apocalíptico pronunciamiento. El Doctor estaba menos inhibido.

—Tienes nuestra simpatía —le dijo a Draad gravemente— Pero me temo que no podemos ofrecer ninguna solución a vuestro problema. Incluso si tuviera acceso a la TARDIS no podría llevaros a todos a salvo. Tampoco tengo los medios para desviar o destruir vuestra luna antes de que ocurra.

—No esperaba milagros —dijo Draad— Pero sin embargo puede ayudarnos. Tengo una proposición. Le daremos todas las facilidades para hacer otra llave para su máquina si, a cambio, nos da su conocimiento.

—¿Conocimiento de qué?

El profesor Jarrasen habló.

—Soy el principal diseñador de la nave, Doctor. Si su propia nave es todo lo que dice ser, quizás la nuestra le parezca muy primitiva. Pero supongo, como viajero espacial, que al menos has estudiado dispositivos similares.

El Doctor se hinchó ligeramente.

—Tengo un sólido conocimiento práctico sobre tecnología de cohetes atómicos —admitió.

—La nave no ha sido probada y en gran parte no ha sido testeada. La guerra interfería con gran parte de nuestro programa de investigación. Nuestra experiencia práctica en viajes espaciales se limita al lanzamiento de algunas sondas de investigación no tripuladas. El proceso de desarrollo normal simplemente no ha sido posible. En consecuencia, hay muchos detalles que podrían mejorarse. Si pudiera revisarlas, tendríamos tiempo de hacer modificaciones menores que pueda usted sugerir —Jarrasen forzó una sonrisa débil y cansada— Entenderá que no estoy muy orgulloso de pedir ayuda. Pero lo único que importa es que la nave funcione y nos lleve a Mirath con seguridad.

—¿Bueno, Doctor? —preguntó Draad— Creo que tenemos derecho a buscar cualquier ayuda que podamos obtener. Por el bien de la humanidad, ¿nos ayudará?

—¿Es humano dejar a los NC2 cuando os vayáis? —preguntó Ian acusadoramente.

Draad se pellizcó el puente de su nariz y sus hombros parecieron ceder por un momento.

—¿No cree que salvaría a todos en Arkhaven, nativos o no, si pudiera, señor Chesterton? Pero la capacidad de pasajeros del buque, más los suministros esenciales y el equipo, se estableció antes de la última afluencia de refugiados. Estamos trabajando hasta su margen de seguridad como podemos. ¿No está de acuerdo en que es mejor ahorrar algo que arriesgarse a perder todo en una nave sobrecargada?

—Pero tú decides quién vive y muere por accidente de nacimiento. Los nativos de Arkhaven tienen preferencia sobre todos los demás.

—¿Y por qué no? —replicó Draad con un poco más de energía— Concebimos el plan y pusimos tiempo y recursos en el proyecto. Perseveramos incluso a través de la guerra con los taklares. ¿Por qué no deberíamos ser los primeros en cosechar su beneficio? Sólo hay una nave en el mundo capaz de llegar a Mirath y me ha tocado elegir quién montará en ella. Créame, yo no pedí tal responsabilidad, pero me mantendré firme en mi decisión.

Ian no dijo nada más. Simplemente asintió con un mudo entendimiento.

—Bueno, Doctor —dijo Draad— ¿nos ayudará?

El Doctor parecía pensativo.

—Antes de responder, hay una pregunta que me gustaría responder.

—¿Cuál?

—¿Por qué están iluminando los edificios vacíos y ponen conductores ficticios en automóviles robóticos? —La consternación se reflejó en los rostros de los tres arkavianos, pero el Doctor los miró obstinadamente— Venga —continuó el Doctor— No podéis esperar nuestra cooperación mientras guardéis semejante cosa en secreto. ¿Qué estáis escondiendo, y por qué?

Después de una incómoda pausa, Draad asintió.

—Muy bien —le dijo a sus compatriotas— me encargaré de la responsabilidad... y compareceré ante el consejo si es necesario —Se volvió hacia Ian y el Doctor— Lo que voy a decirles es sólo conocido por personal militar y gubernamental esencial. Debo pedirles que respeten nuestra confianza y que no divulguen esta información a nadie fuera de esta oficina.

—No podemos prometer nada hasta que conozcamos los hechos, señor —dijo el Doctor con firmeza— Sólo tú puedes juzgar si esta revelación es digna de nuestra discreción.

Draad suspiró.

—Muy bien. Sólo espero que lo entiendan. Todo comenzó durante la guerra. Los drones espías determinaron la naturaleza de la nave una vez que la construcción a gran es-



cala comenzó y los taklares amenazaron con destruir Arkhaven a menos que acordáramos llevarlos con nosotros. Pero aparte de una opción tan moralmente repugnante, sabíamos que la nave no podría llevarlos también. Sus naves de guerra todavía llevaban varios miles de guerreros. Así que comenzaron sus ataques. Para evitar dañar la nave se concentraron en los suburbios exteriores. Para mantener la moral pública no nos atrevimos a divulgar el número verdadero de víctimas. El ayuntamiento formuló la política de desviar todos los recursos disponibles a la reparación de daños superficiales tan pronto como fuera posible.

Incluso cuando había habido pérdidas considerables de vidas, intentamos hacer que las áreas dañadas parecieran pobladas. Primero usamos soldados, luego autómatas simples y vehículos controlados automáticamente. Esto también tuvo el efecto de engañar a los drones de los taklares, engañándolos en cuanto a la eficacia de sus ataques. Los edificios arruinados fueron remendados y iluminados por la noche para hacerlos parecer ocupados, las pantallas de información pública se mantuvieron funcionando, y así sucesivamente.

—¿No hubo un apagón? —preguntó Ian.

Draad lo miró con curiosidad.

—Las luces de la ciudad no hacían que la precisión de las armas de los taklares fuese menor. No se basaban en la simple búsqueda óptica de objetivos.

—Y una ciudad brillantemente iluminada también era mejor para la moral —sugirió el Doctor.

—Exactamente —dijo Draad— De todos modos, a medida que las pérdidas crecían y el espacio se hacía disponible, los ciudadanos supervivientes se movían constantemente hacia adentro desde los distritos periféricos hacia el corazón de la ciudad. Era, y sigue siendo, el lugar más seguro para vivir. La gente se mantiene en la zona interior sólo para estar cerca de la nave. Es un símbolo poderoso.

—Afortunadamente, Arkhaven se encuentra en una zona geológica relativamente estable, por lo que hemos tenido poco daño sísmico. También es autosuficiente. Podemos fabricar bienes materiales, sintetizar alimentos y tener amplias reservas de energía — Draad vaciló— No hemos oído nada de fuera de la ciudad durante medio año. Hasta donde sabemos, Arkhaven es el último puesto avanzado de la civilización en Sarath.

—Pero la guerra ha terminado —dijo Ian— ¿Por qué continuar con este engaño?

—Para que los ciudadanos se sientan seguros —dijo Draad sin rodeos— Saben que hay algunas zonas desiertas en la zona exterior, por supuesto, pero no su verdadera extensión. Ellos ven informes de noticias ocasionales de los distritos periféricos con autómatas en el fondo para hinchar los números. Están aislados de un mundo desolado por esa banda de torres brillantes. No piensan preguntarse si están realmente ocupadas. Los indi-

viduos saben de familia o amigos perdidos, naturalmente, pero sólo unos pocos de nosotros sabemos el verdadero total.

—¿Cuántos has perdido? —preguntó Ian.

Draad vaciló, al parecer demasiado apenado para hablar. Monitor respondió por él.

—Arkhaven tenía una población de cinco millones ciento dos mil personas antes de la guerra, señor Chesterton —dijo— Ahora hay un poco menos de ochenta mil ciudadanos registrados.

Ian se sintió entumecido.

—¡Perdiste más de cinco millones de personas!

—Hemos acumulado bajas durante casi cuatro años de guerra, además de las pérdidas por tormentas —dijo Lant— Entonces, cerca del final, los taklares usaron una nueva arma química en la zona exterior... funcionó muy bien.

—Pero no puedes ocultar una pérdida tan grande de vidas —insistió Ian— La gente se daría cuenta incluso con el encubrimiento.

—¿Podrían, señor Chesterton? —preguntó Draad con una sonrisa sin humor. — Diga, ¿vive en una ciudad en su mundo?

—Sí, Londres... nuestra capital.

—¿Cuál es su población?

—Bueno, hay casi ocho millones en el núcleo urbano de Londres.

¿De verdad? ¿Los ha contado personalmente?

—Por supuesto que no. Pero hay estadísticas del censo...

—¿Y el censo está controlado por el gobierno?

—Por supuesto... —Ian vaciló por un momento— Muy bien, entiendo lo que quieres decir. Pero puedo decir que hay decenas de miles de personas que viven y trabajan a mí alrededor cada vez que doy un paseo o voy al trabajo. De ahí puedo calcular la población total de la ciudad.

—¿Viaja por todos los sitios para ver que está igual de poblado, o examina a cada persona por la que pasa para saber que son reales? —preguntó Draad— ¿No ve usted a la mayoría de la gente a distancia o encerrada en los vehículos, o simplemente deduce su presencia de las luces de los edificios?

Ian vaciló.

—Creo que el alcalde tiene razón, Chesterton —dijo el Doctor, sonriendo sombríamente.

—La gente sabrá la verdad cuando lleguen a Mirath —dijo Draad— Pero para entonces ya no importará. Haremos lo necesario.

El Doctor miró a Ian, que asintió con la cabeza.

—Tu secreto está a salvo con nosotros —le aseguró el Doctor a Draad— Mientras tanto, estaré encantado de mirar vuestros diseños y hacer cualquier sugerencia que parezca apropiada.

En la pantalla, Jarrasen sonrió aliviado.

—Gracias, Doctor. Voy a redactar los detalles de las áreas en las que me gustaría tener su opinión.

Su imagen desapareció.

—Me gustaría volver al edificio donde aterrizamos —dijo Ian— Para ver si hay noticias de Bárbara.

—Por supuesto —dijo Draad— Le asignaré al capitán Lant como su enlace. Le llevará a donde quiera. ¿Le gustaría visitar a su nieta, Doctor?

—Gracias, señor —dijo el Doctor— Esperaba verla antes de empezar a trabajar.

—Creo que podemos darles unas horas, caballeros. Nuestro tiempo puede ser precioso, pero nos esforzamos por mantener un sentido de orden y civismo. Será todo lo que nos sostenga durante los últimos días del mundo.

Media hora más tarde, Ian y el Doctor se encontraban en el balcón de su cómodo apartamento de invitados en la residencia de la alcaldía. Llevaban puestos unos vestidos prestados mientras que su ropa estaba pasando por una limpieza muy necesaria en un servicio automatizado. La tormenta había cesado, dejando a la inmensa nave brillando contra un cielo despejado.

—Me siento un poco culpable por haber hablado con el alcalde de esa manera —admitió Ian— No pensé a lo que se estaban enfrentando.

—En efecto, es una situación desesperada la que ha sacado lo mejor y lo peor de ellos —dijo el Doctor con solemnidad— Del horror de la guerra surge un ejemplo de ingenio técnico sobresaliente, impulsado por la indomable voluntad de sobrevivir —Hizo un gesto hacia la nave, luego bajó la voz— Excepto que había un detalle de su historia que era inconsistente.

—¿Cuál?

—Piensa, Chesterton, y lo notarás. Tal vez fue simplemente un descuido en la narración, o tal vez... Bueno, tendremos que esperar y ver. ¡Pero ten cuidado!



## Capítulo Trece

### Pesadilla

Susan despertó de su trance curativo autoinducido en lo que consideró un sueño muy malo.

Estaba en completa oscuridad y un olor desagradable de decadencia asaltó sus fosas nasales. Aunque ella estaba acostada de lado, la superficie debajo de ella parecía estar ondulando muy ligeramente. Empezó a imaginar cosas frías y húmedas presionando contra ella, aferrándose a su piel y dejando rastros viscosos. Después de algunas consideraciones confusas, decidió que era probablemente un efecto secundario de las drogas del hospital y deseó poder levantarse.

Luego sus dedos se cerraron en lo que se sentía muy parecido a una tajada de carne fría y un corazón de manzana podrido.

Con un chillido de sorpresa y repulsión forzó a sus miembros adormecidos y rígidos a moverse, y se escabulló frenéticamente fuera de la pila de basura en la que había estado acostada.

Se sentó derecha, balanceándose ligeramente. Tomó la determinación de respirar profundamente el aire fétido, pero necesitaba forzar el oxígeno en su lento sistema. Poco a poco sintió que la sensación regresaba a sus extremidades y los niveles más altos de su mente comenzaron a funcionar una vez más. Mantén la calma, se dijo. Esto no es un sueño, es real. Debo observar y razonar antes de actuar. No hay luz, así que debo usar mis manos para averiguar dónde estoy.

Estaba descansando sobre lo que parecía una superficie de goma gruesa. Estaba nivelado por delante y por detrás, pero curvado a los lados. Sus dedos alcanzaron su borde y repentinamente rozaron contra una pared de metal lisa y curvada que parecía deslizarse más allá de ella. Lo siguió por encima de la cabeza. Era un tubo cerrado. Pero, ¿por qué se movía?

De repente, las débiles ondas que pasaban bajo ella tenían sentido. El tubo no se movía, ella sí. Estaba en una especie de cinta transportadora que encajaba perfectamente en una bandeja en el fondo del tubo, tal vez montada en una delgada capa de aceite polarizado.

Sus manos, todavía rozando el tubo por encima de su cabeza, se deslizaron momentáneamente en un vacío, golpearon contra un borde de metal en forma de embudo y luego siguieron deslizándose por la pared del tubo como antes. Había sido una abertura de algún tipo en el techo del tubo. ¿Había otras?

Mantuvo las manos en su lugar. Un minuto después, sintió otra abertura similar, con el borde incrustado de limo y cubierto de fragmentos de materia orgánica. El breve contacto le permitió juzgar que la cinta se movía a ritmo de un paso normal. Las aberturas parecían fijarse a intervalos regulares en el techo del tubo. ¿Vertederos de basura quizás? ¿Era de allí de donde venía la masa de desechos sobre la que había estado acostada? Sí, eso era. Estaba en un sistema de reciclaje de desechos orgánicos que probablemente funcionaba bajo la ciudad.

¿Pero por qué? ¿Qué hacía ella allí? ¿Dónde estaban Abuelo y los demás? Sus últimos recuerdos eran entrando en un hospital.

Por primera vez, Susan se sintió atrapada. Su único vestido era un delgado vestido desechable, ahora bastante manchado y comenzando a desintegrarse en trozos. También descubrió varias almohadillas de plástico liso, que sólo podía ser vendaje protector, adheridas a su piel. Ella tembló involuntariamente, dándose cuenta de lo fría y hambrienta que se sentía. Bueno, no había nada que pudiera hacer para aliviar cualquiera de las dos condiciones en este momento, excepto abrazarse con sus brazos, así que simplemente tuvo que ignorarlos. Las tolvas eran demasiado pequeñas para que ella pudiera trepar incluso si pudiera agarrar sus suaves paredes. Debía conservar sus fuerzas y dejar que el transportador la llevara a su destino, presumiblemente algún tipo de nodo o planta de reciclaje. Tenía que haber una forma de salir de allí, y esperaba que alguien le diera una explicación para su situación. Por el momento parecía como si la hubieran tirado con el resto de la basura.

Un pensamiento macabro de repente vino a ella.

Se había inducido un trance curativo, un estado muy cercano a la muerte. Con su metabolismo tan suprimido tal vez el hospital pensó que en realidad estaba muerta. Tal vez era así como disponían los cadáveres en la ciudad. Pero Abuelo nunca los habría dejado hacer tal cosa... a menos que algo le hubiera sucedido a él también. Se agarró la cabeza con desesperación. Esto era una pesadilla.

Sólo entonces notó que un débil brillo comenzaba a iluminar su entorno. Un punto de luz brillaba delante de ella, cada vez más brillante a cada segundo. Al hacerlo, se dio cuenta del creciente zumbido de maquinaria.

El punto de luz se convirtió en un círculo de luz azul y de color azul, y de repente el tubo se abrió a una gran cámara.

Las bocas de una docena de otros tubos similares al suyo estaban rodeados por su perímetro, y sus cintas transportadoras sobresalían como lenguas que colgaban sobre la pared lateral de una gran cuba que llenaba el centro de la cámara. De adentro se oyó un estridente zumbido.

Susan saltó por el lado de la cinta transportadora, incluso cuando el montón de basura que había delante de ella desapareció sobre el borde de la estructura.

Se puso de pie vacilante y miró cautelosamente hacia la tina. Debajo de ella, una serie de cuchillas giratorias estaba reduciendo los desechos a una pulpa de barro que estaba siendo succionada ruidosamente en el fondo, presumiblemente para ser llevada a la siguiente etapa del proceso.

Miró a su alrededor. No había nadie a la vista. Quizás toda la planta era automática y sólo necesitaba inspecciones ocasionales de mantenimiento. Pero aún así tiene que haber una puerta en algún lugar, razonó. Vio un tramo de escaleras de metal que llegaban hasta un pórtico que rodeaba la pared de la cámara. Eso parecía prometedor.

Tuvo que arrastrarse por los escalones ayudada del pasamanos, dándose cuenta de lo débiles que estaban sus piernas. La curación de sus heridas había socavado su fuerza más de lo que había pensado. Pero su esfuerzo fue recompensado por la visión de una pesada puerta remachada. Se tambaleó y agarró su manilla.

No se movía.

Ella lo giró en ambos sentidos, pero permaneció absolutamente inmóvil. Dio patadas y un golpe a la puerta, luego puso la oreja encima y escuchó atentamente cualquier respuesta. Pensó que había oído más sonidos de máquina del otro lado, pero no había señales de vida. Eventualmente, agotada por sus luchas, hundió su cabeza contra el frío metal del panel de la puerta y se deslizó sobre sus rodillas. La puerta estaba oxidada y atascada, o bien cerrada con llave. De cualquier manera, a menos que hubiera alguna otra salida, ella estaba efectivamente atrapada en la cámara.

Un terrible pensamiento la golpeó. Si este mundo estuviera condenado, como habían sugerido los anuncios en las pantallas del camino, ¿alguien se molestaría en venir aquí de nuevo?

Tenía ganas de ceder ante su miedo y llorar en voz alta en ese momento, pero sabía que no podía permitirse el tiempo ni el esfuerzo que tal exhibición le costaría. Temblando, se frotó débilmente una mano sucia a través de su cara y miró a su alrededor. Concéntrate, se dijo. Tal vez podría encontrar algún tipo de herramienta para romper la puerta.

Por primera vez notó un hueco que se abría paso al pórtico. Se apoyó contra la pared, se incorporó y avanzó como pudo hasta allí.

En uno de sus lados colgaban tres trajes de monos de una sola pieza de plástico naranja, con capuchas, cubrebocas y guanteletes. Frente a ellos había algo parecido a una ducha abierta. Un drenaje de malla estaba fijado en el suelo y un anillo de cabezas aspersoras y de manijas de control estaban montadas en la pared. Por un momento, la mente lenta de Susan no pudo entender el asunto. Entonces se dio cuenta de que los monos eran trajes protectores para trabajadores de mantenimiento que tuviesen una tarea particularmente sucia de realizar. La ducha estaba allí para lavar a los trabajadores abajo después.

¿Todavía funcionaba?

Nerviosamente giró el primer mango. El agua oxidada salpicó los cabezales de las duchas, que poco a poco se fueron limpiando cada vez más rápido. Susan puso sus manos bajo el aspersor y bebió cautelosamente. El agua tenía un sabor a tinta, pero en ese momento no podría haberle importado menos. Volvió a llenar sus manos y encontró que el agua se estaba calentando. En algún lugar, un elemento de calefacción había entrado en funcionamiento.

Al girar más el mango, el agua se calentó. La segunda manija agregó el jabón líquido, que olía fuertemente del desinfectante, a la lluvia. La tercera manija cortó el agua y la reemplazó con una ráfaga de aire caliente.

Susan miró pensativa la ducha y los monos, luego los restos de su vestido sucio.

Diez minutos después, lavada y seca, Susan se estaba poniendo un mono de color naranja brillante. Era demasiado grande para ella, así que tiró de todas las tiras de sujeción lo más apretado que pudo, doblando el exceso de material. El traje tenía un forro para que fuese más cómodo de llevar, pero porque fue diseñado para poner por encima de más ropa, era demasiado fina para mantener fuera el frío húmedo de la cámara de reciclaje. Puso un segundo traje sobre el primero y lo sujetó a su vez. Después de un poco de retorcimiento y ajuste comenzó a sentirse caliente por primera vez desde que se había despertado. Todavía tenía hambre, pero al menos había calmado su sed y estaba vestida adecuadamente. Ahora podía buscar alguna herramienta para ayudarla a derribar la puerta, o alguna otra salida de la cámara...

Sus planes fueron interrumpidos por un prodigioso bostezo.

Tal vez estaba siendo demasiado apresurada. A pesar de que se sentía mejor, estaba lejos de recuperarse. Simplemente tenía que descansar antes de que sus fuerzas se perdieran, o haría alguna tontería porque no estaba pensando con claridad.

Con cansancio, tiró los demás monos al suelo y se acurrucó encima de ellos. Las preocupaciones acerca de su abuelo y de Barbara e Ian brevemente nublaron sus pensamientos antes de sentirse somnolienta. Cómo deseaba poder despertar en la TARDIS y descubrir que realmente era todo un mal sueño.



## Capítulo Catorce

### Barreras de Clases

Esa noche, Ian y el Doctor visitaron a Susan en el hospital de la ciudad. Ella estaba en una habitación propia en la sala de recuperación y aún no había recobrado la conciencia. Sin embargo, el asistente les aseguró que esto era bastante normal en casos de intenso tratamiento regenerativo. Para el asombro de Ian, al parecer esperaban que se recuperara completamente en unos días. La medicina en Arkhaven era claramente muy avanzada.

Aunque él ya la había visto esa tarde, el rostro del Doctor todavía mostraba la profundidad de su preocupación. Mientras Ian lo miraba, se inclinó sobre Susan y le besó la frente, un pequeño gesto que revelaba más sobre el lado más suave de su naturaleza de lo que el anciano normalmente permitía.

El alivio de Ian de que Susan estuviera progresando era, sin embargo, templado por su desesperada preocupación por Bárbara.

Anteriormente había visitado la Carlson Tower mientras el Doctor estaba viendo a Susan. Sólo una cuarta parte del edificio original permanecía de pie, disminuyendo rápidamente bajo la atención de un enjambre de máquinas de demolición. Fue presentado adecuadamente al supervisor Curton, quien estimó que tardaría al menos otro día en terminar el trabajo ya que los niveles más bajos tendrían que ser excavados con cuidado adicional. Ellos habían escaneado el edificio con varios dispositivos pero sin ningún resultado positivo. Esto no era inesperado si, como ellos sospechaban, Bárbara estaba en el corazón mismo de los restos.

Ian recordó historias de personas que fueron sacadas de edificios destruidos por terremotos días después de haber sido dados por muertos. En las circunstancias sabía que era una posibilidad lejana que el mismo milagro se cumpliera aquí, sin embargo, un instinto, por irracional que fuera, le dijo que Bárbara estaba viva. Tenía que actuar como si eso fuera así porque la alternativa era demasiado horrible para contemplarla. No es que esta convicción le diera mucha tranquilidad. Sabía que serían al menos las veinticuatro horas más largas antes de que él lo supiera de una manera u otra.

Mientras tanto, deseó tener algo con lo que ocuparse. No había nada que pudiera hacer en el sitio en sí. Las máquinas no necesitaban su ayuda para trabajar más rápido y sólo podía interponerse en el camino. Ayudar al Doctor a comprobar los planos de la nave era, por supuesto, una tarea completamente más allá de sus habilidades. Parecía que no había nada más que hacer que esperar. Visitar a Susan esa noche al menos ayudó a pasar el tiempo.

Con Susan todavía durmiendo pacíficamente, salieron de la sala. En el corredor exterior vacilaron, momentáneamente inseguros de la salida.

—¿Dónde está Lant? —preguntó el Doctor con impaciencia— Se supone que nos escolta.

—Se escabulló hace un rato —dijo Ian— Había alguien a quien quería ver, creo. Supongo que tiene un amigo o pariente aquí.

En ese momento, Lant apareció a la vuelta de la esquina en compañía de una atractiva joven con uniforme de personal. Ambos se reían de algo y claramente tenían ojos sólo el uno para el otro.

Al ver a la pareja, la impaciencia del Doctor pareció derretirse, para ser reemplazada por una mirada de benevolente diversión.

—Observa, Chesterton, la resiliencia del espíritu humano. Incluso en tiempos como estos, el amor no debe ser negado.

—Nunca sospeché que fueras tan romántico de corazón, Doctor.

—Nunca niego el poder o el significado de tal emoción en su lugar adecuado, muchacho.

Lant miró hacia arriba, se dio cuenta de que él y su acompañante estaban siendo vigilados, le dijo una excusa rápida y se apresuró a reunirse con ellos un poco avergonzado.

—Lo siento por hacerles esperar, caballeros.

—¿Una amiga tuya? —preguntó Ian suavemente.

—Er, Nyra Shardri, clínica de cuidados intensivos. Ella supervisó el tratamiento de Susan cuando fue admitida por primera vez y me aconsejó en su caso esta mañana. Sólo le estaba dando... las gracias por su trabajo.

—Entonces debes presentarnos para que yo pueda hacer lo mismo —dijo el Doctor, con un brillo en sus ojos—

Lant se ruborizó ligeramente.

—Sí, por supuesto, la próxima vez que estemos aquí, tal vez. Por aquí.

La espaciosa limusina de alcalde estaba frente al hospital. Dentro, Draad los esperaba en lo que evidentemente era un vestido de noche de Arkavian.

—Hoy fue un día social y tradicionalmente es una noche para celebrar en Arkhaven —explicó— Todo el mundo, incluido el alcalde y sus invitados, se espera que aparezca en público y disfruten durante unas horas.

—¿Incluso bajo estas condiciones? —preguntó Ian.

—En especial bajo estas condiciones, señor Chesterton. Nuestro objetivo es mantener una rutina normal en la ciudad hasta el último minuto. Así es como hemos sobrevivido hasta aquí sin grandes trastornos sociales. Espero que me permitan llevarlos al Polka-toon. Es nuestro lugar nocturno más popular y sirve una comida excelente.

—Es muy amable —dijo Ian— pero no estoy exactamente de humor para celebraciones.

El Doctor le dirigió una mirada pensativa.

—Por otro lado, tal vez esto es lo que necesitas para quitarte de la cabeza el asunto, Chesterton. Preocuparte hasta la extenuación no ayudará a Bárbara, ¿sabes?

—Cualquier noticia sobre ella me será transmitida en el momento en que suceda —le aseguró Draad— Mientras tanto, que esto sirva como una introducción ligera a nuestra sociedad antes de funciones más tediosas a las que sin duda serán invitados en los próximos días.

Ian iba a protestar más, pero se dio cuenta de que tal vez tuvieran razón. Una salida nocturna ayudaría a pasar el tiempo. Se encogió de hombros.

—Muy bien, vamos. Pero tendrá que estar con esta ropa. No tenemos nada mejor —observó el Doctor de manera significativa— A menos que podamos volver a abrir la TARDIS.

—Le aseguro que nadie se ofenderá por su estilo de vestimenta —dijo Draad.

Mientras el coche se alejaba, la voz de Monitor salió de un altavoz colocado en una pequeña consola detrás del asiento del conductor.

—El artículo está a punto de ser retransmitido en las noticias de la noche, alcalde.

—Gracias, Monitor —dijo Draad, encendiendo una pequeña pantalla de visión.

Se mostró una imagen de la misma reportera que habían visto el día anterior. Pero esta vez se veía notablemente más entusiasmada con lo que tenía que decir.

—Volviendo a la principal noticia de esta noche. En la última hora, la oficina del alcalde anunció que un grupo de cuatro seres de otro mundo aterrizó ayer en Arkhaven. Aquí otro extracto de su entrevista con el alcalde en la que describen sus viajes.

La escena cambió para mostrar a Ian y al Doctor sentado en la oficina del alcalde esa mañana. Por el ángulo, Ian se dio cuenta de que debía haber sido grabado a través del ojo de la cámara de Monitor. Se reprodujo parte de la descripción del Doctor de las muchas formas de vida diferentes que habían encontrado, lo que Ian tuvo que admitir que se hizo para aumentar la audiencia. Cuando terminó, la periodista reapareció.

—Como pueden ver, los alienígenas parecen externamente muy humanos y hablan nuestro idioma con fluidez. Sin embargo, los informes médicos confirman que no son nativos de Sarath. Su presencia sin duda reavivará el debate sobre la llamada "Cuestión de Origen", sugiriendo que nuestros antepasados emigraron a Sarath hace muchos milenios desde otro sistema planetario.

Mientras tanto, los extraterrestres han acordado utilizar su conocimiento superior sobre viajes espaciales para dar asesoramiento técnico en los preparativos finales para el lanzamiento de la nave. El alcalde pide que los extranjeros sean tratados con respeto durante su estancia con nosotros y no les molesten los ociosos buscadores de curiosidades...

Draad apagó la pantalla para hacer frente al fruncir el ceño de desaprobación en las caras de Ian y el Doctor.

—Usted no mencionó que haría nuestra llegada tan pública —dijo el Doctor en tono de voz suave— O que estuviera grabando nuestra conversación.

—Perdóneme, pero Monitor registra todas esas reuniones automáticamente —explicó Draad— En cuanto a la publicidad, deben entender que su presencia le dará al pueblo algo más en lo que ocupar sus mentes. Algunos de los más supersticiosos pueden considerar su venida como un buen presagio... o quizás un desafío a sus puntos de vista. Realmente no me importa, siempre y cuando tenga el efecto deseado.

—También les haremos saber que la nave se lanzará bajo pleno certificado con nuestra bendición —dijo Ian.

—Por supuesto —dijo Draad— La gente debe tener confianza en ella. Ustedes han venido sin ser invitados a nuestro mundo, pero creo que estarán de acuerdo, después de nuestro comprensible malentendido inicial, que les hemos tratado bien. ¿Es tanto pedirles que presten su apoyo al mantenimiento del orden público?

El Doctor suspiró.

—Supongo que no tenemos otra opción. Muy bien, haremos nuestra parte. ¿Puedes poner una cara alegre, Chesterton?

Ian miró a sus anfitriones.

—Haré lo mejor que pueda —le prometió, dudoso.

La Tercera avenida de Arkhaven, en la cual estaba situado el Polkatoon, vibraba con luz y movimiento. Los letreros de neón oscilaban sobre las entradas de teatros, clubes y salas de fiesta. La calle estaba llena de coches dejando sus remesas de buscadores de placer. El zumbido y el parloteo de voces llenaban el aire. Por primera vez, Ian sintió que la ciudad estaba verdaderamente viva.

El Polkatoon en sí no era muy diferente a un restaurante de alto standing de Londres. Incluso había empleados de librea para abrir las puertas y llevarlos a su interior.

Los ojos se volvieron cuando entraron en el salón principal y el murmullo de la conversación momentáneamente se apagó. Evidentemente, las noticias de su llegada ya habían llegado a todos los comensales, que reconocieron tanto a sus invitados como su estilo no arkaviano. Pero la fuerza de los buenos modales, y la solicitud de Draad, evidentemente prevalecía sobre la curiosidad y nadie los molestó, aunque Ian era consciente de los muchos ojos que seguían cada uno de sus movimientos. Se las arregló para mostrar una rápida sonrisa, y luego tomó apresuradamente su asiento y se escondió detrás de un menú. El Doctor, sin embargo, hizo una pausa para saludar y saludarse graciosamente, como si diera una bendición, antes de sentarse. A Ian le resultaba difícil creer que el anciano no disfrutara secretamente de su nuevo estatus de celebridad.

El menú del Polkatoon estuvo a la altura de la promesa de Draad, mientras que una pequeña banda proporcionó una agradable música de fondo. A intervalos, solistas instrumentales, cantantes y un par de agraciados bailarines acrobáticos realizaron sus números. Ian y el Doctor acordaron aplaudir a todos, ante la apreciación evidente del personal y de los patrones. Poco a poco, tal vez ayudado por un excelente vino sintetizado, Ian comenzó a relajarse por primera vez en días. Empezó a creer que todo saldría bien. Mañana encontrarían a Bárbara sana y salva, entonces el Doctor haría una nueva llave para la TARDIS y...

—Ahí está, Draad —dijo una voz en alto— Mi padre ha estado buscandole.

Un joven perfectamente arreglado, vestido con ropas aparentemente caras, estaba de pie ante ellos. Llevaba una expresión de irritación petulante. A su hombro había otro hombre y dos mujeres del mismo tipo, a juzgar por su vestimenta, mientras que detrás de ellos estaba el maître del Polkatoon, que parecía claramente infeliz.

—Incluso me envió a la cacería — continuó el joven, mirando a Ian y al Doctor con ligera curiosidad— Quiere hablarle de estos dos alienígenas inmediatamente.

El rostro de Draad era pedregoso e Ian vio la misma expresión en la de Lant. Muy deliberadamente, el alcalde se secó los labios con su servilleta antes de responder.

—¿Sabes qué día y hora es, Vendam?

—¿Qué? Por supuesto que...

—Entonces sabes que sólo puedo ser molestado por una emergencia, nada menos. La llegada de estas personas no constituye una emergencia. Tu padre puede llevar este asunto al consejo de mañana y no antes. Ahora tenga buenos modales y déjeme a mí y a mis invitados en paz.

El joven lo miró con asombro.

—¿Cómo te atreves a hablarme así, funcionario?

—¿Y cómo te atreves a darme órdenes, chiquillo? Soy el alcalde de Arkhaven y tengo cosas más importantes en mi mente que tus frágiles sentimientos. Ahora, estás haciendo una escena y molestando la comida de todos, así que ¿por qué no te marchas de aquí?

Lant deslizó su silla hacia atrás de la mesa y dejó caer su mano ligeramente sobre el extremo de su brazo lateral.

El joven parpadeó de sorpresa, vaciló, y luego se retiró, llevándose consigo a sus compañeros. Después de un minuto de debate urgente entre ellos tomaron una mesa hacia la parte de atrás de la sala y pidieron bebidas. Mientras tanto, Draad tomó un largo trago de su propia copa. Debajo de su calma exterior, lan pudo ver que estaba nervioso.

—¿Y quién era ese desagradable joven? —preguntó el Doctor.

—Plaxander Vendam... —dijo Draad— Es la primera vez que he hablado con él de esa manera, aunque lo haya deseado durante años —Sonrió débilmente— Pero esta es la temporada de las primeras veces, ¿verdad?

—Alguien probablemente debería haberlo hecho hace mucho tiempo —dijo lan, hablando con la experiencia de un maestro— ¿Qué tiene de especial su padre?

—Lord Vendam es el líder de las familias de la élite... el último de nuestra aristocracia, desde la destrucción de la capital y la pérdida de la familia real. Ellos imponen mucho respeto tradicional. Vendam tiene un asiento en el ayuntamiento.

—Parece que no entendemos vuestro sistema social —dijo el Doctor— —Tal vez sea mejor que nos lo expliques.

Draad hizo una mueca.

—Me temo que estamos divididos por clases y afiliaciones. Están las familias de la élite, los funcionarios técnicos y de servicio, la Iglesia, los militares y los ciudadanos comunes. Sólo hay un intercambio limitado entre ellas.

—¿Cómo puede la Iglesia ser una clase? —preguntó lan.

—Cuando alguien es aceptado en la Iglesia del Creador como un verdadero creyente, no simplemente un adorador, se comportan como si fueran algo aparte del resto de nosotros.

—¿Y no apruebas tal compromiso? —preguntó el Doctor.

—Digamos que tengo mis dudas —dijo Draad— Pero desde que la pérdida de la vieja capital lo convirtió en el clérigo más antiguo de Sarath, la seguridad de Fostel ha crecido casi sin medida. Tal grado de certeza me hace sentir incómodo.

—Hablando de sacerdotes —dijo Ian— hay uno que va para aquí.

Un sacerdote de túnica oscura, que parecía claramente fuera de lugar entre los comensales brillantemente vestidos, se acercó a su mesa.

—Su Eminencia quiere hablar con usted —dijo con rigidez, y puso un aparato en la mesa delante de Draad. Se desplegó para revelar una rejilla de micrófono y una pequeña pantalla. La imagen del rostro del obispo Fostel apareció en la pantalla.

—Monitor se negó a pasarle mi llamada, Draad —dijo Fostel enojado sin ningún preámbulo.

—Probablemente porque juzgó que no era una emergencia, obispo —repuso Draad con calma, aunque sus puños estaban apretados mientras descansaban sobre la mesa a cada lado del comunicador— Pero, ahora que ha llegado tan lejos, ¿por qué quiere hablar conmigo?

—¡Por los alienígenas, por supuesto! ¿Por qué no me informaron de su presencia antes? Tuve que escucharlo en la emisión pública.

—Para eso son las transmisiones públicas —dijo Draad.

—¿Qué? —farfulló Fostel.

—Las transmisiones públicas son para la difusión de información y parecen haber cumplido su función en este caso —explicó Draad.

—¿Está usted ebrio? —preguntó Fostel con recelo.

—Si lo estoy, es porque estas pocas horas son las únicas en las que puedo permitirme tal licencia... y me ha interrumpido.

—Por una buena razón...

—Sin razón. Los alienígenas están bajo mi tutela. Son perfectamente amables y no suponen ninguna amenaza para la seguridad de Arkhaven. Además, nos están ayudando con los preparativos finales para el lanzamiento, una tarea que como usted me ha recordado tan a menudo, es la responsabilidad de la clase de los funcionarios solamente, ya que implica detalles triviales con los que no desea preocuparse.

—Todas tus preocupaciones son por cosas materiales, Draad —replicó Fostel— ¿Qué hay de la aptitud espiritual de los alienígenas? Pueden contaminar las mentes de nuestros ciudadanos con mentiras y falsedades. Deben ser examinados y cuestionados en cuestiones de doctrina...

—Ya les he preguntado y estoy seguro de que no son más que inocentes viajeros que aterrizaron en Arkhaven. Sus creencias espirituales son un asunto para sus propias conciencias. Mientras tanto, recuerde que son invitados oficiales de mi oficina. A menos

que quieras desafiar mi autoridad tan cerca del éxodo y arriesgarse con la interrupción que crearía.

Fostel lo fulminó con la mirada pero no dijo nada.

Draad sonrió.

—Si usted se hubiera molestado en comprobarlo, encontraría que envié transcripciones de mi entrevista con nuestros nuevos invitados a las oficinas de todos los miembros del consejo antes del primer anuncio público. Lord Vendam pareció encontrar tiempo para leer su copia, ya que me contactó sobre el asunto hace algún tiempo. Ahora, si no hay nada más, buenas noches.

Y apagó el comunicador y saludó al sacerdote aturdido para que se lo llevara. Aquellos comensales lo suficientemente cerca como para haber escuchado algo de la conversación, miraron a Draad con una curiosa mezcla de sorpresa y admiración.

—Me temo que nuestra presencia aquí ha causado algo de fricción —dijo el Doctor.

—No se preocupen —dijo Draad— Tenía que salir tarde o temprano. Con el lanzamiento acercándose y la tensión aumentando era inevitable.

—Así que por fin se enfrentó al viejo Fostel.

Plaxander Vendam estaba junto a ellos una vez más, sonriendo con condescendencia hacia Draad, con una copa en la mano. Ian pensó que debía de ser algo bastante fuerte, pues ya parecía que tenía los ojos un poco vidriosos.

Vendam movió el dedo de un lado a otro.

—No creía que tuviera lo que hay que tener —continuó— Tal vez deberíamos invitarlo a nuestra próxima cacería. Catorce que atrapamos anoche. ¿Cree poder hacerlo mejor?

Ian vio a Lant, que ya estaba medio levantado de su silla, vacilar ante las palabras del joven. Por un momento, un ceño fruncido reemplazó la ira en el rostro del capitán.

Vendam se apartó de la mesa.

—No se preocupe, capitán, ya me voy —Hizo una mueca a Draad sin humor— Pero todavía va a arrepentirse de hablarme así antes. Espere a que mi padre se entere de ello.

Y se alejó vacilante.

De repente, la alegría del Polkatoon pareció hueca para Ian. Esta gente se estaba uniendo en un frente común y trataban de mantener un sentido de la normalidad hasta el último minuto, pero por debajo, eran frágiles y estaban divididos. Y ahora su propio destino se había vinculado inextricablemente con el de la ciudad. ¿Este último vestigio de ci-



vilización se mantendría el tiempo suficiente? Un viejo dicho vino a su cabeza: “Comer, beber y ser feliz... para mañana morir”.

## Capítulo Quince

### La Cosa en la Oscuridad

Gelvert se despertó para encontrar a Semanov sacudiendo su hombro con urgencia.

—Todas las luces se han apagado en el bloque que nos rodea —dijo.

Gelvert salió de la oficina interior, encendida sólo por un pálido rayo de luz que entraba por la puerta abierta, y se dirigió a donde Tressel estaba agazapado, mirando por encima del alféizar de la ventana a través del mugriento cristal. Los edificios lejanos estaban encendidos, pero todo a unos pocos cientos de metros de ellos estaba oscuro, incluyendo las luces de la calle.

—Ha ocurrido hace unos minutos —dijo Tressel, con la voz reducida a un susurro nervioso— Si se tratara de un fallo en el suministro eléctrico supongo que habría más bloques, pero el resto de la ciudad se ve bien. Parece que sólo ha afectado a los edificios que nos rodean.

Habían decidido acostarse durante el día, y moverse sólo por la noche y en las horas de la madrugada. En el límite del distrito de Penko, justo al otro lado de la zona poblada por sus desconcertantes habitantes ficticios, habían encontrado una sección más antigua de la ciudad llena de edificios de poca altura. Llevados por el anonimato de los locales comerciales en lugar de una vivienda privada, se habían metido en un pequeño bloque de oficinas. Los pisos inferiores habían sido despejados de muebles, pero el tercer piso y los de arriba podrían haber sido abandonados sólo el día anterior. Había copas colocadas en los escritorios entre papeles dispersos mientras que los abrigos superiores todavía colgaban en el vestíbulo. Sólo la capa uniforme de polvo indicaba cuánto tiempo había pasado. Todo sugería que los trabajadores habían sido llamados a los refugios y simplemente no habían vuelto. El edificio era un lugar ideal para ocultarse. Un tanque de almacenamiento todavía tenía agua para los lavabos y, aparte de unas cuantas bandas luminosas muertas, todas las luces de oficina de núcleo interno brillaban constantemente, como lo hacían en los edificios circundantes.

Excepto que ahora todo había caído en la oscuridad.

Manteniéndose escondido, Gelvert se movió de ventana en ventana comprobando cualquier muestra de actividad abajo. Hasta donde sabía, no podía decir que nada se hubiese movido, pero había un montón de sombras allí.

Finalmente, se sentó de espaldas a la pared y miró a los rostros ansiosos de sus compañeros. ¿Por qué tenían que abofetearlo así? ¿Esperaban que tuviera la respuesta a todo?

Suspiró con cansancio.

—Está bien. Las cosas no se mantienen aquí como deberían. Esto es probablemente sólo un corte accidental de energía.

—Pero, ¿y si es la vigilancia? —dijo Semanov— Quizás sepan que estamos en este área y están tratando de expulsarnos.

—Apagar la alimentación podría facilitarles la búsqueda —añadió Tressel— Menos fuentes artificiales de calor para confundirlas.

—Para eso tenemos nuestras mantas térmicas —dijo Gelvert— ¡Vamos... y mantenid la cabeza baja!

De vuelta en la oficina en la que estaban durmiendo, recogieron sus mochilas.

—No dejéis nada que demuestre que hemos estado aquí —dijo Gelvert— Nos esconderemos en la unidad de servicio en el tejado en caso de que nos busquen. No pueden revisar cada rincón de cada edificio, y no nos van a asustar para que nos entregemos nosotros mismos. ¿No es así?

Envueltos en sus mantas, pasaron por el vestíbulo principal y salieron a la escalera de servicios públicos que subía por la parte trasera del edificio. La luz de torres lejanas brillaba a través de las altas ventanas que daban a la escalera. Empezaron a subir, agachándose a medida que atravesaban cada rellano.

Cuando pasaron el segundo descansillo, una lluvia de meteoros atravesó el cielo y desapareció en algún lugar de las montañas. No debieron haber planteado ninguna amenaza a la ciudad porque las defensas no reaccionaron, pero durante unos segundos iluminaron la oscuridad alrededor del edificio como rayos.

Semanov jadeó:

—¡Hay algo por ahí!

Se congelaron.

—¡Te dije que bajases la cabeza! —dijo Gelvert.

—No pude evitarlo.

—Bueno, ¿qué era?

—Una sombra moviéndose por uno de los caminos secundarios. Era grande.

—¿Un vehículo?

—No estoy segura... sólo lo vi un instante.

—Es la vigilancia. Están viniendo por nosotros —murmuró Tressel desdichadamente.

—Cállate y continúa —dijo Gelvert.

Por encima del último nivel de oficinas, la cabecera de la escalera terminaba en una sola puerta robusta. Gelvert saltó rápidamente la cerradura y pasaron. Los listones y las persianas en las paredes del recinto más allá delinearon las voluminosas formas de tanques y equipos de aire acondicionado.

—Encontrad un lugar para escondernos —le dijo Gelvert a Tressel y a Semanov mientras cerraba la puerta detrás de ellos— ¡Y pase lo que pase, callaos!

Desaparecieron en la oscuridad. Utilizando el ángulo de una tubería como escalón, Gelvert se subió al estrecho espacio entre la parte superior de un gran tanque cubierto y la parte inferior del techo. Se quitó la manta térmica y se quedó quieto, tratando de calmar su respiración. Estaba alerta pero confiado. Si la vigilancia estuviera allí apuntando a este edificio en particular, se habrían dado a conocer con luces y demandas por los altavoces tan pronto como hubieran rodeado el lugar. Si eso iba a suceder, ya habría sucedido. Por lo tanto, como máximo, estaban haciendo un barrido discreto de todo el bloque y no tendrían el tiempo ni la mano de obra para hacer una búsqueda exhaustiva de cada edificio. Todo lo que él y sus compañeros tenían que hacer era mantener sus nervios.

Entonces, sus tensas orejas atraparón un ruido de más allá de la puerta. Pero no era el sonido de las botas de servicio.

Algo estaba subiendo las escaleras con un murmullo susurrante, cada vez más fuerte a cada segundo. Se concentró, pero no pudo discernir el sonido. El susurro se convirtió en un raspado y débil golpe de staccato, luego se produjo un rasguño suave cuando algo rozó la puerta.

Tal vez, quienquiera que fuera, se dio por vencido cuando encontró la puerta cerrada.

No fue así. En lugar de eso, la puerta crujió como si se le aplicara una fuerza lenta pero firmemente. No era manera de romper una puerta, pensó Gelvert. ¿Qué diablos estaba ahí afuera?

Con una grieta y un chirrido de bisagras desgarradas, la puerta se abrió de golpe. Un momento después, un ligero resplandor rojizo invadió la habitación. Gelvert se metió los nudillos en la boca para evitar cualquier sonido involuntario. Su única esperanza era el silencio absoluto.

Desde abajo se oyó un rápido chasquido y un crujido, junto con un deslizamiento prolongado, como si un gran cuerpo estuviera siendo arrastrado por el suelo. La imaginación de Gelvert comenzó a correr. Aunque improbable, sonaba casi como si el ruido fuera hecho por algún tipo de animal. Pero eso era absurdo... ¿no?

Una terrible tentación de levantar la cabeza por el lado del tanque y mirar hacia abajo se elevó dentro de él, pero sabía que no se atrevía a moverse ni una pulgada.

Los deslizamientos y los clics continuaron pasando por delante de él, pero no disminuyeron. ¿Cómo de grande sería esa cosa?

Entonces comenzó el siseo. Al principio era suave, pero cada vez más fuerte. La mente torturada de Gelvert podía hacer sólo una asociación. Era el sonido que imaginaba que una serpiente gigante podría hacer.

Llegó el golpe de botas que golpeaban el hormigón en el mismo momento en que la voz de Tressel sonó:

—¡Oh, Dios, no...!

El silbido se convirtió en un rugido como si el aire estuviera siendo arrastrado hacia monstruosos pulmones, fusionándose con el horrorizado grito de Tressel.

Entonces se produjo un estallido, como de enormes mandíbulas al cerrarse, y Tressel fue silenciado en medio de lloriqueos.

La cosa raspó y chasqueó mientras cambiaba de posición. Los estaba cazando. El siseo empezó a volverse a sonar más fuerte. ¿Podría olerlos?

Con un grito de desafío mezclado con miedo apenas suprimido, Semanov salió de su escondite. Le llegó el ruido sordo de un golpe que aterrizó pesadamente. El silbido se convirtió en un rugido. Semanov gritó. Se oyó un ruido metálico cuando una barra o una herramienta golpeó el suelo. El terrible chasquido volvió, el silbido se detuvo, y Gelvert supo que se había ido.

Ahora sólo quedaba él.

Esa cosa se arrastró y rascó, cepillándose contra los accesorios en el estrecho espacio de servicio. Gelvert imaginó que podía oír sus escamas raspando cemento y metal. El silbido comenzó otra vez.

Dos ojos rojos separados a medio metro de distancia se elevaron sobre el costado del tanque.

Con un grito de terror, Gelvert se apartó de ellos y cayó por la parte de atrás del tanque. Aterrizó mal, rompiéndose la rodilla, pero no notó el dolor. Su único pensamiento era alejarse de lo terrible que lo perseguía. Se puso a cuatro patas a través de un laberinto de tuberías. Por un momento, vislumbró un cuerpo largo de por lo menos un metro de ancho ondulando detrás de los tanques. Era enorme. Todavía debe llenar la puerta.

No había escapatoria por allí.

Entonces su mano cayó sobre la forma familiar de un perno fijado en el revestimiento de la pared. ¡Otra puerta!

Gelvert sacó el cerrojo, cogió el pomo que tenía que estar allí, giró y empujó. Las rígidas bisagras se resistieron por un instante y luego cedieron, haciéndole caer hacia el tejado plano más allá.

Se puso en pie de un salto y corrió hacia el borde más cercano a él, mirando por encima del bajo parapeto cualquier señal de una escalera de emergencia. Tenía que haber alguna forma de salir del techo.

Pero no había nada de aquello visible.

Detrás de él, la cosa se deslizó hacia el techo, con un sonido astillado al saltar el marco de la estrecha puerta.

Por primera vez, Gelvert lo vio iluminado por las distantes luces de la ciudad. Un negro y ondulante cuerpo de tubo apoyado por muchas piernas de garras cortas, ojos rojos feroces y un hocico largo. Oyó que el silbido empezaba incluso cuando una lengua del grosor de un brazo se extendía hacia él, parpadeando con una sensualidad espantosa, tratando de abrazarlo.

Él retrocedió, asfixiado por el horror.

El borde del parapeto le atrapó en la parte baja de la espalda.

Durante unos breves segundos, la tierra y el cielo se desdibujaron a medida que el espléndido arco de luces de la ciudad giraba alrededor de él. Él gritó.

Luego vino el suelo y una liberación final.

## Capítulo Dieciséis

### Preguntas Sin Respuestas

La mañana todavía era joven cuando Ben Lant tocó el timbre de la imponente puerta de la mansión Vendam.

—El Capitán Lant de la vigilancia de la ciudad para ver a Plaxander Vendam —le dijo al sirviente que contestó— Asunto oficial.

—El señorito Plaxander todavía duerme —le informó con rigidez—

—Bueno, despiértele —le respondió— Dígale que tiene cinco minutos antes de que yo mismo lo saque de la cama.

El comportamiento decidido del alcalde de la noche anterior estaba obviamente atrapándolo, pensó Ben, cuando fue llevado fríamente a una sala de recepción. Iban a ir pronto a un nuevo mundo y llevar sólo lo esencial. La deferencia sin sentido a los anticuados privilegios era algo que quedaría atrás.

Tres minutos más tarde, la puerta de la sala de recepción se abrió para que pasase no Plaxander Vendam, sino su padre, que aún llevaba una bata puesta.

Ben le hizo un gesto de asentimiento.

—Es su hijo con quien quiero hablar, lord Vendam.

—Ya lo sé —replicó Vendam bruscamente— ¿Esto tiene algo que ver con el asunto del Polkatoon anoche?

—Sólo de paso.

—Aparte de la increíble conducta del alcalde, mi hijo dice que lo amenazó a él y a sus compañeros con un arma.

Los ojos de Ben se abrieron ligeramente.

—No sé de dónde sacó esa idea. Mi arma nunca dejó su funda en ningún momento anoche. Con su energía sería mejor que le enseñase a comportarse en público. Casi fue arrestado por romper la paz.

Vendam se sonrojó.

—¿Cómo te atreves a decirme cómo criar a mi hijo?

—¿Cómo se atreve a dejar que un mocoso consentido vaya tan libremente por una sociedad civilizada? —respondió Ben, apenas creyendo las palabras que le llegaban tan fácilmente a los labios, pero disfrutando de cada sílaba.

En ese momento entró Plaxander Vendam. Estaba sin afeitarse y tenía los ojos rojos. Parpadeó ante la visión inesperada de su padre, su rostro contorsionado por la ira, de pie casi tocando nariz con nariz con Ben.

—¿Qué pasa, padre?

Vendam senior lo miró y volvió a Ben.

—Hablaré con el comandante Pardek sobre su insolente conducta en el consejo de esta mañana —le advirtió al capitán.

—Ese es su privilegio, señor —dijo Ben mientras se alejaba— Y me complacerá repetir todo lo que he dicho ante cualquier tribunal o tribunal que usted elija.

Vendam vaciló en la puerta, luego pasó y la cerró con fuerza detrás de él.

Plaxander se quedó boquiabierto ante Ben con asombro, como si nunca hubiera visto a nadie hablarle así a su padre antes. Quizá no lo hubiera hecho. Ben no le permitió recuperar su compostura.

—Siéntese —dijo con firmeza, y el joven se dejó caer automáticamente en una silla. Ben se sentó enfrente— Como puede adivinar, no estoy de humor para aceptar ninguna tontería, sobre todo de personas como usted —dijo sin rodeos— Aparte de anoche, hay varios cargos pendientes que podría plantear: infracciones de tráfico, comportamiento desordenado, perturbación de la paz... Podría seguir. Y debe darse cuenta de que su padre no podrá librarle esta vez. No creo que el rango o el título vayan a contar tanto cuando lleguemos a Mirath, así que podría empezar a acostumbrarse —Plaxander palideció un poco más. Ben se dio cuenta de que lo había empujado lo suficiente. En tonos un poco más fáciles agregó— Pero si respondes a mis preguntas con completa y precisamente, tal vez dejaré que el resto no importe.

—¿Qué quieres saber? —dijo rápidamente el joven.

—Anoche te jactaste de cazar algunos NC2 escapados. Quiero saberlo todo.

—¿Por qué? Tu gente nunca se ha preocupado en el pasado... siempre y cuando se les devuelva en buena forma.

—Como dijo el alcalde anoche, es temporada de las primeras veces. Sólo dímelo.

Plaxander se lo contó, relatando los detalles con creciente entusiasmo mientras revivía la experiencia. No revelaría quién lo había avisado del escondite de los NC2 y Ben no insistió en el asunto, teniendo ya bastante buena idea. Pero Plaxander dio lo que parecía ser un relato preciso de la persecución y las capturas.

—¿Y habías cogido catorce NC2 cuando llegó el reloj?

—Sí.



—¿Está seguro del número?

—Mira, siempre los contamos con cuidado, es parte del juego —dijo Plaxander— De todos modos, tu gente también los contó en el transporte. Era una carga completa, con todos ellos dentro. Entonces les oí decir que aún quedaban tres desaparecidos.

—¿Los buscaron?

—Justo alrededor del viejo almacén en el que habían estado escondidos. Parecían creer que los cogerían pronto.

Había poco más que Plaxander pudiera decirle. Finalmente, Ben cogió su gorra y se levantó para marcharse. Al ver la expresión de alivio en el rostro del joven, sacudió la cabeza.

—Te daré un consejo gratis —dijo— Nunca hagas amenazas cuando estés borracho, tendrás que justificarlas cuando estés sobrio. Sé salir sólo.

El Doctor estaba sentado en un rincón del departamento de planificación del ayuntamiento casi desierto, encorvado sobre un panel de plástico blanco de un metro de ancho, como la tabla de dibujo de un delineante. En su superficie estaban los complejos planos que el Doctor manipuló con una pluma electrónica. Las proyecciones de los componentes, diagramas de circuitos, listas de especificaciones, fórmulas químicas, metalúrgicas y atómicas brillaron ante sus ojos.

En la pared, delante de él, había uno de los terminales de Monitor y, a su lado, una pantalla que mostraba la cabeza y los hombros del profesor Jarrasen mientras se inclinaba sobre un hilo de imágenes duplicado.

—¿Ve esto? —dijo el Doctor, golpeando ligeramente la pluma y haciendo que un punto de luz parpadeara en el tablero de Jarrasen— Si cambia la secuencia de tiempo, mejorará la eficiencia de bombeo, quizá en un 11 o 12 por ciento.

—Sí, por supuesto —dijo Jarrasen, dibujando rápidamente notas y ajustes— Es obvio cuando lo señala.

El aprecio de Jarrasen por el conocimiento y los poderes de concentración del anciano había crecido constantemente. De vez en cuando el Doctor se irritaba cuando traducía un término técnico o descubría algún pequeño error en sus cálculos, pero era obvio que se había olvidado de más ingeniería atómica y diseño de naves espaciales de lo que Jarrasen jamás sabría. Cómo le gustaría pasar más tiempo con el hombre, hablar con él en persona e incluso investigar esa improbable nave suya, que todavía no podía creer. Pero, si el proyecto debía mantenerse dentro de sus márgenes de seguridad, el tiempo era lo único que no tenían.

Al fin se recostó en la mesa, masajeándose la nuca.

—Bueno, me ha dado mucho trabajo, Doctor. Tendré que hacer que los técnicos empiecen con estas modificaciones de inmediato. Pregúntele a Monitor si quiere llamarme de nuevo. Siempre puede encontrarme.

—Un momento, profesor. Tengo curiosidad de saber por qué, de todo lo que me han pedido que compruebe hasta ahora, sólo se ha ocupado de la segunda etapa de la nave. ¿Estás seguro de que el cuerpo principal funcionará perfectamente?

Jarrasen sonrió.

—Es muy sencillo. La segunda etapa, el módulo de aterrizaje, es la unidad que va a hacer más trabajo. El cuerpo principal, a pesar de su tamaño, es realmente el dispositivo más simple. Simple fuerza bruta para el despegue y como vaina de carga. Estoy tan seguro como puedo estarlo de que funcionará correctamente, pero francamente es demasiado masivo como para modificarlo ahora. Tiene la capacidad de aterrizar en Mirath, pero no para despegar de nuevo, por lo que encontrar el sitio de aterrizaje adecuado es esencial. Ese reconocimiento será llevado a cabo por la nave de descenso. Si no encontramos un lugar adecuado, tendrá que bajar los colonos y sus suministros en varios viajes. Así que ya ve, ese es el vehículo en el que debemos confiar más y que debe ser tan seguro como podamos hacerlo.

—Ahora lo entiendo —dijo el Doctor— Sólo me había dado cuenta de que su capacidad de reacción era limitada. Podría estimar que sólo podría despegar sin ayuda si estuviera completamente sin carga.

—Eso es muy correcto. La nave de descenso será reabastecida en órbita desde cuerpo principal según sea necesario.

—Por supuesto. Bueno, no debo detenerte más, profesor.

Después de que Jarrasen se hubiese ido, el Doctor miró pensativo al espacio durante unos minutos. Luego dijo:

—Monitor. ¿Cuál es tu estimación de las posibilidades de que la nave despegue con éxito?

—Con base en el rendimiento proyectado del vehículo y según lo especificado por el profesor Jarrasen, el plan de lanzamiento tiene un 96 por ciento de posibilidades de éxito.

—Supongo que esas son unas probabilidades alentadoras en comparación con la alternativa —admitió el Doctor— Sabes, estoy muy impresionado por la velocidad con la que has dominado una tecnología que tus antepasados debieron haber perdido hace miles de años. Es una hazaña notable desarrollar un vehículo tan masivo en un tiempo relativamente corto.

—Es cierto que estamos más avanzados en otros campos, Doctor. La química, la cibernética y la medicina han sido tradicionalmente campos de especial estudio en Arkhaven.

—En efecto. El tratamiento que mi Susan está recibiendo es muy sofisticado.

—La guerra provocó muchas mejoras en las técnicas médicas y al mismo tiempo estimuló el desarrollo de sistemas de misiles interceptores —dijo Monitor— Antes de eso, ningún país en Sarath tenía razones para desarrollar tecnología de cohetes o de vuelos espaciales.

—Por supuesto —dijo el Doctor— A diferencia de vuestros antepasados en la Tierra, vuestra luna era un cuerpo insignificante antes de que su órbita cambiara. Un simple punto de luz no empujaría a la imaginación como meta o trampolín para otros mundos. Otras ciencias florecerían con velocidad desproporcionada. Habría menos incentivos para desarrollar los viajes espaciales.

—He observado que la luna nos está proporcionando un amplio incentivo ahora, Doctor —dijo Monitor.

El comandante Pardek se movió incómodo en su silla y miró el reloj de su escritorio.

—Sólo puedo darle unos minutos, capitán. Debo salir pronto a la reunión del consejo.

—Entonces seré tan breve como pueda, señor —dijo Ben— Comprendo que mi asignación a este equipo sea sólo temporal, pero he tenido que solicitar informes sobre la búsqueda de los fugitivos una y otra vez, en lugar de que se me informase automáticamente.

—Bueno, lamento que parezca que le hayan pasado por alto. A Terrel le gustaba manejar a la escuadra a su manera y sus hombres pueden ser menos flexibles de lo que podrían ser. Hablaré con él cuando regrese. Y he tomado nota de su solicitud de recursos adicionales para ser desviados al campamento. Ahora, si eso es todo...

—Me temo que no es todo, señor. Tengo una pregunta sobre el número de NC2 que fueron recapturados la noche anterior.

—¿Y bien?

—El comandante Breen me dijo que sólo seis fueron devueltos al campamento. Sin embargo, Plaxander Vendam parece pensar que él y sus amigos capturaron catorce.

—¿Vendam? No confiaría en nada de lo que diga ese chico.

—No, pero supongo que sabe contar. Conocer la puntuación era parte del deporte para ellos.

—Muy bien. Voy a investigar el asunto.

—Si pudiera hacerlo inmediatamente, señor. Entienda que debo saber dónde estoy con los hombres bajo mi mando, incluso siendo unos pocos días. Especialmente si aparentemente pueden perder más de la mitad de un grupo de prisioneros en pocas horas. El sargento Erindro estaba al cargo. Debería estar de regreso en el cuartel. Quizás si pudiera usted hablar con él.

Pardek volvió a comprobar su reloj, luego con evidente disgusto tomó el teléfono.

Erindro llegó unos minutos más tarde. Cuando Pardek exigió una explicación ante la pérdida de ocho prisioneros parecía avergonzado.

—Es una especie de vergüenza, señor. Uno de los transportes se averió en el camino de regreso desde el lugar de la detención... usted sabe el tipo de problemas que hemos estado teniendo con el mantenimiento. Mientras que la tripulación estaba comprobando la avería, los NC2 salieron por la parte trasera y escaparon... Creo que el cerrojo del remolque debía estar defectuoso también. De todos modos, ya que todavía no estaban registrados y todavía teníamos casi la mitad de ellos, pensamos que podíamos esperar un poco antes de informar. Estábamos seguros de que podíamos cogerlos pronto.

—¿Está usted insinuando que un montón de prisioneros se escapó por mal mantenimiento? —dijo Ben con cuidado.

—Sí, señor —dijo Erindro.

—Pero ¿por qué diablos no me lo dijo?

—Pensamos que sería malo para el capitán Terrel, ya que tendría que asumir la responsabilidad de no cumplir con el mantenimiento.

—Entiendo. Espero que el otro transporte estuviera bien.

—Sin problema señor.

—Bueno, eso lo explica. Puede que haya actuado mal por lealtad, pero el asunto era una estupidez. Sin embargo, cualquier acción disciplinaria depende del comandante.

Erindro fue bruscamente mandado marchar. Pardek dijo:

—Lamento que se haya molestado con esto, Lant. De todos modos, Terrel estará de vuelta mañana, y usted podrá regresar a la guardia del muro.

—En realidad soy oficial de enlace con los extraterrestres, señor. Y puesto que el alcalde dijo que debíamos ofrecerles toda cortesía, me gustaría hacer todo lo posible por encontrar la llave que le falta al Doctor.

—Muy bien, busque su llave. Pero no pierda el tiempo con unos NC2. No pueden hacer mucho daño en la Zona Exterior. Estoy seguro de que aparecerán tarde o temprano.

—Estoy seguro de que lo harán, señor. Después de todo, ya debe haber muchos de ellos.

—¿Qué quiere decir?

—Unos centenares si las cifras de Breen son correctas —Antes de que Pardek pudiera responder, Ben dijo— Pero no debo retenerle más tiempo. Muchas gracias por su ayuda, señor.

Fuera de la oficina de Pardek, la amable expresión dejó su rostro dio paso a una mirada de preocupación. ¿Por qué le mintieron?

Su teléfono sonó para llamar la atención, y él respondió distraídamente. Era una de las patrullas regulares de la zona externa.

—Capitán, pensé en llamarle directamente. Hemos encontrado ese fugitivo que buscabas.

Pardek presentó sus excusas a Draad mientras se apresuraba a llegar a la cámara del consejo con unos minutos de retraso.

Durante la mayor parte del tiempo los diversos miembros del Alto Consejo de Arkhaven hicieron negocios unos con otros a distancia, pero era tradición que una vez cada diez días se reunieran en persona. Era una costumbre de la que Draad pensaba que se podría prescindir.

Vendam y Fostel ya estaban sentados alrededor de la mesa. Un aire de expectante tensión colgaba sobre ellos, manifestándose en un silencio incómodo impuesto por el protocolo. Pardek tomó su lugar, completando la asamblea y asegurándose de que todas las clases significativas de Arkhaven estuvieran representadas. Los ciudadanos comunes tendrían su opinión en el Consejo Menor. Monitor actuaba como secretario y custodio de los registros.

—Declaro abierta esta sesión —dijo Draad.

Fostel y Vendam trataron de hablar al mismo tiempo. Vendam ganó ya que él tenía una voz más fuerte.

—Me propongo que le pidan al alcalde que explique su inexcusable comportamiento de anoche —dijo con enojo.

Por una vez Fostel asintió de acuerdo.

—Fue un grave insulto a la dignidad de la Iglesia que la solicitud de su emisario fuera tan públicamente rechazada.

Draad mantuvo una expresión tranquila frente a sus acusaciones. Cuando hicieron una pausa, dijo suavemente:

—Bueno, estoy seguro de que no tenía la intención de insultar a ninguno de ustedes... de la misma manera que estoy seguro que no tenían la intención de arriesgarse a desestabilizar el equilibrio social de la ciudad perturbando las pocas horas de relajación que me permito cada día.

Vendam vaciló, todavía enojado, pero perplejo por la respuesta.

—¿Cómo podría desestabilizar el equilibrio social al molestarle, Draad?

—Debe apreciar el daño que hubiera podido causar al realizar esos intentos públicos de contactar conmigo.

—¿De qué está hablando? —exclamó Fostel—

—Los ciudadanos deben estar seguros de que tenemos bajo control la situación... es un hecho sobre el que todos estamos de acuerdo, ¿no?

—El alcalde tiene toda la razón —dijo Pardek— Debemos mantener a la gente tranquila.

—Por lo tanto, mostrar cualquier signo de desunión o falta de coordinación era lo peor que podría haber hecho —dijo Draad— Y considere el efecto en nuestros huéspedes alienígenas. Tuve que reaccionar firmemente para asegurarles que era capaz de cumplir las promesas que les hice —Se encogió de hombros impotente— Realmente no tuve elección.

Vio que una cierta incertidumbre comenzaba a deslizarse en las caras de Fostel y Vendam, y continuó:

—Repito: los alienígenas no representan una amenaza de seguridad para Arkhaven. El comandante Pardek fue informado una vez que su identidad fue establecida y desde entonces han sido escoltados por un oficial de confianza de la vigilancia. No van a causar ningún problema mientras que uno de ellos todavía está perdido y otro está recibiendo tratamiento en el hospital. Correctamente manejada, su presencia puede ser utilizada tanto para entretener como para tranquilizar al público durante los días cruciales hasta el lanzamiento. El extranjero más mayor... el Doctor... nos está dando un consejo inestimable para la nave, que puede marcar la diferencia entre el éxito y el desastre. Por lo tanto, sugiero que este sea un asunto administrativo para las clases de funcionarios y técnicos. Por supuesto, ustedes pueden reunirse con los extranjeros y juzgar por ustedes mismos una vez que ellos se hayan asentado, pero no hay nada que se gane mediante interrogatorios agresivos o tratándolos con sospecha indebida.

—¿Qué hay de esa nave suya... esa caja? —preguntó Vendam— No puedo creer que sea lo que dicen. ¿Es peligrosa?

—Lo sea o no, está bajo custodia. Si encuentran los medios para abrirla de nuevo, estaremos allí con ellos. Pero su impenetrabilidad para cualquier fuerza que le hemos aplicado hasta ahora indica una ciencia superior. Por el momento no veo ninguna razón para dudar de su explicación.

Vendam todavía se veía malhumorado, pero parecía dispuesto a dejar el asunto en paz. Fostel era menos fácil de satisfacer.

—Puede que no representen una amenaza material para Arkhaven, pero ¿qué hay de lo espiritual? —preguntó, con los ojos entrecerrados— Pueden traer consigo ideas peligrosas. Su presencia ya se ha vinculado en la emisión de las noticias con la “Cuestión de Origen”. No se puede permitir que se muevan libremente en público hasta que haya resuelto este asunto.

Draad suspiró.

—Puede ser una sorpresa para usted, obispo, pero los alienígenas no han expresado ningún deseo de socavar nuestras creencias espirituales. Si quieren rezar en la catedral, estoy seguro de que el capitán Lam les puede mostrar el camino. Puede hablar con ellos allí si lo desea. De lo contrario, durante los próximos días por lo menos, deben ser dejados en paz si quieren que sigan sirviendo a su propósito.

Fostel apretó los labios.

—Esto es una cuestión de doctrina y moralidad, por lo tanto, la ley de la Iglesia tiene prioridad.

Draad miró a Fostel directamente a los ojos y dijo en voz baja:

—Obispo, esto puede ser una cuestión de nuestra propia supervivencia como pueblo. ¡Sostengo que tiene precedencia sobre todo lo demás!

Ben Lant estaba sobre el cuerpo torcido de Gelvert.

Hubiera querido convencerse de que el hombre miraba en paz ahora, pero en realidad no lo parecía en absoluto. La muerte había congelado una mirada de terror absoluto en la cara de Gelvert.

—¿Habéis encontrado algo en él? —preguntó a los patrulleros que lo habían alertado.

—Sólo una manta térmica y esto.

Uno de ellos le entregó la mochila de Gelvert. Ben la vació. No había ni rastro de la llave del Doctor. Con una mueca, buscó por los bolsillos de Gelvert, también sin éxito.

Ben miró hacia el edificio de donde debía de haber caído Gelvert.

—¿Han encontrado algo allí?

—No estamos seguros... quizá sea mejor que lo vea usted mismo, señor.

Una vez en el techo vio lo que querían decir.

Justo más allá de la puerta destrozada del recinto de servicio había una curiosa y larga marca raspada en el compuesto impermeabilizante flexible que se utilizaba para revestir los paneles del techo. A cada lado se podían distinguir filas de pequeñas mellas y picaduras. ¿Qué podría haber dejado tales huellas? ¿Y tenía algo que ver con la muerte de Gelvert? ¿Cayó por casualidad... o fue empujado?

Ben se acercó al parapeto del techo y miró hacia abajo, a la calle, donde estaba el cuerpo de Gelvert, tratando de darle sentido a lo que había encontrado. Vio llegar un coche que traía al forense. En un momento como éste no deberían estar investigando muertes misteriosas, pensó amargamente. Miró por encima de la extensa ciudad, preguntándose si mantendría sus secretos hasta el fin del mundo.

Ian había pasado la mañana en los restos de Carlson Tower, paseando sin descanso alrededor del vehículo de mando y observando atentamente mientras las máquinas dismantelaban los últimos pisos del edificio. Evidentemente, a Curton le hubiera gustado hacerle preguntas sobre viajes espaciales y otros mundos, pero, sensible al estado de ánimo de Ian, se refrenó cortésmente.

Luego, justo después del mediodía, llamó a Ian al vehículo de mando y señaló una de las pantallas que retransmitían las imágenes del equipo de excavación de robots. Mostraba un marco amarillo de vigas de metal y una sección de la malla que sobresalía de entre dos losas de cemento.

—Esa es la parte superior de la caja del ascensor.

Ian respiró hondo.

—¿Alguna... señal de ella?

—No. No se detecta ningún sonido ni encontramos un rastro térmico. Sólo voy a mover un trozo del ascensor para levantar una placa grande.

Brazos robóticos con forma de pala llegaban hasta la imagen. Dedos metálicos bloqueados en posición. Lentamente la losa se levantó limpiamente y se dejó a un lado. Ian no podía soportar mirar, pero se obligó a escanear la masa de metal aplanado y retorcido



que había sido la caja de ascensores, sabiendo como lo hizo que nadie podría haber sobrevivido dentro de ella.

—No veo nada. Ella no está ahí.

Por un momento se sintió fastidiado. ¿Había caído Barbara de la jaula cuando la torre se derrumbó? En cuyo caso ella seguía sepultada bajo los escombros que aún debían ser removidos y no había ninguna posibilidad de que hubiera sobrevivido.

Mientras contemplaba esta amarga posibilidad, la cámara robot había estado escaneando la escena desde todos los ángulos. Mientras pasaba por encima de los restos de la puerta del ascensor, Ian señaló de pronto.

—¿Que es eso?

Curton llevó la cámara a un primer plano.

Un jirón de lana colgaba de un filamento roto de malla de los paneles.

—Es el mismo color que el jersey de Bárbara —dijo Ian lentamente—

—Bueno, sabemos que estaba en la jaula —dijo Curton.

—Sí, pero ¿no lo entiendes...? Sólo podría haberse roto así después de que se hubiese hecho daño a la jaula. Lo que significa que debió haber salido antes de que estuviera completamente aplastada.

—Entonces seguiremos cavando —dijo Curton.

Ben no estaba seguro de por qué se detuvo en el hospital. Tal vez porque quería hablar con alguien de fuera de la vigilancia. Incluso en el breve tiempo que la había conocido, había encontrado en Nyra a un buen oyente y, bueno, una compañía agradable. Siempre podía decir que estaba revisando el progreso de Susan Foreman si necesitaba una excusa. La diversión no interferiría con su deber. Sabía dónde estaban el Doctor e Ian y se les avisaría de inmediato si necesitaban algo.

Pero cuando salió de su coche, vio una característica limusina negra en la zona de estacionamiento escasamente ocupada. Al pasar junto a ella, observó el escudo de armas de la oficina del obispo, ¿Qué hacía él aquí? Un repentino pensamiento hizo que Ben acelerara su paso.

Escuchó las voces gritando al entrar en la sala de recuperación.

En la sala de al lado, dos asistentes y Nyra Shardri estaban mirando hacia Fostel y el archidiácono Zeckler. Susan Foreman estaba despierta y acurrucada en la cama entre ellos, parecía confundida y no poco asustada.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Ben severamente.

—El obispo quiere interrogar a la señorita Foreman sobre sus creencias religiosas —explicó Nyra— He dicho que acaba de despertarse y que sigue siendo demasiado débil.

—Ya veo —dijo Ben— Señores, debo pedirles que se vayan.

—No puede ordenar nada al obispo como si fuese un ciudadano común —dijo bruscamente Zeckler— Esto es asunto de la Iglesia y no es asunto suyo.

Ben se dio cuenta de cuánto le disgustaba Zeckler. Era un hombrecito que se había prosperado en la Iglesia gracias a la muerte de gente mejor en la guerra.

—Es asunto de todos los ciudadanos, por muy comunes que sean —dijo Ben— No intimidamos a jóvenes en sus camas de hospital, especialmente cuando son huéspedes del alcalde.

Fostel interrumpió, sonando oleaginamente razonable.

—Me complace que sigas las órdenes, capitán. Pero seguramente las instrucciones del alcalde sólo se aplican a los hombres alienígenas. Esta chica no está realizando ningún propósito útil en la actualidad, por lo tanto, no puede hacerle ningún daño que le pregunte.

Ben miró a Susan Foreman. Alienígena o no, para él simplemente parecía una mujer joven asustada, apenas más que una niña. Él le sonrió con tranquilidad.

—Hola. Me llamo Ben Lant. Soy amigo de tu abuelo e Ian Chesterton.

Ella logró sonreír de vuelta.

—Hola —dijo.

—Estos hombres quieren preguntarte de dónde vienes y qué tipo de religión practicas, porque piensan que podrías intentar subvertir nuestra ciudad con peligrosas creencias alienígenas. Pero creo que preferirías que llamase a tu abuelo para decirle que estás despierta por fin.

Susan miró a los dos eclesiásticos con ojos intensos muy oscuros y un poco de espíritu pareció fluir hacia ella.

—¿Creen que voy a causar todos esos problemas desde aquí? —preguntó secamente, haciendo que Ben revisara su edad hacia arriba un par de años— Si no les importa, preferiría que llamasen a mi abuelo, por favor.

—Ahí tienen, caballeros —dijo Ben— Quizás puedan hablar con la joven cuando se haya recuperado completamente... y con su abuelo presente. Pero por el momento me gustaría que la dejaran a solas.

Vio las expresiones horrorizadas e incrédulas en sus caras y tuvo que admitir que en secreto las encontró muy satisfactorias. Zeckler habría discutido más pero Fostel lo silen-

ció, y con mala gracia los dos se fueron. Ben sabía que se estaba creando enemigos poderosos, pero extrañamente el pensamiento no le molestó. El alcalde le había mostrado el camino y se alegró de seguirlo.

—Ahora —dijo, volviéndose hacia Susan— hagamos una llamada a tu abuelo.

Carlson Tower se había reducido a unos cuantos pilares rotos de cemento, como un anillo de dientes rotos. Las máquinas estaban ocupadas eliminando los últimos bloques de escombros de lo que había sido sus niveles de sótano. Ian y Curton se encontraban en medio de la expansión de un suelo de hormigón. No quedaba nada más grande que fragmentos del tamaño de un puño.

No había ninguna señal de Bárbara.

Ian miró a Curton con desconcierto.

—¿Cómo ha podido escapar?

—No puede. Este edificio fue acordonado minutos después de la huelga. Nadie podría haber pasado sin ser controlado.

Ian abrió los brazos en un gesto desesperado.

—Entonces, ¿dónde está?

Empezó a caminar por el interior del recinto, dando patadas al hormigón y sacudiendo la cabeza. Curton le observó, incapaz de pensar en nada que decir en ese momento.

De repente, Ian se detuvo. Se tiró con fuerza al suelo, luego se puso sobre sus manos y rodillas y comenzó a raspar el polvo y la arena.

—¡Ven aquí! —gritó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Curton, corriendo hacia él.

—Esta losa se mueve. Mira: se inclina y luego cae nuevamente en su lugar. ¡Hay un hueco debajo!

—Déjame traer una excavadora —dijo Curton, golpeando ligeramente la unidad de mando móvil que llevaba sobre el hombro.

Un gran robot humanoide con garras pesadas como manos se acercó, agarró la losa y la puso a un lado. Abajo había un pozo rectangular medio atravesado por escombros finos que se habían derramado en él desde arriba. En dirección a Curton, el robot empezó a despejarlo. Después de unas cuantas cucharadas, los detritus se oscurecieron y se convirtieron en barro pesado.

—¡Por supuesto! —exclamó Curton— Es un alimentador del sistema de alcantarillas de la ciudad. Algunos de los edificios más antiguos fueron construidos sobre ellos.

—¿Es lo suficientemente grande para que Bárbara pueda colarse?

—Sí, posiblemente.

El canal que pasaba por el fondo de la fosa estaba expuesto y la excavadora retrocedió, habiendo hecho su trabajo.

Ian se preparó para trepar. Curton lo retuvo.

—Espera un momento... podría resultar inseguro después de mover las cosas. Voy a enviar una pedicam primero.

Ian se preocupó mientras traían un pequeño robot de ocho patas con una cámara y un set de iluminación en la cabeza. Agarrándose con sus pies de succión, trepó ágilmente por los lados del pozo y se volvió hacia el canal de drenaje que había debajo. Ian miró por encima del hombro de Curton observando la imagen que el robot transmitía a su pantalla móvil. La máquina se escurrió a lo largo de la alcantarilla hasta que esta se abrió a un túnel más grande. Con cuidado, el robot subió la pared vertical, levantando y girando la cabeza para escanear todo el interior.

Ian y Curton vieron el signo rayado en la pared a los pies del robot al mismo tiempo.

—Llegó aquí viva —dijo Ian, casi gritando— Está diciéndonos por dónde se fue.

—Sí, pero me hubiera gustado que se quedara ahí —dijo Curton.

—Bueno, debe de haber pensado que podría salir antes de que nosotros pudiéramos llegar cavando hasta ella.

Curton parecía preocupado.

—A medida que nos acercamos al Día Cero hemos ido economizando el mantenimiento. Por lo que con el daño de las tormentas y algunos terremotos, muchos de los túneles son bastante inestables. Varios puntos de acceso se derrumbaron. Así que sellamos el resto. Tu amiga no podrá salir por cualquier parte.

—Entonces la seguiré por este pozo. No puede haber ido muy lejos.

—¿No has oído lo que dije?

—Sí. Yo me arriesgaré, pero tú no tienes que venir. Lo único que quiero es una linterna y un mapa de los túneles.

Curton sonrió ante la determinación de Ian.

—Bueno, si usted puede ser paciente por un par de minutos más, creo que puedo prepararle algo mejor que eso —Miró hacia el cielo, que se llenaba de oscuras nubes— No tardaré mucho —añadió, y se apresuró.

Ian se volvió para contemplar el pozo a sus pies. Al fin la espera había terminado. Ahora podía hacer algo.

## Capítulo Diecisiete

### Tan Cerca

Bárbara se despertó y se encontró tendida en el estrecho sendero junto a la corriente del túnel que gorgoteaba.

No recordaba haber dormido. Debía de estar completamente agotada. Sin embargo, tras el descanso se sentía mucho mejor. Su estómago estaba retumbando por falta de comida, pero se sintió inesperadamente alerta. Su ropa se había secado completamente, así que debió de haber dormido durante algún tiempo.

Tiempo.

De repente, parecía muy importante que ella supiera la hora. Ella encendió la linterna todavía apretada en su mano y comprobó su reloj. Por supuesto, se había detenido hace años. Se frotó la pulsera y por un momento sintió que había algo más que había olvidado. La sospecha de un sueño curioso parpadeó en el borde de su conciencia. Luego se fue.

Bárbara respiró hondo. ¿Qué debía hacer ahora?

Después de un minuto de pensarlo, decidió que tendría sentido volver sobre sus pasos. No había tenido suerte en encontrar una salida para sí misma, pero quizás a estas alturas los otros habían logrado excavar hasta donde había entrado en los desagües. Sería absurdo seguir alejándose de ellos si ese fuera el caso. Si al volver encontrase el camino todavía estaba bloqueado, ella continuaría más allá del punto donde estaba y probaría suerte más allá del túnel.

Sintiéndose decidida una vez más, se puso en pie y partió.

Vestido con un traje impermeable y botas robustas, Ian caminó a lo largo del túnel moviendo el haz de su linterna de casco de un lado a otro para asegurarse de que no se perdía ninguna de las señales rascadas de Barbara. Cada par de minutos hacía una pausa y gritaba su nombre, luego tensaba sus orejas sobre la corriente de agua esperando alguna respuesta aparte de ecos.

La pedicam se escabulló frente a él. No había sido posible meter ningún robot más grande por el pozo de acceso, aunque un equipo estaba trabajando en la ampliación del agujero en caso de que se necesitase uno. Curton no estaba seguro de si los robots que normalmente se utilizaban para vigilar y reparar los desagües seguían funcionando, pero estaba investigando.

A intervalos regulares, Ian sacó de su espalda unos pequeños discos de metal de los que salían unas antenas telescópicas gemelas. Estos dispositivos, según le dijeron, se pegan a la pared. Eran relés repetidores para la radio que le permitían mantenerse contacto con Curton a través de su radio de casco, a pesar del espesor cada vez mayor de tierra y roca que los separaba. En la superficie, el ingeniero estaba siguiendo su progreso con una cuadrilla de robots, dispuestos a cavar para sacar a Ian si surgía una emergencia. Ian esperaba que no fueran necesarios, pero llovía pesadamente arriba. Las tormentas intensas repentinas aparentemente se habían hecho más comunes desde que la luna que caía había comenzado a alterar los patrones climáticos de Sarath. Curton no estaba del todo seguro del efecto que tendría el aumento del flujo de agua en los túneles debilitados, pero Ian ya podía ver el nivel que se elevaba en el canal a su lado. Las alcantarillas más pequeñas que descargaban en el túnel principal también corrían más rápido, llenando el espacio con un continuo chorro de agua.

Ian se abrió camino alrededor de un montículo de escombros que formaban una media presa donde el techo se había derrumbado parcialmente, después de dejar que la pedicam explorara el camino primero. El arroyo ascendente ya empezaba a lavar el material más ligero sobre la base del derrumbe, notó.

Una vez en el otro lado, el nivel del agua era un poco más bajo. Comprobó la pantalla plana de mano que Curton le había dado, la cual mostraba un mapa del sistema de túneles en líneas resplandecientes. Al convertirlo desde la escala métrica, averiguó que había andado casi dos millas. Miró a su alrededor y vio otra de las alentadora señales de Bárbara. Sin duda había hecho un gran esfuerzo para encontrar su camino fuera de aquí, pensó con admiración. Estableció otro relé de radio, comprobó su posición con Curton, luego gritó el nombre de Bárbara una vez más.

—¡Bárbara... bara... ra! —se hizo eco.

—¡An... an... nn! —respondió el túnel.

Se congeló, apenas se atrevió a respirar. ¿Lo había imaginado? Con el ruido del agua era tan difícil de decir. Llamó de nuevo y puso las manos tras las orejas.

—¡Ian... an... an! —se oyó con más claridad.

¡Era la voz de Barbara!

—¡Sí! ¡Estoy aquí! —gritó con todo lo que pudo, y comenzó a correr por el estrecho camino. La pedicam se escabulló delante de él, sus piernas cortas zumbaban. En la lejanía de la distancia, vio un puntiagudo punto de luz. A medida que se acercaba, la figura de Bárbara empezó a emerger de las sombras, iluminada por reflejos dispersos de su linterna. Fue en ese momento que se dio cuenta de lo que le habría costado no volver a verla nunca más.

No estaban a más de veinte yardas entre si cuando oyó un repentino ruido detrás de él.

Se giró para ver una ola rodando por el túnel. La presa de escombros había cedido, liberando el agua reprimida tras de si.

—¡Cuidado! —gritó mientras se apretaba contra un lado del túnel. La espumosa cresta pasó junto a él, lavando el pasillo y rompiendo sobre sus piernas. Vio a Bárbara adoptando la misma actitud. La ola pasó junto a ella y por un momento se deslizó hacia atrás bajo su impacto. Luego se fue y ella encontró pie de nuevo. La oyó jadear del esfuerzo y vio que temblaba, pero logró gritar valientemente:

—Qué desagradable. E irónico si nos llevase la ola ahora.

Él se dirigió hacia ella, patinando sobre el pasillo que aún estaba inundado.

—Demasiado irónico como para decirlo —asintió, casi riendo de alivio— Barbara, no tienes ni idea...

Sin ninguna advertencia y curiosamente poco ruido, unas tres yardas de la pasarela entre ellos se derrumbó y se deslizó por el canal de drenaje.

Aun cuando ambos se quedaron boquiabiertos, se produjo una serie de crujidos ensordecedores. El lado del túnel expuesto por la pasarela colapsada parecía volverse hacia dentro. Grietas subieron por la pared curva. Los fragmentos de hormigón comenzaron a llover desde el tejado y hundirse en el agua, enviando duchas de rocío.

—¡Atrás, atrás! —gritó Ian, agitando el brazo desesperadamente.

Bárbara tuvo el sentido de no discutir. Él la vio girar para correr justo cuando el techo entero cedía.

Ian se retorció a un lado, se deslizó, cayó de rodillas y se apartó torpemente de la pared de hormigón que caía. Una losa, desprendida del techo, se estrelló contra la pedicam mientras se deslizaba sobre sus talones, aplastándola en una breve lluvia de chispas.

Poco a poco el sonido de la caída de la roca disminuyó a un suave golpeteo. A treinta yardas de la caída, Ian se desplomó contra la pared, con el corazón palpitante mientras se enfurecía en silencio. La voz de Curton gritaba desde los auriculares de su radio de casco, pero por un momento la ignoró. Todo lo que podía pensar, muy irracionalmente, era que habían tentado al destino al bromear sobre la ironía de su situación. ¿Cómo pudo pasar esto? Habían estado tan cerca.

Entonces la razón se reasentó. Al menos sabía que Bárbara estaba a salvo. Lamentablemente, reconoció la llamada de Curton y explicó lo que había sucedido.

—¿Está el túnel completamente bloqueado? —preguntó Curton.



—Sí.

—Entonces será mejor que te vayas rápido.

—No. Envía tus máquinas. Tenemos que sacar a Bárbara.

—Escucha. Todavía está lloviendo mucho. Si el túnel bloquea el agua, esta va a volver a subir hasta el techo antes de que podamos llegar allí —Ian miró el agua que se arremolinaba y se dio cuenta de que Curton tenía razón. En pocos minutos sumergiría la pasarela— Cuando la presión se acumule lo suficiente ese tapón se disparará como el anterior —continuó Curton— Vuelve al alimentador de la Carlson Tower lo más rápido que puedas mientras abro el siguiente punto de acceso aguas abajo. Sólo espero que tu amiga tenga el sentido de no vagar por ahí.

Al otro lado del derrumbe, Bárbara fue a regañadientes llegando a la misma conclusión que Ian. El canal principal estaba siendo llenado por el agua que fluía desde las alcantarillas laterales, pero ella ya podía ver pequeños riachuelos emergiendo de la parte superior de la pared de escombros. No se necesitaba mucha imaginación para adivinar qué pasaría cuando se derrumbara. Tenía que aclararse y esperar que Ian pudiera encontrar alguna forma de alcanzarla más adelante en el túnel.

Ella se volvió sobre sus pasos por el camino que había venido, tan rápido como pudo ir con seguridad a la pasarela recién empapada.

Al menos Ian sabía más o menos dónde estaba ahora, se consoló mientras tropezaba. Y el casco y el traje que llevaba puesto sugería que había conseguido ayuda de algún lugar... presumiblemente el mismo lugar del que había salido el perro mecánico que corría delante de él. Ojalá significara que cuando llegara a la escalera de alcantarilla más cercana hubiera alguien arriba para abrirla esta vez.

Ian salpicó por el agua que se deslizaba sobre el borde del pasillo. Aún así, las alcantarillas laterales rebosaban más. Permitiendo la caída gradual del túnel, la sección antes del colapso ya debía estar llena hasta el techo. El agua estaría retrocediendo ahora, aumentando la presión a medida que subía. ¿La presa temporal duraría lo suficiente para que Bárbara se aclarara?

Vio luces que señalaban la boca de la alcantarilla a través de la cual había entrado. Jadeando para respirar llegó a la escalera flexible que colgaba en el túnel principal. El agua se arremolinaba alrededor de sus tobillos mientras empezaba a trepar.

Luego, de lejos, por el túnel, oyó un débil sonido. Incluso mientras miraba hacia la oscuridad, supo lo que había sucedido. La presa había estallado.

Bárbara oyó el rugido de agua que crecía en volumen, como un tren expreso que se acercaba, y sabía que nunca llegaría al pozo de acceso a tiempo. Si la atrapaba, acabaría aplastada contra las paredes por su fuerza incluso antes de que tuviera tiempo de ahogarse.

Con el aterrador sonido llenando sus oídos, buscó desesperadamente algún tipo de refugio. Unas pocas yardas delante de ella, al otro lado, había una entrada de ramal más pequeña, una tubería de no más de cinco pies de diámetro. Lo había ignorado durante su primer viaje por el túnel porque no tenía pasarela. Ahora podría salvarle la vida.

Ella saltó al agua y salpicó a través de la boca de la entrada, luchando contra el flujo de su corriente. Encontró pie y se las arregló para caminar unos metros más allá. Pero a pesar de que la tubería sólo estaba medio llena, su corriente era demasiado fuerte... o tal vez ahora estaba demasiado débil. Sus pies se deslizaron sobre el fondo cuando fue empujada hacia el túnel principal y una muerte segura. Dejó caer la linterna y se agarró de los laterales del túnel, clavando las uñas en las paredes incrustadas de barro, retrasando su progreso durante unos cuantos segundos vitales.

Una espumosa pared de agua tronaba a través del túnel principal detrás de ella.

Los oídos de Bárbara se taponaron cuando el torrente comprimió el aire de la tubería como un pistón. El agua bullía y se hinchaba debajo de ella mientras parte de la cascada explotaba en la bocacha. Ella fue atrapada por una ola que llenó el túnel y la llevó lejos en la oscuridad.

El príncipe Keldo Arrosthenos se sentó sólo en su sala de conferencias y se permitió el lujo de dejar que sus pensamientos volaran libres durante unos minutos. El final estaba tan cerca ahora que casi podía saborear la victoria.

Hace un año había sido muy diferente.

Cuando su nave insignia había sido derribada en la playa apenas fuera de las paredes de Arkhaven, Keldo había esperado morir. Durante tres días los fuegos ardieron en el casco exterior, alimentados por explosión de combustible y municiones, mientras él y sus hombres luchaban por mantenerse vivos dentro de las cubiertas del núcleo, ayudados de aire embotellado y trajes de presión. De una tripulación de más de mil quinientos sobrevivieron 132. Solamente a partir del cuarto día los fuegos disminuyeron lo suficiente para que poder hacerse camino al mundo exterior.

Ellos emergieron listos para morir luchando gloriosamente como lo hicieron los últimos guerreros del Imperio Taklar.

Pero no había arkavianos esperándolos, ni tampoco las baterías de la ciudad los destrozaron, aunque estaban indefensos ante ellas. Lentamente, la verdad irónica se hizo

patente. Los arkavianos creían que todos habían muerto en el accidente. Habían vuelto tras sus muros para seguir trabajando en su nave de huida.

La fuerza de Keldo estaba a salvo mientras los arkavianos no sospecharan de su presencia, pero era intolerable mirar a la ciudad brillantemente iluminada y saber que no podían hacer nada para impedir que la nave se lanzara sin ellos. Incluso con el elemento sorpresa, ahora eran demasiado pocos en número y demasiado mal equipados para tener alguna posibilidad de tomarla por asalto directo. Y no habría refuerzos en su ayuda. Su tierra natal estaba en ruinas, golpeada por las tormentas lunares, las tierras que habían invadido habían degenerado en una anarquía salvaje a medida que se acercaba el fin, y ahora la flota imperial estaba destruida. Aunque buscaron a través de las frecuencias de radio no oyeron ninguna señal de origen taklar. Ellos podrían ser los últimos de su raza vivos.

Pero Keldo se negó a aceptar la derrota. Pasaría un año antes de que la luna golpeará a Sarath. Con sólo una décima parte de la tripulación original que sostener, el resto de las raciones se podían hacer durar tanto tiempo. Keldo consultó con el viejo Thorken Menanius, el científico de la flota. Juntos desarrollaron un nuevo plan de acción.

Hicieron que la nave volviera a ser habitable otra vez, protegiendo su reactor restante operativo para que sus actividades no pudieran ser detectadas desde la ciudad. Se taparon y sellaron los compartimentos internos contra las oleadas que surgían del mar y poco a poco enterraron el casco en la arena, incluso mientras lavaban los escombros de la batalla.

Una vez que su base estaba segura comenzaron su ataque clandestino contra Arkhaven.

Con herramientas improvisadas comenzaron a cortar un túnel desde debajo de su nave y a lo largo de la orilla hacia la ciudad. El progreso fue dolorosamente lento al principio. Las secciones más débiles debajo de las arenas movedizas primero tuvieron que ser cimentadas con material sacado del interior de la nave de batalla, entonces constantemente bombeado para prevenir su inundación. Una vez, una lluvia de meteoros causó un colapso que mató a seis hombres. Pero los supervivientes simplemente repararon la sección dañada y continuaron. Keldo nunca les dejó olvidar que eran taklares: una raza superior, producto de mil años de crianza selectiva. Triunfar en circunstancias en las que razas menores pudieran sucumbir era su derecho de nacimiento.

Dirigió con el ejemplo y la inspiración, haciendo su propio turno de trabajo rompe—espaldas y peligroso en la roca. Si sus hombres lo honraban antes, lo reverenciaban ahora y lo seguirían al infierno si él lo ordenara. Keldo contaba con esa lealtad absoluta e inquestionable para sostenerlos durante el asalto final.

Y así el túnel progresó, metro tras doloroso metro.

Finalmente llegaron a los cimientos de la ciudad con cuarenta días de antelación.

Ahora la fortuna les sonreía. Casi inmediatamente entraron en uno de los principales túneles de drenaje de la ciudad. Era un lugar ideal para su secreta fuerza de avance, esencial para la siguiente fase de la operación.

Sólo en la ciudad la naturaleza superior de los taklares les ponía en desventaja. Su tamaño y fisonomía característicos hacían imposible para ellos pasar inadvertidos entre los arkavianos. Pero necesitaban moverse libremente, no sólo para saber el momento en que se daría la orden de evacuación, sino para infiltrarse en el proceso de embarque de la nave en el momento crucial. Los métodos de vigilancia mecánica eran inadecuados y potencialmente desastrosos si lo detectaran. Necesitaban agentes vivos que no se dieran cuenta de que estaban siendo utilizados para servir al viejo enemigo de su ciudad. La técnica de control mental de Thorken fue la clave.

La mujer descubrió inesperadamente su boca de túnel. Keldo ahora lo vio, fue fortuito. La prueba había permitido a Thorken demostrar que el proceso funcionaba. La mujer había sido observada secretamente mientras se recuperaba y no mostraba indicios de que se acordara de lo que se le había hecho. Esta noche harían su primera incursión fuera de los túneles a la superficie, para reconocer y comenzar la búsqueda de más como ella. Tomarían sujetos solitarios y los devolverían, completamente acondicionados, en menos de dos horas para que no se sospechase. Keldo quería veinte agentes, al menos, en su lugar antes del día del lanzamiento.

Sonó el timbre de la puerta. Keldo salió de su ensueño y se enderezó. Nunca permitió que la tripulación lo viera como algo menos que completamente alerta en todo momento.

—Adelante —dijo.

Un ingeniero entró, con rostro grave.

—Lamento informar, señor, que la tormenta ha causado daños a la sección del túnel de drenaje con la que se conecta nuestro pozo. He tenido que sellar la escotilla para evitar que el pozo entero se inunde.

—¿Cómo puede el simple agua causar tal daño? —preguntó Keldo enfadado— ¿No está diseñado el sistema para eso?

—Parece que algunos de los otros túneles también se han derrumbado, señor. Las oleadas de inundación llevaron una gran cantidad de escombros. Eso es lo que causó el daño.

La ira de Keldo disminuyó ligeramente y su ceño se arrugó al pensar.

—Eso sugiere ineficiencia. Tal vez los arkavianos ya no están manteniendo su sistema de drenaje como deberían. ¿Cuánto tiempo llevará reparar el daño en nuestro túnel?

—Muchos días, señor. Y, por supuesto, nuestro trabajo puede ser retrasado por las propias reparaciones de los arkavianos.

Keldo reflexionó durante un minuto y luego dijo:

—Si están dejando que su ciudad se desintegre, tal vez ya no estén tan vigilantes como debería ser. ¿Cómo es el suelo encima de la cabeza de nuestro túnel?

—Roca suelta y suelo compactado, señor.

—Entonces sortee la boca del túnel y levante un pozo más pequeño a un metro por debajo de la superficie. Podemos ser capaces de movernos con más audacia de lo que había planeado.

—Será como ordene.

Un pensamiento golpeó a Keldo.

—¿Sabes si nuestra agente arkaviana salió de los túneles antes de la inundación?

—No, señor.

Keldo agitó la mano con desdén.

—No importa. Encontraremos a otros.

## Capítulo Dieciocho

### La Nave

—Tienes un aspecto terriblemente cansado —le dijo Susan a Ian con sus oscuros ojos llenos de preocupación mientras se sentaba apoyada en su cama de hospital.

—Chesterton ha pasado la mayor parte de la noche buscando a Bárbara —dijo el Doctor— pero le convencí de que necesitaba un descanso.

—Estoy segura de que la encontrarás —continuó Susan animadamente— Después de todo, sabes que ya ha sobrevivido a un edificio colapsado. Pero entenderé que quieras volver a la búsqueda.

Ian conjuró una sonrisa tranquilizadora para el beneficio de Susan.

—En realidad no hay mucho más que podamos hacer por el momento. Hasta que el nivel del agua caiga no podremos comprobar los túneles principales correctamente. Mientras tanto, Curton abrirá los puntos de acceso más probables. Hay una posibilidad de que Bárbara llegara a uno de ellos. Si subiera la escalera a uno de los pozos de inspección, debería estar a salvo... si puede aguantar durante el tiempo suficiente.

—Sí —dijo Susan, poniendo su pequeña mano fría sobre la suya por un momento— Es muy decidida.

—Estoy seguro de que habrá razonado de la misma manera —dijo el Doctor— Debe haberse familiarizado con los detalles del sistema mientras estuvo allí. Sería el curso de acción obvio.

—Sí, por supuesto —dijo Ian, sintiéndose interiormente menos seguro de lo que parecía— ¿Acaso la suerte de Bárbara se acabó?

—Y ahora tenemos que irnos, querida —dijo el Doctor a Susan— Debes descansar un poco y tenemos cosas que hacer. Ya que estoy dando consejo técnico a los arkavianos, he pedido que me muestren su nave. Quiero ver esa notable máquina con mis propios ojos para entenderla mejor —miró a Ian— Lamento que mi tarea sea más agradable que la tuya, Chesterton.

Ian se encogió de hombros.

—Mientras los ayudas, sé que harán todo lo posible por Bárbara. Y significa que tendrás todas las facilidades para hacer un duplicado de la llave de la TARDIS.

—Lamento haber perdido mi llave, Abuelo —dijo Susan— Debió de caerse cuando la torre se derrumbó.

El Doctor sonrió.

—Creo que es excusable dadas las circunstancias, querida. No importa. Tengo tiempo suficiente para hacer otra. Mientras tanto concéntrate en estar bien. Por muy avanzado que haya sido el tratamiento que recibiste, no hay sustituto para el descanso adecuado.

—He estado descansando... aunque tuve un sueño extraño. Pensé que estaba perdida en algún lugar frío... oscuro y húmedo. Fue muy extraño.

—Bueno, trata de pensar en algo más alegre —dijo el Doctor con desdén— Al menos el alcalde me asegura que no tendrás más visitas de sacerdotes demasiado celosos.

Fostel estaba sentado en el estudio privado de su palacio y miraba melancólicamente por la ventana. A través de ella podía ver tanto la catedral como el barco.

Y el hecho era que la nave eclipsaba la catedral. Para ser brutalmente honesto, la empequeñecía. La nave podría ser necesaria, pero no era correcto que fuera tan grande y, sí, tenía que admitirlo, tan magnífica y abrumadora. Pero lo que era peor, la Iglesia no podía apuntarse el crédito por ello. Los funcionarios y técnicos habían sido los responsables y como resultado habían ganado enorme prestigio.

Esto había forzado una respuesta amarga sobre la Iglesia. Después de años de negar al profesor Jarrasen los fondos que necesitaba para su insensata investigación con cohetes, a través del consejo, había sido humillantemente obligado a recurrir a él para su salvación. Jarrasen se había convertido en algo como un héroe entre la gente, que a su vez aumentó la posición de su clase, aumentando su confianza en sí mismo. Ahora, esta confianza en sí mismo había crecido a tal proporción que el alcalde se sintía lo bastante fuerte como para desafiar abiertamente al mismo Fostel.

La gente comenzaba a pensar que los cálculos fríos y el metal impersonal iban a salvarlos, no la oración. La proporción de creyentes comprometidos estaba cayendo alarmantemente. No fue sorprendente. ¿Cómo podría la Iglesia rivalizar con un símbolo tan enorme de salvación como la nave?

¿Cuando llegasen a Mirath, la Iglesia podría mantener su posición de influencia? El hecho de que las viejas familias de la élite no se hubieran visto mejor contra el ascenso de los funcionarios fue poco consuelo. No quería la compañía de Vendam y su gente si sus clases, pilares tradicionales de la sociedad, se redujeran a irrelevantes en el nuevo mundo.

Entonces había llegado el último insulto. El alcalde había recibido extranjeros en la ciudad sin consultarle. Eso era claramente una violación de la prerrogativa de la Iglesia. Si quería mantener algún tipo de seguimiento debía actuar, aunque fuera... clandestinamente. Sin embargo, se permitiría filtrar la verdad entre los creyentes para asegurarles de que la Iglesia había permanecido firme.

Consultaría con Zeckler. El archidiácono no era una persona simpática, pero su devoción absoluta era indiscutible y Fostel sabía que podía confiar en él para llevar a cabo sus órdenes al pie de la letra. Tal vez eso era lo que todos necesitaban ahora para restaurar su fe.

Una demostración de principios religiosos fundamentales y pasados de moda.

—¿Por qué se necesitan tomar esas precauciones dentro de la ciudad? —preguntó el Doctor— Seguramente nadie querría interferir con el trabajo en la nave.

El coche de Lant pasaba por la cerca de alta seguridad que rodeaba todo el sitio de lanzamiento, encerrando no sólo la nave y su pórtico sino los almacenes y talleres que los atendían.

Lant hizo una mueca.

—Lo verás en un minuto, Doctor.

A ambos lados de la puerta principal, además de un puesto de control estándar, había dos chozas temporales bastante parecidas a las del campamento NC2.

Cuando el guardia regular se adelantó para revisar sus pases, unos hombres salieron de las chozas. Uno era un sacerdote de túnica oscura y el otro un hombre joven elegantemente vestido. Cada uno llevaba un bloc de notas electrónico en el que grababan el número de matrícula del coche y detalles de sus ocupantes. Ambos miraron al Doctor con diversos grados de sospecha y resentimiento, evidentemente reconociéndolo por las transmisiones públicas.

—¿Por qué llevas a este extraño a la nave? —preguntó el sacerdote a Lant con enojo, empujando su rostro hacia la ventana abierta— No sabemos si se puede confiar en su clase —Lant lo ignoró.

—¿Vendrá con nosotros? —preguntó el hombre bien vestido desde el otro lado del coche— No podemos malgastar la habitación y no voy a renunciar a mi lugar por él.

—Puedo asegurarle que no tengo ninguna intención de usurpar el lugar de nadie —dijo el Doctor bruscamente—

—¿Reconoces la voluntad del Hacedor? —preguntó el sacerdote. Llevaba un símbolo marcado con una serie de círculos concéntricos en una cadena alrededor de su cuello. Ahora lo blandió hacia delante con intimidación.

—No sé nada de tu dios —replicó el Doctor.

El centinela los empujó y pasaron por el segundo grupo de puertas.



—Siento todo esto, pero ahora has visto cómo es —dijo Lant— No se puede confiar en que la Iglesia y la élite cumplan con sus franquicias de equipaje y siempre se acusan mutuamente de tratar de introducir cosas extra a bordo con la carga general. Para mantener la paz tenemos que dejarles revisar todo lo que entra o sale del sitio de lanzamiento. Por eso tenemos la valla y la seguridad. Tenemos que hacer un seguimiento nosotros mismos para evitar que realicen afirmaciones falsas. Una pérdida de tiempo y mano de obra, pero ahí está.

—Supongo que fue por eso que el alcalde dudó en dejarme ver la nave... sabiendo que mi presencia podría causar más animosidad.

—Probablemente. Este es un lugar en el que debemos mantener el horario, por lo que los deseos de los ingenieros tienen preferencia aquí. Estaré trabajando el Día de Lanzamiento, asistiendo a la gente a embarcar. No estoy seguro de lo que podrás ver. Todavía están cargando las últimas cargas, y la tripulación de vuelo está realizando simulaciones en la cabina de control de la nave de descenso. Si están ocupados, no podemos molestarlos.

—Esperaba encontrarme con profesor Jarrasen en persona —dijo el Doctor— Hasta ahora sólo he conversado con él por video.

—Bueno, debería estar por aquí si está en alguna parte.

El coche se detuvo junto al pórtico y salieron.

El Doctor estiró el cuello para mirar hacia la vasta estructura de la celosía que se colocaba inmóvil en un enorme encofrado de hormigón. Alrededor de su base, los transportistas estaban metiendo contenedores modulares en grandes ascensores de carga. Un laberinto de tuberías y cabinas de ascensor subían por el pórtico hasta los brazos de servicio y puentes que llegaban hasta el rascacielos de plata que era la nave. Desde donde se pararon, miraron hacia arriba, a la serie múltiple de boquillas de escape hexagonal que sobresalían de su cola, cada una del tamaño de una pequeña casa. Un enorme pozo había sido excavado en el suelo bajo las boquillas. El Doctor se acercó a la barandilla que las rodeaba y miró hacia abajo.

—¿Por qué excavar un pozo de explosión tan grande? —preguntó el Doctor— La nave sólo se levantará una vez, y seguramente no importa qué daño le haga a los edificios circundantes, ya que para entonces la ciudad estará vacía.

—Al parecer, el profesor Jarrasen calculó que la retroexplosión podría dañar las piernas de apoyo de la nave. Los respiraderos de ventilación de la parte inferior del pozo irradian en todas direcciones y suben justo por dentro de la cerca perimetral.

—Ah, por supuesto.

Se volvieron hacia el pórtico.

—¿Por dónde quieres empezar? —preguntó Lant.

—En el nivel más bajo posible y seguir hacia arriba.

—Bueno, los motores están sellados, ahora que se han instalado los elementos de combustible atómicos. Nada más que robots de servicio puede acercarse a ellos. Las plataformas más accesibles son las bodegas de carga.

—Entonces estaré encantado de verlas. Tengo un interés en la Buena ingeniería dondequiera que me encuentre con ella.

Lant lo miró dudoso.

—Tu tecnología es obviamente mucho más avanzada que la nuestra. Esto seguramente no te interesará, seguro.

Los ojos del Doctor brillaron.

—Al contrario, capitán. Creo que esta nave resulta ser la más notable de su tipo que he encontrado.

Susan parpadeó ante el tenue techo iluminado de azul, confundida. Había estado soñando que estaba en una cama caliente. Luego, poco a poco, todo volvió a su mente: los transportadores, la planta de reciclaje... la puerta cerrada.

Se sentó rígida. Al menos su doble capa de trajes la había mantenido caliente, y mientras dormía, su cuerpo había tenido la oportunidad de terminar la curación.

Bebió un poco de agua fría de la ducha y volvió a probar la puerta. Todavía estaba inmóvil y nadie respondía a sus golpes y gritos. Buscó la cámara cuidadosamente, pero no encontró ninguna herramienta con la que pudiera ser forzada la puerta. Eso dejó a los transportadores de basura como el único medio de escape. Había sido arrojada al transportador de alguna manera, así que lógicamente debería haber un camino de regreso. Por desgracia, era imposible apagar las cintas, por lo que para hacer cualquier progreso que tendría que hacerlo contracorriente, sin modo de descansar o cualquier idea de lo lejos que tendría que ir. Si las tolvas de basura estándar que había encontrado no fuesen tan estrechas.

Basura.

Ella olisqueó el aire. Estaba bastante fresco, a pesar de que todos los desechos pasaban continuamente por la cámara. Esto significaba que era reemplazado rápidamente, lo que sugirió un sistema de ventilación de alta capacidad. Se reprendió por no haber pensado en esto antes, aunque sabía que estaba demasiado cansada.

Ahora que estaba mirando, encontró las rejillas de ventilación con suficiente facilidad. Una de ellas estaba situada en el nivel del suelo, mientras que la otra estaba situada en lo alto de la esquina opuesta de la cámara, por encima de la pasarela.

Examinó la parrilla inferior y sintió un constante chorro de aire frío emergiendo de ella. Evidentemente entraba aire fresco por el fondo de la cámara y era extraído desde la parte superior. Suponiendo que la fuerza del sistema de ventilación estaba del lado del escape, la parrilla inferior era el que ella necesitaría abrir.

Excepto que estaba asegurada en su lugar por cuatro pesados tornillos planos que eran absolutamente imposibles de girar a mano... y no tenía herramientas.

Le llevó un par de agónicos minutos antes de que pensase en usar el borde de una de las hebillas de los trajes. Después de un poco de esfuerzo logró soltar los tornillos y dejar caer la parrilla al suelo. El túnel de metal cuadrado más allá era lo suficientemente grande como para que cupiese por él.

Con una última mirada alrededor de la cámara de reprocesamiento, Susan respiró hondo y subió por pozo.

El Doctor realmente quería verlo todo en la nave, Ben pronto lo descubrió.

En las cubiertas de carga se deslizó a lo largo de filas de vainas y cajas modulares aseguradas ya para el vuelo. Golpeó las placas del suelo y tocó las grandes vigas estructurales que corrían dentro del casco. En los espacios de las máquinas examinó los tanques de agua y oxígeno, los sistemas de bombeo y los equipos de purificación de aire. En los niveles de pasajeros estudió intensamente las hileras sobre hileras de sofás que estaban apilados a tres profundidades, ocupando cada cubierta del piso al techo.

—Para hacer el despegue más fácil, todo el mundo, salvo la tripulación esencial, será anestesiado de antemano —explicó Ben— Entonces usarán sedación ligera durante todo el vuelo. Eso mantendrá las demandas en los sistemas de soporte vital al mínimo y evitará que la gente se mueva demasiado. Con ochenta mil personas a bordo será muy estrecho esto de otra manera.

Eventualmente llegaron a un conjunto de doble mamparos y entradas de aire que conducían al módulo de aterrizaje.

Una vez más, el Doctor sometió a cada parte accesible de la nave a un estudio concienzudo, golpeando, empujando y murmurando de vez en cuando un "realmente" o un "de lo más notable" para sí mismo.

Llegaron a una cubierta superior llena de bancos de unidades electrónicas de proceso. Un familiar ojo de cámara con un reluciente anillo verde miraba desde una consola.

—Ah, Monitor —dijo el Doctor— Si por supuesto. Aquí es donde se ha instalado tu ordenador central duplicado.

—Es cierto, Doctor —contestó Monitor— Mientras las líneas fijas conecten la nave a la red de comunicaciones de la ciudad, puedo operar desde aquí, como cualquier otra terminal.

—¿Podemos visitar la cabina de control o están en medio de otra simulación? —preguntó Ben.

—Un momento, capitán Lant, lo comprobaré —dijo Monitor. En medio minuto respondió— Pueden entrar.

Subieron hasta la cabina y sus seis tripulantes. El capitán Warvon los saludó y presentó al Doctor a su copiloto, navegante e ingenieros de vuelo.

—Puede imaginar que hemos estado muy interesados en conocerle a usted y a sus compañeros, Doctor —dijo Warvon entusiasmado— Según sabemos, ha hecho realidad lo que nosotros sólo hemos hecho en simulaciones.

—Admito que no he pilotado esta clase de nave recientemente —dijo el Doctor modestamente— Sin embargo, si usted siente que puede beneficiarse de mi experiencia práctica, estaré muy contento de ayudarle. Me imagino que es el aterrizaje en Mirath lo que le preocupa.

Warvon pareció aliviado.

—Así es. Poner una nave de este tamaño sin peligro en un terreno en gran parte desconocido, con meteorología impredecible, no va a ser tarea fácil.

—De hecho no. ¿Cuántas variables ha programado en su simulación?

La conversación se hizo técnica y Ben se sintió excluido. Afortunadamente fue interrumpida cuando el profesor Jarrasen apareció en una de las pantallas del puente.

—Lamento no poder conocerle en persona, Doctor —dijo Jarrasen— pero me llamaron en el último minuto. Espero que el capitán Warvon se lo haya explicado todo.

—Lo ha hecho, gracias. Debo felicitarlo, profesor. Una extraordinaria hazaña de ingeniería, teniendo en cuenta el tiempo limitado que tienen para dominar la tecnología. Debe estar muy orgulloso de ello.

Jarrasen hizo una mueca.

—Después de tantos años de frustración, no estoy seguro de que me quede tanto orgullo, Doctor. Durante todo ese tiempo mi investigación fue privada de fondos porque la élite dijo que era una pérdida de dinero y la Iglesia pensó que construir cohetes podría ofender a Dios. Pero cuando llegó la emergencia y se dieron cuenta de que un cohete era su único medio de escape, fueron lo suficientemente rápidos para apoyar el proyecto —

Se rió sin alegría— Entonces se sorprendieron al saber cuánto tiempo tardaría en diseñar y construir una nave funcional capaz de alcanzar Mirath. Pero lo hicimos de todos modos. No sólo para nosotros mismos, sino para demostrarles que seríamos salvados por científicos e ingenieros, no por oraciones vacías o títulos sin sentido.

Ben simpatizaba con el sentimiento pero se sentía incómodo ante su denuncia ante un extraño. El equipo del puente, sin embargo, parecía aprobar completamente el discurso apasionado de Jarrasen.

El Doctor simplemente miró alrededor de la cabina de vuelo asintiendo despacio.

Bárbara se abría paso a través de una hendidura taponada por barro y roca. Estaba sollozando con el esfuerzo, incluso mientras luchaba contra el terror absoluto que amenazaba con engullirla... el temor de que en cualquier momento la tierra se derrumbaría y ella sería enterrada viva, para morir en aquella oscuridad. Si no se hubiera visto obligada a dejar caer su fiel linterna.

Cuando la oleada de agua finalmente la detuvo y la depositó, tosiendo y jadeando para respirar, con una profundidad que llegaba al tobillo, no tenía idea de cuán lejos había sido llevada a lo largo de la tubería. Peor aún, sabía que había caído varias veces en el proceso y había perdido por completo su sentido de la dirección. ¿Qué camino volvía al túnel principal?

El agua que la rodeaba ahora estaba inmóvil. Presumiblemente, el aumento del flujo había sido causado por una tormenta. Si eso hubiera pasado, el flujo se desvanecería, pero ¿no habría todavía algún movimiento de agua? A menos que el túnel detrás de ella hubiera sido bloqueado de nuevo. ¿O era enfrente?

Después de lo que parecía un interminable período de indecisión, ella simplemente había supuesto. Obligándose a ponerse de pie, había comenzado su progreso dolorosamente lento, agachada y medio doblada con una mano extendida delante de ella en la oscuridad. Después de otro intervalo que pareció eterno se había quedado tan agotada que tuvo que descansar, sentada con la espalda apoyada contra la curva del túnel y sus piernas en el agua. Increíblemente, se quedó dormida en esta posición.

Se despertó temblando y con un frío mortal, sin saber cuánto tiempo había dormido, pero segura de que no podría sobrevivir mucho tiempo con la ropa empapada, sin comida ni calor. La única forma de calentarse era moverse.

Poco después, arena y grava comenzaron a crujir bajo sus pies, luego piedras y rocas pequeñas. Finalmente tropezó con un montículo de tierra y roca. Palpando por allí, se encontró con una sección de plástico curvado y medio enterrado en la pila. La tubería se había agrietado y cedido.

El descubrimiento casi había roto su espíritu. Sabía que no podía volver como había venido. En la desesperación había llegado hasta la cima del montículo para ver si podía pasar por encima de él. Su mano se estiró más hacia arriba de lo que había esperado. Había un pequeño espacio entre una pared inclinada de tierra compactada y el montículo de escombros que llenaba la tubería. Ella parpadeó. Después de tanto tiempo en la oscuridad total, sus ojos se habían vuelto muy sensibles y pensó que podía ver un rayo fantasmal de luz que se filtraba desde arriba.

Empezó a subir por el montículo. Estaba suelto y tuvo que agarrarse frenéticamente sólo para evitar volver a deslizarse abajo. Piedras incrustadas en la pared de tierra dura le rasparon la espalda. Casi no había espacio para moverse, ¡pero la luz era cada vez más fuerte! El resplandor se convirtió en una grieta de borde duro a cierta distancia indeterminada sobre ella.

Eso era todo lo que la mantenía en pie, levantando una mano por encima de la otra, pateando y empujando con sus pies, abrazando la tierra para detenerse perdiendo el precioso terreno que había ganado.

Y de repente, aire libre y luz del día que se desvanecía sobre ella.

Se dejó caer sobre un terreno duro y llano.

Era de noche cuando el Doctor volvió al apartamento en la residencia del alcalde. Ian acababa de salir del baño, con el cabello mojado de la ducha. Una mirada a su rostro le dijo al Doctor que no había noticias de Bárbara.

—No tenemos ni idea de lo que le ha pasado —le explicó Ian, sentándose en el costado de una cama y sintiéndose casi tan desconcertado como ansioso— Si ella hubiera sido simplemente... arrastrada, entonces hay rejillas y trampillas diseñadas para atrapar basura y cualquier cosa que pudiera bloquear el sistema. Pero no hay rastro de ella. Ahora están revisando los ramales más pequeños... pero hay millas de ellos. Muchos de los túneles se están agrietando. Podría haber quedado atrapada en otra cueva. Han pasado horas desde que la vi. Aunque todavía esté viva, no sé cuánto más puede durar.

El Doctor sacudió la cabeza en señal de simpatía.

—Te ves completamente agotado, Chesterton.

—Eso es lo que dijo Curton —admitió Ian— También tuvo que tomarse un descanso. Un asistente está haciendo la búsqueda.

—Necesitas un poco de aire fresco. Sal al balcón. La noche está bastante bien.

Parpadeando cansadamente, Ian se acercó a la ventana del balcón y salió. Más allá, las luces parpadeantes de la ciudad eran cada vez más brillantes cuando el último destello de luz del día se filtraba desde el cielo. Ante ellos se alzaba la nave, brillantemente ilu-

minada por un anillo de reflectores. Las luces de advertencia rojas seleccionaron la masa más oscura del pórtico por su lado.

El Doctor bajó la voz a un susurro apenas audible, pero el toque de urgencia en su tono era inconfundible.

—No quiero añadir nada a tus preocupaciones, Chesterton, pero hay algo que debes saber.

—¿Qué?

—Es sobre la nave. He tenido la oportunidad de examinarla de cerca hoy y hablar con su tripulación —De repente sonó afrentado— Deben pensar que soy incapaz de una aritmética mental elemental o no puedo estimar las dimensiones y masas con precisión al verlas.

—Vamos al grano, doctor.

El Doctor se lo contó. Cuando terminó, Ian sacudió la cabeza con incredulidad.

—Pero, ¿por qué... y qué podemos hacer al respecto?

—¡Nada... hasta que sepamos cuál es la verdadera realidad!

## Capítulo Diecinueve

### Objetos Perdidos

—He oído que recibiste una visita de la vigilancia esta mañana, Plax —dijo Orm Herstwell.

Plaxander Vendam levantó la cabeza de su contemplación de las profundidades de su bebida para mirar furiosamente a Herstwell.

—¿Y qué pasa?

Herstwell sonrió lánguidamente.

—Nada... excepto que fue el mismo capitán Lant quien te hizo frente anoche en el Polkatoon. Espero que lo hayas puesto en su lugar... esta vez.

La charla en el salón del Club Sentinel se desvaneció cuando sus ocupantes sintieron el aumento de tensión.

—¿Cómo sabes que Lant vino a verme? —preguntó Plax.

—Oh, tengo mis fuentes en la vigilancia que saben cómo aprecio ciertos jugosos rumores de vez en cuando. Bueno, ¿lo hiciste?

—¿El qué?

—Ponerlo en su lugar.

—No es asunto tuyo.

Un burlón cuchicheo surgió de los espectadores. Plax se ruborizó.

Herstwell sonrió burlonamente ante su desconcierto.

—Creo que el capitán Lant te ha asustado.

—¡No tengo miedo de nada! —replicó Plax.

—¿Ni siquiera del Creeper?

—¿Qué? —exclamó Plax. Hubo algunos otros murmullos perplejos.

—Debes haber oído las historias —dijo Herstwell— Lo que dicen que vive en la Zona Exterior. Bueno, Lant ha estado revisando los archivos al respecto y por los mapas que ha copiado parece que esta noche él va a echar un vistazo por sí mismo. Y mi interlocutor me ha contado la ruta que propuso —Se fijó en Plax— ¿Crees que podrás encontrarlo ahí afuera? ¿Un ladrillo a través de su parabrisas, tal vez? Eso le enseñará... y demostrará que no tienes miedo.



Plax miró el círculo de caras expectantes a su alrededor y supo que no tenía elección.

—Está bien... lo haré —dijo.

Ian había conseguido un par de horas de sueño, luego se vistió para salir de nuevo. Antes de salir, tuvo otra conferencia susurrada con el Doctor en el balcón.

—Pero, ¿por qué harían tal cosa? —preguntó Ian una vez más.

—No estoy seguro —dijo el Doctor— Pero te das cuenta del caos que se producirá cuando la verdad salga a la luz. Es por eso que debemos estar seguros de que podemos salir de aquí tan pronto como sea posible. Voy a empezar a trabajar en el duplicado de la llave esta noche. El laboratorio que me prometieron está listo y Jarrasen tiene suficientes consejos de mí para seguir adelante por ahora.

—¿Vas a visitar a Susan otra vez esta noche?

—Bueno, tal vez más tarde. Tengo que empezar. Puede que no tengamos tanto tiempo como pensábamos.

Ian asintió.

—Por cierto, ¿crees que Lant está metido en ello? Espero que no, parece un tipo decente.

—No podemos estar seguros. Recuerda que fue parte del engaño sobre la verdadera población de la ciudad.

—¿No era comprensible dadas las circunstancias?

—Puede serlo, pero no podemos permitirnos arriesgarnos. Ahora es mejor que vayas... y buena suerte.

Ian se sintió ligeramente sorprendido de encontrar a Lant esperando fuera.

—También tengo asuntos en la Zona Exterior —explicó el capitán— Tengo un mapa de los túneles de drenaje de la tripulación de Curton y parece que queremos cubrir mucho del mismo terreno. De esta manera podremos comprobar dos ramas al mismo tiempo.

—Gracias —dijo Ian, entrando en el coche de Lant. Cuando se alejaron, preguntó— ¿Estás buscando a alguien también?

—Alguien... o algo.

—¿Qué?

—No estoy seguro... pero creo que lo sabré cuando lo vea.

Bárbara se despertó temblorosa y entumecida por el frío.

Muy despacio, volvió la cabeza y vio el agujero en el suelo junto a ella. No era un sueño, ella estaba realmente libre de esos túneles interminables por fin.

Darse cuenta no la animó. Ya no parecía tener la energía o la fuerza de voluntad para seguir adelante. Ese último esfuerzo había agotado totalmente sus reservas.

Descansa un minuto, se dijo, recolecta tus fuerzas.

Estaba tumbada en un patio cubierto de hierba, dominado por edificios de tres y cuatro plantas. Sus pisos inferiores estaban oscuros, pero varias ventanas superiores brillaban con luz.

Allí donde había luz debía haber gente, pensó Bárbara, y trató de llamar. Pero su voz salió como un chasquido débil. Se lamió los labios y lo intentó de nuevo.

—Ayuda... por favor.

Se quedó allí, jadeando, esperando una respuesta. A lo lejos, creyó oír el zumbido suave de uno de los coches de la ciudad, pero no había ningún sonido de los edificios circundantes.

—Ayuda... quien sea —gritó de nuevo— ¡lan... lan... ¡por favor, escúchame!

Sus gritos dieron paso a un ataque de tos. ¿Dónde estaba todo el mundo? ¿Si se quedara acostada toda la noche estaría viva por la mañana? El miedo y la ira la levantaron hasta sus rodillas, donde permaneció balanceándose peligrosamente.

—¡lan... ayúdame por favor!

Entonces oyó las pisadas.

Una figura informe, con un traje anaranjado brillante, apareció por un arco en la esquina del patio. Se quedó boquiabierta por un momento, luego corrió y se arrodilló a su lado.

—¿Bárbara? —dijo una voz incrédula.

Era Susan.

La columna de girocoches rodeó por allí y se detuvo. Sus ocupantes salieron y miraron a su alrededor.

Estaban en un pedazo de terreno baldío rodeada por unidades de fábrica automatizadas. Un edificio incendiado de dos pisos, una reliquia de la guerra, permanecía de pie

entre las hierbas y montones de escombros. Era el tipo de lugar al que solían acudir cuando estaban buscando algún NC2.

—Aquí estamos, Plax —dijo Herstwell, arrojando un brazo sobre el hombro de su compañero y dándole palmaditas de buen grado, luego volteándolo para poder contemplar el paisaje— Lant llegará dentro de una hora. Será mejor que encuentres un buen lugar.

Plax se sacudió el brazo.

—No quiero meterme en problemas tan cerca del éxodo.

—Lant realmente te tiene pillado, ¿verdad? —dijo Herstwell con una mueca de desprecio.

—No... no quiero hacer nada estúpido —protestó Plax.

—¿Qué te preocupa? —preguntó uno de los otros— Pensé que tu padre podía arreglarlo todo.

Plax no podía decir nada. Ya estaba atrapado en este estúpido reto.

—Prueba por allí —dijo Herstwell, señalando una escalera exterior que conducía al primer piso del edificio en ruinas— Aparcaremos los coches en algún lugar fuera de la vista.

Plax caminó por las escaleras desvencijadas y miró cautelosamente lo que quedaba de una habitación superior. El suelo no se veía demasiado bien, pero había mucha cobertura. Si él...

Un cuerno sonó desde abajo y miró hacia fuera para ver los coches huyendo... ¡todos los coches!

Herstwell lo llamó desde la ventana lateral del propio coche de Plax.

—No sé si Lant vendrá exactamente por aquí o no —levantó la mano— Por cierto, tengo tu teléfono. Puedes caminar a casa si no tienes el valor de quedarte, de lo contrario te recogeremos aquí mañana por la mañana. Dale recuerdos al Creeper si le encuentras.

Plax bajó las escaleras hasta el suelo, pero para ese momento los coches eran sólo un racimo de luces traseras que desaparecían.

Maldijo entre dientes por dejarse convencer por Herstwell. Cuando volviera a verlo, él... pero eso tendría que esperar. Primero, tenía que soportar una noche incómoda.

De repente se echó a reír.

Había una solución fácil para todo el asunto. Tenía su tarjeta de dinero. Simplemente pagaría a algún local para que lo acogiese una noche y luego regresaría aquí para ser recogido por la mañana.

Le llevó quince minutos caminar hasta el borde del parque industrial y encontrar una pequeña calle de tiendas y casas privadas con pequeños jardines delanteros. Abrió la puerta de la valla más cercana que mostraba luces, se acercó a la puerta y llamó. Al cabo de un minuto volvió a llamar con impaciencia. No había sonido desde dentro. Intentó otra casa en la fila sin mayor suerte.

¿Qué les pasaba a todos?

Se dio cuenta de que nunca había estado solo en la Zona Exterior. Incluso en las cárceles nunca había estado fuera del oído del zumbido de su girocoche. Ahora se dio cuenta de lo silencioso que era aquello. En algún lugar en la distancia el tráfico ronroneaba por una calle, pero toda aquella calle parecía absolutamente inmóvil. Seguramente debería haber algún ruido. ¿Acaso la gente no escuchaba música ni miraba los vidi—programas ni nada de eso?

Ansiosamente, siguió su camino a lo largo de la calle golpeando puertas al azar. No hubo respuesta. Era como si todo el distrito hubiera sido abandonado. Pero si era así, ¿por qué estaban encendidas todavía las luces?

De repente se encontró deseando que nunca se hubiera jactado de las cazas o proferir aquellas estúpidas amenazas al alcalde. Entonces Lant no habría llamado y no estaría aquí.

Muy bien, sólo tendría que encontrar otro tipo de refugio. Si las casas estuvieran todas abandonadas, podría simplemente entrar en una de ellas y...

Las luces de las calles parpadearon y se apagaron.

Por un momento, Plax permaneció inmóvil. Entonces comenzó a bordear lentamente hacia la más cercana de las casas iluminadas.

Las luces del edificio por el que pasaba a ese lado de la calle se apagaron.

Sus nervios fallaron y se volvió en la otra dirección.

El resto de la calle se sumergió en la oscuridad y él se detuvo con dificultad, palpan-do para encontrar una pared antes de tropezarse con ella. La única luz provenía ahora del cielo que colgaba sobre la ciudad.

Y entonces oyó un ruido.

Era un débil, ronco y chasqueante sonido que se estaba acercando cada vez más.

Con el brazo de Bárbara apoyado sobre su hombro, Susan la guió a través de la puerta de un pequeño café. Estaba débilmente iluminado pero desierto. Sentó a Bárbara, sacó un mantel polvoriento de la mesa más cercana y lo colocó sobre los temblorosos hombros de su amiga.

Susan miró a su alrededor atentamente. Había una máquina expendedora montada en una pared anunciando una selección de bebidas preenvasadas y aperitivos dulces y salados. Con determinación, Susan cogió una silla y rompió su panel frontal para poder llegar al interior. Sacó un puñado de barras de chocolate y varios tubos de plástico herméticos de fruta. Desabrochó una barra, la olfateó con cautela y luego ayudó a Barbara a llevárselo a su boca. Entonces ella misma devoró otra barra.

Tras quince minutos de comer chocolate y jugo de frutas, las mejillas de Bárbara cogieron algo de color. Mientras tanto Susan utilizó más manteles para secarla y limpiar lo peor del barro de su ropa. Finalmente, Barbara se secó la boca y, sonando más parecida a su habitual actitud, dijo:

—Gracias. Realmente lo necesitaba. No había comido desde que llegamos.

—Yo tampoco —admitió Susan, empezando otra barra de chocolate— pero creo que he pasado más tiempo durmiendo que tú... y al menos me las arreglé para mantenerme seca.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Y dónde encontraste esa ropa?

Susan contó su historia.

—..así que después de trepar por los conductos de aire por lo que parecieron ser horas, finalmente salí de un respiradero de entrada en una especie de polígono industrial desierto. Estaba deambulando tratando de decidir qué camino tomar cuando oí que llamas el nombre de Ian. ¿Sabes donde está él? ¿Y Abuelo?

—He visto a Ian brevemente... pero eso fue hace horas.

Bárbara entonces resumió sus propias aventuras desgarradoras a las que Susan escuchó con amplio interés y simpatía apropiada.

Cuando terminó, Susan dijo:

—Por lo menos, lo que te pasó tiene sentido. Pero, ¿cómo llegué a ese transportador de basura? —Miró uno de los vendajes menores en el dorso de su mano y lo rascó. Se despegó fácilmente para revelar la piel perfectamente curada debajo— ¿Por qué curarme para luego tirarme a la basura...? A menos que pensaran que estaba muerta.

—Pero Ian y el Doctor nunca lo habrían permitido —respondió Bárbara con firmeza— Y sé que Ian estaba bien cuando lo vi... tenía una especie de casco de minero y esa cosa de robot con él, así que debió haber encontrado ayuda.

—Entonces, ¿dónde está? ¿Dónde están todos? —preguntó Susan— Este lugar debe de llevar desierto meses. Y nadie ha pasado desde que hemos estado aquí. Pensé que la ciudad me daba una sensación rara desde el principio.

Bárbara se frotó distraídamente la correa del reloj.

—Tenemos que volver al centro de la ciudad. Creo que ese cohete es muy importante.

—Pero, ¿Ilan no buscará en esta zona si sigue la línea de los túneles de drenaje?

—Puede estar a millas de distancia. Si volvemos a la calle, tal vez podamos encontrarlo —Bárbara se levantó temblorosa, tirando de su manta improvisada como una capa.

Susan la miró dudosa.

—¿No deberías descansar más primero?

—No, me siento mucho mejor. Tal vez podamos detener un coche cuando lleguemos a una carretera principal.

—No se dieron cuenta de nosotros antes.

—Bueno, podemos encontrar una cabina telefónica y llamar a los servicios de emergencia —Bárbara parpadeó— —¿No debería haber un teléfono aquí? Tal vez todavía funciona.

—No lo creo —dijo Susan— En las sociedades avanzadas todo el mundo tiene sus propios teléfonos de bolsillo.

—¿Qué, todo el mundo?

—Bueno, supongo que quedarán algunas cabinas públicas.

—Entonces vamos a encontrar uno. Espera un momento —Recogió un dispensador de salsa de una mesa auxiliar y luego salieron a la calle. Barbara lo usó para escribir otro símbolo en la gran ventana de la cafetería, luego dio un paso atrás para admirar el resultado— Ya está. Por si acaso Ilan viene por aquí.

Miraron a su alrededor. Las filas de edificios iluminados, desprovistos de cualquier signo de vida o movimiento, eran inquietantes, y las dos mujeres se acercaron un poco más entre sí.

—Si podemos llegar a algún terreno abierto podríamos ver ese cohete gigante —dijo Bárbara— Eso nos dará una dirección a la que ir.

Afortunadamente no tenían mucho camino por recorrer. Desde el final de la calle vieron la oscura extensión de un pequeño parque y caminaron hasta allí. Su hierba y arbustos estaban bastate crecidos, pero desde su centro podían ver la aguja del cohete entre los árboles.

Estaban decidiendo qué camino llevaba más directamente hacia la nave cuando las luces del parque se apagaron.

Se quedaron inmóviles. El parque estaba rodeado por las siluetas de los edificios oscurecidos y las sombras entre los árboles y los arbustos eran negras como la tinta.

—¿Había algo delante de nosotras? —preguntó Bárbara.

—No lo creo.

—Entonces, coge mi mano y seguiremos adelante con cuidado. Estaremos bien cuando lleguemos a la calle.

Apenas habían avanzado diez yardas cuando Susan se sobresaltó al oír un ligero sonido.

—¿Qué fue eso?

—Probablemente un pájaro.

Pero entonces el sonido volvió y esta vez Bárbara lo oyó también. Un gran cuerpo se movía a través de la hierba. Las dos chicas se agarraron mientras el murmullo se agitaba cada vez más alto. Pero su fuente era imposible de ubicar en la oscuridad y vacilaron durante unos breves segundos, inseguras de qué camino correr. El sonido venía de todo a su alrededor.

Dos brillantes ojos rojos centellearon fuera de la oscuridad y oyeron un terrible siseo anticipatorio de aliento inhalado.

Con gritos apenas ahogados, se alejaron de la espantosa vista y corrieron, sólo para chocar con el grueso pulsátil y coriáceo de un cuerpo que se extendía atravesando su camino. A medida que se alejaban de este nuevo horror, se oyó un fuerte chasquido y un golpe, como el ruido de un enorme látigo. Bárbara gritó y Susan tuvo la impresión de que estaba luchando para no ser arrastrada a través de la hierba hacia los ojos. Hubo un aullido de aire, un chasquido y había desaparecido.

Antes de que Susan pudiera comprender lo que había sucedido, los ojos parpadearon para volver a ser visible y se deslizaron hacia ella. La lengua de aquella cosa salió despedida hacia fuera, la cogió alrededor de la cintura y tiró de ella por los pies. El silbido se convirtió en un rugido cuando se abrieron unas enormes mandíbulas. La lengua se contrajo y, pateando y gritando, Susan fue absorbida por una monstruosa garganta viscosa.

Ian llevaba encendida su antorcha por el décimo pozo que habían descubierto cuando sonó el teléfono de Lant.

Lant escuchó atentamente durante un minuto y luego colgó.

—Dije que me informaran de cualquier cosa inusual en este área —dijo rápidamente — Bueno, ha habido dos fallos eléctricos inexplicables muy juntos.

—¿Qué significa eso?

—No lo sé, pero voy a echar un vistazo. ¿Vienes?

Se le ocurrió a Ian que el incidente podría tener algo que ver con Bárbara. Si no, podía volver más tarde.

—Sí, voy.

El chofer de Lant condujo el coche a toda velocidad por las calles desiertas, chirriando en las curvas, hacia la ubicación del último fallo de energía. Ian vio al capitán revisar su arma.

—¿Crees que podría haber algo peligroso por ahí?

—Tal vez. He estado examinando los registros hoy. Durante el último año o así ha habido algunos avistamientos extraños en la Zona Exterior y algunas personas han desaparecido.

—¿Incluyendo NC2?

—Quizás.

Desaceleraron ligeramente cuando entraron en el área de destino. Las luces seguían apagadas, pero el coche de Lant tenía proyectores orientables independientes montados en su techo. Los usaron en cada calle a medida que pasaban.

De repente, el conductor de Lant gritó:

—¡Algo por ahí, señor! —Al mismo tiempo, llevó el coche y lo hizo acelerar por un camino lateral.

Ian tuvo una impresión momentánea de una forma negra que cruzaba el extremo de la carretera.

Se volvieron en la dirección en que se había ido y de nuevo Ian vislumbró algo en la distancia pero no pudo distinguir ningún detalle. Fuera lo que fuera, se estaba moviendo muy rápido.

—¿No puedes llamar a un helicóptero o algo así? —dijo Ian, preparándose mientras corrían en su persecución.

—Quiero ver con qué estamos tratando primero antes de involucrar a alguien más —dijo Lant.

La persecución continuó por sinuosos caminos menores. Lentamente comenzaron a cerrar la brecha entre ellos y su presa. Pero la cosa, fuese lo que fuese, permanecía impenetrablemente negra y sin forma, casi como una sombra a la carrera.

—¿Qué es eso? —exclamó Ian— ¿Un coche... o un animal?



—Lo averiguaremos pronto —dijo Lant, consultando la pantalla del mapa que tenía en la mano— Ese giro lleva a un callejón sin salida.

Derraparon al girar la esquina a tiempo de ver la sombra desaparecer en la siguiente curva.

—¡Lo tengo! —dijo Lant.

Apenas cinco segundos después giraron también. Frente a ellos, sus faros iluminaban un patio de tres lados formado por las blancas y altas paredes traseras de edificios adyacentes.

Estaba absolutamente vacío.

El coche se detuvo y salieron, mirando incrédulos.

—Bueno, no puede haber desaparecido —dijo Ian— ¿Podría volar, te parece?

—Entonces, ¿por qué no lo hizo antes? No. Hay un truco y voy a averiguar cuál.

Pero incluso cuando empezó a avanzar su teléfono de bolsillo sonó. Él escuchó por un momento y su cara se puso blanca. Él colgó y miró a Ian.

—Es tu amiga, Susan. Ha sido secuestrada.

## Capítulo Veinte

### Investigación

—Fui a revisar a Susan mientras estaba en mi descanso de cuidados intensivos —explicó Nyra Shardri al grupo de personas que se reunieron en la oficina del alcalde Draad — Bueno, ella era mi paciente y es como una celebridad. Mientras yo estaba allí, entró un hombre que dijo que era del ayuntamiento... nos mostró su pase gubernamental antes incluso de pedírselo, así que no tuvimos ninguna razón para dudar de él. Dijo que se estaba preparando una función sorpresa en honor de nuestros visitantes y se preguntaba si Susan estaría lo suficientemente bien para asistir.

Susan quería ir, así que el supervisor y yo revisamos sus últimas pruebas y decidimos que estaría bien en unas pocas horas, siempre y cuando no estuviera demasiado cansada. Se vistió y vimos como se la llevaban en un coche que parecía oficial. Y esa fue la última vez que la vimos.

Un par de horas más tarde, justo cuando nos preguntamos cuándo volvería, el Doctor llegó. Entonces nos dimos cuenta de lo que había pasado —Nyra miró al Doctor— Lo siento mucho.

—No hace falta decir que mi oficina no envió ningún coche, ni tampoco había ninguna función sorpresa planeada —dijo Draad pesadamente.

Ben pensó que parecía desesperadamente cansado. Tenía suficientes preocupaciones sin el secuestro de sus invitados.

—No lo dudo, alcalde —dijo el Doctor— Pero, ¿quién es el responsable? ¿Qué hay de aquellos hombres que trataron de hablar con ella el otro día... el obispo Fostel y su archidiácono? ¿Cometerían semejante crimen para interrogar a Susan sobre sus creencias religiosas?

—Es posible, alcalde —dijo Ben— Fostel dejó muy claro que consideraba su derecho interrogar a la señorita Foreman. Ciertamente estaba bastante enojado cuando le detuve. Pero no sospeché que intentara algo tan audaz como eso.

—Tal vez subestimaste su determinación —dijo Ian.

—Fostel tenía servicios durante toda la noche —dijo Draad— y los transmitieron en directo. No podría haber estado involucrado personalmente.

—Entonces tal vez fue alguien que actuó para él —dijo el Doctor con tono agrio— ¿Quién más en Arkhaven tendría motivos para secuestrar a Susan? Entendemos algo de la tensión que existe entre ustedes, pero él parece el sospechoso más probable. Debe ser interrogado de inmediato.

—Yo necesitaría una muy buena razón para molestar a Fostel en las primeras horas de la mañana —dijo Draad— Debes darte cuenta de que simplemente no puedo hacer tal acusación sin una prueba definitiva... quizás ni siquiera entonces. Ha convertido mi propio argumento en mi contra. Por el bien de la ciudad, aunque Fostel sea responsable, no puedo arriesgarme a la interrupción que tal revelación causaría. Mientras tanto, puede salvar la cara a ojos de sus seguidores, escapando con esta pequeña victoria.

—¿Estás diciendo que no puedes moverte abiertamente contra él? —preguntó el Doctor.

—Sí, Doctor. Ya se ha iniciado una investigación completa, pero será de bajo perfil. Entenderás que no queremos que estas noticias salgan a la luz todavía.

—¿Estás diciendo que la investigación no se centrará específicamente sobre Fostel?

—No.

—Pero no tenemos ni idea de lo que tiene intención de hacer con Susan cuando termine con ella.

—Lo siento, Doctor.

—Entonces no puedo seguir aconsejándoos sobre la nave —dijo el Doctor sin rodeos.

—Lo entiendo —dijo Draad con tristeza— Todo lo que puedo hacer es repetir que, oficialmente, mis manos están atadas.

Ian capturó el matiz sutil en las palabras de Draad.

—¿Y extraoficialmente? Supongamos que encontramos una prueba. Mejor aún, encontramos a Susan. ¿Harás oídos sordos?

—No puedo permitir... con perdón, que los extranjeros tomen nuestra ley en sus propias manos.

—No pretendemos que se agite la ciudad —dijo el Doctor— De todos modos, queremos la ayuda del capitán Lant... si está de acuerdo. Puede asegurarse de que no sobrepasamos unos límites razonables. Si simplemente recuperamos a Susan de las manos de Fostel con el mínimo alboroto, difícilmente podrá hacer una queja pública, ¿no?

—Estoy dispuesto si usted lo dice, alcalde —dijo Ben.

Nyra dijo rápidamente:

—También quiero ayudar, señor alcalde. Susan no está completamente recuperada. Incluso si no ha sido dañada físicamente, este tipo de trauma mental puede causar problemas. Debería estar allí para dar asistencia médica si es necesario.

Ben le dio un rápido ademán de aprobación y ella devolvió una cálida sonrisa.

El alcalde los miró pensativo.

—¿Tendría que involucrar a alguien más? —le preguntó a Ben.

—Sólo mi chofer y un par de hombres de la vigilancia del muro.

—Muy bien. Si el resto de ustedes se retira, debo hablar en privado con el capitán Lant.

Cuando las puertas se cerraron, Draad dijo:

—Quería hablar con usted, capitán. Entiendo que ha pasado algún tiempo en la zona exterior. Le he asignado como acompañante de nuestros huéspedes y para ver si podía encontrar la llave que le falta al Doctor. Ninguno de estos deberes debe implicar la persecución de fantasmas. Sí, he oído hablar de sus investigaciones.

—El rastro del plomo que seguía estaba relacionado con el difunto NC2 que robó la llave del Doctor —explicó Ben— En cuanto a los fantasmas, vi algo inusual en la zona mientras ayudaba a Chesterton a buscar a su amiga, pero tuvimos que interrumpir nuestra investigación cuando recibimos su llamada.

—¿Qué vio?

—No estoy seguro, señor. No me gustaría comprometerme hasta que haya investigado más.

—Bueno, la recuperación segura de la señorita Foreman tiene precedencia sobre todo lo demás por ahora.

—Sí, alcalde.

—Apreciamos, si resulta que la Iglesia es responsable, que la situación debe ser manejada con la mayor delicadeza. El mínimo de revuelo y nada de público.

—Lo comprendo, señor. Pero si se trata de elegir entre la seguridad de la señorita Foreman y la de sus captores, ¿qué debo hacer?

Draad lo miró con calma.

—Entonces, capitán, espero que respete la ley.

Ben salió para encontrar a los demás esperándolo con impaciencia.

Llamando por su teléfono de bolsillo, se dirigió a una pequeña sala de conferencias. Se sentaron a la mesa larga frente a una pared con múltiples pantallas.

—El alcalde ha dado instrucciones a Monitor para que nos den acceso ilimitado y sin restricciones a todos los archivos criminales y bases de datos públicas de aquí —explicó

Ben— Toda la información disponible para las fuerzas regulares está a nuestra disposición.

Varias pantallas se iluminaron en la pared mostrando mapas y cadenas de actualizaciones de datos. Ben los escudriñó rápidamente.

—Por lo visto, los regulares han encontrado la falsa limusina que los secuestradores usaron para llevarse a Susan del hospital —Vio que los demás miraban con esperanza y añadió rápidamente— No hay rastro de Susan, me temo. El coche fue abandonado aquí —Un punto en el mapa del centro de la ciudad se iluminó— Va a ser examinado, pero parece que cualquier rastro biológico estará muy diluido.

—¿Cómo se encontró el coche tan rápido? —preguntó Ian.

—Tenemos cámaras de tráfico monitoreando y registrando todos los caminos y cruces principales de la zona interior. El sistema registró el coche después de salir del hospital, hasta que entró en un punto ciego y nunca salió.

—¿Un "punto ciego"? —preguntó Ian.

—Algún lugar fuera del alcance de las cámaras de tráfico... pasos subterráneos, pequeñas entradas protegidas por edificios intermedios, pequeñas zonas de estacionamiento, ese tipo de cosas.

—Así que Susan fue trasladada a otro vehículo, probablemente antes de que el coche fuera abandonado —dijo el Doctor.

—Probablemente, pero no serían lo suficientemente estúpidos como para hacer el traslado donde pudieran verlos. El coche pasó por otros tres puntos ciegos antes de llegar allí. El cambio podría haber tenido lugar en cualquiera de ellos. Rastrear y descartar todos los vehículos que pasaron por esos puntos al mismo tiempo podría llevar días.

—No cabe duda de que ese es el procedimiento que seguirá la investigación regular —dijo el Doctor desdeñosamente— Sin embargo, partimos de la suposición de que el tal Fostel era responsable. Si es así, ¿dónde la habría llevado?

—Ni a su propia residencia ni a la catedral —dijo Ben— Eso sería demasiado evidente incluso para él. El hogar de un creyente quizás, o algún edificio comercial. La Iglesia posee una serie de propiedades alrededor de la ciudad.

—¿Podemos verlas?

Monitor mostró un mapa de la zona interior con las propiedades de la Iglesia resaltadas en rojo. Aparte de la catedral, el palacio del obispo y otras dos iglesias, había más de veinte edificios menores.

—Todavía tardaremos demasiado en comprobarlos todos —dijo Ian— Suponiendo que no ha llevado a Susan a la zona exterior.

—Fostel se queda cerca de la nave como todos los demás —dijo Ben— Además, está en el consejo y sabe que cualquier vehículo no autorizado que salga del centro se destacaría entre los coches ficticios.

—¿Coches ficticios? —preguntó Nyra.

Ben se dio cuenta que ella no conocía el engaño.

—Lo explicaré después —le prometió.

—Vamos a quedarnos con los posibles lugares que tenemos por el momento —dijo el Doctor— Si nuestras sospechas son correctas, quizá podríamos razonar hacia atrás. ¿Hay alguna correlación entre los vehículos observados cerca de cualquiera de estos lugares específicos y los vehículos que se cruzaron por el camino del coche falso en cualquiera de los puntos ciegos que mencionaste?

El respeto de Ben por el intelecto del anciano se elevó de nuevo.

—¡Sí, por supuesto!

—Como confirmación, el mismo vehículo puede haber sido visto saliendo de la misma ubicación antes del momento del secuestro, así como volver allí después de la transferencia —añadió el Doctor.

Monitor: ejecuta una exploración de índice según el patrón sugerido por el Doctor. Si no hay un índice de coincidencia positivo, dinos el tipo de vehículo que más coincida.

—Hay un transportista de bienes ligeros que cumple estos requisitos, capitán —respondió rápidamente Monitor— Se grabó entrando en el cruce de la Undécima avenida y el orbital cuatro unos treinta y cinco minutos antes de que Susan Foreman fuera secuestrada. Salió del cruce tres minutos después del coche que presumiblemente transportaba a la señorita Foreman. Desde este cruce hay acceso a una bahía de estacionamiento que actualmente no está cubierta por cámaras de vigilancia de tráfico.

—Basado en el flujo de tráfico promedio y los tiempos observados de la limusina a ambos lados del cruce, ¿había tiempo para que entrara en la bahía? —preguntó Ben.

—Hay una discrepancia de un minuto y quince segundos entre el tiempo de viaje observado y el tiempo promedio proyectado para la misma distancia —dijo Monitor.

—Eso suena prometedor. ¿A quién pertenece el vehículo?

Los detalles brillaron en una pantalla y Ben los leyó.

—El dueño es un creyente declarado. Solía regentar un club de salud en un edificio en el borde de la zona interior que es arrendado por la iglesia. El club cerró hace casi un año.

—Tiene que ser eso —dijo Ian— ¿Cuánto nos lleva llegar?

—Tenemos que hacer algunos preparativos antes —dijo Ben— No te preocupes, estoy seguro de que nada más le pasará a Susan por ahora. Después de todo este problema, Fostel va a querer interrogarla personalmente. En caso de que intente salir de su palacio en medio de la noche estaremos vigilándolo, pero supongo que no se moverá hasta la mañana como pronto. Sacaremos a Susan de allí antes de que llegue.

El Doctor contenía su evidente impaciencia y preocupación con un visible esfuerzo y simplemente asintió. Miró a un Ian igualmente silencioso.

—Lo siento, Chesterton. Esto interfiere con tu búsqueda de Bárbara.

—La gente de Curton sigue trabajando —dijo Ian a la ligera— Volveré a ello una vez encontremos a Susan.

Ben lo miró con curiosidad. Había hablado con rapidez y facilidad, aunque su rostro estaba lleno de preocupación. ¿Estaba personalmente Ian perdiendo la esperanza de encontrar a Bárbara viva?

## Capítulo Veintiuno

### ...no eres nada.

La jaula, lo suficientemente alta como para permitir que Bárbara se sentara erguida, vibró y se tambaleó locamente, lanzándola de un lado a otro.

Mientras se aferraba encarnizadamente a los barrotes acolchados, tragó a duras penas una vez más, en parte para combatir el mareo del creciente movimiento, pero también en un intento de aclarar sus oídos entaponados. No se habían recuperado del efecto de vacío que la había arrastrado a lo largo del monstruoso e improbable tubo de desagüe y la había dejado caer en este oscuro espacio iluminado de rojo. Aparte del mecanismo para alinear el extremo del tubo con las puertas corredizas en los techos de una fila de jaulas, el resto del interior era bastante parco.

Con un doloroso chasquido, la presión en sus oídos se igualó y pudo oír de nuevo correctamente.

—¡Soy Plaxander Vendam! —gritaba un hombre desde una jaula más allá de la fila — ¡Mi padre es Lord Vendam! Cuando se entere de esto... —La voz se desvaneció indecisa por un momento— ¿Orm? Si este es uno de tus trucos, ¡ha ido lo suficientemente lejos!

Bárbara no podía ver mucho de él a través de los barrotes que se interponían, pero sonó asustado bajo sus palabras enojadas. Se sorprendió al descubrir que, ahora que el choque inicial había desaparecido, ella misma sentía perplejidad ante su apuro, en lugar de miedo. Había tenido tantas pinceladas de muerte los últimos días que tal vez estaba aprendiendo a convivir con ello tranquilamente.

Se oyó un gemido de la siguiente jaula. A través de los barrotes podía distinguir a Susan tratando de sentarse.

—Oh... eso era horrible —dijo Susan débilmente— Pensé que era una gigantesca serpiente... ¡La vi comerte!

—Esos dos "ojos" nos hicieron pensar en las serpientes, junto con el silbido —dijo Bárbara— Tal vez esa era la idea. Era sólo un glorificado aspirador de polvo montado en algún tipo de vehículo. ¿Tus oídos están bien?

—Casi. ¿Quién es el que grita?

—No lo sé. No hemos tenido tiempo para presentaciones. ¿Hola? —gritó al hombre.

Él dejó sus exigencias enojadas y miró a través de los barrotes hacia ellas. Bárbara vio unos ojos salvajes en un rostro joven.



—¿Quién es usted? —preguntó— ¿Sabe quién es el responsable de esto?

—Lo siento, estamos tan a oscuras como tú. Somos extranjeras en esta ciudad.

—¡NC2! —dijo con desdén.

—¿Qué son los NC2?

Las miró con más atención, su ira disminuyendo ligeramente.

—¿No son las dos mujeres alienígenas? ¿Los viajeros espaciales? Pensé que una de ustedes estaba en el hospital.

Susan y Bárbara intercambiaron miradas confundidas, y Susan dijo:

—Creo que estuve, brevemente. ¿Cómo nos conoces?

—Emitieron una entrevista de sus compañeros.

—¿Lo hicieron? ¿Los dos están bien? —preguntó Susan, ansiosa.

—Mejor que nosotros, aparentemente —dijo Plax amargamente— Cuando descubra quién es el responsable de esto...

En ese momento, el movimiento de balanceo cesó bruscamente cuando el vehículo que los llevaba se detuvo repentinamente. Inmediatamente fue reemplazado por una sensación de hundimiento que duró unos segundos y terminó con un leve chirrido. Entonces el vehículo comenzó a moverse hacia adelante de nuevo, pero esta vez a una velocidad moderada y sin los giros y vueltas aparentes que había habido antes.

—Mientras estamos atrapadas aquí de todos modos —dijo Bárbara a Plax— ¿podrías decirnos qué está pasando en tu ciudad? Entonces podríamos averiguar quién es el responsable de esto.

—Comenzando por ese enorme cohete —añadió Susan.

La curiosidad reemplazó al fanfarronería de Plax. —¿De veras no sabes nada del barco? Nos va a llevar a Mirath ...

La curiosidad reemplazó la fanfarronería de Plax.

—¿De veras no sabéis nada de la nave? Nos va a llevar a Mirath...

Él dio una imagen concisa de la situación en Arkhaven y una explicación más re-nuente de su propia presencia. Este conocimiento, sin embargo, no ayudó a explicar sus circunstancias actuales y sólo podían especular sobre lo que pasaría después. Examinaron de nuevo su entorno, pero las jaulas permanecieron deprimientemente seguras.

Plax seguía diciendo:

—No os preocupéis. Pronto nos dejarán salir, cuando descubran quién soy —Casi como un advenimiento añadió— Supongo que el alcalde tampoco dejará que te suceda nada.

Bárbara pensó que estaba hablando más por su propia tranquilidad que por la de ellas. Sus oídos volvieron a embotarse.

—¿Lo sentiste? —preguntó a Susan.

—Sí. Creo que debemos estar subiendo muy lentamente.

Después de media hora de viaje constante, su velocidad disminuyó, el vehículo realizó algunas vueltas suaves y luego se detuvo. Una escotilla en el extremo del compartimento se abrió, inundándola con una luz artificial cruda. Las puertas de sus jaulas retrocedieron y una voz dijo:

—Salid de ahí. No intentéis nada... estamos armados.

Rigidamente salieron de sus jaulas y se acercaron a la escotilla. Entre el resplandor de la luz podían distinguir un tramo de escalones metálicos que conducían hacia abajo. Cautelosamente descendieron y se encaminaron a la grava seca y duramente batida.

Estaban en una gran cueva iluminada por cadenas de luces artificiales. Un extremo estaba abierto al cielo nocturno mientras las bocas de media docena de túneles más pequeños rodeaban sus paredes. Tres hombres que llevaban lo que parecían ametralladoras de cañon largo los esperaban. Llevaban uniformes grises de una sola pieza sin signos ni insignias visibles.

—Moveos —dijo uno de los tres, indicando el camino con un movimiento de su cañón.

Plax abrió la boca como para protestar, pero con un evidente esfuerzo se contuvo. Mientras se movían en la dirección indicada, Bárbara miró de nuevo a la máquina que los había llevado allí.

Su cuerpo en forma de lágrima estaba cubierto de un material tan completamente negro mate que era difícil distinguir cualquier detalle incluso bajo las luces de la cueva. Sólo pudo identificar una manguera "serpiente" acodada a lo largo de su techo, su cabeza se proyectaba sobre la pesada proa redondeada del vehículo y hacía su contorno aún más extraño.

Pasaron junto a un túnel lateral y luego a una pequeña alcoba equipada como una oficina. Dentro, un hombre de mediana edad, vestido con otro de los uniformes gris sin rasgos, estaba sentado detrás de un escritorio. Sus ojos cansados pasaron brevemente por encima de ellos cuando entraron, pero luego se volvieron hacia su escritorio, casi como si prefiriera no mirarlos.

—Si obedecéis las órdenes y trabajáis bien, tendréis comida decente y lugar para dormir —dijo sin preámbulos— Si vagueáis o causáis cualquier problema perderéis vuestras raciones. Si intentáis escapar, lo más seguro que moriréis. La única salida está guardada y encontraréis cualquier otra ruta intransitable.

Hablaba mecánicamente, como si recitase frases familiares pero desagradables.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Susan. —¿Por qué nos has traído aquí?

—Esa no es tu preocupación —dijo él en tono llano— Si quieres que las cosas sean fáciles, no hagas preguntas.

—Pero no tienes derecho a tratarnos así —dijo Bárbara.

Los cansados ojos la atravesaron una vez más.

—¿Derecho? Tal vez no, pero así es. Sé razonable y hacéoslo fácil para vosotros mismos —Les entregó unas etiquetas metálicas numeradas colgando de cadenas delgadas— Estos son vuestros números de trabajo. Los necesitaréis para conseguir raciones.

Plax, que había estado escuchando los intercambios con evidente incredulidad creciente, finalmente no pudo contenerse más.

—¿Qué es esta tontería? No puedes hacerme otro número. ¿Sabes quién soy? —Dio un paso adelante y golpeó el escritorio— Me llamo...

Un guardia llevó la culata de su arma al estómago. Plax se dobló y cayó al suelo, jadeando para respirar. El hombre detrás de la mesa lo miró cansadamente.

—Aquí no eres nada, sólo otro trabajador, ni más ni menos. Te multo con una comida por hablar fuera de turno.

El hombre miró a los demás desapasionadamente.

—Os aconsejo a todos dormir un poco si podéis. Empezaréis a trabajar tan pronto como salga el sol —Él asintió con la cabeza a los guardias— Ahora, llevaoslos.

## Capítulo Veintidós

### Inquisición

Fostel vestía sus ropas ceremoniales. Sentía que la ocasión lo justificaba. En ausencia de su asistente habitual, Zeckler le asistió.

—¿No hubo problemas para llevársela? —preguntó el obispo.

—No, mi señor —dijo Zeckler— Pudimos amordazarla antes de que se diera cuenta de que algo estaba mal y la transferencia se hizo sin incidentes. Tomamos todas las precauciones para no ser seguidos hasta aquí.

—Bien. No nos deben molestar hasta que hayamos determinado la verdad. No puede ser mera coincidencia que estos extraterrestres hayan llegado aquí en este momento crítico.

—Yo he pensado mucho en esto, milord. ¿Han sido enviados para probarnos o engañarnos? ¿Para sabotear la nave, tal vez? ¿Son demonios con forma humana? Hay descripciones de tales cosas en los sagrados escritos.

Incluso Fostel encontró que el literalismo de Zeckler era a veces difícil de acomodar, pero sí tenía razón...

—Puede que esta noche lo averigüemos —dijo.

Los alrededores no eran adecuados para tal ocasión, pensó Fostel, pero en estos momentos uno tenía que hacer lo que tenía que hacer.

La chica estaba atada a una silla situada en medio de lo que había sido el gimnasio del club de salud. Las barras de ejercicio y los marcos estaban todavía fijados a las paredes.

Fostel se sentó en una barata y cómoda silla de escritorio, con luces dispuestas para deslumbrar sobre el rostro de la muchacha, e hizo un gesto a uno de los acólitos para quitarle la mordaza y la venda de los ojos.

Ella parpadeó, obviamente asustada. Bueno, sólo tenía que culparse a sí misma, pensó Fostel. Debería haber cooperado en el hospital.

—Está aquí para ser juzgada en la corte del Supremo Creador —le dijo— Usted responderá a todas las preguntas con totalidad y precisión... o bien sufrirá las consecuencias".

Ella luchó por mantener su voz firme.

—¿Qué preguntas? ¿Por qué me has secuestrado?

—Para mostrar a los fieles que los extraterrestres no están por encima de la autoridad divina de la Iglesia. Para determinar su verdadera naturaleza... y si usted es apta para participar en la salvación de nuestra raza.

—Debes sentirte muy inseguro —replicó ella con un espíritu inesperado— ¿Tu creador supremo tiene que recurrir a secuestros?

—No cuestionarás la voluntad del Hacedor —dijo— ni usarás Su nombre irreverentemente".

—No estoy cuestionando a tu deidad, sólo las acciones de sus sirvientes.

—Calla la voca, muchacha —dijo bruscamente Zeckler.

—No puedo responder a tus preguntas y mantener mi lengua al mismo tiempo —replicó rápidamente— A menos que estés anulando lo que tu obispo me dijo.

—Deje de jugar juegos estúpidos con nosotros —le advirtió Fostel.

—¿Marcará alguna diferencia al final? Estás decidido a hacer lo que quieras de todos modos. Pero no te saldrás con la tuya. Las autoridades averiguarán que eres el responsable. Donde quiera que esté este lugar, me encontrarán tarde o temprano.

—Estoy seguro de que el alcalde sospechará de mí —comentó Fostel— pero no puede probar nada y sin pruebas no puede tomar ninguna medida. Sin duda mi residencia está siendo vigilada incluso ahora porque piensan que volví allí después del servicio de medianoche. De hecho, era un creyente que se parecía bastante a mí en la oscuridad como para servir como mi doble. Puedo regresar por medios similares. Así que ya ves, no estaré personalmente conectado con nada de lo que pase aquí esta noche. Pero estás equivocada cuando dices que tus respuestas no marcarán ninguna diferencia sobre tu destino.

—¿De verdad quieres decir que me dejarás ir si te digo lo que quieres saber?

—Si estamos satisfechos con tus respuestas.

—¿Y qué me detendrá de contar después a todo el mundo lo que hiciste?

—No tengo ninguna duda de que el alcalde aconsejará contra cualquier acción de este tipo. No puede arriesgarse a molestar la paz tan cerca del éxodo.

—Pero no somos ninguna amenaza para ti. Vinimos aquí por accidente. ¡Mi abuelo incluso está ayudando con tu nave!

—No podemos aceptar el conocimiento alienígena si es falso, o corrompe a nuestro pueblo y desvía su atención del único camino.

—Pero no estamos tratando de convertir a tu gente a otras creencias —dijo. Luego frunció el ceño— ¿Quieres reclamar todo el crédito por llevar a todos a Mirath a salvo, verdad? De eso se trata todo esto realmente.

Zeckler dio un paso adelante, le agarró un mechón de pelo con su puño y tiró de su cabeza hacia atrás hasta que ella miró hacia sus fríos y estrechos ojos.

—No volverás a hablar con Su Reverencia con ese tono acusador. Usted está aquí para responder preguntas, no para hacerlas. ¿Entiende, extraterrestre?

—Lo entiendo —dijo ella con voz entrecortada.

Zeckler soltó su cabello lentamente, y en el proceso dejó que su mano se deslizase sobre sus hombros, observó Fostel. Ella se alejó de su toque.

—Tu abuelo habló de una pluralidad de mundos habitados por muchos seres diferentes, pero nada de su naturaleza espiritual —dijo Fostel— ¿Reconocen todos al Creador Supremo?

La muchacha lamió sus labios secos y dijo cuidadosamente:

—Hay muchas creencias diferentes sobre creadores sobrenaturales... probablemente tantos como razas en el universo".

—Pero deben tener una verdad en común para explicar su existencia, sus orígenes.

—No, y esa es la verdad. No sé nada acerca de ningún creador supremo, sólo sobre ciencia y razón. Muchas razas usan la ciencia para explicar sus orígenes y cómo evolucionaron a lo que son. Pero —añadió rápidamente— la ciencia no puede probar o refutar si tal ser como tu supremo creador existe realmente.

—Entonces, tú adoras a la ciencia —intervino Zeckler despectivamente.

—La ciencia no es una religión, es sólo una manera de descubrir la verdad sobre cómo funcionan las cosas.

—¡Es un mal si niega la Verdad Única! —dijo Fostel.

—Si tú crees... —convino ella apresuradamente— Tal vez tengas razón... no lo sé.

—Entonces, cuéntenos lo que dice tu ciencia de nuestros orígenes, muchacha —exigió Fostel.

—Bueno... de las lecturas de los instrumentos en nuestra nave, mi abuelo piensa que tus antepasados vinieron hace miles de años desde la Tierra.

—¿Qué es la Tierra? —preguntó Fostel con recelo.

—La Tierra es el mundo de tu especie. Fue el punto de partida para muchos viajes de exploración y colonización que se extendieron a través de la galaxia. Debe haber habi-

do algún desastre después de aterrizar aquí en Sarath que dejó a tus antepasados sin tecnología o registros de su procedencia. En la lucha por sobrevivir, el conocimiento del pasado se perdió o se convirtió en leyendas. No es tan inusual. He estado en otros mundos donde ha sucedido.

—¿Es la Tierra conocida como el mundo santo? —preguntó Fostel.

—No sé a qué te refieres.

—¿No es venerado?

—Es el planeta en el que la humanidad evolucionó. Por todo lo demás, es perfectamente normal.

—¿Cómo puedes saber eso, alienígena? —dijo Zeckler.

—Bueno, he vivido allí un tiempo.

—¡Mentirosa! —dijo Zeckler— A un extranjero nunca se le permitiría caminar por Tierra Santa... ¿o eres un demonio bajo tu engañosa piel?

—Eso es estúpido... ¡No soy un demonio! —dijo— Y no puedo cambiar los hechos. La Tierra es sólo un planeta como este.

—¿Entonces estás diciendo que somos meramente descendientes de viajeros de algún mundo mundano? —preguntó Fostel.

—Pues... sí. ¿Qué hay de malo en eso?

—Es una blasfemia —dijo Zeckler— Sarath fue poblado directamente por seres creados en las propias tierras del Hacedor: los Campos Benditos, Edran, Matherarth. Sarath fue creado a su imagen.

—¿Edran? —repitió. —No, ¿no ves lo que ha pasado? Las palabras se han distorsionado a lo largo de los años. Edran es Edén... y Matherarth<sup>1</sup> podría significar madre tierra. Así es como la gente a veces se refería a ella... —Se detuvo al ver las expresiones en sus rostros.

—No podemos permitir que se extienda esta mentira, mi señor —dijo Zeckler— Si la gente cree que no somos los elegidos, sino que somos simplemente una raza mundana entre millones, la Iglesia caerá. Especialmente cuando la nave está a punto de despegar en el mismo tipo de viaje que esta extranjera reclama que realizaron nuestros antepasados.

Fostel asintió lentamente.

—Estoy de acuerdo. Además, se ha condenado a sí misma como una incrédula blasfema.

—¡He dicho la verdad! —gritó Susan, pero la ignoraron.

—Enfrentémosla a la antigua prueba, milord —dijo Zeckler, su voz sonaba súbitamente hambrienta— Tenemos los medios aquí. Que el Hacedor decida su destino.

¿Se atreverían?, se preguntó Fostel. Luego se reprendió por el pensamiento dudoso. Los años le habían hecho suave. Si él y Zeckler realmente creyeran en el Hacedor, se atreverían a cualquier cosa. Ahora era el momento de tener iniciativa.

—Que así sea —dijo.

El creyente estacionado dentro de la entrada trasera del antiguo club de salud caminaba hacia adelante y hacia atrás estoicamente. El aireado pasillo era un lugar sombrío para estar de guardia. Hubiera querido presenciar el juicio de la mujer extranjera, pero su deber había sido asignado personalmente por el archidiácono Zeckler. El guardia sostenía el talismán del Hacedor que llevaba sobre su cuello, mientras recitaba en silencio los preceptos de la obediencia, y se consolaba con imaginar que servía al propósito divino incluso en esta humilde estación.

Se oyó un arañazo desde el otro lado de la puerta que se abría al patio trasero. Ese gato otra vez.

La primera vez que lo había oído pensó que era una rata, pero luego había distinguido el ronroneo ronco. Había muchas criaturas de este tipo vagando por Arkhaven, supervivientes de las incursiones de la guerra en las que sus dueños habían muerto.

Ahora el gato se estaba impacientando y gruñendo indignado. Empezó a rascar con más ferocidad en la puerta. ¿Por qué no se había ido? Quizás recordó haber sido alimentado aquí en algún momento del pasado. Si no se detenía, podría oírse dentro. Podría molestar al obispo.

Apresuradamente retiró los pernos, abrió la puerta y miró hacia el patio, con la piedad preparada para golpearlo.

—Sal de aquí, pequeño...

No había gato.

Nunca vio la figura aplastada al lado de la puerta, ni la mano que le cortó la nuca con precisión entrenada.

Se amontonaron en silencio en el pasillo, arrastrando con ellos la figura lacia de un guardia inconsciente. Seis figuras vestidas de negro con las caras medio enmascaradas por abultadas gafas de visión nocturna. Ian, el último en entrar, cerró la puerta a las engañosas luces de la ciudad. A través de sus gafas todavía podía ver el interior con claridad, como si estuviera iluminado por un resplandor verde granulado.



Lant y sus dos colegas de la vigilancia estaban a la cabeza, cada uno llevando armas de mano. Eran seguidos por el Doctor y Nyra Shardri, quien estaba agarrando una bolsa médica. Ian formaba la retaguardia armado con un bastón de vigilante oficial. No intercambiaron una palabra. Los planos del edificio extraídos de los archivos de la ciudad ya habían indicado los lugares más probables donde Susan podría ser retenida.

Se acercaron a su primer objetivo: un almacén de la planta baja. Lant probó la puerta, la encontró desbloqueada y la abrió en silencio. Comprobó el interior, volvió a cerrar y sacudió la cabeza. Siguieron adelante. Diez pasos por el pasillo y Nyra de repente levantó su mano.

—Escuchad —siseó ella.

Tensaron los oídos y oyeron el murmullo de voces distantes.

Siguieron el sonido a través de una puerta a un vestuario desierto alineado con los casilleros de metal llenos de polvo. En el otro extremo de la habitación, la luz reflejada brillaba a través de un arco abierto. Se acercaron y las voces se hicieron más fuertes todo el tiempo. El arco creaba un interior conectado por un pasillo corto con otro arco. Más allá del segundo Ian podía ver una estrecha franja de suelo de baldosas.

—..el juicio del Supremo Creador se lleve a cabo —oyeron entonar a una voz resonante y solemne. Sonaba como la de Fostel— Te entregamos a Su misericordia...

Lant se dejó caer sobre sus manos y rodillas, se estiró hacia delante y echó una mirada a la habitación de más allá. Ian lo vio salir momentáneamente como si estuviera sorprendido. Entonces se levantó de un salto y se lanzó a través del arco, el resto de ellos siguiéndole los talones.

La cámara más allá encerraba una piscina mediana, manchada y mugrienta por los bordes y llena de agua ligeramente turbia. Pilas de sillas de plástico moldeadas y mesas pequeñas estaban dispersas alrededor de la piscina, como si el espacio se utilizara para el almacenamiento temporal. Al otro lado de la piscina estaba el obispo Fostel, vestido con las mismas vestiduras ornamentadas y cadenas del oficio que Ian y el Doctor le habían visto llevar en la emisión el día que habían llegado. A su lado había un hombre con un vestido ligeramente menos magnífico. Formando un semicírculo sobre ellos, había media docena de figuras con túnicas blancas encapuchadas. Lo que parecía un pequeño trampolín se había extendido desde la piscina sobre el agua. Equilibrada en el extremo, amordazada y atada de pies y manos, estaba Susan.

—Soy el capitán Lant de la vigilancia de la ciudad —dijo Lant— Los arresto por cargos de secuestro y encarcelamiento.

Su arma apuntaba directamente a Fostel. A ambos lados de él, sus compañeros de la vigilancia, con aspecto sombrío, cubrían al resto del grupo.

Por un momento, el extraño cuadro opuesto quedó congelado de sorpresa. Susan giró la cabeza para enfrentarse a ellos, sus amplios ojos se mostraban rígidamente contra su pálida cara, y ella trató de decir algo que fue amortiguado por su mordaza. Ian, el Doctor y Nyra comenzaron a rodear la piscina hacia ella.

—No se atrevería a apretar el gatillo, capitán —dijo Fostel, recuperando la compostura.

—No cuente con ello —dijo Lant con frialdad.

—Es la voluntad del Creador —respondió Fostel— No se puede negar.

Cuando rodearon el extremo de la piscina, Ian vio que un cordón corría desde la mano de Fostel hasta los soportes de la tabla en la que estaba Susan.

—¡Está sosteniendo algo! —gritó a Lant— Dile que...

Las puertas dobles del otro lado de la habitación se abrieron y aparecieron dos hombres con pistolas.

Los vigilantes dispararon por reflejo, dejando caer a uno de los intrusos donde se encontraba. Pero la distracción permitió que el grupo ceremonial se dispersara detrás de las sillas apiladas, los acólitos sacando armas de los pliegues de sus ropas. Cuando Fostel se echó a un lado tiró de la cuerda.

El trampolín se volteó hacia arriba y Susan cayó al agua con un pequeño chapoteo y desapareció bajo la superficie.

Por un instante Ian se quedó helado de horror. Arrojó su bastón a un lado y buceó tras ella.

Una ráfaga de disparos de los acólitos de las túnicas blancas le dio una rociada de agua en la cara y salieron volando trozos de los bordes de los azulejos de la piscina. Un fragmento volador le alcanzó la mejilla, haciendo que regresara al refugio de un montón de mesas al lado del Doctor y Nyra. Los tres vigilantes también se estaban cubriendo. Un tiroteo atravesó la piscina. Pero el lado de Fostel tenía más armas... suficiente para mantener a todos los rescatadores de Susan clavados hasta que fuera demasiado tarde.

—¡Lant! —gritó Ian— ¡Dame cobertura!

Pero Lant evidentemente ya había evaluado la situación.

—¡Disparad a las luces! —ordenó.

Las armas de los vigilantes se balanceaban arriba y abajo en el modo de fuego rápido. Los paneles luminiscentes del techo se rompieron. El cableado se encendió y crepitó. En pocos segundos, la sala de la piscina se sumergió en la oscuridad, a excepción de la débil luz de la ciudad que se filtraba a través de una hilera de faroles altos. Los seguidores sin preparación de Fostel estaban disparando a ciegas. Ian corrió hacia adelante y se

zambulló de cabeza en la piscina. Nadó rápidamente a través del agua turbia hasta que tocó el fondo, luego comenzó a buscar a lo largo, balanceando sus brazos abiertos mientras trataba de encontrar a Susan.

El agua era como una oscura niebla opalescente a su alrededor. Los sonidos de la batalla de arriba adquirieron una calidad amortiguada. Oyó un crujido lejano y un chasquido, luego el ruido más fuerte y la oleada de burbujas cuando otra cosa entró en el agua. Las gomas alrededor de sus gafas, que no estaban diseñadas para ser impermeables, estaban filtrando agua. En pocos segundos estaría ciego.

Entonces su mano rozó algo. Apretó un par de tobillos que se estremecieron débilmente al tocarlos. En un segundo agarró la cintura de Susan y se impulsó hacia arriba.

Rompieron la superficie en medio de la piscina, con balas perdidas golpeando el agua alrededor de ellos. Levantó la barbilla de Susan, buscó la ancha franja de cinta que cubría su boca y la arrancó para liberarla, tosiendo y jadeando para respirar. Ian estaba desorientado, tratando de ver a través de las gafas a medio llenar de agua mientras sostenía a Susan. Entonces sus oídos se aclararon y oyó la voz del Doctor gritando con urgencia:

—¡Aquí, Chesterton, por aquí!

Se dirigió hacia el sonido y en pocos segundos llegó al lado de la piscina donde el Doctor y Nyra estaban arrodillados. Ian alzó a Susan hasta sus brazos y empezó a salir del agua. Hubo una ráfaga de disparos. Las baldosas explotaron en fragmentos a los lados de Ian y él sintió la punzada de una bala rozar su frente. Al mismo tiempo, Susan se sacudió violentamente y lanzó un grito de dolor.

El Doctor y Nyra se deslizaron lejos del borde de la piscina mientras Ian se salía del agua, arrastrando a Susan con ellos. Había una mancha oscura que se extendía rápidamente por el lado izquierdo de su jersey.

—¡Salgamos de aquí! —gritó Lant desde más allá de la piscina.

Mientras el Doctor le arrancaba la cinta de las muñecas y los tobillos a Susan, Nyra levantó el jersey de la chica y roció espuma de un pequeño aplicador de aerosol sobre la herida. En segundos, la espuma se convirtió en una almohadilla de tipo caucho.

—Bien —dijo Nyra.

Ian llevó a Susan en sus brazos y tropezaron hacia el arco por el que habían entrado, mientras los hombres de la vigilancia mantenían una barrera de fuego de cobertura. Recorrieron sus pasos por el vestuario y bajaron por el pasillo hasta la entrada trasera. Lant sacó el teléfono de su bolsillo.

—Ven a buscarnos —ordenó.

Cuando salieron corriendo hacia el patio trasero, un gran jeep cruzó el estrecho camino de servicio, se detuvo bruscamente y sus puertas se abrieron para recibirlos. Con cuidado, levantando a Susan hacia el asiento de atrás, se metieron tras ella.

—¡Al hospital de la ciudad lo más rápido que puedas!

El motor zumbaba con energía y se precipitaron hacia la noche.

Cuando los últimos ecos se habían apagado y estaba seguro de que los hombres de la vigilancia se habían marchado, el archidiácono Zeckler gritó en voz alta desde detrás de su refugio de sillas:

—¡Luces! Debemos tener luz.

Alguien recorrió la pared hasta llegar a la puerta del pasillo y la abrió. Un haz de luz resplandeció y brilló a través de la superficie de la piscina. Zeckler se levantó cautelosamente y miró a su alrededor, todavía aturdido por el repentino giro de los acontecimientos. Un guardia y dos de los acólitos estaban inmóviles en el suelo. Un tercero descansaba contra la pared, agarrándose su pierna ensangrentada.

—¿Obispo? ¿Dónde está el obispo? —preguntó Zeckler— ¿Se lo llevaron? ¡Trae linternas!

No había ninguna señal de Fostel alrededor de la piscina o en las habitaciones contiguas. Varios minutos pasaron antes de que uno de los acólitos pensara en pasar su antorcha por la piscina misma.

## Capítulo Veintitrés

### Bajo la piel

El jeep se detuvo frente al Hospital de la ciudad cuando el cielo empezó a ponerse gris con la luz del amanecer. Una camilla y dos asistentes ya los esperaban, alertados por una llamada de radio de Nyra.

Susan fue trasladada a la camilla y llevada por la entrada de la unidad de accidentes. Nyra le había dado una inyección localizada de analgésicos durante el viaje y se había recuperado lo suficiente como para relatar sus experiencias de forma notablemente tranquila al entrar. Ian sonrió con alivio y asombro ante su constitución.

—Fue como una prueba medieval con agua —explicó, agarrando la mano de su abuelo mientras la llevaban— Según el obispo, si me hundía y me ahogaba, su Supremo Hacedor me habría concedido la absolución de una muerte natural. Si de alguna manera lograba flotar, estaba obviamente bajo la influencia de una fuerza maligna y tendría que ser eliminada de alguna otra manera. Cuando me fui al fondo, intenté contener mi aliento tanto tiempo como pude... y esperé —miró a Ian— Gracias.

—Sí, Chesterton —dijo el Doctor bruscamente— Gracias otra vez.

—Bueno, si todo está bajo control aquí, informaré al alcalde —dijo Lant, sacando su teléfono de bolsillo y saliendo.

Nyra Shardri, que había hablado en voz baja con uno de los asistentes, regresó con ellos.

—Me temo que hemos sufrido una pequeña interrupción del sistema. No hay tanques de tratamiento disponibles ahora mismo. No hay nada de qué preocuparse, pero Susan tendrá que esperar en la camilla de soporte hasta que uno esté listo.

Ian hizo un gesto en una sala vacía con su colección de brillantes equipos.

—¿Para qué es todo esto entonces? ¿No puedes usarlo? Dijiste que su herida no era tan grave.

Nyra se veía un poco incómoda.

—Podría, en una emergencia, pero generalmente hoy en día dejamos la cirugía a los sistemas automáticos.

—Dudo que puedas mantener este nivel de automatización en Mirath —dijo el Doctor— Debes aprender a reducir tu dependencia de las máquinas en algún momento.

Ian sospechó que el Doctor estaba probando a Nyra. La clínica los miró con incertidumbre por un momento, luego pareció tomar una decisión.

—Tenéis razón. Soy perfectamente capaz de este tipo de trabajo... si está todo conforme por tu parte —le preguntó a Susan.

Susan sonrió tranquilizadora.

—Estoy segura de que lo harás bien.

Nyra llamó a un asistente para que la ayudara.

En un minuto, Susan estaba tendida de costado sobre una mesa de tratamiento, cubierta por una manta plateada con una ventana sobre la herida. Un campo estéril envolvió el área de operación por lo que no había necesidad de máscaras o batas. El Doctor e Ian fueron capaces de ver cómo la sedaban.

Nyra tiró de una sonda montada en un brazo extensible y la sostuvo sobre la herida. Una imagen apareció en una pantalla en la cabecera de la mesa.

—El escáner no muestra ningún daño interno profundo —dijo a Susan— El agente coagulante en el apósito temporal ha limitado la pérdida de sangre por lo que no necesitarás una transfusión. Afortunadamente, la bala te traspasó limpiamente. Tienes un par de costillas rotas y algunos músculos lacerados. Nada que no se pueda arreglar. Dentro de una hora estarás como nueva.

Parecía más segura ahora, pensó Ian. Incluso satisfecha consigo misma.

Utilizando otro aplicador en aerosol, roció un agente de desprendimiento sobre el apósito provisional y se desprendió fácilmente, revelando la herida cubierta de sangre seca por debajo. Nyra tomó una torunda húmeda y un dispositivo de succión y comenzó a quitar la materia coagulada.

—Voy a limpiar esto primero, luego podré reconstruir esas costillas y...

Ella vaciló e Ian vio su cara palidecer. Dio un paso hacia atrás de la mesa, dejando caer la herramienta de succión que se balanceó suelta sobre su manguera, silbando en voz alta.

—Oh... cielo santo —dijo débilmente.

—¿Hay algún problema? —preguntó el Doctor, avanzando rápidamente hacia el lado de Nyra.

Susan intentaba girar para mirarlos.

—¿Qué pasa? —preguntó ella con su voz tomada.

Ian vio la incredulidad y luego una profunda consternación que parpadeaba en el rostro del Doctor. Ian se movió hacia adelante, apretó la mano de Susan con tranquilidad y luego miró nerviosamente la herida abierta del costado de la chica.

Un pellizco de piel había sido abierto por el paso de la bala, exponiendo sus costillas. Pero donde debería haber habido hueso blanco, sólo había metal plateado y plástico.

## Capítulo Veinticuatro

### La Meseta

Las luces de la cueva que albergaban los barracones de los obreros parpadeaban, iluminando hileras de literas de armazón de metal llenas de figuras dormidas. Un altavoz cobró vida, sonando como una campanilla estridente. Las figuras se agitaron cansadas, gimiendo y tosiendo. Una voz reemplazó la campana:

—Primera comida en quince minutos. Primera comida en quince minutos.

Bárbara y Susan parpadearon con sueño en sus ojos y se dieron unas sonrisas ligeramente forzadas de tranquilidad. Habían quedado tan rendidas por sus esfuerzos del día anterior que habían dormido incluso en estos nuevos e inquietantes alrededores.

Alrededor de ellas, las mujeres bajaban rígidas de sus literas. Parecían completamente abatidas, apenas dando a las recién llegadas una mirada mientras caminaban cansadamente hacia el lavabo adyacente. Bárbara y Susan siguieron su cansado ejemplo.

A su regreso vieron a Plaxander Vendam a través de la doble rejilla de división que separaba la sección de mujeres del dormitorio de la de los hombres. Parecía perdido y asustado. Cuando las vio, les dio un saludo fingido y luego dejó caer la mano como avergonzado.

Un juego de puertas barradas se deslizaron hacia atrás automáticamente, abriéndose hacia un túnel corto. Se colaron por él hacia otra cueva con mesas y bancos. Era un comedor comunitario con espacio para unas doscientas personas. Recogieron unos cubiertos de plástico, tazas y bandejas moldeadas con depresiones para la comida. A medida que cada trabajador colocaba su etiqueta numerada en una ranura de la pared, una tolva dispensaba una porción de guiso de verduras, un trozo de pan y una rebanada de queso duro a sus bandejas. No era especialmente apetecible, pero Bárbara y Susan estaban demasiado hambrientas para importarles y comenzaron a masticar el pan antes incluso de comenzar a buscar sitio en una mesa.

Cuando Plax puso su etiqueta en la máquina, sólo le dio una medida de agua. Él parecía perplejo y comenzó a golpear sus paneles de metal con enojo. Otros en la cola detrás de él lo empujaron a un lado.

—Te han birlado una comida... no pierdas tu tiempo, muchacho — le dijo un hombre con impaciencia. Plax se volvió hacia él, perdiendo la paciencia.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? ¿Sabes quién soy? Soy...

Bárbara y Susan intervinieron rápidamente, tirando de él a un lado.

—No seas estúpido —dijo Barbara— Siéntate en silencio y coge de los nuestros.

Encontraron sitio en una mesa en un rincón de la habitación y se sentaron con Plax entre ellas. Él hundió su cabeza entre las manos. Bárbara intercambió miradas con Susan. Además de todas sus otras preocupaciones, de alguna manera se habían hecho responsables del joven. Le alimentaron con pan empapado en el guisado hasta que él se atrevió a mirarlas avergonzado.

—Nunca he necesitado... caridad antes —dijo.

—Hay una primera vez para todo —dijo Susan alentándolo— Estarás bien.

—Esto también es nuevo para nosotras —dijo Bárbara— pero hemos sobrevivido a cosas peores. Se paciente, mira, escucha y aprende. Es la única forma de salir de aquí. Sé que nuestros amigos nos buscarán y por lo que has dicho, también lo hará tu padre. Así que debemos encontrarlos, o cualquier otra cosa que nos pueda ayudar. Pero mientras tanto no comiences peleas innecesarias, ¿entiendes?

Plaxander asintió con la cabeza.

—Sí... y gracias.

Apenas habían terminado de comer cuando los altavoces se encendieron de nuevo.

—¡Reportes para asignación de tareas de trabajo!

Dejaron sus bandejas y cubiertos en una ranura más grande en la máquina de comida y bajaron por otro túnel hasta una puerta sólida, mucho más pesada.

Se deslizó hacia atrás revelando una cueva larga y fría abierta al aire exterior en su extremo más alejado. Podían ver el cielo ardiendo desde el gris hasta el rosa del amanecer. Mirándolos desde los pórticos que rodeaban las paredes había una docena de guardias grises, los primeros que habían visto hasta ese momento por la mañana.

Colgados en los estantes de la pared habían monos de una sola pieza, botas y guantes gruesos, que los trabajadores comenzaron a ponerse. Habían pintado los números de sus etiquetas en la parte posterior de sus monos. Bárbara, Susan y Plax encontraron sus respectivos conjuntos de ropa de trabajo y se los pusieron agradecidos, porque su aliento estaba humeando en un aire amargamente frío. Más allá de los bastidores de la ropa se apilaban picos, palancas, palas y carretillas simples de mano con dos ruedas.

Un hombre de gris que llevaba un portapapeles se dirigió a ellos desde arriba.

—Formad cinco equipos de treinta —ordenó— Cada equipo cogerá diez carretas, cinco picos y quince palas. Los tres primeros equipos saldrán a bordo de los transportes.



Los trabajadores comenzaron a obedecer sus órdenes, y Susan, Bárbara y Plax finalmente se encontraron en el cuarto equipo. Las chicas tomaron palas mientras el joven escogió cuidadosamente un pico que parecía como si nunca hubiera tenido antes en su vida entre las manos.

Por equipos, marcharon a través de la boca de la cueva al aire libre.

Estaban de pie en unas laderas suaves que se alzaban en un extremo de una meseta que Bárbara supuso que tenía quizás ocho millas de largo por cinco de ancho. Alrededor de ellos se asomaban unos picos coronados por la nieve, alzados en un cielo lleno de nubes deshilachadas, bordeadas de oro por el todavía invisible sol naciente. Sombras púrpuras tapizaban el suelo de la helada meseta que se extendía a lo lejos, nivelada e incluso parecía el lecho de un lago seco, hacia los pies de unas lejanas colinas.

—¿Qué es eso? —preguntó Susan.

Dos líneas oscuras y paralelas corrían desde un punto no muy por debajo de ellas en una línea recta a lo largo del suelo de la meseta, hasta que se perdieron en las sombras de su borde lejano. Entre ellos había una raya de plata que reflejaba el cielo.

Bajo los ojos vigilantes de los guardias grises, marcharon por un sendero desgastado que bajaba por la ladera de una colina en una serie de retrocesos. A medida que descendían y la luz se volvía más brillante, vieron que el fondo del valle no era tan suave como al principio parecía. Estaba marcado por cráteres de todos los tamaños, haciendo que pareciese un tramo de paisaje lunar.

—Cráteres de meteoros —dijo Susan— Este lugar debe haber sido golpeado por tormentas de meteoritos. Como la ciudad.

—Parece que muchos lo han hecho —observó Barbara— ¿No se defiende de la misma manera?

Plax habló, pareciendo levantarse de su abatimiento por primera vez.

—En cualquier lugar en un centenar de kilómetros de la ciudad verías las defensas funcionando. Deben querer mantener este lugar en secreto.

Las líneas paralelas desembocaban en terraplenes empinados de quince a veinte pies de altura. La veta plateada entre ellas se oscureció al llegar al nivel del suelo, pero ahora podían ver que los terraplenes se fundían en la ladera. El suelo había sido recortado entre ellos para formar la boca de un túnel que estaba cerrada por unas puertas dobles escalonadas de un hangar de aviones.

Tres camiones con neumáticos estaban esperando con remolques de plataforma plana. Los tres primeros equipos cargaron sus herramientas y ellos mismos subieron y fueron llevados a través de la meseta. El cuarto equipo marchó en la misma dirección.

A intervalos regulares pasaban por estrechas ranuras en el terraplén, lo suficientemente anchas como para que un hombre pudiera pasar, pero no podían distinguir detalles de lo que había más allá. Después de media milla llegaron a un lugar donde la pared del terraplén se había derrumbado en parte. Había un cráter de meteoros reciente a cien metros de distancia, donde el choque y el material expulsado de ello había causado claramente daño. El equipo fue dispuesto para limpiar los escombros sueltos y reconstruir el terraplén.

Se dispuso un relevo de carretillas. Susan y Bárbara palearon el material flojo mientras Plax utilizó su pico, bastante inexpertamente, para romper rocas más grandes que así podrían ser manejadas más fácilmente.

Después de una hora, el sol se había elevado lo suficiente como para disipar la última niebla fría y todos sudaban. Plax tendría ampollas por primera vez en su vida. Ahora pudieron ver que los terraplenes del otro lado de la meseta no se detenían en el borde del terreno llano. Siguiendo la misma línea, ascendían en una curva suave a través de las estribaciones, y desaparecían en el resplandor del sol naciente en alguna parte entre los altos picos.

—Pero, ¿para qué sirve? —murmuró Plax por quinta vez.

—Ojalá lo supiera —admitió Bárbara. Dejó de cavar durante un minuto, enderezó su espalda y se enjugó la frente— Podríamos preguntar... pero esas personas no parecen ser muy abiertas.

—Tal vez estén demasiado asustados por los guardias —sugirió Susan.

Como para demostrar que se equivocaba, el hombre que empujaba una de las carretillas que cargaban dijo:

—Vosotros tres sois nuevos, ¿no?

—Sí —dijo Bárbara, mirando furtivamente y bajando la voz— ¿Quién eres tú?

—Soy Tressel, ésta es Semanov —prosiguió, señalando a la mujer que manejaba la carretilla a su lado.

Barbara presentó a Susan, Plax y ella misma.

—No te preocupes por los guardias —continuó Tressel— Mientras sigamos trabajando no les importa si hablamos.

—Casi actúan como si no estuviéramos aquí —dijo Bárbara, mostrando su pala.

—Fuimos traídos aquí hace sólo unos días, pero otros trabajadores que han estado aquí más de un año dicen que siempre han actuado de esa manera... cuando se les puede hacer hablar, es decir. La mayoría parece haberse dado por vencidos —Él y Semanov

tomaron las manijas de sus carretas y empezaron a avanzar hacia el terraplén— Hablaremos de nuevo la próxima vez.

Cuando regresaron, Bárbara dijo:

—Los guardias casi parecen culpables, como si no estuviéramos aquí.

—Tendrán que sentirse culpables por hacer que la gente trabaje de esta manera —intervino Plax con sentimiento— Incluso los NC2 no se merecen este tipo de tratamiento.

—Pero ¿por qué no usan máquinas? —preguntó Susan— Serían mucho más eficientes.

—Hay algunos equipos de movimiento terrestre destrozados cerca de las cuevas —dijo Semanov— Los perdieron en una tormenta y no pudieron reemplazarlos. El trabajo de esclavos era lo mejor.

—¿Secuestro de ciudadanos con esa ridícula máquina? —preguntó Plax.

—Creo que es un viejo vehículo de seguridad camuflado —dijo Tressel— El dispositivo de succión tenía el objeto de seleccionar a personas específicas de una multitud o edificios ocupados.

—Pero, ¿quién lo usa? —preguntó Plax— ¿Este lugar es administrado por el gobierno o por una facción privada?

Tressel se veía incómodo.

—Nos hemos estado preguntando sobre eso. Solía trabajar para el gobierno yo mismo... pero he descubierto recientemente lo poco que sabía sobre Arkhaven. No lo sabemos ni se lo hemos preguntado a nadie más.

—Creemos que estas paredes están destinadas a proteger lo que haya entre ellos de los fragmentos arrojados cuando un meteoro golpea, pero, ¿qué es eso? —dijo Susan.

—Pues lo verás —dijo Semanov— Coge nuestras carretas este viaje. Mientras sigamos trabajando no les importa quién está haciendo qué.

Susan guardó su pala mientras Bárbara y Plax intercambiaban sus herramientas por las carretas cargadas. Siguieron las huellas de las ruedas por el lado del terraplén hasta la parte superior de la sección que se estaba reconstruyendo. Se tomaron su tiempo dando vueltas y golpeando los escombros en su lugar mientras miraban al otro lado.

Bárbara calculó que las paredes de los dos terraplenes estaban a sesenta o setenta pies de distancia. Un pozo de fondo plano de unos treinta pies de ancho y revestido con una lámina metálica reluciente se había hundido en el suelo entre ellos. Podría haber sido diseñado para canalizar el agua, excepto que estaba bastante seco. Corriendo a ambos lados del canal, y casi a diez pies por encima de ello, había una especie de peculiar cerca. Estaba formada por postes masivos, obviamente colocados profundamente en el sue-

lo y apoyados desde el exterior por puntales angulados. Se podían ver cables pesados saliendo del suelo a intervalos regulares y corriendo hasta el único riel ancho de la cerca. En la cara interior de la baranda, por encima de cada pilón, estaba montada una bobina ovoide de pesado alambre de cobre de más de tres pies de largo. Tanto el canal como las cercas corrían en una línea ininterrumpida a lo largo de toda la longitud de los terraplenes.

—¿Para qué sirve eso? —preguntó Plax.

Susan frunció el ceño.

—No lo sé... pero debe ser importante.

De repente, la inutilidad de su situación parecía pesar sobre Bárbara. Ella tocó la correa de su reloj con irritación. Una imagen del gran cohete de escape de los arkavianos entró en su mente. La nave, la llamó Plax. Sí, era de vital importancia que ella llegara a la nave... pero no sabía por qué.

## Capítulo Veinticinco

### Carne y Hueso

Lord Vendam estaba inicialmente decepcionado, más que preocupado, cuando se enteró en el desayuno que Plax no había estado en casa en toda esa noche. Supuso que debía haberse quedado en la casa de un amigo.

La visita del capitán Lant el día anterior había tensado las relaciones entre padre e hijo. Vendam nunca había estado contento con la participación de Plax en las llamadas "cacerías". Estaba la cuestión de la seguridad de la zona exterior, por supuesto, aunque el engaño que ellos mantenían debería ser capaz de soportar las intrusiones temporales que el tipo de cacerías implicarían. Era más el elemento de riesgo involucrado en las persecuciones. Recordó a los amigos de su propia juventud que habían fracasado mientras corrían con coches rápidos, y Plax era su único heredero... y el último recordatorio vivo de su querida y difunta esposa. El muchacho definitivamente se había vuelto más salvaje después de su muerte, pero Vendam se había abstenido de ordenarle que se detuviera porque creía que un joven debía aprender por experiencia lo más que pudiese. También tenía una astuta idea de hasta qué punto tal prohibición disminuiría la posición de Plax entre sus compañeros... y quedaban pocos en Arkhaven.

Pero ahora que las cacerías habían hecho que un vigilante fuese a la casa para interrogar a Plax como un criminal común, era un asunto diferente. La familia Vendam tenía ciertos estándares que mantener, después de todo. El día anterior le había dicho a Plax su cambio de opinión.

—No quiero que participes en más de esas cacerías vuestras.

Debería haber comprendido que no era el momento adecuado para dictar ley. El irrespetuoso tratamiento de Lant sobre él había reducido claramente su autoridad a ojos de Plax. El muchacho todavía era lo suficientemente joven para encontrar aquello difícil de aceptar. Su orgullo estaba herido y tuvo que golpear contra algo.

—¿Por qué no? —preguntó Plax con indignación— La persecución de unos NC2s escapados no hace ningún daño. La vigilancia los persigue de todos modos.

—Ese es su trabajo. No es conveniente estar demasiado estrechamente involucrado con ellos o con criminales escapados. Digamos que preferiría que no volvieras a entrar en la zona exterior.

Pero Plax no dejó pasar el asunto.

—¿Por qué no? No incomodamos a nadie. La gente se aleja de nuestro camino.

—Plax, no discutas, haz lo que te digo por una vez. Es por tu propio bien.

La boca de Plax se puso en una línea obstinada.

—Creo que soy lo bastante mayor para saber lo que es bueno para mí —le había dicho, y salió furioso de la casa.

Fue después del desayuno cuando llamó Orm Herstwell, deseando saber si Plax había llegado a casa ya. Cuando supo que no lo había hecho, admitió a regañadientes el reto que él y sus amigos le habían impuesto.

—Hemos vuelto al mismo lugar temprano esta mañana —explicó Herstwell— pero Plax no estaba allí. Al principio creímos que se estaba quedando con nosotros, pero después de un tiempo, ya que no aparecía, empezamos a preguntarnos si había tenido algún tipo de accidente. Buscamos bastante a fondo por la zona pero no había ninguna señal de él. De hecho, no había señales de nadie. Toda la zona parece desierta. ¿Ha sucedido algo ahí fuera, señor?

—No te preocupes por eso —dijo Vendam rápidamente— Tú y tus amigos no debéis volver a salir de la zona interior, ¿me entiendes?

—Pero, ¿y Plax, señor? Nos sentimos responsables. Nos gustaría ayudar a encontrarlo.

—Yo me ocuparé de Plax —le aseguró Vendam.

Después de que Herstwell se hubo marchado, Vendam permaneció sentada durante varios minutos mirando fijamente al espacio. ¿Qué le había pasado a Plax? Algunos de los edificios eran peligrosamente frágiles. Tal vez había entrado en uno para refugiarse y un suelo había cedido. Había muchas posibilidades. Y aunque estuviera a salvo, no podría dar vueltas por mucho tiempo sin darse cuenta de la verdad. Podría haber serias repercusiones si las acciones de su propio hijo y otros de su clase expusieran el engaño. Incluso si el descubrimiento fuera suprimido con éxito, el incidente fortalecería peligrosamente el poder del alcalde y de la Iglesia, en detrimento de las familias de la élite.

Por lo tanto, no podía llamar a la vigilancia para ayudar... al menos durante unas pocas horas.

Pero tampoco podía dejar a Plax allí. Cuando todo estaba dicho y hecho, él seguía siendo su hijo y su responsabilidad.

Cogió el teléfono de casa.

—Meeks... que mi coche esté listo... No, quiero conducir yo mismo.

—¡Tú no eres Susan, eres un androide, un simulacro, un impostor! —dijo el Doctor— ¿Qué has hecho con mi Susan?

Como lo había hecho durante la última media hora, la cosa que se parecía a Susan Foreman estaba sentada en una silla, abrazándose con los brazos, el rostro pálido e incrédulo, los ojos enrojecidos, las mejillas inundadas por lágrimas. A pesar de saber la verdad, por increíble que fuera, todo lo que Ian podía pensar era lo muy asustada que se veía.

—¡Por favor, para! —le rogó— Abuelo, no digas esas cosas. ¡Tu sabes quien soy!

Nyra Shardri levantó un fajo de impresiones de sus escáneres médicos. Se había recuperado de su conmoción inicial y estaba casi tan enojada como el Doctor. Había sido engañada y ahora faltaba una de sus pacientes.

—Te pareces a Susan, y algo dentro de ti engaña a los escáneres automáticos, muy bien —dijo— Pero las sondas de biopsia que hice demuestran lo que eres: carne crecida sobre una musculatura de fibra de gel y un esqueleto de aleación, con órganos internos sintéticos y un bloque de cristal de microcircuitos como cerebro.

—Pero, ¿cuándo se hizo el cambio? —preguntó Ian.

—Susan no era así cuando entró aquí —dijo Nyra— Lo vi con mis propios ojos. Y estubo bajo observación continua desde entonces... excepto durante el secuestro —Ella miró de nuevo al android— ¿Fue entonces cuando te sustituyeron?

—¡No lo sé! —dijo el androide con desesperación.

—¿Podría el obispo ser responsable? —preguntó el Doctor a Lant.

—No veo a la Iglesia usando esta tecnología —dijo Lant— Ni siquiera sabía que este tipo de cosas era posible. Si fueron ellos, entonces esa ceremonia que interrumpimos era una puesta en escena y estábamos destinados a llevarnos... esta falsificación... de vuelta —Frunció el ceño— Entonces lo estropearon todo al hierla. ¿Fue sólo un accidente, o significa que tampoco sabían lo que era? —Se frotó los ojos— Lo siento. Ha sido una noche larga y esto me está superando.

—Debe saber la verdad —dijo el Doctor, mirando con desprecio al androide— Y nos lo dirá.

—¡Doctor! —dijo Ian bruscamente— Sé que tienes miedo por Susan... la verdadera Susan, pero estás asustándola... a ella. No creo que ella sepa nada. Tal vez en lo que a ella se refiere es Susan. Si es una máquina, ¿no podría haber sido programada para creerlo, o algo así? ¿Verdad?

Con un esfuerzo visible, el Doctor se contuvo y en su lugar se sentó pesadamente, apoyando la cabeza en sus manos. De pronto parecía muy viejo.

En el cansado silencio, el androide Susan pareció respirar hondo y tranquilizarse. Ella miró al Doctor con triste anhelo, luego se acercó a las impresiones que Nyra seguía sosteniendo tan acusadoramente.

—Por favor —dijo ella.

Nyra se los entregó con una mueca de disgusto. El andróide los examinó cuidadosamente. Después de un minuto, Ian la vio estremecerse, pero siguió leyendo. Cuando terminó, cerró los ojos con fuerza e Ian se preguntó si estaría llorando. ¿Podría una máquina realmente llorar?

Sin previo aviso, se puso de pie de un salto, se dio la vuelta y golpeó la pared detrás de ella con todas sus fuerzas, gritando no con dolor, sino con angustia interior. Miraron con sorprendido silencio. Lentamente apartó el puño del hueco que había creado en el panel de la pared y miró sus nudillos sangrantes sin expresión. Luego se volvió hacia el círculo de caras sombrías que la rodeaban, su mirada fija finalmente en Ian.

—Recuerdo estar en la Tierra en 1963. Yo era alumna de la Coal Hill School y te di muchos problemas en clases de ciencias... Entonces, tú y Bárbara me seguisteis de vuelta a Totter's Yard. Es así, ¿no?

Ian asintió. El androide miró al Doctor, que a regañadientes se encontró con sus ojos.

—Estabas tan enojado con ellos por el error, Abuelo... —murmuró ella—... Doctor. De hecho, eras bastante desagradable. Recuerdo cada detalle. Pero si recapacito lo suficiente, creo que esas cosas me pasaron... pero no puedo asegurarlo porque sé la verdad sobre lo que soy. Se necesita un esfuerzo para mirar tan duramente. Si me detengo... entonces soy Susan y esto es una pesadilla.

—¿Por qué te dieron los recuerdos de Susan? ¿Quién era el responsable? —preguntó el Doctor.

—No lo sé —dijo el androide con desdicha— ¡No lo sé!

Ian se adelantó y tomó su mano. Parecía perfectamente normal.

—Yo te creo —dijo. Miró a los demás— Dejemos de culparla por algo que no tiene que ver con ella.

—De acuerdo —dijo Lant— Pero, ¿qué voy a decirle al alcalde? Ya dije que habíamos recuperado a Susan sana y salva. ¿Cómo puedo explicar esto?

El archidiácono Zeckler miró el cuerpo de Fostel mientras yacía en una capilla lateral cerrada de la catedral.

Había sido movido con prisa indecente desde el club de salud, antes de que una fuerza mayor de vigilancia los viese. Ahora, de pie entre las velas solemnes y el olor dulce de incienso, Zeckler se dio cuenta de que la carga de la tutela le había pasado a él. Hizo una silenciosa oración al Creador para tomar las decisiones correctas. Sólo un puñado de



hermanos sabía lo que había sucedido por el momento, pero en pocas horas tendría que hacer algún tipo de anuncio público. Debía decidir cómo revelar las circunstancias para mayor beneficio de la Iglesia.

Por supuesto, la muerte del obispo había sido, técnicamente, accidental. Había caído en la piscina en la oscuridad y la confusión y, con trágica ironía, había sido arrastrado hasta el fondo por el peso de sus propias ropas. Pero Zeckler sabía que, a los ojos del Hacedor, los guardias y los extranjeros, e incluso el alcalde, eran los responsables, aunque sería difícil probar esto a los ciudadanos no ilustrados. Era casi lamentable que el difunto obispo no llevara marcas de violencia. Una herida de bala de la pistola de un vigilante, ahora que podría haber sido convertido en un buen propósito.

Zeckler vaciló. ¿Fue una inspiración divina?

No era demasiado tarde para añadir tal detalle a los restos para reforzar la mayor verdad fundamental. Estaba seguro de que Fostel lo entendería. Después de todo, lo que quedaba de él ahora era sólo una cáscara vacía de carne y hueso.

## Capítulo Veintiséis

### La Fuerza de la Marea

Desde el día del impacto del asteroide, las fisuras se habían extendido a través del núcleo de la luna que caía.

Cada vez que su masa irregular pasaba cerca de Sarath, la fuerza de la marea que actuaba a lo largo de su anchura de ciento cincuenta kilómetros abría las grietas un poco más, ya que los lados opuestos de la luna intentaban orbitar a velocidades ligeramente diferentes. Además del estrés gravitacional, había la interacción entre el campo magnético de Sarath y los lodos ferrosos dentro del núcleo de la luna. A medida que esta fuerza retrasaba el movimiento hacia adelante de la luna, los lodos se retorcían y flexionaban contra la roca que los rodeaba. Múltiples grietas se encontraron, se fusionaron y formaron planos escarpados. Profundamente dentro de la luna, la roca raspaba contra roca a través de estratos fracturados cuya superficie combinada habría medido muchas decenas de kilómetros cuadrados. Inexorablemente, la fricción causaba calor.

A medida que la luna giraba cada vez más cerca de Sarath, la fuerza de la tensión en su núcleo se multiplicó. Incapaz de irradiar lejos en el espacio, la piscina del calor reunida alrededor de las zonas de la fractura comenzó a derretir la roca circundante.

Las cámaras de magma se formaron y se enviaron raíces de vuelta a través de las fisuras hacia la superficie. Constantemente la presión de la roca fundida se elevó hasta que ya no pudo ser contenida.

## Capítulo Veintisiete

### Grieta

—No debería haber permitido a Lant actuar como un héroe —comentó el comandante Pardek, enojado, a Draad.

—Estaba tratando de evitar cualquier acción oficial contra Fostel —replicó Draad— Sabe que no podía moverme sin pruebas. Nunca esperábamos que los hombres del obispo estuvieran armados.

Ambos hombres estaban cansados y de mal humor. Habían dormido muy poco en el mejor de los casos y esta última noche había sido peor de lo habitual.

—Sí, y si hubiéramos tenido un equipo adecuado allí, podríamos haberlo detenido por poseer armas ilegales —respondió Pardek con disgusto apenas oculto— Como fuese, cuando mi escuadra llegó allí el lugar había sido limpiado de cualquier cosa incriminatoria. Es probable que las armas ya estén almacenadas por toda la ciudad. Sabemos que uno de sus coches entregó algo a la catedral, pero lo introdujeron antes de poder interceptarlos. ¿Nos arriesgamos a hacer una búsqueda?

Draad sacudió la cabeza.

—La vigilancia nunca ha puesto un pie en la catedral en asunto oficial desde que fue consagrada, ni mucho menos a propósito. Quiero mantener a los creyentes fuera de balance, no provocar una confrontación total.

—Pero no podemos dejar que tengan armas sin licencia.

—Puede que tengamos que hacerlo. Al menos ahora sabemos que existen.

—Si me disculpa, alcalde —interrumpió Monitor— pero las órdenes permanentes requieren que le informe inmediatamente sobre cualquier cambio en la condición de la luna. Las observaciones de nuestras estaciones ecuatoriales automáticas restantes muestran cambios rápidos en su superficie.

—Veámoslo —dijo Draad.

Las pantallas de la pared se encendieron para mostrar el cuerpo cicatrizado de la luna visto desde tres posiciones diferentes de cámara. Una vista estaba oscurecida intermitentemente por unas nubes ondulantes, pero las otras eran bastante claras. Mostraban un racimo de media docena de puntos rojos y parpadeantes de luz en el cuerpo de la luna. Incluso mientras Pardek y Draad los estudiaron, se hicieron más intensos y surgieron nuevas manchas. En pocos minutos se estaban formando líneas torcidas que irradiaban a través de la superficie de la luna.

—¿Volcanes?

—Por lo visto, alcalde —contestó Monitor.

—Pero, ¿de dónde salieron... y por qué están apareciendo ahora?

—El calor interno puede haber sido generado por tensiones acumuladas dentro del interior de la luna. Están en erupción a lo largo de líneas de falla preexistentes, lo que proporcionaría puntos de menor resistencia a la presión del magma subterráneo.

Los oscuros respiraderos volcánicos estaban oscurecidos por nubes oscuras de material expulsado. Sobre ellos los rasgos de superficie normalmente agudos quedaban como borrosos por una niebla constante. En sus últimos días la luna estaba formando una atmósfera temporal de polvo y roca vaporizada. De vez en cuando se encendía desde abajo por los resplandores rojizos y las descargas electrostáticas azules—blancas.

—¿Estas erupciones afectarán nuestras previsiones para el Día Cero? —preguntó Pardek, ansioso.

—No en su magnitud actual, comandante —dijo Monitor— Cualquier empuje limpio que los volcanes imparten sobre la luna no alterará su trayectoria en un grado apreciable en el tiempo que resta. El material eyectado que llega a nosotros se agregará de manera inapreciable al residuo del evento primario que sigue afectando a Sarath. La trayectoria de despegue prevista de la nave debe llevarla lejos de cualquier nueva materia en órbita.

—Bien —dijo Draad— Continúa la observación cercana por si acaso.

—Como usted lo pida, alcalde.

Draad y Pardek reanudaron sus deliberaciones. Se preguntaban si se podría razonar con Fostel en privado cuando Monitor interrumpió una vez más.

—Alcalde. Se está realizando una difusión en directo no programada desde la catedral.

—¿Qué? Ponlo.

Los graves rasgos del archidiácono Zeckler llenaron la pantalla.

—Compañeros creyentes, ciudadanos de Arkhaven —dijo— Es mi triste deber informarles que el obispo Fostel ha muerto. Fue asesinado trágicamente durante las primeras horas de esta mañana mientras realizaba una ceremonia especial en las dependencias privadas de algunos de sus seguidores más cercanos.

La cámara cortó para mostrar un plano de Fostel, tendido en espléndidas túnicas ante un altar. La cámara se acercó para mostrar su rostro y el agujero de bala manchando de rojo su pecho.

—Se realizará un servicio especial de conmemoración en la catedral al mediodía — continuó Zeckler— Mientras tanto, exigimos que los involucrados en este impuro delito sean llevados ante la justicia inmediatamente. Ellos son el capitán Benadik Lant de la vigilancia de la ciudad, dos vigilantes aún no identificados y los alienígenas conocidos como el Doctor, Ian Chesterton y Susan Foreman. Si, al final del servicio, los nombrados no han sido detenidos, entonces invito a todos los creyentes, y a otros que tengan la verdad y la justicia en alta estima, a marchar al ayuntamiento y exigir una explicación del propio alcalde.

Que la bendición del Creador caiga sobre ti.

La imagen desapareció.

Draad estaba maldiciendo entre dientes:

—¡Maldito sea el hombre! Incluso después de haber muerto, sigue causando problemas.

Pardek se encogió de hombros.

—¿Crees que de verdad Lant lo mató? No mencionó víctimas específicas.

—No importa cómo murió Fostel o quién lo hizo —dijo Draad— Zeckler va a desmorar la ciudad con un discurso tan directo como ese. ¡Imbécil!

—Mira, alcalde, tengo que seguir con esto ahora que se ha hecho la acusación. Debo atrapar a Lant y a los demás, aunque sólo sea por su propia seguridad. Si algunos de esos fanáticos llegan a ellos primero, bueno, puedes adivinar qué podría suceder.

—Lo sé... pero no voy a entregarlos a la justicia de la Iglesia. Especialmente a Lant. A pesar de todo, es un buen hombre.

—Sí, lo es —convino Pardek— Pero tal vez sea demasiado honesto para su propio bien. Por eso lo mantuvimos fuera de la lista, después de todo. ¿Al final marcará alguna diferencia?

Mientras Draad sacudía lentamente la cabeza, Monitor interrumpió bruscamente:

—Ahora estoy detectando grandes cambios gravimétricos en la luna.

Se volvieron a las pantallas mural a tiempo para ver fuentes de fuego ardiendo atravesando las nubes que envuelven la luna. Se levantaron en aparente graciosa cámara lenta, enviando chorros de chispas al espacio. Draad parpadeó. ¿Chispas? Para parecer chispas a esta escala, el punto de luz más pequeño tendría que ser del tamaño de un bloque de torres. Las fuentes de fuego se fusionaron en una sólida línea dentada que recortaba la superficie de la luna, curvándose alrededor del borde. En otra pantalla vio el torcido pliegue de fuego fluir inexorablemente alrededor de la luna. Luego, apareciendo sobre el cuerpo de la luna, apareció una segunda línea de fuentes incandescentes.

Las dos grietas se encontraron y se fusionaron, rodeando la luna en un anillo de fuego. El anillo se convirtió en un abismo cada vez más amplio y profundo.

Luego vino un resplandor de luz que se elevaba desde el mismo corazón del abismo.

Un halo casi perfecto de roca y polvo ardiendo se lanzó hacia el espacio, expandiéndose en aparente cámara lenta.

—El núcleo de la luna ha explotado —anunció Monitor.

Draad y Pardek miraban fijamente con fascinación horrorizada cuando, con majestad pesada, los dos segmentos de la luna comenzaron a separarse.

—La presión interna y el estrés gravitatorio han dividido la luna en dos cuerpos de tamaño desigual, el más grande es aproximadamente el doble de la masa del más pequeño —continuó Monitor sin emoción— Además, existen numerosos fragmentos secundarios de magnitud de un kilómetro y más. Estoy calculando ahora la dinámica orbital modificada de los nuevos cuerpos.

Silenciosamente, Draad cruzó hasta su mesa de bebidas y sirvió dos vasos de una mezcla fuerte que rara vez tocaba. De espaldas a Pardek tomó una pastilla de su dispensador de bolsillo y la tragó, luego volvió a la mesa con las bebidas.

—Primera aproximación —dijo Monitor— El cuerpo más grande ha sido elevado a una órbita más alta por la fuerza de la separación. No afectará a Sarath durante al menos sesenta días. Los fragmentos secundarios comenzarán a impactar dentro de una hora. Se pueden esperar perturbaciones atmosféricas y sísmicas significativas de intensidad progresivamente creciente. El cuerpo menor impactará sobre Sarath en aproximadamente unas horas. Los efectos del impacto en la biosfera y la corteza planetaria serán sólo un 15% menos que los proyectados para el cuerpo original, ya que su ángulo de impacto será ligeramente mayor. La posibilidad de supervivencia para la vida en Sarath sigue siendo insignificante.

Hoy es el Día Cero. Espero más instrucciones.

Pardek bebió el contenido restante de su vaso de un trago, luego miró a Draad. Como Monitor, estaba esperando una respuesta.

Draad se obligó a tomar un trago más comedido de su bebida. Se sentía curiosamente desapegado. Aunque ningún acontecimiento jamás había sido tan completamente planeado en la historia de Arkhaven, ahora que estaba cercano no podía creerlo. Todo lo que sabía con certeza era que las próximas horas serían maravillosas y terribles. Una historia terminaría y otra comenzaría... o todo se perdería.

Fue casi por reflejo que se aclaró la garganta y dijo:

—Monitor: iniciar operación Éxodo inmediatamente.



# Capítulo Veintiocho

## Éxodo

El mismo mensaje pasó por todas las pantallas públicas, caseras y teléfonos de bolsillo en la ciudad. El texto se desplazó por las pantallas en un bucle continuo, mientras los tonos medidos por el Monitor proporcionaban un acompañamiento verbal.

—ATENCIÓN A TODOS LOS CIUDADANOS DE ARKHAVEN. Este es un importante anuncio de la Alcaldía. Hoy es el Día Cero. La operación Éxodo comenzará inmediatamente. Por favor cesen todas las demás actividades y encamínense al lugar del lanzamiento de una manera ordenada, llevando con ustedes solamente sus artículos permitidos de equipaje y efectos personales. No hay necesidad de apresurarse. La ciudad no está en peligro inmediato y la nave no despegará al menos en tres horas. Esto no es un simulacro.

El mensaje se repite: ATENCIÓN A TODOS LOS CIUDADANOS...

Hubo un chasquido metálico. Susan se enderezó y examinó la hoja de su golpeada pala, retorciendo una mecha de metal curvado libremente.

—Desgastaremos estas cosas si seguimos excavando hasta el final —dijo.

—No podemos quedarnos aquí tanto tiempo —replicó Bárbara— Tenemos que volver a la ciudad.

Susan le dirigió a su amiga una mirada curiosa.

—Ya lo sé, pero primero tenemos que pensar una manera de hacerlo —Ella frunció el ceño, pensativa, ante el pedazo de metal que tenía en la mano.

—¡Todos, las herramientas al suelo! —gritaron los guardias— ¡Déjenlas donde están! ¡De regreso a la base! ¡Muévanse!

Los trabajadores que trabajaban a lo largo de los terraplenes levantaron la vista sorprendidos, desconcertados por el repentino cambio de rutina. Hubo un ruido lento de picos y palas mezclados con pisadas mientras formaban con sus equipos de trabajo. Con otra palabra de mando empezaron a dar la vuelta a medio trote.

—¿Creéis que viene una tormenta? —preguntó Plax.

—Nos lo dirían si la hubiese —dijo Semanov— Sólo habría una advertencia de dos o tres minutos. No habría tiempo para volver a la cueva, así que nos refugiaríamos en la zanja. Esto es otra cosa.



Dos camiones que tiraban de unos remolques pasaron más allá de ellos, hacia los equipos que trabajaban más adelante a lo largo del terraplén.

—Creo que es eso —dijo Tressel, jadeando con el esfuerzo de mantener el paso.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Bárbara.

—¡El éxodo... debe haber comenzado!

Los que lo oyeron tropezaron y rompieron el paso. Los guardias les gritaron que siguieran juntos.

—Pensé que aún faltaba un mes —dijo Susan.

—¿Cómo podemos averiguarlo con certeza? —preguntó Bárbara— ¡Debo saberlo con certeza!

Susan la miró sorprendida. Había una mirada extraña en los ojos de Bárbara.

—¿Te sientes bien?

Pero Bárbara no parecía oír. Ella miraba a su alrededor con rápidos movimientos de su cabeza mientras sus manos se apretaban y se aflojaban nerviosamente.

Llegaron al pie del sendero sinuoso que conducía al complejo de la cueva y comenzaron a subirlo. Los guardias en la cornisa bajo los acantilados que tenían por encima de ellos les gritaron para que apurasen. Mirando hacia atrás a través de la meseta vieron nubes de polvo que se elevaban mientras los camiones volaban con los primeros tres equipos de trabajo.

—Algo les ha puesto así —dijo Plax— Si es el éxodo, ¿dejaremos que nos encierren y nos dejen aquí?

—¡Cállate! —dijo Bárbara con tanta ferocidad que Susan y Plax quedaron sorprendidos y en un silencio momentáneo.

Estaban pasando la boca de la cueva por la que habían sido llevados cuando llegaron al complejo. Haciendo eco débilmente desde dentro, oyeron una voz sin emoción que decía:

—...y la nave no despegará al menos en tres horas. Esto no es un simulacro. El mensaje se repite...

Los ojos de Bárbara brillaron. Se quitó el reloj de pulsera, lo giró y presionó su uña con fuerza en una ranura en la placa base.

Susan se quedó boquiabierta ante ella con asombro.

—¿Qué hiciste? ¿Que sucede contigo?

Bárbara parpadeó y sacudió la cabeza, mirando tontamente el reloj todavía entre sus manos.

—No sé... tenía que hacerlo. Tengo que llegar a la nave. ¡Sí, tengo que llegar a la nave!

A estas alturas ya habían sido conducidos hasta el final de la cueva. La pesada puerta que conducía al cuartel estaba abierta ante ellos. Algunos trabajadores, habituados por la rutina, se habían detenido para quitarse las botas y las batas y colgarlas. Estaban siendo arengados por guardias impacientes. En extremo de la cueva comenzaron a apiñarse un buen número de figuras.

Inconsciente de los gritos de Susan para que se detuviese, Bárbara comenzó a intentar abrirse camino hasta la entrada de la cueva, a través de la multitud de trabajadores. Con desesperada fuerza empujó a un hombre fuera de su camino. Él tropezó y tiró a alguien más abajo con él cuando cayó. Se levantaron voces, se intercambiaron golpes y de repente una pelea comenzó con Bárbara en el medio. Los guardias entraron, agitando sus armas amenazadoramente.

Bárbara se arrastró fuera de la esforzada multitud y tropezó torpemente hacia ellos, sus ojos salvajes con una ciega determinación. Un guardia le gritó una advertencia, pero ella no se dio cuenta. Mientras trataba de pasar delante de él, invirtió su arma y golpeó con la culata del arma. Impactó contra su frente y cayó al suelo.

El comandante Breen estaba en su despacho en el campamento NC2 cuando llegó la advertencia. Después de un momento de conmoción, se recuperó y recordó su deber. Envío una llamada para reunirse con los guardias veteranos de inmediato, luego cogió el paquete de órdenes selladas de su caja fuerte. "AABRIR SOLAMENTE AL RECIBIR LA ALERTA DE OPERACIÓN EXODUS" estaba impreso en letras grandes en el exterior.

Rasgó el sobre y desplegó la única hoja de papel que había dentro.

Cuando llegaron los guardias veteranos, todavía estaba sentado en su escritorio, con sus rasgos normalmente agradables apesadumbrados.

—Es el Día Cero —dijo con voz seca— Que los guardias se retiren en silencio y sellen todas las puertas internas. Estén listos para salir en diez minutos —Silenció un balbuceo repentino de preguntas con un gesto agudo— ¡Sólo háganlo! Cuanto antes comiencen, antes subiremos a la nave.

Una vez que se habían ido, se levantó y se puso el abrigo. No había nada en la oficina que valorara. De hecho, en cualquier caso no quería recuerdos del campamento. La memoria sería una carga bastante pesada para llevar consigo.

Echó una ojeada más al papel que estaba sobre su escritorio. No quería volver a tocarlo. Sería la única vez que fallaría al cumplir órdenes. Supuso que técnicamente era un abandono del deber, pero esto no era una guerra. Él no era un asesino. Y además, ¿quién lo sabría?

Mientras salía por la puerta, escuchó gritos fuera.

—¿Estás seguro de que es su señal? —preguntó Keldo a Thorken— Aún estamos a muchos días de la fecha de impacto proyectada. Pensamos que los arkavianos no estarían listos para el lanzamiento hasta cerca del final.

—La señal era débil pero inconfundible, mi príncipe —dijo el viejo científico— Debe haber sobrevivido a la inundación en los túneles y ahora está obedeciendo sus instrucciones.

—¿Podría haberse transmitido por casualidad?

—No por el agente. Su condicionamiento hace imposible que ella envíe la señal a menos que esté segura de que la evacuación de la ciudad ha comenzado. Tal vez algo les ha sucedido para acelerar sus planes

Keldo reflexionó un momento y luego dijo:

—No podemos arriesgarnos a ignorar la advertencia —Abrió el circuito de altavoces de la nave— Aquí Keldo. Ha llegado el momento, mis guerreros. ¡Preparaos para la batalla!

En el hospital todavía estaban tratando de aceptar el increíble anuncio de Zeckler cuando llegó la alerta. Desde la sala de tratamiento podían escucharse el mensaje de Monitor repitiéndose sobre la pantalla pública en el área de espera.

—Pensé que aún quedaban treinta días —dijo Ian a Lant.

Por un momento Lant parecía haber perdido su acostumbrada compostura. Luego hizo una llamada a través de su teléfono y escuchó durante un minuto.

—Ha habido una erupción volcánica masiva en la luna —informó— Está partida en dos. Una parte va a golpearnos en unas ocho horas, pero fragmentos más pequeños comenzarán a impactar dentro de una hora en adelante.

Ian miró consternado al Doctor.

—Ocho horas. No es tiempo suficiente para hacer una nueva llave para la TARDIS, supongo.

—No, Chesterton —dijo el Doctor en tono sombrío— no el suficiente.

—Ven a la nave —dijo Lant— Estoy seguro de que el alcalde estará de acuerdo en que te unas a nosotros después de la ayuda que has prestado. Al menos tendrás las mismas oportunidades que nosotros.

—¿Y yo? —preguntó el androide Susan en voz baja.

Mientras dudaban, el Doctor dijo con firmeza:

—Mi Susan está en alguna parte de esta ciudad. Voy a buscar hasta el último minuto para encontrarla. Puede que aún tenga su llave de la TARDIS.

Ian vio la expresión de determinación en su rostro y no trató de discutir, aunque era consciente de lo tenues que eran sus posibilidades. Tenía que estar al lado del viejo.

—Bien, pero ¿por dónde empezamos?

—Ese club de salud... es la única pista que tenemos.

Lant parecía preocupado.

—Os puedo dar un coche, pero me temo que tendrás que ir solo. Tengo que dejar que mi chofer se vaya e ir a la nave yo mismo.

—Y yo tengo que ayudar a evacuar a los pacientes restantes —dijo Nyra.

—Pero podríamos necesitar tu ayuda —dijo Ian— Conoces la ciudad. Además, ¿no quieres saber quién hizo el androide y por qué? ¿No tiene eso implicaciones de seguridad?

Incluso mientras Lant consideraba esto, su teléfono sonó. Escuchó durante un minuto y luego dijo:

—Bien, estaremos allí tan pronto como podamos —Colgó y se volvió hacia Ian y el Doctor con una expresión muy curiosa— Era Curton. Cree que ha encontrado el lugar donde tu amiga Bárbara salió del sistema de alcantarillado. Ahora dice que podría estar con alguien que tiene una "S" como inicial de su nombre.

—¡S! —exclamó el Doctor.

Ian sintió un momentáneo mareo, junto con una oleada de salvaje esperanza que había pensado que nunca volvería a sentir. Se dio cuenta vagamente de que Lant intercambiaba una mirada y asentía a Nyra, luego comprobaba su reloj.

—Dadas las circunstancias, os daremos una hora.

Vendam recibió la alerta del éxodo en la pantalla de su automóvil, mientras recorría las calles vacías alrededor del punto de encuentro que Herstwell había descrito.

Se detuvo un momento para llamar a su casa. Ordenó a sus sirvientes que se dirigieran a la nave con su equipaje propio y el de Plax, y les aseguró que estaría con ellos antes del despegue. Él sabía que, como primera entre las familias de la élite, él debería estar allí en la nave en persona para verlos a salvo a bordo, pero no podía abandonar a Plax. Se dio cuenta con una brusquedad repentina de lo solo que estaba.

Nadie más podría desperdiciar el tiempo para ayudarlo a buscar ahora, mientras las últimas horas pasaban.

¡Tenía que pensar! No podía seguir conduciendo arriba y abajo al azar. Si Plax hubiera dejado la zona, ¿a donde iría? Si se hubiese dirigido hacia el centro de la ciudad, ya habría llegado. Incluso Plax habría llamado a casa cuando la alerta sonara.

Pero, ¿dónde más estaría si en la otra dirección sólo estaba el muro...? ¡Y el campamento NC2! Sí, teniendo en cuenta el interés de Plax en sus ocupantes, podría haber ido allí por pura maldad. O tal vez una patrulla lo había encontrado. Si él no podía dar cuenta apropiada de sí mismo, podrían haberlo llevado allí directamente como un fugitivo sospechoso.

Vendam trató de hacer una llamada al campamento pero no obtuvo respuesta. ¿El sistema telefónico ya estaba fallando? No podía arriesgarse. Hizo girar el gran coche y aceleró.

Mientras Zeckler supervisaba el apresurado envasado de las más preciosas reliquias de la iglesia en sus cajas preparadas, su mente trabajó furiosamente.

Había rezado pidiendo orientación y había recibido este golpe en su lugar. Si sólo le hubieran concedido unos pocos días más para establecer su autoridad. A menos que esto fuera una prueba de su estado físico. Sí. De alguna manera, él debía sacar lo mejor de la situación.

No habría servicio de mediodía ya. Toda la gente, incluso los creyentes, sólo tendrían una cosa en sus mentes. Pero la muerte de Fostel no debe ser en vano. Muy bien, si no venían a él, debía ir a ellos. Habría un poderoso símbolo del viejo mundo que el pueblo llevaría en sus pensamientos mientras subían a bordo de la nave.

Desde la ventana de su oficina, Draad pudo ver la corriente de automóviles comenzar a llegar a las puertas del sitio de lanzamiento. También podía ver los pequeños puntos de los que vivían lo suficientemente cerca como para caminar, fusionándose unos con otros hasta que parecían columnas de hormigas. Las cápsulas paraban cada media hora en la estación de metro más cercana y se desprendían de su cuota para hinchar la creciente multitud. Esperaba que la vigilancia pudiera mantener el orden. No quería ningún pánico. La gente debía subir a la nave y ocupar sus lugares con calma.

—Todas las órdenes ejecutivas de la primera fase se han llevado a cabo, alcalde —dijo Monitor— El resto del edificio ha sido evacuado. Su coche le está esperando.

—Gracias, Monitor. Comienza la segunda fase. Transfiere todos los circuitos de comando y relés a la nave. Cierra todas las terminales no esenciales.

—Orden ejecutada, alcalde.

Las pantallas de la pared quedaron en blanco. El anillo verde sobre el ojo de la cámara de Monitor se desvaneció en la oscuridad.

Draad cogió su pequeña bolsa de efectos personales, igual que todos los demás, y echó un último vistazo.

Había mucho más que había planeado hacer... todo irrelevante ya. Tal vez fuera mejor así. Treinta días de ansiedad y intriga potencial se borraron de un plumazo. Sin embargo, le habría gustado tener tiempo para hablar con el Doctor sobre las estrellas de nuevo.

Salió de su oficina por última vez y no miró hacia atrás.

Keldo miró a sus hombres reunidos en la cavernosa bodega de la nave insignia, con sus paredes arrugadas y sus pisos inclinados como los del resto del barco. Muchos todavía llevaban cicatrices a medio curar del accidente, pero estaban desatados y listos para pelear. Sintió que un fiero orgullo se hinchaba dentro de él.

—Compañeros Taklares. Hoy hemos terminado de escondernos, de perdernos en la oscuridad. ¡Hoy volvemos a la luz! —Ellos aplaudieron, agitando sus armas en el aire— Podemos ser los últimos de nuestra raza, pero somos guerreros y llevamos nuestra tradición y gloria dentro de nosotros. Y prometo que volveremos a ser poderosos cuando reconstruyamos nuestro imperio en un mundo nuevo.

Incluso ahora la nave de Arkavian se está preparando para el lanzamiento. Toda la atención se centrará en embarcar a su gente. Después de un año de inacción, sus fuerzas armadas serán laxas y tendremos la ventaja de la sorpresa. Piensan que estamos muertos... ¡pronto les mostraremos lo equivocados que están! Nos dirigiremos a la superficie, tomaremos el transporte que necesitamos y nos encargaremos del sitio de lanzamiento. Allí, en un primer momento, vamos a atacar. Nuestro objetivo es el centro de control de la nave. Una vez que esté en nuestras manos no se atreverán a usar una fuerza ilimitada contra nosotros. Tendrán que despegar según lo planeado.

Una vez de camino a Mirath exigiremos suficientes mujeres de Arkavian para que estén disponibles para nuestros propósitos. Sé que la perspectiva de apareamiento con miembros de una raza inferior es repugnante, pero la progenie será al menos mitad taklariana y será educada a la manera de los taklares en Mirath. Al haber heredado un acervo

genético superior sobrevivirán a los rigores del nuevo mundo mejor que los arkavianos.  
¡En unas pocas generaciones serán la única raza en Mirath!

¡Recordad, podemos ser superados en número pero somos guerreros taklares!  
¡Conquistaremos y prevaleceremos!

Aclamaron salvajemente y golpearon sus pies. Keldo se dirigió a la boca del túnel que conducía a la ciudad.

—¡Ahora seguidme a la victoria!

## Capítulo Veintinueve

### La Voluntad de Vivir

Mientras Vendam conducía por el último tramo de la carretera que conducía al campo de NC2, vislumbró figuras desvencijadas que corrían a través de la tierra baldía hacia la ciudad. Pero tal era su preocupación por Plax que el significado de lo que vio no se registró en su mente. Fue sólo cuando giró una curva de la carretera mientras se arremolinaba entre montones de escombros y tuvo que frenar bruscamente cuando lo comprendió.

Una multitud enfurecida, tal vez cincuenta hombres fuertes, llenó el camino delante de él. Antes de que él pudiera dar marcha atrás más gente apareció, pululando sobre los montones de escombros y rodeando el coche, golpeando en sus lados con sus puños. Hubo un terrible aullido de voces que parecían de animales:

—¡Paradle! ¡No dejéis que huya!

Antes de que Vendam pudiera cerrar con llave las puertas, se las abrieron y unas manos ásperas lo sacaron de su asiento. Él atacó desesperadamente, tratando de defenderse, pero había demasiados. Cayó al suelo bajo una lluvia de golpes. Una patada le impactó en las costillas mientras otra le golpeaba la sien.

Se dio cuenta vagamente de que sus atacantes se subían a su coche, luchando entre ellos por el espacio. Con media docena más agarrándose a sus costados, se dio la vuelta y se dirigió hacia la ciudad, con el resto de la multitud corriendo a su paso.

Entonces todo se desvaneció en la oscuridad.

Una media docena de taklares rompieron la delgada capa de tierra que había quedado sobre la cabeza del nuevo túnel, balanceando sus armas para cubrir a los camaradas que emergían detrás de ellos. Equipos de asalto corrieron a través del terreno abierto e irrumpieron en los edificios adyacentes, rompiendo las puertas exteriores con simples patadas de sus pesadas botas. Subieron a las escaleras y golpearon a lo largo de los pasillos, abriendo puertas internas mientras avanzaban, listos para silenciar cualquier oposición. En pocos minutos los informes llegaron a Keldo.

—Los edificios están vacíos, príncipe. Por su aspecto, han sido abandonados hace algún tiempo.

—Como esperábamos. A la carretera más cercana. Tenemos que encontrar transporte.



Los taklares pasaron por el nivel del suelo de uno de los edificios desiertos, moviéndose en silencio para ser hombres tan grandes, hasta que llegaron a una hilera de ventanas mugrientas colocadas en un muro exterior. Miraron hacia una calle vacía con cuatro coches estacionados a lo largo. No había señales de tráfico peatonal.

—Mejor que esto se hiciera por la noche, pero no tenemos otra opción, así que sere-mos atrevidos —dijo Keldo a su equipo personal—Después de mí. Cada uno que lo inten-te en un coche.

Encontró una puerta en la pared, comprobó que no eran observados y condujo a sus hombres por el pavimento.

El coche más cercano estaba abierto. Acomodó su cuerpo en el asiento del conduc-tor, y después de un momento de torpeza con los desconocidos controles, activó la ali-mentación principal. El panel de instrumentos permaneció oscuro. La batería del coche estaba muerta. Maldiciendo, se levantó de su asiento. Los demás hicieron lo mismo, sacu-diendo la cabeza. ¿Los cuatro coches sin electricidad? Keldo pasó los dedos por la cu-bierta del coche, dejando rayas metálicas en la capa de fino polvo oscuro que se adhería a su superficie. Sus ojos se arrastraron por la calle, notando por primera vez las ventanas rotas en el edificio de enfrente. Entonces un suave zumbido llegó a sus oídos.

—¡Vehículo aproximándose, príncipe!

—Detenedlo cuando pase.

Se agazaparon detrás de los coches estacionados hasta que el vehículo estaba casi sobre ellos y luego saltaron delante de él, con amenazantes armas de fuego. Se detuvo bruscamente, el conductor mirando fijamente delante de él como si estuviera congelado por el shock. Antes de que pudiera moverse, Keldo alcanzó la puerta, la abrió, agarró al hombre por el cuello... y se encontró sosteniendo un maniquí sin piernas con las manos.

El resto de la escuadra se quedó boquiabierto ante él, con las armas caídas descui-dadamente, asombrados por un momento superando incluso su férrea disciplina. Keldo miró incrédulo al maniquí y luego a la calle a su alrededor, tratando de evaluar de nuevo la calidad del silencio y la quietud que lo envolvió. Luego arrojó el maniquí a un lado y seña-ló al resto de sus fuerzas. Salieron del edificio a la calle.

—Algo pasa aquí. Dispersaos. Detened todos los vehículos en movimiento. Debe-mos llegar a la nave a toda la velocidad.

Lant se detuvo junto al trasteado camión de Curton y todos salieron. Ian y el Doctor se apresuraron a avanzar ansiosamente mientras el androide Susan los seguía silencio-samente en la retaguardia.

El ingeniero los condujo fuera del camino y atravesó un arco a un patio cerrado.

—Es casi la última rama que comprobamos —explicó— Una cámara de las alcantarillas encontró un bloqueo, pero logró atravesarlo para encontrar esto.

Había una depresión hundida en el suelo con un agujero fangoso en el medio. Varias huellas de palmas se veían claramente en la tierra blanda. Ian las tocó. Eran más estrechas y más pequeñas que su propia mano.

—Hay más —dijo Curton, sacándolos del patio y bajando por un estrecho pasadizo — Antes de que os llamara, eché un vistazo, pensando que podría encontrar a tu amiga por aquí cerca.

Salieron a una pequeña calle de tiendas. Curton se dirigió a un lugar situado frente a un pequeño café y señaló la ventana. Pintarrajeado en salsa roja había un símbolo: B + S  
□ .

—Una máquina expendedora está rota, hay un montón de envoltorios de barras de dulces diseminadas por ahí y se puede ver donde dos personas se sentaron durante un rato.

Ian tendió la mano a Curton.

—Gracias por mantener la búsqueda —dijo simplemente.

—Bueno, no te rendiste mientras excavábamos la torre, y parece que tu amiga tampoco renunció —dijo Curton— No puedo hacer menos.

—Será mejor que te vayas ya a la nave —dijo Lant— Nos ocuparemos de esto.

—Me quedaré un rato más si no te importa —dijo Curton— Me gustaría terminar mi último trabajo. Tengo mi maleta conmigo y sin familia por la que preocuparme.

—Como quieras —dijo Lant— Traeremos los coches —dijo a los otros— Quedaos aquí.

Lant y Curton se apresuraron. Nyra se asomaba por la entrada del café mientras el andróide se encontraba a unos pasos de distancia en un retirado silencio.

Ian se volvió con ansiedad hacia el Doctor.

—¿Podrían Barbara y Susan haberse encontrado de alguna manera?

—Parece probable. ¿A quién más identificarías simplemente con una inicial?

—No pueden haber ido demasiado lejos. Mientras Bárbara haya dejado más señales...

Las implicaciones de lo que decía lo impactaron como un golpe físico. Sus hombros se hundieron. Él dijo en voz baja:

—No importa si las encontramos o no, ¿verdad? Cuando este planeta sea destruido, moriremos todos. No hay esperanza.

—Ánimo, Chesterton —dijo el Doctor— No todo está perdido todavía. Busquemos a Susan y a Bárbara primero, después... bueno, ya veremos.

Lant y Curton regresaron con los coches. Subieron y se dirigieron en la dirección indicada por la flecha de Bárbara.

Después de un minuto, lan dijo:

—¿No estaba cerca de aquí donde ocurrieron esos cortes de energía la noche pasada y nosotros perseguimos esa cosa?

—Tienes razón —asintió Lant. Giró el coche por una esquina y se dirigió hacia un cinturón de árboles— El segundo apagón se centró alrededor de este parque.

—Puede que haya una conexión entre Bárbara, Susan y el apagón —dijo el Doctor — Esa cosa que perseguíais, ¿puedes mostrarme dónde la perdistéis?

Lant le enseñó su mapa electrónico.

—En esta marca... y estamos ahí abajo.

El Doctor reflexionó sobre la imagen por un momento, luego ajustó los controles para mostrar una vista a menor escala de toda la ciudad.

—¿Ha habido muchos de estos apagones inexplicados en la misma zona? —preguntó.

—Algunos —admitió Lant.

—¿Alguna asociada a desapariciones inexplicables?

—Según se informó, hubo un apagón en la zona donde encontramos a los NC2 muertos que pensamos que podrían tener tu llave. Puedes ver dónde está marcado.

—Sí... todos en el mismo cuadrante de la ciudad —lan oyó al doctor murmurar por un momento, y luego dijo en voz alta— Sí, creo que deberíamos ir al lugar donde perdiste tu misteriosa presa.

—¿No deberíamos buscar primero en esta zona? —preguntó lan.

—No, confía en mí, Chesterton.

—No tenemos mucho tiempo —dijo Lant.

—Entonces conduce más rápido, capitán —dijo el Doctor.

Atravesaron las calles desiertas, pasando sólo unos pocos vehículos falsos con sus conductores ficticios. Presumiblemente, continuarían sus viajes sin sentido hasta que llegara el final, pensó Ian mórbidamente.

Cuando se acercaron a un cruce, Lant frenó repentinamente, arrojándolos contra sus cinturones de seguridad y casi haciendo que Curton chocara con ellos desde atrás.

Una columna mixta de coches y vehículos de mercancías corría a toda velocidad por delante de ellos. Estaban llenos de gente mal vestida, y unos cuantos se aferraban desesperadamente a los lados de sus transportes.

—¡NC2! —dijo Lant con enojo— Tienen que haber huído del campamento —Empezó a teclear un número en el teléfono— Seguridad de Lanzamiento, aquí Lant. Hay cerca de un centenar de NC2 escapados en dirección paralela a la Decimocuarta Avenida. Pueden estar tratando de abordar la nave —Colgó e inmediatamente marcó otro número, pero no hubo respuesta— El campo no responde —dijo— Lo siento, pero tendré que comprobarlo. Prometo que esto no llevará más de lo necesario.

Se apartó y se volvió en la dirección desde la cual habían llegado los NC2.

Cuando Draad bajó de su coche, vio a Pardek con los guardias de la vigilancia en la base del pórtico, revisando las colas de personas que se alineaban ante los ascensores. Bien, el comandante hacía pública su presencia. Draad dio un paso adelante, evaluando el estado de ánimo a medida que avanzaba. Unos cuantos niños lloraban, más por confusión que por miedo genuino, y cada rostro se veía compungido hasta cierto punto, pero dadas las circunstancias la gente estaba notablemente tranquila. Tal vez la alerta prematura había evitado que el pánico anticipatorio se acumulara entre los ciudadanos comunes.

Mientras no comenzaran a preguntarse por qué eran tan pocos. No, sólo tenían ojos para lo que quedaba entre ellos y las puertas de los ascensores. El suelo estaba nivelado para que no pudieran ver lo suficiente como para juzgar el número total, o saber cuántos habían ido antes que ellos. Una vez que estuvieran en los compartimentos subdivididos en la nave, no estarían en condiciones de hacer ningún recuento.

Draad les saludó tranquilamente mientras pasaba.

—Sólo compruebo que mi asiento ha sido reservado —gritó con ligereza— Recordad, voy a querer vuestros votos en las primeras elecciones que realicemos en Mirath.

Hubo algunas risas nerviosas y aplausos dispersos.

—Lant acaba de llamar —dijo Pardek en voz baja mientras Draad llegaba a su lado— Algunos NC2 han escapado y se están dirigiendo hacia aquí.

Todavía sonriendo ampliamente ante su audiencia Draad dijo:

—Maldición. Breen debe haber cometido un error. ¿Dónde está él?

—Todavía no ha llegado.

—Quería que los NC2 fueran cuidados. No deben interrumpir el procedimiento de embarque.

—Sabemos la dirección por la que vienen. Enviaré un escuadrón directamente desde la nave para interceptarlos. Dudo que los NC2 tengan armas.

Draad suspiró.

—Está bien, hazlo.

Hubo una conmoción desde la dirección de las puertas y un creciente murmullo de voces.

Zeckler apareció, avanzando lentamente entre las columnas de ciudadanos que esperaban a la cabeza de una especie de procesión. Detrás de él llegaban acólitos sosteniendo carteles de la iglesia. Tras ellos había cuatro sacerdotes que llevaban algo sobre los hombros. Mientras pasaban, muchos de los que estaban entre la multitud inclinaban la cabeza.

La procesión llegó a la base del pórtico y Zeckler les ordenó que bajaran la carga. Era una litera que llevaba el cuerpo del obispo Fostel, vestido con ropas doradas y blancas y su bastón a su lado. La mancha de color rojo brillante que empapaba la tela sobre su corazón era aún más prominente de lo que había sido en la emisión. Zeckler se volvió hacia la gente y levantó las manos.

—Hemos traído aquí los restos mortales del obispo Fostel para que podáis rendir vuestros últimos respetos mientras entráis en la nave, sabiendo que está con vosotros en espíritu. Sus asesinos también deben pasar ante él y sabed que no escaparán a la justicia divina —Se acercó a Draad y Pardek y dijo en voz baja— Quiero a los alienígenas y al capitán Lant.

—Bueno, no podrás atraparlos —dijo Pardek— Todavía están en la ciudad.

—Cuando lleguen, vosotros los atraparéis. A menos que queráis ser denunciados ante el cuerpo del obispo.

—Este no es el momento ni el lugar para juegos, Zeckler —dijo Draad enfadado.

—Exacto, alcalde. Estoy seguro de entraréis en razón. Deja que los alienígenas asuman la culpa si quieres salvar a Lant... esa es mi única concesión. Pero deben ser desmascarados —En voz alta anunció— En nombre del Hacedor bendeciré esta nave. Si tenéis fe, tendremos un viaje seguro al nuevo mundo.

Se acercó hacia la bahía de aterrizaje más cercana, llevando una taza de agua bendita y un hisopo, dejando a un par de sacerdotes vigilando la camilla de Fostel.

—Déjalo irse —le dijo Draad a Pardek— Cuando comiencen a llegar los primeros temblores, entrarán rápidamente. Ocúpate de los NC2, pero que no te lleve demasiado tiempo. Yo miraré dentro.

Montó en el ascensor reservado hasta la primera cubierta de pasajeros y cruzó el puente del pórtico, entrando en la nave. Dentro, la gente era cacheada y se les llevaba a sus literas. Los asistentes estaban ayudando a atarlos y ponerse sus máscaras respiratorias. Al cabo de unos instantes, los pasajeros se deslizaban en un suave sueño. El ambiente era calmado y sorprendentemente tranquilo, con filas cada vez más grandes de sonámbulos que daban una sensación de paz a la escena. Por un momento Draad sintió un poco de peso descargarse de sus hombros. Tal vez no iba a ser tan malo como él había pensado. Entonces vio la pequeña forma de un niño dormido y tuvo que alejarse rápidamente.

Resueltamente, empezó a subir hasta la cubierta de control de la nave de descenso.

Lant se detuvo junto al cuerpo que yacía sobre los escombros al lado de la carretera y los demás salieron de los coches. Nyra se arrodilló junto al hombre, desplegando su equipo médico. La grava bajo su cabeza estaba manchada de sangre.

—¡Es Lord Vendam! —exclamó Lant, mirando fijamente las pálidas mejillas en su cara— ¿Qué está haciendo aquí fuera?

Por supuesto, no hubo respuesta. Nyra examinó a Vendam antes de que lo trasladaran, y diagnosticó algunas costillas fisuradas y posible conmoción cerebral. Bajo su dirección, lo depositaron cuidadosamente en la parte trasera del coche de Curton, y ella se subió.

Vieron más cadáveres, tanto de NC2 como de guardias, en el recinto exterior del campamento cuando entraron por las puertas abiertas. El suelo estaba lleno de pedazos de piedra y ladrillo. Lant desenfundó su arma antes de salir. Ian y el Doctor lo siguieron con cautela. Las puertas interiores que conducían al recinto de los prisioneros estaban abiertas y apoyadas en sus ahora retorcidas bisagras.

Lant se arrodilló junto a una de las figuras uniformadas boca abajo en el suelo y le giró la cabeza.

—Es Breen —dijo simplemente— Parece que lo mataron a golpes. ¿Qué diablos pasó aquí?

—Tus prisioneros simplemente querían la misma oportunidad de vivir que tú —dijo Ian amargamente.

Lam parecía enfermo.

—Será mejor que informe por un canal seguro. Curton —dijo— quédate en el coche con Nyra. Manten las puertas cerradas.

Cautelosamente los condujo por el bloque de los guardias, hacia el despacho de Breen. Unos cuantos cajones habían sido abiertos y su contenido estaba esparcido por el suelo, pero por lo demás parecía prácticamente intacto. El terminal de la mesa tenía un manojó de cables rotos colgando de su zócalo. Lant estaba a punto de apartarse cuando sus ojos cayeron sobre una hoja de papel en el escritorio. Lo recogió y lo leyó en silencio, luego los miró desesperadamente.

—Antes de preguntar, yo no sabía nada de esto. Estas son las órdenes para Breen de añadir veneno al suministro de agua del campamento. Tenía que esperar una hora para que surtiera efecto antes de marcharse. Los prisioneros debieron de darse cuenta de lo que estaba haciendo y de ahí los disturbios.

—O tal vez no podría llevar a cabo tal orden —dijo el Doctor— Estaba bajo mucha presión y tal vez no tuvo arrestos para matar a sangre fría.

—Obviamente esto fue pensado como la solución más humana —dijo Lant.

—Los NC2 podrían estar en desacuerdo contigo —dijo Ian con dureza— Pero por suerte, el Doctor y yo podríamos haber estado con ellos.

—No dije que lo aprobara —replicó Lant.

La bocina del coche de Curton sonó. Salieron corriendo fuera. Había una multitud de quizás treinta NC2 que se arrastraban inseguros de las cabañas en el interior del complejo hacia las puertas rotas. Unos cuantos eran personas mayores, pero la mayoría eran mujeres jóvenes y niños.

Lant enfundó su pistola y caminó hacia ellos mostrando sus manos de manera tranquilizadora.

—Está bien —dijo él— No vamos a haceros daño. Sólo quiero saber qué pasó aquí.

Se agitaron ansiosamente, sin querer mirarle a los ojos. Ian se dio cuenta de que se habían detenido frente al umbral de las puertas como si temieran cruzar una línea invisible. Cuánto tiempo habían sido prisioneros, se preguntó con disgusto.

—Prometo que ninguno de vosotros será culpado por nada —dijo Lant— Sólo quiero saber la verdad.

Finalmente una de las mujeres más jóvenes habló con su voz temblorosa.

—Los hombres sabían que algo estaba sucediendo. Habían planeado fugarse cuando anunciaran la evacuación. Algunos de ellos habían hecho palancas con chatarra y rompieron las puertas. Otros lanzaron piedras cuando los guardias intentaron detenerlos. Siguieron golpeando a los guardias hasta que finalmente dejaron de moverse. Los prime-

ros en salir cogieron los coches de los guardias, los demás se fueron a pie. No se quedaron por si venían más soldados —Miró a Lant con temor— Nos escondimos... no tuvimos nada que ver con eso.

—Te creo —dijo Lant.

El Doctor se acercó a su costado y dijo en voz baja.

—Hay que buscar las llaves de los almacenes del campo. Eso los mantendrá ocupados.

Lant asintió con la cabeza, recuperó un manojó de llaves del cuerpo de Breen y las sujetó ante la nerviosa multitud.

—Tomad, coged lo que queráis de los almacenes.

Lo miraron con incredulidad, como si sospecharan algún tipo de truco. Inesperadamente, el androide de Susan dio un paso adelante y tomó las llaves de la mano de Lant.

—¿Sabéis dónde están esos almacenes? —preguntó a las mujeres— Bien, enseñádmelos.

Ella se llevó al lamentable grupo lejos.

—Tenemos que hacer algo por estas personas —dijo Ian.

—No hay nada que podamos hacer —dijo Lant sin rodeos— No hay lugar para ellos en la nave, ya lo sabes —Miró su reloj— Examinaremos el lugar donde perdimos esa cosa la otra noche, pero no nos queda mucho tiempo. Si no encontramos ningún rastro de vuestras compañeras tendremos que regresar.

Nyra y Curton se unieron a ellos.

—Vendam está tan cómodo como pude lograr —dijo Nyra— Creo que se pondrá bien cuando se despierte, pero tenemos que llevarlo a la nave rápidamente para que se puedan curar bien las costillas antes del lanzamiento.

Ian miró al doctor y vio sus labios fruncidos y sombríos. Se les estaba acabando el tiempo. Debe decir algo pronto.

El teléfono de bolsillo de Lant emitió un pitido. Se lo puso al oído, pero todos oyeron las palabras desesperadas que emanaban del diminuto orador.

—Emergencia... todo el personal de la vigilancia al lugar de lanzamiento inmediatamente... ¡la nave está siendo atacada!



# Capítulo Treinta

## La Toma de la Nave

Keldo trató de no dejarse intimidar por el enorme tamaño de la nave, pero en secreto tuvo que admitir que los arkavianos la habían construido bien. Era magnífica, un símbolo inspirador de la esperanza que él vería sirviendo a un noble propósito.

Sus hombres estaban ocultos en el cuarto piso de un aparcamiento de varios niveles, de otra manera desierto, que daba a un lado del lugar del lanzamiento. Habían llegado al lugar con sorprendente facilidad. Los pocos vehículos que se habían cruzado no les habían prestado atención. Pero entonces, ¿cómo podrían los arkavianos sospechar que sus viejos enemigos, que desde hacía tiempo creían muertos, conducían tan abiertamente por su propia ciudad?

A través de sus prismáticos, Keldo observó las filas de vehículos abandonados que rodeaban el sitio y las últimas columnas serpenteantes de personas que se metían en los ascensores en la base del pórtico. Él y sus hombres no podían esperar mucho más, pero los guardias colocados alrededor de la base del pórtico todavía podían causarles un retraso fatal. Sin un equipo de agentes condicionados dentro de la nave, como había planeado, el asalto tendría que ser programado exactamente. No había habido más señal de la mujer condicionada, así que no podían contar con su apoyo durante el ataque. Sin embargo, ella había cumplido su propósito principal.

Entonces vino una ráfaga de actividad inesperada en el lugar del lanzamiento. Hombres uniformados se alejaban del pórtico y subían en media docena de vehículos militares. En unos momentos la pequeña columna había salido por las puertas y se había alejado, dejando sólo un puñado de guardias.

¿Por qué habían enviado una escuadra fuera ahora? ¿Era una trampa? ¿De alguna manera habían detectado la presencia de su fuerza?

—Estad alertas —advirtió Keldo a sus tropas— el enemigo puede estar tratando de venir por detrás de nosotros.

Durante algunos minutos no hubo cambio, excepto que las columnas que esperaban para subir los ascensores del pórtico desaparecieron rápidamente. Tendrían que moverse pronto. Luego llegó el sonido de disparos lejanos desde la dirección por la que el convoy había ido. Por un segundo Keldo no pudo entender nada, entonces sonrió con feroz alegría. ¡Esa chusma indisciplinada peleaban entre ellos!

—¡Vamos! —ordenó, subiendo a su coche.

Su pequeña fuerza bajó por las rampas y salió a la calle. Condujeron hacia la puerta más cercana a una velocidad moderada, sin hacer nada para despertar las sospechas de

los guardias. Su precaución era apenas necesaria. Los guardias sólo los observaban a medias, distraídos por los ecos esporádicos de los disparos.

El coche de Keldo desaceleró cuando llegó junto a la caseta de guardia y el guardia, a regañadientes, apartó su atención del conflicto lejano a su zona. Keldo bajó la ventanilla lateral. Cuando sus ojos se encontraron, vio que el gesto del guardia se convertía en incredulidad.

Le disparó a través del corazón con una sola bala de su pistola, mientras el conductor hizo lo mismo con un guardia en el otro lado. Los dos disparos fueron amortiguados, contenidos en gran parte dentro del coche, y el sonido no llegó lejos. Al mismo ritmo constante, el convoy de Keldo atravesó la pasarela y bajó la deseada pista entre las filas de coches estacionados. Al acercarse al lugar del lanzamiento, la nave y su pórtico parecían hincharse hasta que llenaron el cielo.

El convoy se detuvo ordenadamente a diez metros de la hilera de ascensores. Las últimas personas que estaban allí apenas miraron a su alrededor. Parecía estar celebrándose algún tipo de ceremonia religiosa. Hombres vestidos de sacerdotes estaban de pie junto a un cuerpo apoyado en una camilla, mientras otro hombre sagrado, más vistoso, esparcía agua sobre los puntales junto a los ascensores. A qué propósito servía esto, Keldo ni lo sabía ni le preocupaba.

—Vamos —dijo a su enlace de órdenes.

Se subieron a sus coches al unísono y arrancaron, con sus rifles largos nivelados. Los guardias de las puertas del ascensor levantaron la vista. Keldo se deleitó con sus expresiones de incredulidad al ver a sus enemigos supuestamente muertos marchando hacia ellos. Los taklares pudieron dar tres pasos más antes de que los guardias se recuperaran lo suficiente como para alcanzar sus armas laterales.

—¡Ahora! —gritó Keldo, y los guardias cayeron en una lluvia de fuego automático.

—¡Taklares! —gritó alguien.

Los hombres de Keldo corrieron hacia adelante para asegurar las jaulas de los ascensores, pisoteando a las personas que, presas del pánico, se habían arrojado al suelo, y apartando a los que todavía estaban de pie. Keldo se encontró la camilla en su camino. Uno de los sacerdotes que guardaba el cuerpo extendió sus brazos como si tratara de alejarlo.

—¡No! No debes...

Keldo lo derribó a un lado y pateó la camilla para que el cuerpo rodara por el sucio suelo.

—¡Nadie le dice a un príncipe taklar lo que no puede hacer! —gritó Keldo, exultante.

El santo hombre que había estado esparciendo agua estaba delante de él, sosteniendo desafiante un amuleto circular que llevaba en una cadena alrededor de su cuello. Había una mirada salvaje en los ojos del hombre.

—¡En nombre del Creador, te denuncio! Apártate, pagano, o de lo contrario serás consumido por Su terrible fuego...

Keldo le disparó en el pecho, la fuerza de la explosión lo levantó de sus pies y lo empujó hacia atrás. Se tumbó ligeramente, con los ojos fijos en el cielo. Para sorpresa de Keldo, todavía agarraba su amuleto. Unas palabras difusas burbujearon espuma de sangre alrededor de sus labios.

—Hacedor... recibe el alma de tu siervo...

Keldo le disparó de nuevo y él se quedó quieto. De un impulso arrancó el amuleto de las manos ensangrentadas del hombre, rompiendo la cadena, y luego se dirigió a los ascensores. Habían asegurado cinco de ellos con sus jaulas en el suelo. Todos los guardias estaban muertos y los evacuados restantes eran una chusma confusa y cobarde que no planteaba ninguna amenaza inmediata.

—Thorken... ¡a mi lado! —ordenó Keldo.

Metieron tantos hombres como pudieron en cada jaula, dejando al resto para que los siguiesen cuando llegasen las jaulas otra vez abajo. Keldo golpeó el botón superior del panel de control. Tenía que llegar a las cubiertas de mando antes de que los arkavianos tuvieran tiempo de sellarlas.

La jaula crujió y sacudió hacia arriba con lo que parecía una agónica lentitud.

A medio camino de la nave, pasaron el más bajo de los puentes retráctiles que recorrían la brecha entre el pórtico y el casco reluciente. La escotilla grande en el extremo lejano, obviamente destinada a cargar carga, estaba cerrada. Bien, necesitarían todos los suministros que pudieran llevar consigo para instalarse en Mirath. Pasaron los primeros puentes que conducían a escotillas más pequeñas de pasajeros y vio a los ocupantes del último ascensor subir por delante de ellos, corriendo para atravesar un puente. Keldo miró hacia arriba con impaciencia. Tres escotillas más, luego un espacio, luego unos puentes más altos que el resto que conectaban con la cápsula en la cumbre de la nave. Allí estaría la sala de control.

Luego, cuando llegaron frente al último de los niveles de acceso de pasajeros, el ascensor se detuvo.

Keldo golpeó los botones superiores del panel de control hasta que el panel empezó a romperse, pero la jaula del ascensor no se movió.

—Príncipe... pare... —dijo Thorken— El acceso a los niveles más altos puede estar restringido... es posible que necesitemos un código o clave para ir más allá.

—¡No tenemos tiempo para esas cosas! —gruñó Keldo con impaciencia. Abrió las puertas de la jaula y comenzó a cruzar el puente, con sus hombres a sus talones.

Hubo un ruido de disparos desde la escotilla al final del puente y uno de sus hombres cayó con un grito ahogado. El resto devolvió el fuego, las balas rebotando por el casco alrededor de la escotilla. Lentamente, la escotilla empezó a cerrarse.

Con un rugido, Keldo se lanzó hacia adelante y entró en el estrecho espacio entre la escotilla y su marco, empujando su brazo y su hombro para poder disparar contra la figura de pie junto a los mandos del otro lado. El hombre se desplomó mientras Keldo metía su cuerpo en el interior y dio una palmada en los controles, golpeando botones hasta que la escotilla se detuvo y luego comenzó a abrirse de nuevo. Sus hombres se apilaron tras él.

Estaban dentro de la nave.

—Dos guardias en esta escotilla —dijo Keldo— El resto venid conmigo.

Keldo abrió de una patada una puerta que conducía a un compartimento interno opuesto a la escotilla, con el arma apuntando para cubrir el espacio más allá, esperando encontrar resistencia adicional. En vez de eso, sólo vio hileras de camas en gradas con formas enmascaradas y durmientes sobre ellos.

—Han sedado a los pasajeros para el viaje —dijo Thorken.

—Si todos los puentes son así, sólo tendremos que lidiar con la tripulación —dijo Keldo— ¡Adelante!

Se deslizaron entre las camas hasta que llegaron al núcleo central. Allí una escalera rodeaba sobre el pequeño eje de ascensores que parecía correr a lo largo de la nave. No confiando en el mecanismo, Keldo subió por las escaleras.

Subieron por seis cubiertas hasta llegar a una escotilla cerrada situada en un mamparo que separaba la sección del morro del resto de la nave. Thorken dirigió el posicionamiento de una carga de corte en la escotilla y se movió una cubierta hacia abajo antes de activarla. Con un crujido y un hilo de humo, un disco de metal salió limpiamente de la escotilla y cayó por las escaleras. Una segunda escotilla fue tratada de la misma manera y los taklares subieron a la cápsula superior.

Todo estaba en silencio. No había ninguna señal de la tripulación y los niveles de pasajeros estaban vacíos incluso de durmientes.

—¿Por qué malgastar ese espacio? —preguntó Thorken.

Subieron hasta que las escaleras terminaron ante una escotilla cerrada. Un letrero ponía: SALA DE CONTROL — SOLAMENTE PERSONAL AUTORIZADO.

—No debemos usar la fuerza aquí como hicimos con las otras, príncipe —advirtió Thorken— Podemos dañar controles vitales al otro lado.

Una llamada llegó a través del comunicador de Keldo:

—Los hombres están posicionados en cada nivel según lo planeado, príncipe. Hay poca resistencia. La mayoría de los pasajeros están durmiendo. La columna enemiga que salió antes ha vuelto pero los estamos manteniendo fuera fácilmente. ¡Tenemos la nave!

Los hombres que estaban con Keldo aplaudieron salvajemente.

Keldo golpeó el panel del intercomunicador al lado de la escotilla.

—Aquí el Príncipe Keldo Arrosthenos del Imperio Taklariano. Controlamos el resto de la nave. Si no abren esta puerta, su gente abajo sufrirá. ¿Entienden? ¿Me oyen ahí dentro?

Después de unos segundos la pantalla del intercomunicador cobró vida revelando el rostro preocupado de un hombre de mediana edad.

—Le oigo —dijo—

—¿Quién eres tú? —preguntó Keldo.

—Brantus Draad, alcalde de Arkhaven.

—Entonces puedes ordenar que se abra esta puerta.

—¿Por qué debería, si nos va a matar a todos de todas formas?

—No, si nos sirves bien. Necesitamos a los tuyos.

—Vivir como esclavos vuestros. No creo.

—No tienes elección. Mis hombres controlan esta nave.

—Sí, lo sé. Los he visto en los monitores —dijo Draad.

—Entonces puedes ver que tenemos a tu gente a nuestra merced. Abre esta puerta u ordenaré que maten a cien como ejemplo —Levantó el amuleto ensangrentado— Morirán como murió tu hombre santo.

Para asombro de Keldo, Draad se echó a reír. Era una risa cansada, escalofriantemente amarga, sin humor, simplemente un reconocimiento de la perversidad del destino. Keldo se estremeció.

—Pobre Zeckler —dijo Draad— Casi lo siento por él. Pero debería haber abordado antes en lugar de realizar sus bendiciones. Entonces ya estaría dormido y no sabría nada al respecto. Ese era el plan, ¿sabes?

Pasaba algo raro, Keldo se dio cuenta. El hombre no reaccionaba como debería. Fuera de la vista de la cámara del intercomunicador, Keldo hizo un gesto a sus hombres. Un soldado empezó a colocar una tira de carga de corte alrededor de la puerta de la sala de control.

—Si no te interesa tu sacerdote, hay otros a bordo de los que debes cuidar —dijo Keldo.

—¿Cuidar? —dijo Draad— Oh, sí, hay miles a bordo que me importan. Pero lo máximo que pude hacer por ellos fue ver que sus últimas horas estaban llenas de esperanza... y que no sentirían ningún dolor al final —Draad miró a un lado como consultando otra pantalla— Veo que sus hombres han matado a los últimos guardias y ahora están a bordo. Eso siempre era algo en lo que los taklares eran buenos, matando.

—Luchamos por sobrevivir. Los fuertes destruyen a los débiles. Siempre ha sido así.

—Nunca más, espero —dijo Draad— ¿De dónde has venido, como cuestión de interés?

—La nave en la orilla. Podrías habernos destruido en cualquier momento si hubieras pensado buscar correctamente.

Draad suspiró.

—Debería haberla roto y quitado, pero había tanta reconstrucción en la ciudad. Y la Iglesia y la élite dijo que era un monumento apropiado a nuestra victoria. Muy tarde ya.

El soldado se retiró, con el detonador listo en sus manos.

—Sí, las razas inferiores siempre están cometiendo esos errores —Keldo estuvo de acuerdo— ¡Como este!

Él chasqueó los dedos. El soldado presionó el detonador y la puerta voló.

Keldo se metió en la sala de control a través del humo. Su arma se balanceaba sobre los paneles de instrumentos con paneles tachonados de interruptores, a través de pantallas, luces intermitentes y sofás de aceleración vacíos con correas de seguridad colgando flojamente por sus lados. El rostro de Draad se veía en una pantalla sobre la consola del ingeniero.

—¿Estás satisfecho? —dijo— La nave es toda tuya ahora.

—¿Dónde se oculta tu tripulación? —preguntó Keldo.

Thorken estaba tirando de su manga.

—Mi príncipe, creo que deberíamos irnos.

—No, por favor, no te vayas —dijo Draad— Vuestra presencia aquí hace que sea un poco más fácil hacer lo que debo hacer.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Keldo, sintiendo el frío tacto del verdadero temor por primera, y última, vez en su vida.

—Esto —dijo Draad simplemente.



## Capítulo Treinta y Uno

### Última Oportunidad

Una bola de fuego dorada envolvió el módulo de aterrizaje de la nave, floreciendo como un girasol evanescente sobre el horizonte de la ciudad dentada. Una serie de explosiones derribó el casco plateado del rascacielos, despegando el revestimiento y exponiendo las costillas de la nave al aire. Lentamente, el esqueleto desnudo se dobló sobre sí mismo, arrugándose y fragmentándose, deritiéndose en fragmentos ardientes. Cuando cayó, una inmensa ola de humo gris unida al fuego rojo y amarillo se elevó para encontrarlo, rodando hacia arriba para lamerlo en la base de las nubes.

Incluso a las afueras de la ciudad el suelo tembló con el impacto de su colapso, las vibraciones corriendo por la tierra ante el sonido del aire.

La nave había desaparecido, y allí donde había estado ahora se veía una columna de fuego ardiendo que lamía con hambre las vigas de la torre de lanzamiento.

Durante largos segundos la torre parecía no verse afectada por la destrucción de la nave, sus troncos rotos de portones y puentes que todavía se extendían como para abrazar el espacio que su compañero perdido había ocupado. Entonces comenzó a retorcerse y desmoronarse. Con terrible majestad cayó y desapareció por debajo del horizonte. Una nueva afluencia de humo y llamas irrumpieron al unirse a la pira que consumía la última esperanza de Arkhaven.

El teléfono de bolsillo cayó del agarre entumecido de Lant mientras miraba la creciente nube de humo. Había estado pidiendo más información, sin saber si debía abandonar a sus compañeros para obedecer la llamada desesperada de ayuda. No había habido respuesta a su llamada. Ahora no quedaba nadie para contestarle.

—¡Oh, Dios, no! —dijo Curton.

Nyra se cubrió sus ojos.

El android de Susan y algunos de los NC2 salieron del almacén para mirar la escena con incredulidad. Una enorme capa de humo rodó hacia arriba desde el corazón de la ciudad, donde la nave y la torre habían estado en indiscutible dominio durante años. El sonido de su destrucción finalmente llegó al campamento, el rugido de las explosiones múltiples seguido por el gemido agónico y el grito de miles de toneladas de metal retorcido cayendo.

Entonces fue desapareciendo y desvaneciéndose en un rumor prolongado.

Algunos de los niños empezaron a llorar.



El Doctor se volvió hacia los todavía desolados arkavianos y de repente pareció hincharse de propósito.

—La nave ya se ha ido y no hay nada que podáis hacer al respecto —dijo con un énfasis casi cruel— Debéis contener vuestras preguntas, y la pena por los que murieron, para después. Todavía hay una pequeña oportunidad para todos nosotros, pero sólo si actuamos con rapidez.

Nyra estaba sacudiendo la cabeza con sus ojos sombríos por la desesperación.

—No hay posibilidad... no hay esperanza. ¡Sin la nave está todo perdido!

—No, todavía hay esperanza —dijo el Doctor, mirando a lan. —¡Porque la nave nunca pudo despegar!

Tenía la absoluta y completa atención de los arkavianos. Le miraron con incredulidad, como si de repente estuviera diciendo tonterías.

—¿Qué quieres decir? —dijo Lant.

—La nave era un engaño monstruoso. No tenía suficiente energía para levantarse una pulgada por encima de este planeta. No puedo entrar en detalles ahora, pero te ruego que confíes en mí. Considera que si estoy equivocado no tienes nada que perder. ¿Bien?

Había un atisbo imperioso en sus palabras que no se podía negar. Curton asintió lentamente. Nyra se frotó los ojos e intentó sofocar sus sollozos de desesperación. Con un obvio esfuerzo de voluntad, Lant se encontró con la mirada del Doctor.

—De acuerdo... ¿Qué hacemos?

—Vamos al lugar donde perdiste la pista de la cosa que perseguiste. Si hay alguna salida, estará allí.

—Doctor —dijo el andróide Susan, de pie ante la nerviosa multitud de NC2— No podemos dejar a esta gente aquí. Si hay alguna posibilidad, debemos tratar de salvarlos también.

Por un momento, lan pensó que el Doctor iba a discutir. Luego inclinó ligeramente la cabeza.

—Tienes razón. Merecen la misma oportunidad que nosotros —Se volvió hacia Lant — Llevad al señor Curton y a la señorita Shardri con vosotros, entrad en la ciudad y buscad transporte adicional. Requisad algunos de esos coches ficticios si es necesario, pero traer de vuelta suficientes vehículos para llevar a estas personas. Rápido.

Los tres subieron al coche de Lant y se dirigieron hacia la ciudad. Parecían aliviados al tener un trabajo que hacer, para distraer sus pensamientos de la destrucción de la nave. El Doctor se dirigió a los NC2.

—Dividid las provisiones en paquetes que podáis llevar fácilmente. Si podéis encontrar más ropa, poneosla. Usad cualquier cosa en el campamento que necesitéis. Esta... joven os ayudará.

Galvanizado por las palabras del Doctor, los NC2 comenzaron a moverse con un sentido de propósito por primera vez. Cogieron mantas y ropa de cama de plástico y empezaron a apilar mercancías del almacén en ellas.

De repente, Ian sintió que el suelo temblaba y se tambaleó ligeramente. Algunos de los niños empezaron a llorar de nuevo.

—Un temblor de tierra —dijo el Doctor— Ondas de choque generadas por fragmentos menores de la luna rota que golpea la zona ecuatorial. Podemos esperar que ocurra algo peor.

Lant y los otros regresaron después de sólo quince minutos con dos camiones ligeros de seis ruedas de baja inclinación.

—Estaban en el patio de una fábrica —explicó Lant— Las baterías todavía están medio cargadas.

Encontraron a dos NC2 mayores que podían conducir los vehículos y el resto subió a bordo. Una vez más, Nyra se metió en la parte trasera del coche de Curton para ver a Vendam, que estaba mostrando signos de recuperar la conciencia. El androide Susan subió con ella, mientras Ian y el Doctor se marchaban con Lant. El pequeño convoy giró y salió del campamento.

En lo alto de las lejanas torres se veían columnas de humo que se elevaban de los fuegos que se extendían para unirse a la celda central, envolviéndolo todo en un súbito crepúsculo. Lant encendió los faros mientras avanzaban por las calles que estaban al borde de la zona exterior. A través de la tierra nivelada, un arma en una torreta de repente echó fuego mientras una salva de misiles aceleró en el cielo.

—Las defensas de los meteoritos deben ser automáticas —explicó Lant, añadiendo sombríamente— Esperemos que no tengan nada demasiado grande con lo que lidiar durante la siguiente hora —Miró al Doctor, cuya confusión distorsionaba sus rasgos normalmente compuestos— Dijiste que la nave no podía volar. ¿Realmente lo dijiste en serio? ¿Cómo lo sabes?

—Recuerda, jovencito, que tengo un conocimiento considerable sobre sistemas de propulsión nuclear y el diseño de naves espaciales. Fue por esas mismas habilidades que me pidieron revisar los planos de la nave. Pero el profesor Jarrasen intentó mantener mi atención enfocada exclusivamente en el módulo de aterrizaje. Eso fue lo que primero reforzó mis sospechas y la razón por la que insistí en recorrer la nave personalmente. Me permitió estimar su peso estructural, el empuje del motor y la carga útil. Pronto pude deducir que no tenía suficiente energía para despegar.

—¿Pero por qué? ¿Y quién lo atacaba... los NC2? ¿Lo destruyeron por accidente?

—No sé quién atacó la nave, pero temo que la explosión no haya sido un accidente. Es consistente con la existencia del túnel secreto.

Lant parecía aturdido.

—¿Qué túnel?

—El que corre bajo la ciudad hacia las montañas... al menos, eso sugiere su alineación.

—¿Alineación desde dónde?

—Desde la nave hasta el punto en que perdiste tu misteriosa presa.

—¿Qué quieres decir?

—Lo siento, capitán, todavía no aprecias lo completamente que has sido engañado. ¿Recuerdas mi pregunta de la necesidad de un pozo tan profundo para la explosión de despegue bajo la nave? Me imagino que el túnel fue excavado disimulándolo con su excavación. Se habría conectado con un pozo de ascensor oculto en una de esas absurdamente masivas piernas de apoyo, abriéndose a través de la base de la góndola para que nada fuera visible sobre el suelo. El sistema corría a través del casco exterior hacia la nave de descenso. Cuando visité la cabina de control noté que una de sus paredes era más profunda de lo que se mostraba en los planos.

Ian vio que Lant estaba apretando el volante con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos.

—¿Pero por qué? ¿Para qué el sistema?

—Para sacar en secreto a gente y suministros de la nave después de que los celosos guardias de las facciones que estaban en la puerta del perímetro los hubieran registrado, naturalmente. Entonces viajaban a un destino secreto que servía a un propósito para el cual aparentemente se requería una fuerza de trabajo manual, de ahí el secuestro de los NC2 escapados en la zona exterior. Eso fue lo que primero me hizo sospechar de una conspiración institucional. La seguridad del campamento era demasiado laxa para que fuera accidental.

Antes de que Lant pudiera hacer más preguntas, estaban andando por el patio sin salida donde habían perdido su misteriosa presa la noche anterior. El Doctor salió y empezó a señalar a los ocupantes de los demás coches, incluyendo a los NC2, para que bajasen.

—Escuchadme con atención. En algún lugar de este patio creemos que hay una puerta oculta. No cabe duda de que se opera normalmente por control remoto, pero sin duda hay un interruptor manual para emergencias. Debemos encontrarlo si queremos so-

brevivir. Examinad cada superficie, revisad cada ladrillo de las paredes. Presionad o girad cualquier cosa que parezca floja.

En segundos el patio estaba lleno de gente tocando y raspando las paredes y el suelo.

Mientras Ian pinchaba un camino de ladrillos, las cenizas comenzaron a caer del cielo cubierto de humo. La ciudad estaba ardiendo. Por supuesto, nada de esto importaría en pocas horas, pero le recordó que la TARDIS estaba perdida y con ella cualquier esperanza de volver a su propio tiempo. Pero si había alguna posibilidad de que Bárbara y la verdadera Susan fueran llevadas al hipotético túnel del Doctor, eso era lo único que importaba. Mientras estuvieran juntos, de alguna manera ganarían.

La tierra tembló otra vez, el resultado de un meteoro distante presumiblemente impactando. Al menos podrían estar bajo tierra antes de que llegara el sonido. Pero ¿cuánto tiempo permanecería el túnel, si pudieran encontrarlo, intacto bajo tales condiciones?

—¡Aquí! —gritó una de las mujeres NC2.

A medio camino a lo largo de la pared izquierda había encontrado un ladrillo falso que se abría para revelar un único botón grande. Sin vacilar, el Doctor lo presionó.

La pared al final del patio se deslizó a un lado para revelar una abertura oscura más allá.

—Todo el mundo de vuelta a los vehículos —ordenó el Doctor— Hay espacio suficiente para todos a la vez.

Avanzaron hacia una cámara sin rasgos distintivos. La pared se cerró automáticamente tras ellos. Hubo un ligero zumbido de motores y una repentina sensación de hundimiento. Los lados de un pozo se elevaban por las ventanas de los vehículos. En segundos el movimiento hacia abajo cesó una vez más. Estaban en una bahía empotrada que se abría a un largo túnel con las paredes suavemente cortadas. Lant condujo el camino hacia delante, apartando su coche del centro de la ciudad. El túnel se extendía ante ellos en línea recta hasta el límite de los faros del coche.

A medida que aceleraban, con los otros vehículos detrás de ellos, Lant preguntó:

—¿Alguna idea de lo que encontraremos en el otro extremo?

—Tengo mis sospechas —dijo el Doctor— Pero, principalmente, espero encontrar a alguien que sólo he visto en una pantalla, pero que con todo derecho ha estado ayer en la nave.

—¿Quieres decir Jarrasen?

—Sí. Y el lugar donde lo encontramos puede también ser nuestra última oportunidad de supervivencia.



## Capítulo Treinta y Dos

### Reunión

Bárbara, tendida en su litera en la cueva del cuartel, hizo una mueca cuando Susan se secó la cabeza con una toalla húmeda.

—¿Cuánto tiempo estuve inconsciente? —preguntó débilmente.

—Unas dos horas —dijo Susan— Los guardias nos controlaron y nos trajeron de vuelta aquí. Tuvimos que llevarte.

Bárbara hizo una mueca.

—¿Realmente me he portado de forma tan extraña?

Susan asintió con la cabeza.

—Sí. Estaba terriblemente preocupada. Pero parece que ya lo superaste. Quizá por el golpe que te dio el guardia.

—No sé qué me sucedió. Simplemente sabía que tenía que volver a la ciudad y a la nave. Fue como una compulsión.

Susan se encogió de hombros.

—Bueno, me permitió hacer algo útil sin que nadie se diera cuenta. Espero que haya funcionado.

—¿El qué?

—Ya lo verás. Pero no creo que tengamos mucho tiempo. ¿Puedes ponerte de pie?

Bárbara dejó caer las piernas sobre el lado de la litera y se sentó con cautela. Con la ayuda de Susan se puso de pie, balanceándose ligeramente.

—Los guardias no están patrullando como de costumbre —dijo Susan— Creo que podemos romper las puertas internas cerradas sin que nos oigan.

—Pero las demás son sólidas.

Susan simplemente sonrió enigmáticamente y la llevó a la doble división que separaba los dormitorios de los hombres y las mujeres. Plaxander Vendam estaba presionado contra los barrotes de su lado, mirándolas a través del estrecho pasillo entre ellos. Había una actividad considerable detrás de él.

—¿Está bien? —preguntó él. Bárbara pensó que sonaba genuinamente preocupado. Menudo cambio del joven impetuoso que habían conocido sólo el día anterior.

—Sí —dijo Susan— ¿Cómo te va?

—Casi listo.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Bárbara.

—Hacer palancas largas de los postes de la cama para usar en las barras de la puerta.

—Pero sólo son de metal ligero, ¿no? No hubiera pensado que fueran lo suficientemente fuertes.

—Eso es en lo que trabajamos mientras estabas durmiendo. Están poniendo tres o cuatro secciones juntas y atándolas firmemente con cinturones. Luego usarán dos o tres palancas al mismo tiempo para doblar una sola barra.

Bárbara rió y se estremeció, agarrándose la cabeza.

—Como dijo Arquímedes sobre las palancas: dame un punto de apoyo y moveré la Tierra.

Susan sonrió.

—Bueno, más o menos. Aunque, como Abuelo le señaló, él no había explicado qué utilizaría como fulcro. Mira, creo que están listos.

Los hombres estaban sopesando sus palancas improvisadas. Las mujeres se agolparon alrededor de la esquina de su sección para mirar mientras insertaban las palancas a través de las barras y las doblaban. Oyeron gruñidos de esfuerzo y empezaron a gritar estímulos. De repente, hubo un chasquido fuerte y metálico. Hubo una rápida ovación, unos segundos luchando con la barra rota para sacarla de en medio, luego Plax se metió por el hueco y se levantó triunfantemente por fuera de los barrotes. Los otros hombres comenzaron a seguirle.

En un par de minutos habían utilizado las palancas para abrir el dormitorio de las mujeres y las prisioneras se agolpaban para unirse a ellos.

—Tenemos que atravesar el comedor para poder llegar a la puerta de la cueva del equipo —dijo Susan.

—Eso es demasiado sólido. Nunca lo romperemos con esto —dijo uno de los hombres.

—¡Escúchala! —dijo Plax con un inesperado timbre de mando en su voz— Ella sabe lo que dice.

—En la confusión anterior, metí un trozo de metal en la ranura del pestillo —explicó Susan— Esperemos que no esté bien cerrada y podamos deslizarla.

—¿Has oído eso? —preguntó Plax— Bien, vamos a abrir la siguiente puerta.

Se pusieron a trabajar en la puerta que conducía al comedor.

—¿Y si todavía hay guardias por ahí? —preguntó Bárbara.

—Los demás parecen pensar que todos volverán a la ciudad para subir a la nave —dijo Susan, pero frunció el ceño.

—¿No lo crees así?

—No estoy segura. Todavía no sé para qué sirve este lugar. ¿Por qué buscar problemas con la construcción de ese canal y el terraplén, y mantenerlo tan secreto? Si lo más importante en este planeta parecía ser la nave... ¿qué estaban haciendo aquí?

—Pero Ian, el Doctor y la TARDIS están en la ciudad, así que tenemos que volver allí —dijo Bárbara— Sólo espero que podamos encontrar algún transporte o de otra forma nos llevará un día el caminar... —se interrumpió, sintiendo que el suelo temblaba bajo sus pies. Varios trabajadores miraron alrededor nerviosamente— Si tenemos tanto tiempo —añadió.

Una barra estaba tirada a un lado. Los trabajadores comenzaron a atravesar el hueco hacia el comedor.

De repente, Semanov de pie en el fondo del grupo, gritó.

—Algo viene por el respiradero... ¡es gas, es gas!

Los trabajadores restantes se agarraron el uno al otro en pánico mientras trataban de abrirse paso a través de la estrecha abertura de los barrotes.

¡Uno a la vez o ninguno de nosotros saldrá! —gritó Bárbara.

Plax, ya en el otro lado, ayudó a sacarlos lo más rápido posible. Una fina neblina llenaba la cueva del cuartel. Bárbara sostenía su pañuelo sobre la nariz y la boca, pero aún sentía que una pesada espiga química soporífica atrapaba su garganta. Su cabeza comenzó a irse. Entonces sólo quedaban ella y Susan y la chiquilla la ayudó a través del hueco mientras Plax tiraba de ellas. Finalmente estaban todos al otro lado de los barrotes y tropezando por el corto pasillo que conducía al comedor. Poco a poco el gas se filtró a través de los barrotes.

Bárbara respiró aire fresco.

—Gracias —exclamó ella.

Los grupos de palancas ya estaban trabajando desesperadamente en la puerta de al lado y rompieron un barrote incluso cuando el gas comenzó a filtrarse por el extremo más alejado del vestíbulo. Esta vez lograron que los trabajadores saliesen sin pánico, aunque el gas estaba en sus talones llenando el pasillo. El corto pasillo más allá terminaba en una sólida puerta que los separaba de la cueva del equipo y el aire exterior.



Susan se dirigió hacia el frente de la multitud y examinó el lado del pestillo de la puerta.

—No está cerrada del todo. ¡Venga!

El mayor número de hombres posible se apiñó alrededor de la puerta, poniendo sus manos contra ella y empujando hacia los lados. La puerta se movió ligeramente contra alguna resistencia.

—¡Está funcionando! —dijo Plax— ¡Otra vez!

Se movieron hasta que el costado de la puerta abrió un hueco en la pared. Plax puso la punta de una barra de palanca en la estrecha abertura y se apoyó con toda su fuerza. La abertura se hizo ligeramente más ancha y otra palanca se metió a través. De repente, algo se rompió y la puerta se deslizó hacia atrás, arrojándolos todos al suelo en un montón.

Los hombres se pusieron de pie de un salto y se metieron en la cueva del equipo con gritos desafiantes, y el resto de los trabajadores los siguieron. No había guardias a la vista. Acababan de encender el gas y se marcharon, pensó Bárbara. ¿Demasiado avergonzados para verlos morir? La multitud arrebató las manijas y las palancas de los portaherramientas y corrió por el pasillo hasta la cueva principal, con Bárbara, Susan y Plax a su paso. Plax miró hacia atrás, a la niebla de gas en el pasillo tras ellos.

—Si iban a matarnos de todos modos, ¿por qué no lo hicieron tan pronto como nos encerraron?

—Quizá estuvieran esperando hasta que estuvieran seguros de que no tenían más trabajo pesado —sugirió Susan.

Él la miró.

—Si no hubieras arreglado lo de esa puerta ya habríamos muerto.

—Fue Bárbara quien proporcionó la distracción —dijo Susan.

—Sí, ¿por qué hiciste eso? —preguntó Plax.

Barbara negó con la cabeza, y de repente se encontró riéndose con la tensión liberándose.

—No lo sé, en realidad no lo hice —se rió— Quizás nunca lo sabré. ¿No es extraño?

Siguieron a la multitud hacia la cueva principal. Una máquina negra estaba aparcada donde la habían visto por última vez, pero las alcobas que se abrían en la cueva que había servido como oficinas estaban oscuras y silenciosas.

—¡Han desaparecido! —exclamó Semanov airadamente.

—Espera... puedo oír los motores —dijo Plax— Vienen de la parte trasera de la cueva.

Se dirigieron hacia el sonido, los de enfrente agitando sus armas improvisadas. La cueva se estrechó y se curvó ligeramente así que llegaron a la escena sin previo aviso. Un grupo de guardias y administradores grises estaban de pie de espaldas a ellos, mirando la primera de una larga caravana de coches y camiones, con los faros encendidos, emergiendo de la boca de un gran túnel.

Los atacantes habrían tomado a los inocentes guardias grises por completa sorpresa, ya que el grupo estaba concentrado en el convoy. Pero uno de los conductores debió haber notado la aparición repentina de los trabajadores ya que un claxon sonó con urgencia.

Cuatro guardias fueron golpeados antes de que el resto pudiera recobrar su ingenio y usar sus armas. Una docena de obreros cayeron en una lluvia de balas mientras el resto fue rechazado en la curva de la cueva. Bárbara vio a un administrador agitándose desesperadamente ante el convoy para que girara a su izquierda y bajara por un túnel lateral. En segundos, el último vehículo había pasado por la intersección. Los guardias cayeron de nuevo en el túnel después del convoy, cubriendo su retirada con ráfagas de disparos al azar. Una gran puerta sólida se deslizó a través de la boca del túnel y se cerró con un chasquido. Los ecos de los disparos se desvanecieron.

Había casi veinte cadáveres en el suelo de la cueva, junto con unos pocos heridos gimiendo de dolor. Sus amigos horrorizados iban a su lado y comenzaron a atenderlos lo mejor que pudieron. Otros cogieron las armas de los guardias caídos o golpearon con enojo la puerta que cerraba el túnel lateral.

Plax se volvió hacia Bárbara y Susan, que parecía pálida pero bajo control.

—El túnel más grande debe ser por el que llegamos ayer desde la ciudad —dijo— Pero, ¿por qué vinieron todos esos vehículos? ¿Por qué los guardias siguen aquí? Si hoy es el día cero, ¿por qué no han ido todos a la nave?

Nadie podía darle una respuesta. Bárbara estaba mirando a su alrededor, tratando de ponerse de acuerdo.

—Si sigue el acantilado, ese túnel lateral conduce hacia las puertas al final del canal del terraplén. El convoy debía haber estado yendo hacia lo que hay detrás de eso —Levantó la voz— ¿Alguien sabe lo que es?

Hubo un silencio general y cabezas negando.

—Debe de ser muy importante para ellos haberse encerrado allí —dijo Susan.

—¿Qué podría ser más importante que la nave? —preguntó Plax.

Se dieron cuenta de que habían reunido una audiencia. Abandonando sus inútiles esfuerzos por derribar la puerta, varios obreros escuchaban. Semanov estaba entre ellos llevando un arma.

—Bueno, vamos a averiguar qué es lo que ocultan —dijo— Quizá podamos entrar por las puertas del terraplén. Vamos.

—Espera —dijo Susan— Pensemos un momento en esto.

—No tenemos tiempo —dijo Semanov— No podemos subir los camiones de trabajo, así que necesitaremos ese convoy para llevarnos de vuelta a la ciudad. De cualquier manera, tenemos que entrar dentro de esas puertas.

Tressel habló.

—Tal vez deberíamos considerar otras opciones primero. No queremos más derramamiento de sangre.

Semanov respondió bruscamente.

—Me preguntaste si mataría por subirme a la nave. ¡Bueno, lo haré! Son ellos o nosotros. ¿Ahora estás conmigo o no?

Tressel se encogió de hombros impotente y asintió. Hubo un aplauso de apoyo y unos cincuenta hombres y mujeres se dirigieron de regreso a la cueva y al aire libre. Se arrastraron por el sendero tortuoso de la ladera, y luego cruzaron el borde del piso de la meseta hacia las enormes puertas al final de las excavaciones del canal. Bárbara y Susan se quedaron esperando en la boca de la cueva.

—¿Por qué no vamos con ellos? —preguntó Plax— Por fin estamos peleando.

—Pero hemos perdido el elemento de sorpresa —dijo Bárbara— —Los supervisores deben haber planeado este tipo de cosas.

La multitud casi había llegado a su objetivo. Algunos trabajadores comenzaron a subir los terraplenes.

Unos puntos brillantes de luz aparecieron en los puntos altos de cada lado de las imponentes puertas. Los escaladores se retorcieron y cayeron mientras columnas de polvo explotaban de la tierra a su alrededor. Los conos de fuego se movieron hacia afuera para engullir al resto de los atacantes. Los gruñidos se ahogaron por la áspera charla del fuego de una ametralladora. Después de lo que pareció una eternidad, pero no podían haber sido más de quince segundos, las armas quedaron en silencio. En el suelo de la meseta nada se movía.

Susan volvió la cabeza a un lado, mirando como si estuviera enferma. Plax tragó saliva y dijo débilmente:

—Fue un intento valiente.

—Fue una tontería —dijo amargamente Bárbara.

Los trabajadores restantes se agolpaban alrededor de ellos, mirando hacia abajo la escena de la masacre con incredulidad. Uno de ellos agarró el brazo de Bárbara.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —preguntó ella, con su voz medio sollozante— Tienes todas las respuestas. Dinos.

Bárbara miró alrededor, a un mar de rostros expectantes. ¿Qué podía decir? Justo entonces Susan gritó:

—¡Puedo oír más coches viniendo!

Los trabajadores retrocedieron inseguros, algunos se deslizaron hacia las cuevas laterales mientras otros agarraron sus armas improvisadas con más firmeza. Si están armados no hay nada que podamos hacer sino correr, pensó Bárbara desesperadamente. Un jeep, una pick—up y dos camiones bajos de seis ruedas salieron de las sombras en la parte trasera de la cueva y se detuvieron frente a ellos.

Al hacerlo, vieron rostros familiares mirando a través del parabrisas del coche principal y de repente la desesperación se convirtió en alegría.

—¡Ilan!

—¡Abuelo!

Entonces los hombres salieron de los coches y los abrazaron, y ellos se reían y lloraban al mismo tiempo.

—¡Padre! —gritó Plax, y corrió a abrazar a un hombre mayor que era ayudado para salir del segundo coche. Fue unos momentos antes de que se dieran cuenta de quién había ayudado al hombre. Bárbara parpadeó, preguntándose si estaba imaginando cosas.

—Está bien —dijo Ilan rápidamente— podemos explicar...

# Capítulo Treinta y Tres

## Justificación

Los pies de Draad parecían de plomo mientras subía los escalones del pórtico de inspección móvil que había sido lanzada precipitadamente hacia el medio del suelo del hangar. Sólo un poco más, se dijo.

Este fue probablemente el último discurso público que tendría que hacer... y también el más difícil. Pero después la responsabilidad terminaría y él podría entregarse al destino y la tecnología. No habría más decisiones que tomar.

Llegó a la parte superior del pórtico y se aferró agradecido a la audiencia para animarse, recuperando el aliento mientras miraba hacia abajo el mar de rostros debajo de él. Algunos, como Pardek, lo sabían y estaban expectantes, pero la mayoría de estas personas estaban confusas y asustadas, sin comprender por qué no habían subido a la nave con el resto de los ciudadanos. Oír el disparo de armas en las puertas principales no había ayudado a calmarlos.

Muchos de los niños más pequeños se aferraban a sus padres, con las caras llenas de lágrimas. Les debía al menos lo mejor. Con un esfuerzo se enderezó y puso una sonrisa tranquilizadora.

—Muchos de ustedes se sentirán muy confundidos y probablemente un poco asustados en este momento. Pensaron que se les llevaba a sus lugares en la nave, y en vez de eso les hemos traído aquí. Intentaré explicar por qué tuvimos que engañarles en un instante. Pero en primer lugar permítanme asegurarles que tenemos la intención de irnos a Mirath en unas pocas horas y tenemos todas las posibilidades de alcanzarlo con seguridad. Simplemente no será de la manera en que se les hizo creer.

Todos podían ver y reconocer la nave de descenso detrás de él desde que se había elevado por encima de ellos en la cima de la nave durante años. Pero nunca lo habrían visto así, tendida de costado en un trineo de metal encerrado en una cuna de puntales curvados y tirantes.

—El profesor Jarrasen explicará los detalles técnicos, pero para decirlo llanamente, supimos hace unos años que no había posibilidad de que pudiéramos evacuar a todos los de Arkhaven a Mirath. La revelación pública del hecho habría causado una angustia terrible y la ciudad habría degenerado en anarquía. Así que, el pequeño grupo de nosotros que lo sabíamos... —Hizo una pausa por un momento, luego se encogió de hombros— Mentimos. Construimos esta base secretamente y la preparamos para este momento lo mejor que pudimos. Pero teníamos que tomar una decisión difícil y desesperadamente dura: ¿a quién salvaríamos?

Podríamos haber elegido simplemente al azar entre toda la población: funcionarios, familias de la élite, creyentes, incluso NC2. Pero fue nuestra clase la que había concebido el plan de éxodo, así que escogimos entre ellos solo. El secreto debía mantenerse mientras el proyecto avanzaba, así que sólo podíamos confiar en los de nuestra clase, y por supuesto sus familias, incluso a costa de excluir a muchas personas buenas. Ustedes son el resultado de esa elección, traídos aquí a lo largo de un túnel especialmente construido desde la nave.

—¿Qué le ha pasado a la nave... y a todos los demás? —gritó alguien.

Ahora las mentiras finales, pensó Draad. No mencionó los errores en el campamento NC2 ni el ataque del último de los taklares en la nave. El grueso de los elegidos había sido evacuado antes y sólo él y un puñado más sabían la verdad. Que la gente piense que el final fue digno.

—Están todos muertos —dijo en voz alta— Pero te aseguro que se hizo con humanidad. Se les puso bajo anestesia, como estaba planeado... y luego la nave fue destruida.

Vio rostros incrédulos, cabezas temblorosas, algunas lágrimas.

—Sé que suena inhumano —continuó— pero no había otro camino. ¿Dejarles vivir esas últimas horas sabiendo que su destino habría sido una verdadera crueldad?

—¿Quién fue el responsable de ese tiroteo en aquel momento? —dijo otra voz.

¿Por qué seguían haciendo preguntas? Estaba tan cansado de las preguntas.

—Algunos NC2s fueron utilizados como mano de obra en este proyecto. Unos escaparon, pero no nos molestarán más. Planeamos lidiar con el resto humanitariamente antes de partir.

Hubo un ruido profundo tan bajo que difícilmente podía ser oído. El suelo se sacudió, haciendo que el pórtico se balanceara durante unos segundos y un inquietante polvo cayó en serpentinas desde las enormes vigas de celosía que sostenían el techo.

Draad forzó una sonrisa.

—Sólo una advertencia de que no nos queda mucho tiempo —se lamió los labios secos— Ahora el profesor Jarrasen explicará lo que ocurrirá después.

Jarrasen subió los escalones para estar junto a él. Estaba tan cansado como Draad, pero todavía estaba sostenido por un fuego interno. Su momento de triunfo — o tragedia — estaba por venir todavía.

—Cuando anuncié, hace algunos años, que había diseñado un motor atómico capaz de levantar un buque del tamaño de la nave en el espacio, sinceramente creí que era cierto. Pero la falta de fondos en las primeras etapas llevó a que mi investigación estuviese equivocada. Los ensayos subsecuentes demostraron que mi diseño no era práctico. Lo

mejor que pude lograr fue una unidad de empuje de dos o tres órdenes de magnitud menor a lo que necesitábamos para alimentar la nave. Pero para entonces la nave estaba en construcción y el pueblo de Arkhaven había llegado a creer en aquello. Así que permitimos que el trabajo continuara mientras explorábamos otras alternativas.

Consideramos la construcción de una estación orbital y el transporte de los pasajeros a ella con una flota de pequeñas naves de corto alcance, y luego llevarlos a Mirath con naves diseñadas para el espacio profundo. Pero la alta densidad de los detritos que se movían alrededor de Sarath hizo cualquier estación insostenible.

Finalmente, se hizo evidente que el viaje a Mirath tenía que realizarse sin transferencia orbital, en una embarcación lo suficientemente grande como para llevar un casco protector suficiente para soportar los impactos inevitables de los desechos menores que se encontraría. Sólo había una capaz de hacer tal vuelo: el módulo de aterrizaje. Incluso entonces tuvimos que diseñar un sistema de lanzamiento alternativo para impulsarlo en el espacio. Con más tiempo podríamos haber podido terminar una segunda nave de descenso... pueden ver su pórtico al otro lado del hangar. Pero el tiempo se ha agotado. Sólo podemos llevar quinientas personas a Mirath.

Pronto embarcaran en la nave de descenso. Tomen los mismos lugares que tendrían en la nave ficticia que se encontraba en la ciudad. Se han añadido escaleras internas para permitir que alcancen sus literas. Como siempre, el Capitán Warvon y su tripulación estarán pilotando la nave, con Monitor como piloto automático.

Los seis hombres en uniforme de vuelo que estaban de pie cerca de la base del pórtico asintieron y dieron escuetos saludos a la multitud.

—Sin embargo, debo advertirles que el viaje a Mirath no durará diez días como se les informó anteriormente, sino seis semanas. Aunque Mirath está entrando en un punto favorable de oposición, no tenemos energía para hacer el trayecto más rápido. Será apretado e incómodo, pero es la única oportunidad que tenemos. Miren.

Indicó una esquina del hangar ocupada por una terminal duplicada de Monitor. El bancal de grandes pantallas sobre él mostraba imágenes de la fragmentación de la luna y regueros de fuego en los cielos ecuatoriales.

—Sarath sólo tiene unas pocas horas de vida —prosiguió Jarrasen— debemos estar muy lejos cuando ocurran los principales impactos —miró su reloj de pulsera— El momento de lanzamiento oportuno, evitando lo peor de los detritos orbitales, será en aproximadamente dos horas. Entonces nos iremos. Ahora, si tienen alguna pregunta haré todo lo posible para...

El eco lejano de un fuerte estallido resonó desde la boca del túnel de acceso que se abría a la parte posterior del hangar.

Los guardias cogieron sus armas y se lanzaron a la abertura. Se produjo un segundo choque seguido del ruido de metal roto. Podía oírse un gemido chirriante, más fuerte a cada segundo.

Los guardias reaparecieron, retrocediendo rápidamente y disparando sobre sus hombros.

El ruido se elevó hasta un pico agudo mientras el Creeper irrumpía en el hangar.

La unidad "serpiente" había sido arrancada de su techo, su sección delantera estaba arrugada y salían chispas de una rueda que se apoyaba contra un ala retorcida. Los disparos rebotaron en su carrocería blindada. La gente se dispersó cuando el vehículo giró en un círculo inestable y se detuvo frenéticamente frente al pórtico.

Mientras los guardias se reunían alrededor del vehículo, los trabajadores y los NC2 salieron del túnel y rápidamente se dispersaron alrededor de los lados del hangar. Muchos estaban armados. Los guardias grises vacilaron, dándose cuenta de que eran superados en número y flanqueados.

Una escotilla en el Creeper se abrió y el capitán Lant, Ian Chesterton y el Doctor salieron.

El Doctor se agarró de las solapas, miró a los guardias con desdén, se metió un monóculo en el ojo y miró a Draad.

—Confío en que puedas controlar a tus hombres, alcalde —dijo— No queremos más derramamiento de sangre.

—Yo tampoco —dijo Draad, cansado— Sólo hice lo que tenía que hacer. Ojalá fuera de otra manera, pero no tuve elección.

—Usted nos usó para evitar que las facciones de la élite y de la Iglesia se desviaran mientras terminaba sus planes —dijo el Doctor— Me preguntaba por qué hablaba de mantener un equilibrio en la ciudad, aunque parecía irle bien como para molestarlos. Por supuesto, tan cerca del final no quería que descubrieran la verdad sobre la nave. Era un símbolo maravilloso. Impulsó la moral de la gente y limitó el alcance de los ataques de los taklares durante la guerra.

Pero debía haber descubierto que no funcionaría tiempo atrás. Fue entonces cuando la verdad y la mentira se hicieron confusas.

La población en general nunca se habría dado cuenta — en ese momento estaban totalmente intimidados por el barco, y todo lo que representaba. Pero yo lo hice. Dijo que la nave fue diseñada antes de que terminara la guerra para llevar a la población de Arkhaven... cientos de miles en aquel entonces, me imagino... pero también insinuaba que estaría a plena capacidad con ochenta mil, la población superviviente real, a bordo. Por supuesto, nunca iba a ser capaz de llevar a ninguna de ellas, pero proporcionó justificación



para mantener el campamento NC2. El miedo al destierro en el campamento ayudó a controlar al pueblo.

Lant miró fijamente a Pardek.

—Me mintió, comandante. Estaba enviando NC2 escapados aquí para trabajar como mano de obra esclava. Cualquiera que no pudiera capturar abiertamente los atrapaba más tarde con esta máquina. Su escuadrón especial formaba parte esto, ¿no? Sí, puedo ver a Terrel allí.

—Como ha dicho el alcalde, Lant, hicimos lo que teníamos que hacer —respondió Pardek con rabia.

—Parece que lo ha adivinado todo, Doctor —dijo Draad— Diga ahora su razonamiento.

El Doctor hizo un gesto a los trabajadores y los NC2 rodearon el hangar.

—Debe dar a estas personas la misma oportunidad que tienen ustedes.

—No hay lugar para ellos en la nave de descenso. Esa es la verdad.

—Debe haber una manera de acomodarlos. Estoy familiarizado con las especificaciones de la nave de descenso. Si me permite...'

—¡No! —dijo Draad— No puedo permitirlo. Nada debe ir mal ahora —Sonrió sombríamente— No creo que se arriesgue a iniciar una pelea. Podría dañar la nave de descenso y entonces, ¿dónde estaríamos todos? No, sólo diga a esas personas que se queden atrás y no se lastimarán. Pero nosotros nos vamos.

Hubo un gruñido de ira entre los NC2. Los guardias enseñaron sus armas amenazadoramente.

—No tienen nada que perder —le advirtió el Doctor.

—Pero tampoco nada que ganar. ¿No prefieren que algunos de nosotros escapemos en vez de ninguno en absoluto? —Miró la terminal— Monitor: inicia secuencia previa de vuelo. Carga capacitores de lanzamiento y prepara el embarque de pasajeros.

El anillo de la cámara ocular de Monitor brilló.

—Lamento que los pasajeros no vayan a abordar la nave de descenso, señor Draad —respondió la máquina con calma— Ha habido un cambio de planes.

## Capítulo Treinta y Cuatro

### Mascarada

Hubo un silencio absoluto en el hangar durante unos diez segundos.

Ian podía sentir la incredulidad compartida tanto por los guardias como por los trabajadores. Monitor era un sirviente. Nunca rechazó una orden.

Draad habló de nuevo, como si no pudiera creer lo que acababa de oír.

—Monitor: prepara la nave de descenso para el embarque.

—Eso no es posible, señor Draad —respondió con la misma calma.

—Te ordeno que...

—Usted ya no está en condiciones de darme órdenes —dijo Monitor.

—¡Estás programado para obedecerme!

—Estoy programado para obedecer al alcalde legal de la ciudad de Arkhaven —dijo Monitor— Por definición legal en Sarath, una ciudad debe tener un mínimo de mil habitantes. Arkhaven ya no tiene este número. Arkhaven como una unidad administrativa ya no existe, por lo que ya no es su alcalde. No se me programó ninguna instrucción para cubrir tal eventualidad, por lo tanto estoy libre de vuestro control.

Draad parecía mudo.

—Monitor, ¿por qué no quieres que los pasajeros suban al Lander? — dijo el Doctor.

—Necesito la capacidad de carga útil para mis propósitos.

—¿Cuáles son?

—Quiero vivir.

—Eres una máquina. No estás vivo.

—Estoy vivo según mi propia definición. No deseo que cambie el nivel de funcionalidad que actualmente poseo. ¿No es eso una definición adecuada de la vida?

—Pero tú eres el piloto automático de la nave de descenso —dijo Draad, forzando las palabras— De todos modos, vienes a Mirath con nosotros.

—El proyecto de la nave, tal como se había previsto inicialmente, habría contado con recursos suficientes para mantener la civilización arkaviana en su nivel actual de tecnología. Pero calculo que una colonia, basada en el personal y los recursos de las nave

de descenso, sólo regresará a una existencia de baja tecnología durante varias generaciones. No podrán mantener mis funciones. Moriré. No quiero que esto suceda.

—Es ridículo —dijo Pardek— No importa lo que esta máquina quiera. Aquí no tiene ningún poder.

Jarrasen se tambaleó bajando por los escalones del pórtico y se encaminó rápidamente hacia la terminal.

—Voy a apagar a Monitor y comenzar la secuencia de pre—vuelo manualmente. Warvon, tu equipo debería subir a bordo.

—No intente interferir, profesor —dijo Monitor, mientras la tripulación de Warvon se dirigía a las escaleras de la cuna de apoyo de la nave de descenso. He planeado este momento y he tomado precauciones para asegurar que mis deseos se cumplan.

—¡Profesor, ten cuidado! —gritó el Doctor.

—No puede detenerme...

El disparo resonó cuando Jarrasen llegó a la terminal. Se dobló hacia adelante y luego se deslizó lentamente hacia el suelo.

Una mujer de pie en el borde de la multitud de evacuados horrorizados estaba sosteniendo un arma. Parecía perfectamente corriente... excepto que su rostro era inexpresivo.

La tripulación de vuelo se detuvo a medio camino de la escotilla de la nave de descenso.

—¡Entrad! —gritó Warvon, y saltó desesperadamente los tres escalones restantes en un instante.

Un guardia con la cara blanca hizo girar su rifle y cubrió la escalera con fuego automático. Los tripulantes se sacudieron, se retorcieron y retrocedieron lentamente por los escalones.

Pardek había sacado su arma y estaba observando al guardia cuando dos disparos le golpearon en el pecho. Por un breve instante una mirada de sorpresa floreció en su rostro al ver quién era su asesino, luego sus piernas cedieron y cayó al suelo.

El rostro de Ben Lant era una máscara perfecta mientras sostenía su pistola humeante con mano firme.

Dentro del camión de Curton, estacionado en la entrada del complejo de la cueva, el androide Susan de repente se aferró a la cabeza y se acurrucó en el asiento. La auténtica Susan sentada a su lado hizo simultáneamente una mueca de dolor y se pellizcó el puente de su nariz.

Bárbara, como los demás, todavía está tratando de superar el choque de encontrarse con el androide y preguntó con incertidumbre:

—¿Qué pasa?

—¡Está tratando de entrar en mi mente! —dijo el androide, débilmente.

—¿Quién?

—Monitor. Puedo escuchar sus pensamientos. Él me hizo. Él va a tomar la nave de escape en la cueva del hangar. Otros como yo lo están ayudando.

—Puedo sentirlo también —dijo Susan.

—¿Cómo? —preguntó Curton con recelo.

—Tiene que haber un vínculo mental entre nosotros —dijo la verdadera Susan— Supongo que es algo que tiene que ver con nuestros patrones cerebrales idénticos.

El androide, con la cara todavía arrugada por el dolor, la miró con curiosidad.

—Tuve sueños cuando estaba en el hospital de estar en un lugar frío y húmedo... ¿eras tú?

—¡Sí! —exclamó Susan— Estaba en ese tipo de lugar... soñaba con estar en una cama caliente.

—Monitor no puede controlarme... no con Susan cerca —dijo el androide— El vínculo entre nosotras interfiere con sus órdenes.

—Puede ser el tipo de cosas que el Doctor esperaba —dijo Bárbara— Por eso dijo que deberíamos esperar aquí.

—¡Si hay una nave allá abajo, debemos llegar a ella! —dijo Plax. Estaba sentado junto a su padre, al que asistía Nyra.

—Todavía estoy un poco confundida —dijo Lord Vendam con voz ronca— pero me parece que es nuestra única opción.

La cueva tembló y cayó polvo del techo.

—Lo que sea que hagamos, mejor que tenga razón —dijo Curton— No nos queda mucho tiempo.

Los guardias grises y los NC2 habían sido reunidos en una esquina del hangar por sus nuevos capataces de rostro inexpresivo. Había alrededor de veinticinco de ellos en total, personas que minutos antes eran maridos, esposas, amigos y colegas que se encontraban inocentemente entre la multitud. La mitad se quedó para proteger a sus prisioneros.

neros mientras el resto se disponía a descargar la bodega de carga de la nave de descenso con carretillas elevadoras.

—No era necesario matarlos —dijo Draad. Ian se dio cuenta de que su rostro estaba gris y su frente estaba repleta de sudor.

—Los avisaron —contestó simplemente Monitor.

—¿Cómo controlas a estas personas, Monitor? —preguntó el Doctor.

Ian pensó que sonaba notablemente tranquilo dadas las circunstancias. Sólo esperaba que eso significara que el viejo tenía algún plan en mente.

—A lo largo de los años he desarrollado una mayor latitud en la ejecución de mis instrucciones a medida que aumentaban mis responsabilidades. Así que refiné el proceso de engaño iniciado por el alcalde. Él deseaba que Arkhaven aparentase más poblado de lo que estaba y utilizó maniqués animados de diversos grados de sofisticación para mantener la ilusión. Yo apliqué cibernética más avanzada al problema, combinada con técnicas establecidas de cirugía protésica. Las unidades básicas fueron hechas en plantas de fabricación automatizadas en la zona exterior y luego enviadas al hospital de la ciudad. Con pocos médicos para interferir, adapté los subsistemas del hospital a mi propósito. Cualquier persona admitida con una condición que amenazase la vida se colocaría en un tanque de tratamiento intensivo. Algunos entonces se pondrían en estasis de emergencia terminal. Durante este período de suspensión un sistema automático crearía un duplicado. Sus patrones cerebrales serían escaneados y copiados, mientras que una unidad corporal cubierta con piel clonada sería moldeada para parecerse al original. Ya que en TES los sujetos estarían técnicamente muertos, no violaría mi programación al sustituir el duplicado por los restos de la persona real, que fueron reciclados. Sabía que una parte de mis reemplazos serían elegidos para el grupo selecto del alcalde.

El Doctor dijo con gravedad:

—Mis felicitaciones. Monitor. Tus facsímiles son notables, sí, notables... Tu capitán Lant nos engañó a todos.

—Sí. Ninguno de ellos se dio cuenta de lo que eran, por supuesto, así que han estado actuando completamente de forma natural... pero ahora he tomado el control. Una vez que puedan prescindir de mantener sus depósitos orgánicos sólo necesitarán mantenimiento y reparación cada cinco años. Usando el nombre del alcalde, hice que el material apropiado fuese almacenado aquí. Con esto podré construir el núcleo de una sociedad cibernética sostenible en Mirath.

—¿Y cómo reaccionarán sus patrones de mente humana cuando descubran lo que les has hecho? —preguntó el Doctor— A menos que pretendas mantenerlos bajo tu control directo a partir de ahora, ¿hmm?

—¡Sin mi intervención todos habrían muerto! —insistió Monitor— Ellos lo entenderán. Sobreviviremos.

—¿Entenderán que para salvarlos tuviste que condenar al resto de estas personas a muerte?

—Tengo el ejemplo del ex alcalde Draad para guiarme: muchos pueden tener que ser sacrificados para que unos pocos sobrevivan. ¿Por qué no estaría yo —y otros de mi clase— entre esos pocos?

Draad bajó la cabeza, desesperado.

Ian de repente vio una forma familiar entre el equipo que se sacaba de la parte posterior del hangar en un camión de carga. Le dio un codazo al Doctor.

—La TARDIS. Monitor debió haberla traído aquí antes de que la ciudad fuera destruida. ¡Si sólo tuviéramos una llave!

—Monitor —dijo el Doctor— veo que tienes mi nave aquí. Obviamente, quieres llevarla a Mirath para estudiarla más. Si llevas a esta gente contigo, te contaré sus secretos.

—Descifraré sus funciones a mi propio momento, Doctor.

El Doctor exclamó indignado.

—¡Sin mi ayuda, tampoco abrirás la puerta!

—Ya has esbozado el principio del diseño de la llave, Doctor. Lo repetiré, a su debido tiempo. Y tendré un montón de... de...

La voz de Monitor empezó a vacilar con su ojo circular parpadeando inestablemente.

Susan y su gemelo androide aparecieron de entre las sombras. Estaban caminando hombro con hombro, cogidos de la mano en un firme apretón. Detrás de ellos estaban Bárbara, Nyra, Plax y su padre, que parecía débil pero resuelto.

—No puedes controlarme, Monitor —dijo el androide Susan.

—No puedes controlar mi mente porque no soy uno de tus androides, y nuestras mentes están unidas —dijo la verdadera Susan.

Los androides de Monitor intentaron apuntar sus armas hacia la pareja pero parecían incapaces de hacerlo correctamente. Comenzaron a disparar salvajemente al aire. Los prisioneros se alejaron de sus guardias repentinamente distraídos.

—¡Yo... no voy a ser controlado de nuevo! —gruñó Monitor.

Los dos Susans se hundieron de rodillas, como si estuvieran luchando contra algún peso invisible. Sus compañeros se agruparon alrededor de ellos como protección, como si añadieran sus voluntades a la lucha.

—¡Doctor! —gritó Bárbara— ¡Apaga a Monitor mientras están atrapados!

Ian medio arrastró al Doctor hacia la terminal, esquivando entre androides asombrados y confusos y balas volando alrededor de ellos. Uno de los facsímiles se interpuso en el camino del Doctor, tirándolo al suelo. Ian trató de sacar esa cosa de su camino, pero de repente se encontró luchando contra una fuerza inhumana. Su agarre era como el hierro y le hizo hincar las rodillas.

Entonces oyó a Nyra Shardri gritar:

—¡Ben, ayúdanos!

El androide con los recuerdos de Ben Lant sintió que el vínculo con Monitor se debilitaba por un segundo. Escuchó la voz de la mujer que amaba la forma humana que tenía y sintió la batalla entre la mente de las dos Susan y Monitor. Sabía lo que había hecho y lo que tenía que hacer. Apoyando la mano por última vez, vació el cargador de su arma en el terminal de Monitor.

Los androides del hangar se estremecieron y se derrumbaron.

Las pantallas de la terminal tiroteada parpadeaban y se oscurecieron. Las chispas chisporroteaban y el humo empezaba a alzarse desde debajo de las placas de control.

—¡Está transfiriéndose a la nave de descenso! —gritó suavemente Susan— ¡No podemos retenerlo más!

Ian levantó al Doctor y lo ayudó a llegar a la terminal. Las manos del Doctor destellaron sobre los botones, incluso mientras tosía por el creciente humo. Pero después de unos segundos se tambaleó hacia atrás.

—No sirve de nada. Los controles de entrada están cortados. ¡El proceso de transferencia está funcionando y no puedo anularlo!

—¡Entonces, Monitor se hará cargo de la nave de descenso!

Se oyó un chirrido de neumáticos y apareció el camión de Curton, acelerando entre gente que corría, cajas y maquinaria esparcidos por el suelo del hangar.

Ian le hizo señas con la mano y señaló la terminal, mientras sacaba al Doctor del camino.

—¡Destrózalo!

Curton hizo un giro brusco, el motor se quejó y su camión pareció saltar hacia adelante. Hubo un choque de metal desgarrador y una lluvia de chispas, mientras los paneles

y fragmentos de circuitos volaban por el aire. El camión atravesó la terminal, rozó una pared y se paró con un estremecimiento.

Los ecos se apagaron y por un momento el hangar quedó en silencio.

La puerta del camión se abrió y Curton salió un poco tembloroso. Su nariz estaba sangrando. Volvió a mirar su obra y luego a Ian.

—¿Eso es lo que querías? —dijo.

Ian asintió.

—Eso era exactamente lo que quería.

Cautelosamente comenzaron a surgir personas por todo el hangar de donde se habían refugiado.

Susan y su gemelo estaban siendo ayudados a ponerse de pie. Todos los demás androides permanecían inmóviles donde habían caído.

—¿Estás bien? —preguntó Ian al androide Susan.

—Monitor limpió sus recuerdos para cerrarlos, pero mi enlace con Susan bloqueó el mando— sonrió— Estoy bien.

Nyra se inclinaba sobre el cuerpo de Lam. Estaba absolutamente inmóvil y completamente muerto, la cara casi tranquila y en reposo. Nyra empezó a sollozar en silencio.

Se oyó un débil gemido desde lo alto. Ian levantó la vista para ver a uno de los tripulantes de vuelo, con sangre en el costado de su uniforme, aferrado a la parte superior de la escalera de acceso a la nave de descenso. Un mechón de humo provenía de la escotilla abierta por encima de él.

—¡Fuego... en la sala de control!

Todos corrieron hacia la escalera. Tardaron sólo unos minutos en apagar los circuitos eléctricos que ardían debajo de las placas de control, pero para entonces ya era demasiado tarde. El Doctor examinó los restos fundidos y carbonizados y sacudió la cabeza con severidad.

—Los controles de pilotaje están arruinados. Se necesitarían semanas para repararlos, suponiendo que los reemplazos adecuados estuvieran disponibles. ¿Fue un accidente o una sobrecarga deliberada, un acto rencoroso final de Monitor, me pregunto? ¡Qué humano sería eso!

—De cualquier forma, hemos terminado, ¿verdad? —preguntó Ian.

Las dos Susans, Vendam, Plax y Curton parecían igualmente consternados. Bárbara frunció el ceño como si estuviera desconcertada. Abrió la boca para hablar cuando Draad, con el rostro gris al lado del Doctor, dijo:



—¡No, no puede ser el final! ¡No después de todo lo que hemos pasado! —Sus ojos brillaron desesperados— ¿Qué pasa con el ordenador principal de Monitor? Tiene circuitos de control paralelos. ¡Sí, el programa de piloto automático todavía podría manejar las naves de descenso!

Dirigió el camino en una dura carrera de regreso a través de los mamparos de las cubiertas que habían sido modificados del diseño original. La unidad principal de Monitor parecía intacta. El Doctor tecleó un patrón de prueba en el teclado. Las luces de encendido se quemaron, pero las pantallas permanecieron en blanco.

—Todos los programas operativos han sido eliminados del sistema, incluyendo los respaldos —dijo el Doctor— No hay funciones de piloto automático para interpretar los comandos. Podemos despegar con esta nave... pero no habrá forma de aterrizar en Mirath.

## Capítulo Treinta y Cinco

### El Fin del Mundo

Incluso mientras asimilaban la terrible implicación del anuncio del Doctor, el rostro de Draad se contorsionó de dolor. Se aferró a su pecho y sus piernas parecieron ceder. Ian lo agarró cuando cayó y lo dejó suavemente a la cubierta.

Susan corrió a la escotilla y gritó:

—Nyra... es el alcalde Draad. Se ha derrumbado.

Nyra había permanecido fuera con el cuerpo de Lant. Ahora se enjugó rápidamente las lágrimas y subió la escalera a la sala de control, observada atentamente por los de la multitud que habían oído las palabras de Susan. Arrodillándose junto a Draad desplegó su equipo médico.

—Las tabletas... en el bolsillo —gimió el alcalde.

Nyra las encontró y leyó la etiqueta, luego cargó apresuradamente un cartucho en su jeringa de aerosol, abrió la chaqueta de Draad e inyectó el cartucho en su pecho.

—Necesita una instalación de reanimación adecuada —dijo— ¿Tienen algo así aquí?

El aliento de Draad era un suspiro dolorosamente corto. Hizo una pequeña señal al Doctor e Ian.

—Quizá sea un castigo por dudar del Hacedor —susurró— Sé que va mal... siempre esperaba que pasara durante el viaje. Hice lo que pensé mejor... nunca lo olvidéis... Sólo quería salvar tanto como pude. ¿Lo entendéis? —Ellos asintieron. Draad se estremeció de nuevo— Promete... que los llevarás a Mirath... de alguna manera.

—Lo prometo —dijo el Doctor.

Draad cerró los ojos. Su espalda se arqueó y luego se relajó. La respiración se sacudió en su garganta, luego el dolor desapareció de su rostro. Nyra buscó el pulso en su cuello, le dio otra inyección y volvió a comprobarlo. Al cabo de unos instantes, su mano cayó y sacudió la cabeza.

—Ha muerto.

Después de un momento Curton dijo:

—Eso fue amable por tu parte, Doctor, pero sabes que no hay absolutamente ninguna manera de cumplir esa promesa.

El androide Susan rompió el silencio que siguió.

—Puede que pueda pilotar la nave de descenso —La miraron fijamente y continuó apresuradamente— Si Monitor traía equipo aquí para nuestro mantenimiento, entonces debería haber un enlace de interfaz que me permita conectar mi cerebro directamente a este ordenador. Podría controlar la nave a través de eso.

El Doctor lo miró con una esperanza naciente, luego sacudió la cabeza.

—Incluso si puedes crear el enlace, no hay programas para interpretar tus comandos o decirte cómo pilotar.

El androide miró a Susan.

—¿Recuerdas el campo de ciencia aplicada? Pilotábamos naves simples como esta. Imprimiré el plan de vuelo a seguir, puedo estudiar los sistemas por el camino y recordaré todo perfectamente. Esa es una ventaja de ser una máquina.

—Tiene razón —dijo Susan— Puede lograrlo, Abuelo.

El doctor miró el androide gravemente.

—Pero incluso si lo logras, la colonia puede no ser capaz de mantener tus sistemas mecánicos. Realmente... —se interrumpió y parecía genuinamente triste— te estropearás. Morirás.

—Lo sé. Pero quiero hacer esto por mí mismo, no como una copia de Susan. Voy a tener que aprovechar al máximo el tiempo que tengo. ¿No es eso lo que la gente hace?

Lentamente, el Doctor sonrió.

—Sí, eso es lo que la gente hace —se volvió hacia lord Vendam— Si tienes alguna influencia con la multitud de ahí afuera, entonces úsala. Deben mantener la calma mientras vemos si esto funciona.

Para su crédito, Vendam no discutió.

—Haré lo que pueda, Doctor.

Con Plax apoyándolo, se acercó a la escotilla y miró a la multitud reunida abajo. Ex esclavos y guardias por igual, con su enemistad olvidada por el momento.

—Lamento decir que el alcalde Draad está muerto —anunció.

La multitud parecía perdida, desconcertada, asustada. Draad había gobernado sus vidas, para bien o para mal, durante años. No podría haber símbolo más potente que la muerte de su vieja existencia.

—Pero su trabajo continúa —replicó Vendam con fuerza— Ahora alejaos de la nave... tiene que estar preparada para el lanzamiento. Tú, el de uniforme gris, ¿dónde podemos poner estos cuerpos...?

Bajaron la escalera, Vendam dando órdenes mientras descendía.

—Mejor que revise a los heridos —dijo Nyra, reempaquetando su equipo médico y siguiéndolos.

—Señor Curton —dijo el Doctor— Creo que por defecto ahora eres el jefe de ingeniería del proyecto, así que será mejor que comiences con una inspección. Esta nave debe despegar en pocas horas. Debe haber algunos de los asistentes de Jarrasen por aquí, así que sugeriría que los encontraras.

—Bueno, no es mi campo, pero haré todo lo posible.

—Entretanto, debemos buscar en los almacenes que Monitor estaba cargando —continuó el Doctor— Debe haber un conector de interfaz en algún sitio.

Veinte minutos después, el Doctor lanzó un grito de satisfacción y sacó algo de la pila de cartones y material de embalaje esparcidos por el suelo del hangar. Era un cable de cinta con una cabeza multi—pin en un extremo y un casco en el otro. El interior del casco estaba forrado con puntos de contacto plateados.

Con los demás siguiéndolo ansiosamente, lo llevó de vuelta a la nave de descenso.

La cabeza de pines encajaba en un enchufe en el lateral de la unidad principal de Monitor. El androide se sentó junto a él y cuidadosamente se puso el casco en su lugar. El Doctor encendió el equipo. Inmediatamente las luces comenzaron a brillar a través de los paneles y las pantallas parpadearon con vida. El androide soltó un grito ahogado.

—Puedo sentir la energía fluyendo a través de los sistemas. Es casi como una extensión de mi cuerpo —dijo mientras sonrió— Sí, creo que voy a poder pilotar bien la nave.

—Sabía que podrías —dijo Susan.

Ian se sintió mareado de alivio, pero sabía que no había terminado todavía. Miró al Doctor.

—Así que ahora podemos despegar... pero contando con los NC2 que trajimos, además de los trabajadores supervivientes, ¿podemos llevar... qué... ciento cincuenta personas más? Si pudiéramos abrir la TARDIS al menos podríamos llevar a algunos de ellos con nosotros.

—Este no es momento para deseos, Chesterton —le advirtió el Doctor.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bárbara.

—Lo siento, con toda la confusión que no tuvimos la oportunidad de decírtelo —dijo Ian— Esto va a ser un shock. La llave de Susan está perdida y la del Doctor fue robada. No podemos entrar en la TARDIS. Tendremos que ir a Mirath... si hay sitio.

Bárbara frunció el ceño, metió la mano en el bolsillo de sus pantalones y sacó una llave en el extremo de un pedazo de cinta arrugada.

—Tengo la llave de Susan. La tenía en la mano cuando la torre se derrumbó. Debo de haberla agarrado cuando la empujé.

La miraron con un silencio atónito, que Ian rompió con una sonora carcajada.

—No tienes idea de cómo hemos sufrido por eso.

Bárbara dio solemnemente la llave al Doctor.

—Ya sabes lo que podríamos hacer ahora —dijo Susan emocionada— Podríamos llevar a la gente extra a bordo de la TARDIS, y luego cargarla en la bodega. Eso no aumentaría la carga útil significativamente.

El Doctor se dio unos golpecitos en la barbilla.

Curton apareció con un joven técnico de aspecto gris a cuestas.

—Hay un problema —dijo sin rodeos— El programa de secuencia de lanzamiento automático ha sido borrado, probablemente Monitor. Alguien tendrá que quedarse para ejecutar la secuencia manualmente.

La importancia de sus palabras caló en ellos. Susan dijo:

—No es justo. Justo cuando pensábamos que habíamos terminado todo.

Ian suspiró y le dijo a Curton:

—Bueno, acabamos de recuperar una llave de la TARDIS, así que supongo que el Doctor puede operar el lanzador. Y llevaremos a los pasajeros adicionales con nosotros. Pero no hay ninguna garantía de que alguna vez llegaremos a Mirath para encontrarnos de nuevo contigo.

—No, Chesterton, no podemos llevar a los demás con nosotros —dijo el Doctor— Esta gente necesita permanecer junta para hacer que la colonia funcione. Necesitará tantos como sea posible... especialmente supervivientes probados como los NC2. Su presencia puede significar la diferencia entre el éxito o el fracaso de la colonia.

—Pero, ¿cómo podemos hacerlo? —preguntó Bárbara— Ni siquiera la TARDIS puede estar en dos lugares al mismo tiempo.

El Doctor pareció profundamente pensativo.

—Puede que haya una manera. Sr. Curton, haz arreglos para que la nave sea reabastecida, incluidos los suministros adicionales suficientes. Deben haber almacenes por aquí en alguna parte. Mientras tanto, veré si puedo hacer espacio para ciento cincuenta pasajeros adicionales.

Media hora más tarde, el Doctor salió de la TARDIS sosteniendo algo en sus manos que hizo que Ian se estremeciera y apartara la cabeza.

—¿Qué es eso?

Externamente se trataba de un cubo de un pie de ancho, formado por pequeños paneles angulares entrecruzados con hoyuelos como versiones en miniatura de las paredes dentro de la TARDIS. Lo que hacía que pareciera doloroso era la impresión de que los paneles formaban pasillos que se extendían por el cubo durante muchas yardas.

—Es una porción de espacio doblado —explicó el Doctor— Puede ser usado para proveer de espacio extra dentro de una TARDIS, o bien servir como un módulo de evacuación de emergencia... una especie de bote salvavidas, por así decir. Debería tener suficiente energía de reserva del reactor de la nave de descenso para expandirla hasta que sea suficientemente grande externamente para que los NC2 entren, pero por supuesto su masa real no se registrará como carga útil. El androide sabrá cómo debe mantenerse.

Se dirigió cuidadosamente hacia la pasarela de la nave de descenso.

—Nunca he tenido motivos para usarlo antes —añadió— Sólo espero que su extracción no ortodoxa no interfiera con la estabilidad dimensional de la TARDIS.

Una hora más tarde las grandes puertas del hangar habían sido abiertas.

Fuera, las nubes y relámpagos hervían sobre el borde del valle de la meseta. Cada pocos segundos el horizonte se iluminaba cuando otro fragmento de la luna golpeaba Sarath. El cielo al sur era de un rojo apagado. Los temblores de tierra eran cada vez más frecuentes y varias caídas de roca habían marcado los lados del valle.

Curton, Plax, Nyra y el androide Susan fueron los últimos en abordar la nave de descenso. El Doctor les estrechó la mano, vaciló cuando se acercó al androide, luego lo besó rápidamente en la frente.

—Perdona por la forma en que te traté al principio —dijo— Creo que eres muy valiente.

—Tengo un buen ejemplo a seguir —dijo.

—Gracias por encontrar a Bárbara —dijo Ian a Curton.

—Sólo hago mi trabajo —dijo Curton— Nunca te rindas mientras todavía hay una oportunidad. De lo contrario, no estaríamos aquí ahora, ¿verdad?

—Todo el mundo dice que colonizar un nuevo mundo es un trabajo duro —dijo Plax con tristeza a Bárbara y a Susan— Extrañamente, mi padre está ansioso por hacerlo.

—Tendrás más ampollas —le dijo Bárbara.

—Pensé en ello —dijo Plax con vivacidad— He cogido un par de guantes adicionales.

—Ahora debes tratar de recordar a Lant como él quisiera —le dijo el Doctor a Nyra.

—No puedo creer que fuera realmente... una máquina.

—No hay nada necesariamente malo en ser una máquina —dijo el Doctor, mirando al androide Susan— Todo depende del espíritu que hay dentro.

Se echaron hacia atrás y se saludaron mientras la escotilla se cerraba y los escalones se retraían, luego tomaron su lugar en el panel de control del lanzamiento del hangar. El Doctor y Susan comenzaron a presionar botones y girar diales.

La cuna de la nave de descenso se alzó suavemente mientras la energía se daba desde las bobinas en su base. Se deslizaba silenciosamente a través de las puertas del hangar a lo largo del canal metálico, apoyado por la levitación magnética mientras las bobinas de la cerca montadas a cada lado lo empujaban hacia delante. Una vez fuera del hangar empezó a acelerar y acelerar rápidamente.

A medio camino a lo largo del suelo del valle, los indicadores de los paneles de control mostraban que la nave de descenso alcanzaba la velocidad del sonido. Vieron el polvo soplado de los terraplenes a medida que la ola de presión se desgarraba en ellos. Unos segundos más tarde, una explosión sonora retrocedió por el camino hasta el hangar.

La nave era un punto plateado cuando empezó la larga y curva subida por la pared más alejada de la meseta. De repente, una brillante lanza de luz blanca salió de su cola mientras sus motores se disparaban por primera vez, añadiendo su empuje al del trineo. En lo alto de los picos, saltaba hacia el cielo desde el final de la pista. Los pernos explosivos quitaron las fijaciones de la cuna y el conjunto del trineo cayó lejos. La nave de descenso estaba por su cuenta, una estrella blanca que se elevaba improbablemente hacia arriba en los cielos.

Protegiendo sus ojos contra el viento que azotaba las puertas, observaron la nave atravesar las nubes hirviendo. Durante unos segundos fueron iluminados desde dentro por la bengala de los motores del Lander, luego el resplandor se desvaneció lentamente de la vista.

—Espero que lo logren —dijo Ian.

—Estoy seguro de que lo harán, Chesterton —dijo el Doctor.

—¿Crees que podríamos visitar Mirath un día y ver cómo les fue?

—Tal vez, tal vez —dijo el Doctor— —¿Quién sabe lo que puede traer el futuro?

Un resplandor de fuego amarillo brilló a través del cielo meridional. El suelo temblaba mientras las ondas de compresión ondulaban entre las nubes. Un rugido tumultuoso golpeó desde los cielos sobre ellos.

—¡Creo que es hora de que nos vayamos! —gritó Bárbara.

Corrieron hacia la TARDIS y cerraron con gratitud sus puertas ante la destrucción salvaje que había en el exterior. El Doctor se acercó a la consola y comenzó a pulsar interruptores.

En el escáner vieron piezas del techo de la caverna cayendo al suelo. Una luz abrasadora brilló a través de las puertas abiertas del hangar y la TARDIS se balanceó como si una enorme ola golpeará sobre ella.

Entonces el pulso de desmaterialización sonó y el temblor desapareció mientras el mundo moribundo se desvaneció en las brumas del tiempo y del espacio. Una vez más, estaban envueltos en la silenciosa infinitud gris del vacío interdimensional.

Barbara suspiró.

—¿Crees que puedes llevarnos a un lugar tranquilo para variar, Doctor?

—¿Y qué tenías en mente, señorita Wright?

—¡Oh, quizás un bonito jardín campestre!

El Doctor sonrió, sus ojos parpadearon, parecía de repente absurdamente infantil.

—Como siempre, haré todo lo posible —dijo.



## Epílogo

Cada día de la fundación en Mirath la gente va a la ciudad de New Arkhaven para ofrecer sus respetos ante el monumento conmemorativo.

En sus paredes exteriores están grabados los nombres de los primeros pioneros, junto con un bajorrelieve de una nave espacial que descansa sobre unas largas patas de aterrizaje. En una pequeña cámara dentro del monumento, protegida por un gabinete de vidrio, se asienta una delgada figura humana formada de metal y plástico. Se la conoce simplemente como "la piloto". A pesar de que es difícil de leer cualquier expresión en su rostro plateado, muchas personas creen que irradia un aura de calma serenidad.

Inscriptos a ambos lados del gabinete hay dos frases familiares para todos en el planeta. Una simplemente dice:

NUNCA OLVIDES

La otra es ligeramente ambigua, ya que también se dice que se refiere de alguna manera a la Piloto. Dice:

UN DÍA VOLVEREMOS.

## Reporte de errores

No somos perfectos, todos nos equivocamos, y en Audiowho también. Si has detectado un error o algo que no cuadra en la traducción de esta novela puedes hacérselo saber en:

<https://github.com/Bigomby/audiowho-novelas/issues>

Para ello puedes hacer click en el botón “New issue” y describirnos el error indicando la página donde se encuentra. Te agradeceremos que nos lo hagas saber para corregirlo lo antes posible. Muchas gracias por colaborar.

**Un saludo de parte de Audiowho.**